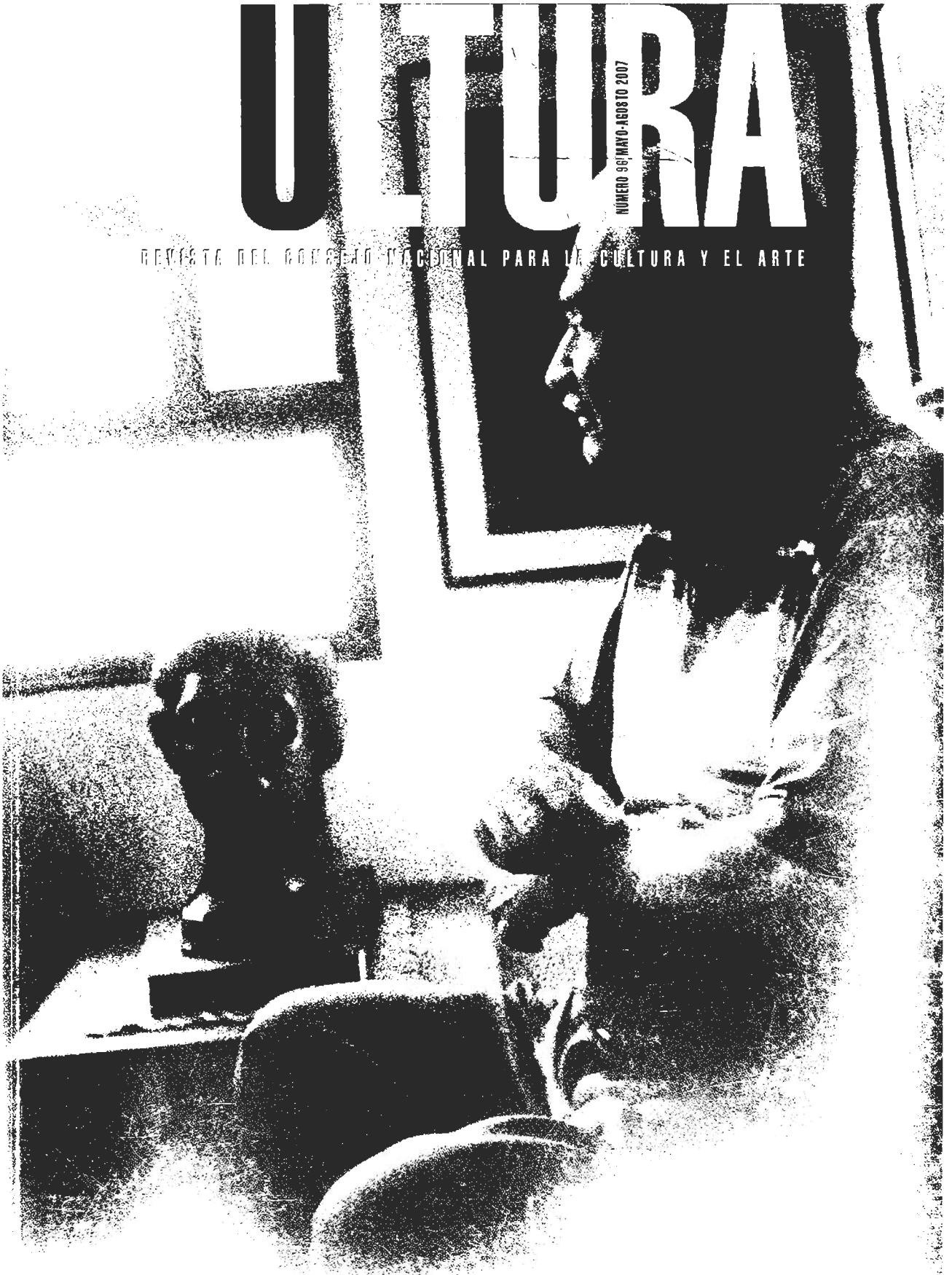


CULTURA

HUMERO 96 MAYO-AGOSTO 2007

REVISTA DEL GOBIERNO NACIONAL PARA LA CULTURA Y EL ARTE



C LTURA

REVISTA DEL CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y EL ARTE

NÚMERO 96

MAYO-AGOSTO 2007

Presidente de CONCULTURA

Federico Hernández Aguilar

**Director Nacional
de Promoción y Difusión Cultural**

Ricardo Bracamonte

Director revista Cultura

Luis Alvarenga

Consejo editorial

Carmen González Huguet

Álvaro Darío Lara

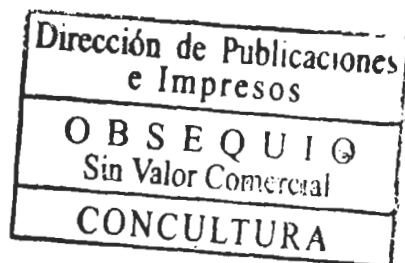
Diseño gráfico y diagramación: Celdas Estudio. **Portada y contraportada:** *Fotografía de César Sermelo.*
Correspondencia y canje: 17 Av. Sur n.º 430, San Salvador, El Salvador, Centroamérica. **Dirección electrónica:** revistacultura@concultura.gob.sv. Los editores no responden por originales no solicitados. Se autoriza la reproducción de los artículos, siempre y cuando se cite la fuente, excepto aquellos tomados de otras publicaciones.



Valero Lecha (1894–1976)

Cariátide Cuscatleca (Después del baño)

H5R011784



SUMARIO

editorial	Retos de la promoción cultural	7
ensayos	Compadrazgo, negocios y política: las redes sociales de Gerardo Barrios (1860-1863) <i>Carlos Gregorio López Bernal</i>	11
	<i>Poder-saber y Estado en El Salvador (1931-1944)</i> <i>Chester Urbina Gaitán</i>	41
	La narrativa en El Salvador 1997-2007 <i>Manlio Argueta</i>	58
	La novela Cubana de entre siglos <i>Emmanuel Tornés Reyes</i>	72
	<i>Hombres contra la muerte</i> , el libro desconocido de Miguel Ángel Espino <i>Luis Alvarenga</i>	79
	La reforma Universitaria Conferencia del doctor Miguel Ángel Espino (11 de marzo de 1935)	84
especial	César Sermeño, <i>El himno del barro</i>	98
	Homenaje a Liliam Jiménez y Otto-Raúl González	102
	Poesía de Liliam Jiménez	103
	Otto-Raúl González: "La poesía tiene un fin: servir a la humanidad" <i>Marisa Trejo-Sirvent</i>	108
	Nuestro querido poeta se encuentra en El Peuqueñal <i>Raquel Huerta-Nava</i>	113
	Otto-Raúl González o la infinita felicidad de su poesía <i>Carlos Ernesto García</i>	115

	Entrevista con Otto-Raúl González <i>Lina Zerón</i>	117
	Poesía de Otto-Raúl González	122
narrativa	Fragmentos de la novela inédita de Álvaro Menéndez Leal <i>No digas amor frente al espejo</i>	128
	El despertar <i>Claribel Alegria</i>	131
	La historia de una infamia <i>Alfonso Kijadurias</i>	134
	Cuentos del libro <i>Vaivén</i> <i>Carlos Alberto Soriano</i>	139
poesía	Raquel Huerta-Nava	149
artes plásticas	Los trazos de las identidades: La exposición Revisiones en el MARTE	163
comentarios	Hay ciudades en el fuego de la chimenea esta noche <i>Mario Noel Rodríguez</i>	167
	Una <i>nomenklatura</i> de paranoia y esquizofrenia en <i>Un día en la vida</i>, de Manlio Argueta <i>Rick Allister</i>	170
	Novedades bibliográficas de la Dirección de Publicaciones e Impresos	176



Salvador Salazar Arrué (Salarrué) (1899–1975)

Hombre marino



Carlos Alberto Imery (1879–1949)
Plazoleta de las Hierbas (Verona)

Retos de la promoción cultural

(A propósito de los diez años del Centro Cultural de España en El Salvador)



Hace diez años, la Embajada de España en nuestro país decidió crear un centro cultural, algo que abría nuevos caminos a la labor de promoción de dicha representación diplomática. En poco tiempo, el Centro Cultural de España en El Salvador se convirtió en un lugar de encuentro para las artes plásticas, la música, la literatura y demás manifestaciones intelectuales y artísticas. Actualmente, el Centro celebra actividades casi a diario, con la salvedad de los fines de semana. Sin embargo, este mismo año rompió sus propios esquemas organizando un fin de semana completo dedicado a la proyección de películas de directores españoles.

Que el Centro Cultural de España sea un lugar que ofrezca al público un menú diario de actividades, junto a exposiciones y su mediateca habla de la buena salud del proyecto iniciado una década atrás. Pero también habla de ciertos vacíos en nuestro ambiente cultural que el Centro ha sabido llenar. Sobre estos aspectos hablaremos en este editorial.

Una de las cosas por las que se ha caracterizado el Centro Cultural de España es su apertura a distintas propuestas intelectuales y artísticas. El programa mensual de actividades de la entidad es una buena radiografía de lo que se está haciendo y debatiendo en el medio cultural e intelectual salvadoreño. Puestos a sacar lecciones para la promoción cultural en el país, podemos mencionar esta primera lección: La promoción cultural debe ser pluralista, sobre todo si se hace desde instituciones oficiales (pertenecientes al Estado salvadoreño o, como en el caso del Centro, a gobiernos extranjeros). ¿De cuántos espacios culturales, sean estos de organizaciones estatales o privadas, se puede afirmar lo anterior?

Un segundo elemento, derivado de la pluralidad intelectual y estética que caracteriza a la oferta del Centro Cultural de España, es su apertura a discusiones, temas y expresiones que van más allá de un concepto reducido de cultura. El que haya, por ejemplo, foros acerca de la emigración o una exposición de graffiti manifiesta un concepto amplio de cultura, algo que incluye literatura, cine, artes plásticas, pero que va más allá y se manifiesta de formas muy variadas. En esta pluralidad y en esta apertura culturales radica en buena medida la clave del éxito del proyecto iniciado hace diez años.

Así, el Centro se ha convertido, quizá sin proponérselo, en un espacio de convergencia de la 'sociedad civil' en términos culturales, en un ágora en el sentido más primigenio de la palabra. Pero esto plantea otros retos. Sobre todo para esa 'sociedad civil'.

En primer lugar, algo que se ha reiterado hasta la saciedad: La sociedad civil, sea en términos políticos, artísticos, sociales, no puede esperar soluciones ya hechas por parte de las instituciones públicas y privadas. Necesariamente tiene que tomar un protagonismo mayor al actual. Que el Centro Cultural de España sea un espacio de apertura es innegable, pero lo que los artistas e intelectuales deben hacer es consolidar los espacios ya existentes –cualquier espacio cultural persiste en el tiempo en la medida en que la sociedad civil lo hace suyo– y crear otros. Los espacios tradicionales de 'la cultura' aparecen rodeados de la simbólica y de la práctica de la violencia y de la exclusión, como si se trataran de la última plaza fuerte (¿de qué? ¿de quiénes?) sometida a asedio constante. Un asedio que no siempre viene de parte de un 'enemigo' externo, sino de las mismas contradicciones de la sociedad de la que forman parte.

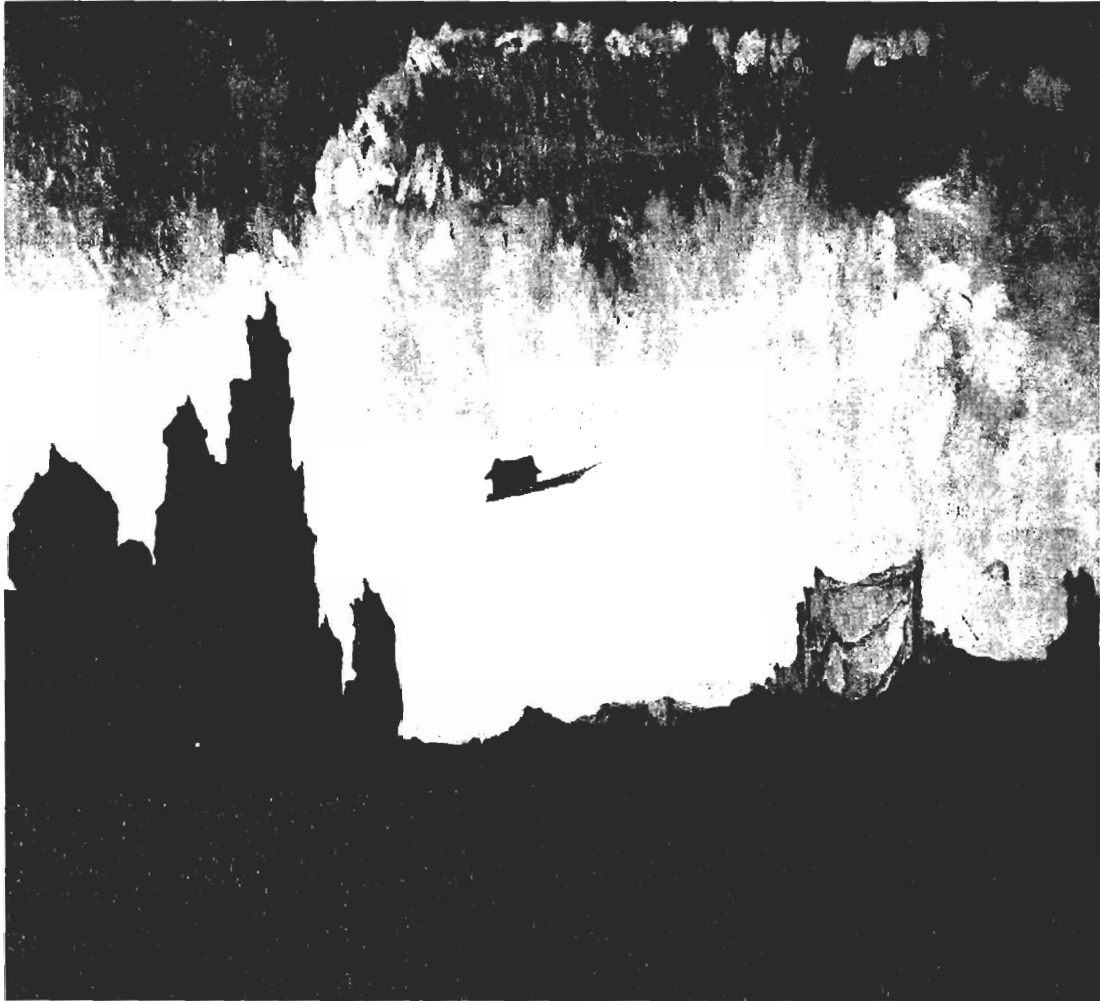
En segundo lugar, la sociedad civil necesita hacer de la pluralidad y de la apertura prácticas cotidianas. Frente a una tradición arraigada de autoritarismo y de exclusión, la sociedad civil debe retomar el diálogo como espacio privilegiado. Es necesaria una nueva negociación, pero esta vez ya no sólo política, sino en términos de imaginarios, identidades y prácticas culturales.



"Su obra tiene resonancia porque en sus manos se dignifica la arcilla, porque ha sentido la necesidad de ello, y la presenta en su grandeza mediante formas estilizadas, vigorosas y acabadas que obedecen a su exigencia espiritual". José Bernardo Pacheco, Nando.

Escultor:

César Sermeño



Bernabé Crespin (1949)

Paisaje



Compadrazgos, negocios y política: las redes sociales de Gerardo Barrios (1860-1863)

Carlos Gregorio López Bernal¹

Imágenes tomadas de *Gerardo Barrios y su tiempo*, de Ítalo López Vallecillos (Dirección General de Publicaciones, San Salvador, 1965) y de *Los ministros de Hacienda. 1838-1871*, tomo I, de Roberto Molina y Morales (Ministerio de Hacienda, San Salvador, 1970).

Es sumamente conocida la faceta política de la figura de Gerardo Barrios. Sin embargo, tal como lo plantea el autor, esta faceta es incomprensible al margen de sus relaciones sociales y sus intereses económicos. El compadrazgo como vínculo personal, político y económico tenía una gran importancia en la sociedad salvadoreña del siglo XIX y Gerardo Barrios no se sustrajo a esta dinámica. Antes bien, como se plantea en este ensayo, “Barrios tenía un espíritu empresarial innato”, en función del cual combinó sus actividades económicas con sus actividades políticas.

1. Introducción

Gerardo Barrios ha sido una figura prominente en la historiografía salvadoreña. De los caudillos decimonónicos es el que más atención ha recibido por parte de los historiadores. Sin embargo, la mayoría de los trabajos sobre Barrios adolecen de un enfoque apologético. Más que tratar de comprender al personaje y a la época en que vivió, se ha tratado de justificarlo y mitificarlo. Además, la mayoría de trabajos se centran en la vida política o en las acciones militares del caudillo². Por otra parte, en muy pocos de ellos hay un uso sistemático de fuentes primarias. En este último aspecto, el trabajo de Ítalo López Vallecillos es una interesante excepción. Este autor hizo acopio de abundante documentación, la mayoría oficial. Lastimosamente, fue muy poco crítico con las fuentes y creyó todo lo que en ellas aparecía³.

A inicios de la década de 1990, Héctor Lindo escribió un artículo que rompió con la línea apologética y comenzó a ver a Barrios como un interesante problema de investigación histórica.

En pocas páginas Lindo cuestiona sistemáticamente los mitos construidos alrededor de la figura de Barrios, desde la aparente popularidad del caudillo, las obras a él atribuidas, hasta la fortaleza misma del estado barrista⁴.

En todo caso, a Barrios se le ha visto únicamente como político y caudillo. Se ha olvidado una cuestión obvia. John Lynch y François Chevalier coinciden en señalar que cualquier caudillo necesita tener una base económica que le permita financiar, en parte, sus proyectos políticos, pero, sobre todo, “recompensar” el apoyo que sus adeptos le brindan⁵. Es decir, al caudillo se le sigue porque tiene un carisma que atrae a las masas, pero también porque apoyándolo se tiene la posibilidad de ganar algo. Es decir, se establecen relaciones de clientelismo que suponen, en palabras de Lynch, “un intercambio personal e informal de recursos –económicos o políticos– entre partes cuya situación resulta marcadamente desigual”.⁶ Por lo tanto, tan importante como estudiar las acciones políticas de Barrios será el estudio de sus actividades económicas.

Lynch señala que la vinculación de un caudillo con sus seguidores supone el intercambio de bienes económicos y políticos. Sería interesante agregar los “bienes simbólicos”, entendidos estos como algo que, si bien no implica un inmediato beneficio político o económico, abre la posibilidad de tenerlo, pero sobre todo da lugar para que los agraciados establezcan o refuercen un vínculo social y afectivo con el caudillo. Para el caso, este estudio se propone explorar el compadrazgo, recurso que fue muy usado por Barrios.

En tal sentido, este trabajo considerará tres facetas de la vida de Barrios: compadrazgos, negocios y política. Los tres aspectos suponen relaciones sociales y vínculos personales más o menos densos, más o menos duraderos y condicionados por intereses y circunstancias específicos. Lo anterior implica conocer qué movía a Barrios a tales relaciones, pero también, por qué lo hacían los otros, así como saber quién tomaba la iniciativa y por qué⁷. Seguramente, en el actual estado de la investigación, algunas cuestiones no serán respondidas, pero al menos se plantea la posibilidad de hacer un acercamiento diferente, no solo a Barrios, sino a la sociedad en que vivió.

2. El compadrazgo como práctica social

El 10 de junio de 1860, A. Guirola, importante vecino de Zacatecoluca, escribió a Gerardo Barrios para darle una buena nueva: “Cordelita salió felizmente de sus cuidados, habiendo dado a luz una hemvrita, nueva subdita de SS EE.” Dado lo poco desarrollado que para entonces estaba el sistema de salud en el país, que una señora tuviera un parto casero sin mayores problemas, ciertamente era una buena noticia. Pero hacer llegar esa noticia al despacho presidencial requería tener una cercana relación con el presidente o estar buscándola. Este último era el interés de Guirola quien, unas líneas después, decía: “Cordelita y yo nos tomamos la libertad de ofrecerla [a la niña] como humilde servidora y amiga de SS EE. queremos tomarnos la franqueza al mismo tiempo de que el alto honor de que SS EE nos faborescan aseptandola como aijada”.⁸

La solicitud tuvo buena acogida y Barrios aceptó apadrinar a la recién nacida. Ya para septiembre del mismo año, Guirola se dirigía a Barrios como “Excelentísimo señor y compadre”, agradeciéndole su invitación para asistir a los actos del 15 de septiembre, en San Salvador, lamentándose de no poder hacerlo “por las incomodidades de llevar a la chiquita”. Pero había una cuestión más, al final de su misiva, Guirola hacía referencia a un negocio que se había complicado un tanto y en el que Barrios tenía que dictaminar: “Confío mucho en la bondad de SE y en su favorable disposición respecto a mí en el negocio de sal, y no dudo emitirá una sabia resolución”.⁹ Esta forma de proceder, mezclando relaciones sociales e intereses económicos y políticos, era bastante común en El Salvador de mediados del siglo XIX, de hecho, lo sigue siendo en la actualidad.¹⁰ El compadrazgo fue una de las estrategias usadas por Gerardo Barrios en aras de construir y consolidar negocios y alianzas políticas, a tal grado que a veces resulta difícil distinguir la esfera pública de la privada, una cuestión que al parecer no preocupaba mucho en aquel entonces. El bautizo de la pequeña se realizó el 8 de julio. Debido a sus múltiples ocupaciones como presidente y a las dificultades de transporte, a menudo Barrios no asistía a los bautizos pero delegaba en alguien para que lo representase. En esta ocasión fue el general Rafael Osorio, Gobernador del departamento de La Paz y hombre de confianza del presidente. Según Osorio, el acto fue “un espectáculo variado en que el público estuvo divertido durante todo el día y la noche”; decía que a las once salió de casa de Guirola una gran concurrencia que “en ordenada procesión acompañando a la recién nacida para la Iglesia Parroquial bajo una galería cubierta de mantas, cañas y ramas de coco que entrelazadas formaban arcos sencillos y bonitos, y con el suelo cubierto de alfombra se prolongaba hasta el lugar donde debía administrarse el sacramento.” Para darle más realce al evento, y aprovechando su condición de Comandante departamental, Osorio sacó al batallón, que “vestido de uniforme formaba en ala por ambos costados de la galería y hacía los honores de ordenanza al representante de S E; la música militar marchaba a retaguardia de la comitiva y el cañón por su parte hacía pausada y sucesivamente sus fuegos. El regreso se hizo por el mismo orden hasta llegar a la casa de Guirola, donde se vailó bajo buen humor todo el día”.¹¹

Hay varios detalles interesantes en la nota de Osorio. En primer lugar, se nota que los Guirola eran una familia importante en Zacatecoluca, al grado que podían darse el lujo de alfombrar y cubrir “a modo de galería” el trayecto desde su casa a la Iglesia. Por otra parte, Osorio señala que hizo formar al batallón a su paso, porque él estaba representando al presidente, una medida lógica si el bautizo hubiera sido un acto oficial, pero era un acto privado. Sin embargo, en el siglo XIX las fronteras entre lo público y lo privado aún no estaban bien definidas, por lo tanto, Osorio no percibía ninguna contradicción.

En abril de 1862, Osorio representó nuevamente a Barrios en el bautizo de otra hija de Guirola. La ceremonia fue incluso más ostentosa que la anterior, “pues a más de los cañonazos de ordenanza hubo simulacro de batalla, que a la par que aumentó la fiesta, dio la utilidad de la

disciplina del Batallón”.¹² Hombre pragmático, Osorio aprovechó la oportunidad para matar dos pájaros de un tiro: cumplir los compromisos sociales de su jefe y a la vez disciplinar las milicias locales. “Me gusta siempre que las diversiones tengan relación con la utilidad pública. Jamás había logrado una reunión de soldados como la del domingo, el total excedía de 600 plazas. El señor Guirola dio un baile y un vanquete, todo muy animado y en el mejor orden”. Y es que era muy difícil lograr que los milicianos se presentasen a los ejercicios y paradas militares, pero, si además de la parada militar había fiesta, es claro que la asistencia aumentaría. Osorio sabía como maximizar recursos, un poco de diversión y disciplina no le venían mal a nadie, menos a los milicianos viroleños.

Por su parte, Guirola escribió a Barrios para agradecerle y darle pormenores de la fiesta. “Mi muy apreciado compadre... Ayer tubo lugar el Bautismo referido de la segunda ahijada de SS EE, mediante la honorable representación de SS EE en el sr. General y Gobernador Don Rafael Osorio, digno sustituto de SS EE”. Agregaba que él había “hecho lo posible por corresponder al encumbrado honor que he recibido, sin que por esto deje de arder en mi corazón una llama constante de entusiasta adhesión y eterna gratitud hacia S E.” Ciertamente, Guirola se convirtió en uno de los más fieles aliados de Barrios en el departamento de La Paz. Al grado que incluso en la fiesta de bautizo estuvo atento a percibir los vaivenes políticos. Informó a Barrios que Cevallos, Piña y Berrillos no concurren al bautismo y menos al banquete y baile, “no hay duda que estos Caballeros persisten en su diabólica antipatía a la actual Administración.”¹³ Ciertamente que esos individuos eran contrarios a Barrios, pero Guirola iba más allá: no habían asistido a su fiesta porque él era allegado del Presidente. Ésta era una forma de decir, ‘tan fiel soy a usted que sus enemigos se indisponen contra mí’. Tal fidelidad fue compensada: para junio del año siguiente, Guirola fungía como gobernador (al parecer suplente) del departamento de La Paz, y como tal escribía a Barrios.¹⁴

En principio, el compadrazgo es un vínculo religioso. Personas que comparten la fe católica acuerdan que uno de ellos será el padrino de uno de sus hijos. Ante la Iglesia, los padrinos se comprometen, llegado el caso, a sustituir a los padres y hacerse cargo del ahijado. Lo cierto es que el compadrazgo va más allá y trasciende a lo social. El compadrazgo era una forma de sellar alianzas que garantizarían, a futuro, protección y lealtad. En tal sentido, el compadrazgo vincula familias y fortalece relaciones políticas y económicas.¹⁵

Pero el compadrazgo es también un mecanismo de ascenso social. A menudo, las personas buscan compadrazarse con individuos de igual o mejor condición social, lo cual supone buscar para su hijo un protector que pueda hacer por él tanto o más que los propios padres. Por ejemplo, los Morán eran una importante familia de Ahuachapán, y como tal debían apadrinar frecuentemente. En diciembre de 1861, Fabio Morán, gran amigo de Barrios, escribió a éste para pedirle que aceptara que Doña Adela Guzmán de Barrios fuera la madrina de una hija del señor Magaña, quien ya era compadre de Morán.¹⁶ Los Magaña también eran una familia

importante de Ahuachapán, pero querían afianzar vínculos con los Barrios, y para ello recurrían a su compadre Fabio Morán.¹⁷

Manuel Medina era otro compadre de Barrios. Medina residía en las riberas del río Lempa y estaba interesado en manejar el pasaje de personas y mercaderías en el paso de Parras Lempa, pero, para que el negocio fuera rentable, necesitaba controlar ambas márgenes. Los señores Oliva, dueños de Parras, le daban en arrendamiento dicha hacienda y su puerto por 500 pesos anuales. Para mayor seguridad, Medina puso en autos a su compadre, a quien aseguró que en tiempos de feria se establecería en el Lempa con cuatro barcas de servicio y que iba a construir las galeras para que se hospedasen los pasajeros. Consideraba que su presencia en el lugar evitaría demoras, borracheras, muertes y que los bogas cobraran más, que es la principal queja de los viajeros. Medina también pidió a Barrios el derecho exclusivo del paso del Lempa, pues él se arriesgaría viviendo en un clima malsano y exponiendo su dinero en la empresa.¹⁸ Es claro que Medina buscaba sacar ventaja de su relación con el presidente.

Así como el vínculo del compadrazgo coadyuvaba a los negocios, también ayudaba a afianzar alianzas políticas o a aminorar las diferencias y podía contribuir a atemperar los conflictos. Desde su juventud, Barrios fue muy amigo de Miguel Santín. Ambos residían en San Miguel, eran añileros y hacían negocios frecuentemente. Su amistad se mantuvo hasta 1858, cuando Santín fue electo presidente y Joaquín Eufasio Guzmán, suegro de Barrios, fue designado vicepresidente mediante sorteo. El cónsul francés señalaba: “el señor Santín pertenece al partido liberal, pero es un hombre de opiniones muy moderadas y su nominación ha sido en general bien acogida. La composición del nuevo gabinete respondió a todas las esperanzas”. Sin embargo, ese gabinete fue rápidamente disuelto; el mismo funcionario señalaba que “Gómez y Menéndez renunciaron y desgraciadamente ellos parecen haberse retirado por las intrigas de los liberales más exaltados, que dirige el mismo general Barrios”.¹⁹

Santín nombró a Barrios gobernador de San Miguel, puesto que tenía mucho peso político. Desde la gobernación, Barrios maniobró para lograr una mejor posición, y el 31 de marzo de 1858 fue nombrado ministro de Relaciones.²⁰ A partir de entonces, Barrios se dedicó a conspirar contra el presidente, éste no resistió la presión y “depositó el mando” en Barrios, alegando problemas de salud. En los siguientes meses, Barrios trabajó diligentemente para fortalecer su posición política. Sabedor de que Cojutepeque no lo apoyaba, ordenó el traslado de la capital a San Salvador. Igualmente, ordenó que la Corte Suprema de Justicia se trasladara a San Salvador, disposición que fue rechazada por cuatro magistrados, a los cuales Barrios capturó, pero esto no bastó para conjurar la crisis.

Barrios debió hacer una pausa en sus proyectos, porque enfrentaba una fuerte oposición. El 18 de septiembre devolvió el mando a Santín, quedándose con el despacho de Relaciones Exteriores y asumiendo, a la vez, la Comandancia General del Ejército. La Gaceta destacó que esta acción era el “mentís más absoluto” a los rumores de que Barrios pensaba perpetuarse en el ejecutivo. Sin embargo, era obvio que Barrios seguía manejando los hilos del poder, en tanto que conservaba

la jefatura del Ejército y sus aliados ocupaban los puestos claves. El cónsul francés percibió claramente la correlación de fuerzas que Barrios había establecido: “El señor Feliz Quiroz, rico comerciante de la ciudad de San Miguel, ha sido nombrado Ministro del Interior, una escogencia que indica la diligencia con que el general Barrios trabaja para fortalecer su partido. El general Cabañas es en efecto su cuñado y el señor Quiroz es uno de los hombres más influyentes del departamento de San Miguel, departamento completamente entregado al general Barrios.” Sin embargo, advertía la conformación de una oposición numerosa, a la cabeza de la cual se encontraba Francisco Dueñas.²¹

En su calidad de Comandante del Ejército, Barrios visitó varios departamentos durante el mes de octubre de 1858, gira que aprovechó para “preparar” las elecciones de diputados que se realizarían en la primera semana de diciembre. Como parte de los preparativos ordenó la persecución y encarcelamiento de sus opositores.²² Quizá tratando de rescatar su posición política y aprovechando que Barrios se encontraba en Chalatenango, el 10 de noviembre, el presidente Santín se dispuso a visitar San Miguel en compañía del ministro de Hacienda, don Cayetano Bosque, pero Barrios fue informado de la maniobra y los alcanzó en Cojutepeque, acompañándolos en todo el viaje que se prolongó hasta el 20 de diciembre. Lógicamente, la compañía de Barrios bloqueó cualquier intento del presidente para desestabilizar la red de poder que apoyaba a Barrios. Para entonces, el distanciamiento entre ambos era evidente.

Barrios decidió presidir las sesiones de la Junta Preparatoria de la Cámara del Senado, algo que era incompatible con su empleo de Comandante General, por lo que Santín le instó a renunciar: “espero que Ud. no dejará de dar este paso, porque de otra suerte me obligaría, si no renuncia, a dictar un acuerdo reasumiendo la Comandancia General.” Barrios hizo caso omiso a la prevención. En las semanas siguientes, tanto Barrios como Santín movilizaron sus peones preparándose para el choque definitivo. Santín nombró ministro de Gobernación a Francisco Dueñas y destituyó a José Félix Quiroz del ministerio del Interior y a Trinidad Cabañas del de Hacienda y Guerra. Ante esa situación, el vicepresidente, Joaquín Eufasio Guzmán –suegro de Barrios– llamó a las Juntas preparatorias de las Cámaras Legislativas a “cooperar en el mantenimiento de la paz”, pero se aseguró de que éstas fueran presididas por Barrios.²³ Éste, por su parte, procedió a la captura de Francisco Dueñas y de José María Zelaya la noche del 11 de enero y los expulsó del país.

Con la expulsión de Dueñas, Santín perdió a uno de sus aliados claves; el 13 de enero firmó un convenio por el cual dejaba la presidencia y llamaba al ejercicio del poder al vicepresidente. Santín se retiraría a sus haciendas y Barrios renunciaría a la Comandancia General. Sin embargo todo mundo estaba claro de que el poder quedaba realmente en manos de Barrios y que su suegro, simplemente, cubría las apariencias. Así lo entendió la municipalidad de Sonsonate que publicó un acta en la que denunciaba tajantemente que tal maniobra no tenía más razón que entregar el poder a Barrios: “en tal caso la Municipalidad protesta solemnemente contra la

nulidad de tal paso, y en consecuencia no reconocerá ni acatará la persona que suba al Poder, hollando nuestra Ley Fundamental”. Con el pragmatismo que le caracterizaba, Barrios simplemente mandó a capturar a la municipalidad y expulsó del país al alcalde Sebastián Sicilia.²⁴

A principios de febrero, el cónsul francés informaba a sus superiores: “Este estado atraviesa en este momento una crisis, que desgraciadamente viene a dar serias inquietudes sobre la conservación de la tranquilidad pública. Es el general Barrios quien ha provocado esta crisis. Vuestra Excelencia sabe que según el artículo 44 de la Constitución, el presidente es electo solo para dos años... por su ambición personal el general Barrios exige la revisión de la constitución y la modificación de ese artículo. Sin embargo, contrario a lo que esperaba, el señor Santín se opone a esta medida y la ha rechazado formalmente... Barrios, apoyado de los otros dos ministros, el general Cabañas y el señor Quiroz, el primero cuñado y el segundo amigo de Barrios, terminó dando un golpe de estado.”²⁵

Al final, Barrios logró sus objetivos. El 7 de febrero, la Asamblea amplió el periodo presidencial de dos a seis años y estableció que las cámaras legislativas se reunirían cada dos años. Una semana después, Guzmán depositó la presidencia en José María Peralta y éste confirmó a Barrios en la Comandancia General del Ejército. El 2 de abril, el cónsul informaba que las cosas habían pasado tal y como él había previsto: Peralta había entregado el poder a Barrios. “El señor Santín se ha retirado a la vida privada y el general va a gobernar el país durante todo el tiempo que debía durar la presidencia legal del primero; él está seguro, por los medios de que dispone, de hacerse nominar en seguida, para los seis años siguientes. Un largo periodo de poder, toda vez que una revolución no venga a cortarlo”.²⁶ Barrios asumió el poder en calidad de “senador presidente”. Ante la evidente consolidación del partido barrista, la oposición optó por el exilio. Entre los exiliados se encontraban Dueñas y Santín.

Pero además de hacer política, la elite salvadoreña también hacía negocios. En octubre del 59, León Ávila, uno de los exiliados, pedía a Barrios –por intermedio del general guatemalteco Víctor Zavala– un salvoconducto para poder atender sus negocios en la feria de noviembre. Barrios contestó que no daría el pasaporte mientras Ávila no lo solicitara en debida forma. Zavala había intentado convencer a Barrios para que diese una amnistía a sus opositores, pero éste la rechazó tajantemente:

“porque nunca me he echado el hábito de ningún santo; lo que me he puesto a la cintura es un sable pa' abrirle la cabeza a los insolentes. U me dice que más moscas se agarran con un poco de miel que con vinagre; pero aquí solo se llaman así, las que produce el añil. Las jentes que U ha querido calificar de moscas, son tábanos que chupan sangre, para los cuales es necesario otro atractivo que no estoy dispuesto a presentarles, porque sería en perjuicio de la República... Un plato lleno de destinos públicos, una palangana llena de fluidos de Hacienda Pública, otra de negocios ventajosos, y otra de toda clase de tolerancias serían

suficientes pa' atraer cerca de mi á toda la tabanada; pero como mi objeto al venir al Gobierno ha sido establecer el Orden, la Moralidad, las economías, las mejoras, y la obediencia a la Autoridad, no puedo ni debo poner banquetes de aquellos platos que mencioné, porque sería obrar contra mis propósitos; y más me he decidido a sacudir fuerte a esos tábanos y espantarlos para que no chupen donde no es debido chupar”.²⁷

Las sugerentes imágenes que Barrios usa para describir a sus enemigos y sus propias actitudes hacia ellos revelan hasta qué punto era un hacendado metido a político. Sin embargo, el caudillo no calificaba de la misma forma a todos sus adversarios, al final de su carta aclaraba que León Ávila y Miguel Santín eran moscas, no tábanos, por lo tanto “merecen la miel, pero los demás, ah Señor, Dios nos guarde”.

La última expresión no fue producto del azar. En junio de 1860, Santín solicitó a Barrios un salvoconducto para regresar a El Salvador. Barrios le respondió rápidamente y junto a la carta de contestación le envió el pasaporte. En la carta intentó limar asperezas con su compadre: “Las desgracias y trabajos que U ha experimentado, han apesadumbrado a mi corazón... Día llegará en que U despejado de toda preocupación será el primero en hacerme justicia, y reconocerá que cuanto U ha sufrido no ha venido de mí, sino de la sencillez de U y de la maldad de aquellos que mal le aconsejaron”. Más adelante recordaba tiempos pasados y hacía votos por una reconciliación:

“...y si U lo quiere, vuélvame a tratar como antes; como cuando estuve en San Antonio, su hacienda, dando punto a sus pilas. Yo tendré el gusto de tratarlo y servirlo con la misma confianza como cuando dándonos un baño en el río de la hacienda del Espíritu, y comiéndonos un melón me contó U, sus amores con la comadre Luisa... Entonces éramos jóvenes y buenos amigos, no teníamos más intereses que amar y enlazarnos con las que hoy son nuestras esposas; no queríamos ni entendíamos la política, cuya fruta para U, compadre, que la mordió sin precaución tenía gusanos venenosos, como Zelaya, Dueñas, Zamora y Samayoa, que picándole la lengua, le envenenaron la sangre y el corazón, hasta perturbar con la fiebre el recuerdo de aquellos días felices... Un abrazo a los chiquillos, a mi comadre, y si Luís no está confirmado yo seré el Padrino.”²⁸

Resulta realmente interesante constatar cómo la reconciliación de dos viejos amigos, distanciados por la política, parece sellarse con la confirmación del compadrazgo. Vale decir que Barrios nunca consideró a Santín un enemigo irreconciliable, mejor dicho lo veía como un hombre bien intencionado, pero débil de carácter y, por lo tanto, fácilmente manipulable por políticos más avezados como Dueñas. Como decía el cónsul francés, Santín era un hombre de ideas moderadas, pero Barrios, no. Quizá de esa oposición provinieron sus conflictos.

3. Las empresas comerciales de Gerardo Barrios: licores, añiles y política

Barrios se valía de su posición política para sacar ventajas en sus negocios, que eran muchos. Y es que contrario a lo que sus apologistas afirman, el café nunca fue el interés central del caudillo. Más que cafetalero, Barrios fue comerciante y añilero; pero siempre estaba dispuesto a explorar otras posibilidades de hacer dinero. Así, estableció sociedades con extranjeros –que a menudo se aprovechaban de su ignorancia o de su buena fe–, y se aventuró en la explotación del hule, del bálsamo, las salinas, la comercialización de cueros y la venta de telas y de todo tipo de mercadería importada de Europa.²⁹ Barrios tenía crédito con importantes casas comerciales de Inglaterra, Estados Unidos, Italia y Francia, lo cual le facilitaba el comercio exterior.

Para mediados de 1860, el gobierno enfrentaba serios problemas fiscales, específicamente con los rubros de estancos de aguardiente y la importación de coñac, que proveían una parte muy importantes de los ingresos estatales.³⁰ Los estancos de aguardiente de cada pueblo eran “rematados” y adjudicados al mejor postor. Con el tiempo ese mecanismo se había viciado; los “asentistas de aguardiente” hacían arreglos con testaferros que presentaban ofertas muy bajas, con lo cual el estanco terminaba adjudicándose a la persona que siempre lo había tenido. Obviamente este sistema impedía que la renta de aguardiente aumentara. Además, la producción y venta de aguardiente clandestino –que se decía, era de superior calidad– atentaba contra el fisco.

El licor importado también pagaba impuesto, pero los mecanismos de recaudación eran inapropiados. Se cobraba un aforo, cuya aplicación dependía del interés y capacidad de los encargados de las aduanas. Barrios intentó arreglar la situación y dictó las medidas que consideró pertinentes: perseguir con más ahínco la producción de aguardiente clandestino y contratar directamente el licor importado. Con el pretexto de ordenar las rentas estatales, Barrios puso la importación de licores bajo la potestad del Estado, pero él se encargaba personalmente del negocio, lo cual justificaba por la ineptitud de sus funcionarios. Esto le valió acres críticas de los opositores, a quienes no se ocultaban los beneficios que Barrios obtenía de lo que él llamaba “sacrificios por el bien del país”.

Pese a la oposición, Barrios siguió controlando la venta de licores. El 10 de agosto de 1861, Alejo Cáceres, Comandante de plaza de Cojutepeque, informaba a Barrios que el coronel Juan Cañas pasó por esa ciudad y realizó el corte de caja de la terцена de licores, quedando plenamente satisfecho del estado de las cuentas. Sin embargo, Cáceres hizo referencia a ciertos comentarios que daban a entender que él estaba contrabandeando licor. Indignado dijo: “Primero comeré tierra, Señor, que obrar de esa manera”. No obstante, el escrupuloso funcionario le pedía a Barrios que tuviese más cuidado con los licores que le enviaba, pues la ginebra que le había llegado era enteramente inútil y el coñac de botella entera, del cual hacía tiempo tenía cuatro cajas, no se vendía porque también era de muy mala calidad.³¹

Unos meses antes, Cáceres había informado a Barrios de los excesos de un misionero de apellido Subirama que andaba predicando en esa zona. Éste decía que todos los que no se confiesan, que no oyen misa, que no van a los sermones estaban “escomulgados de Dios, del Espíritu Santo y de él mismo”. Una noche dijo que no se debía hablar con los excomulgados, “porque la excomunión será trascendental a los que los traten, de manera que ya se han dado varios casos que algunas mugeres contesten por señas á algunos sujetos que les han dirigido la palabra.” Pero las preocupaciones de Cáceres iban más allá, el celoso cura examinaba todo, al punto que preguntó al mismo comandante por qué no vivía con su esposa, “mas yo lo dejé satisfecho con mi contestación”. Lo que Cáceres temía era que el misionero intimara más con los lugareños. “Recordará el señor General que los indígenas de este pueblo por su número son temibles, y que siempre están dispuestos a dar en tierra con los que tienen pellejo blanco y *yo temo que algo suceda si el señor misionero por fin desciende a particularidades que es el camino que lleva*.”³²

Las particularidades que preocupaban a Cáceres incluían sus actuaciones como funcionario público y sus negocios personales. En junio de 1860, informaba sobre la situación del negocio: “Estoy bien fregado por la escasez de dulces, la del maíz, la estadía del misionero [Subirama], y otras mil cosas, nos hacen perder en el estanco un dineral cada mes”.³³ El poder de persuasión del religioso estaba atentando contra las arcas del Estado y contra los bolsillos de Barrios y Cáceres. Si a lo anterior se agrega la tradicional rebeldía de los cojutepeques, la preocupación del comandante es entendible.

Barrios resolvió la cuestión escribiendo al obispo para que trasladara a Subirama, a lo que aquél accedió. Al final, Barrios salió ganancioso, pues el obispo envió al Padre Ramón Mejía, íntimo amigo de Barrios. Cáceres escribió muy alegre diciendo que “los vecinos de Cojutepeque están tan contentos con él y tan agradecidos con U como si nos hubiera regalado 10 mil pesos. De esta fecha en adelante verá el señor presidente quienes son los cojutepeques.”³⁴ Y es que el padre Mejía era más tolerante y además tenía negocios de tintas. Es decir, Mejía podía conciliar intereses materiales y espirituales, con lo cual ganaba Dios y dejaba ganar a los hombres. Cáceres tenía razones de sobra para temer a Subirama y apoyar a Mejía, pues era a la vez comandante de Cojutepeque y agente de Barrios en los negocios de añiles; además, manejaba el estanco del pueblo en sociedad con Barrios.

Cuatro meses después, a finales de noviembre de 1860, Cáceres informaba a Barrios que acababa de llegar a Cojutepeque procedente de San Miguel, que se disponía a marchar para Sensuntepeque, cuando el señor Oviedo le dijo que no era necesario pues solo disponían de 3000 pesos, los cuales pensaba usar junto con Leiva en Sensuntepeque. Que además ya no tenían efectos que vender, pues se acabaron las zarzas y mantas.³⁵ El 19 de agosto de 1861, Cáceres escribía a Barrios diciéndole que a la feria del 29 llegarían añiles, “Dígame si le comienzo a comprar y que claces son las que necesita”. Luego le pedía consejos para hacer “compra de añiles, para mi

gobierno”. Al parecer, Cáceres ya se sentía lo suficientemente fuerte y quería empezar sus propios negocios, sin perder sus tratos con Barrios que podían ser de mucho beneficio a la hora de negociar.³⁶

Y es que el negocio de tintas era sumamente atractivo. El 5 de noviembre de 1860, Manuel Suárez escribió a Barrios informándole de los resultados de la feria de Chalatenango. Decía que se calculaba que se habían vendido 2000 zurrone; que él vendió a monsieur Borland 45 tercios, que el precio corriente fue de 8 pesos. Finalizaba diciendo. “En Sensuntepeque espero sus órdenes, si es que se digna favorecer con ellas a su más atento servidor”.³⁷ Calixto Oviedo era otro conocido comerciante y agente de negocios de Barrios. Además, aprovechaba sus visitas al interior para informarse de la situación política, espiar a los opositores del gobierno y transmitir órdenes que Barrios consideraba debían circular con la mayor discreción. En diciembre de 1860, Oviedo estuvo en Sensuntepeque, pero no pudo hacer ningún negocio, “me quedé helado al oír los precios de estos bayuncos”. Según Oviedo, otros comerciantes llegaron y arrebataron las partidas “con un furor extraordinario; las han comprado a 8 reales flores y 6 los números bajos”. Al final, “decidió ahorcarse” con el lic. Suárez que tenía una partida de 30 tercios, pero que, cuando ya estaban por cerrar trato entró en competencia Joaquín Bustillo y terminó ganándole con malas artes.

Oviedo decía resentir que él y Barrios habían quedado en ridículo y eran el hazmerreír de los añileros. “Esta burla de un hombre tan desagradecido y tan ruin, es objeto de ayer a hoy de grandes corrillos en el camino... ¿Con qué cara podré presentarme hoy proponiendo algún negocio, cuando el señor Suárez, jefe de sección del ministerio, persona de confianza del señor presidente, desaira su firma y prefiere la del negro Bustillos? Yo no soy un tonto y le aseguro que aquí han habido trabajos para hacerme representar un papel muy feo. Ponga cuidado”. En una nota anexa a la carta y bajo el título de “Reservado”, agregó: “En San Miguel supe que se maquina una conspiración seria y aquí se habla de un viaje de Ud. a Guatemala del cual se quieren aprovechar. Por todas partes noto descontento. Esté U alerta porque pierde terreno.”³⁸ Manuel Suárez dio su versión de lo sucedido. A su juicio Oviedo tenía pocas aptitudes para el comercio. Además, los enemigos de Barrios hicieron circular el rumor de que éste caería luego del poder. Oviedo se enojó con Suárez porque este no quiso venderle sus tintas, que antes había ofrecido a Barrios, pero luego alegó que ya las había negociado con otra persona. Suárez decía que Oviedo “me amenazó con privarme de los sueldos con que ud. me ha agraciado, y aún con su cólera, y esto último hizo significar igualmente a otras personas que no trataron con él; anunciándose con todos no como un servidor o dependiente de ud. sino como un socio de comercio y hombre político”.³⁹ Al final, le decía que sus negocios lo obligaban a ausentarse de la capital, por lo que le pedía lo relevara de los empleos con que lo había favorecido. Aunque Suárez insistía que no lo hacía por las amenazas de Oviedo, es difícil establecer la verdad. Otra

carta de Oviedo a Barrios confirma la tesis de Suárez. Pero Oviedo alega que no compró en Sensuntepeque por seguir las órdenes de Barrios, quien creía que en las próximas ferias de la temporada los precios bajarían.

Lo cierto es que en las ferias cualquier recurso era válido para sacar ventajas, y negociar con un agente del presidente tenía obvias implicaciones, no solo económicas sino políticas. En tiempo de feria, importantes funcionarios de gobierno dejaban sus despachos y acudían a las plazas para negociar. Así lo hacían Cáceres, Eusebio Bracamonte y otros funcionarios de Barrios, que en un principio se limitaron a comprar y vender para Barrios, pero cuando reunieron más recursos, también negociaron por cuenta propia. En diciembre del 62, el general Bracamonte informaba sobre los resultados de la última feria, la cual no estuvo muy buena. Después fue a Sensuntepeque, pero los añileros estuvieron “irresolutos”; hizo algunas propuestas, siguiendo las instrucciones de Barrios, pero ninguno contestó. Consideraba que era posible que aceptasen vender a 10 reales, pero hasta después. Tampoco tuvo suerte con la ropa, que se pensaba estaría al alza, pero no fue así. Sin embargo, hubo algo positivo: “en lo referente al orden y seguridad nada hubo que desear”, y que se reunieron las milicias, en número de 700 hombres.⁴⁰

4. Gobernantes y hacendados: los tenues límites entre lo público y lo privado

Barrios poseía varias haciendas, una de ellas era Umaña. Dicha hacienda estaba ubicada en el camino que de San Vicente conducía a Usulután y San Miguel. Se dedicaba principalmente al añil, cereales y ganadería. Buena parte de sus tierras eran cultivadas por “aparceros” que pagaban el uso de la tierra con “corretajes”: una parte de la cosecha que debía ser entregada a la hacienda. Colonos y apareceros también debían hacer trabajos extras, por ejemplo, zanjas para evitar que el ganado entrara a los campos de cultivo.

Los hacendados del XIX enfrentaban dos grandes problemas: encontrar administradores competentes y suplirse de mano de obra. Lo primero podía resolverse más fácilmente, era cuestión de buscar y probar hasta encontrar a la persona adecuada, o cambiarla si no funcionaba. Más complicado era el problema de la mano de obra. Sin embargo, en este punto, los hacendados contaban con apoyo del incipiente Estado. La legislación del XIX insistía en la persecución de vagos y en la obligación de las autoridades a ayudar a los propietarios a conseguir trabajadores. Al igual que en los casos anteriores resulta difícil establecer hasta qué punto esa insistencia respondía a un interés nacional o a los intereses particulares de los hacendados-gobernantes, como sucedía con Barrios.⁴¹ En todo caso, la legislación sugiere que las autoridades, especialmente municipales, debían colaborar con los hacendados supliéndolos de mano de obra y persiguiendo a los “quebradores de trabajo”, término con el que se designaba a los peones que, habiendo recibido dinero por adelantado para ejecutar un trabajo, defraudaban al empleador.

En junio de 1860, Manuel Loucel, administrador de Umaña, informaba a Barrios que inició las aradas el 25 de mayo, con 34 aradores que le proporcionó el alcalde del Triunfo y unos pocos

que consiguió en la hacienda, que continuará con esos trabajos toda la semana, sin guardar el 29, día de San Pedro. Nótese que eran más los trabajadores proporcionados por el alcalde que los colonos de la hacienda. Agregaba, que un día antes llegaron “41 Sansimones que tengo en la arada sacudiendo cabezón, con los cuales principiaremos mañana la limpia de la cosecha. Esta ha sufrido mucho con la falta de agua.”⁴²

Dos semanas después, Loucel había acabado de “regar ocho fanegas de mostaza en la arada [sembrar semilla de añil], a pesar de que calculaba que allí solo regaría seis”. Decía que la semilla que se sembró primero nació perfectamente, y que en cuanto pudiera le haría una limpia rigurosa. Calculaba que si llegaba toda la gente que esperaba para el día siguiente, podría terminar la limpia del jiquilite de cosecha en una semana y quedaría esperando al 8 de agosto para iniciar el corte, “porque antes está muy pequeño”. Además, estaba pendiente de un problema de linderos con los ejidos de Tecapa, del cual se mantendría muy atento con el fin de que la medición no afectara negativamente a la hacienda. Una vez hecho el deslinde, comenzaría a zanjar el nuevo potrero que según sus cálculos llegaría hasta las orillas de Tecapa, y tendría capacidad para al menos mil novillos.⁴³

Para 1862, el mayordomo de Umaña era José María Porras, también compadre de Barrios. Una extensa carta de Porras permite entrever las conflictivas relaciones de la hacienda con sus vecinos y trabajadores y, lo que es más interesante, cómo los negocios de Barrios se entrecruzaban con su vida política y su gestión en el poder. En esa misiva, Porras dedica varias páginas a explicar cómo los enemigos de Barrios –entre los cuales incluía a parientes y allegados del caudillo–, habían usado una orden para indisponer a trabajadores en contra de Barrios. Éste quería abrir una zanja, una tarea pesada que interfería con las labores propias de colonos y aparceros. La disposición generó mucho descontento, el cual aumentó cuando comenzó a correr el rumor de que no se les pagaría por el trabajo. Porras dice que tuvo que esforzarse mucho para recordarles “la bondad de Barrios”, evidenciar la maldad de los instigadores y el “desagradecimiento” de aquellos que tan fácilmente habían olvidado las muchas mercedes que Barrios les concedía.

Previendo que sus alegatos no tuviesen acogida, pidió a las autoridades que “castigasen con toda severidad como falsos calumniantes, a los que hubiesen con su mordaz lengua empañado el brillo de su resplandeciente honor y delicadeza” y echó en cara a los parientes y adictos a Barrios permitir que circulase la especie de que “se exigía a los arrendantes que trabajen dos semanas de balde, pues lejos de eso S E me había dado orden de que se les mantuviese [diera alimentación] durante el trabajo de zanja que hacían para asegurar sus siembras de la invasión del ganado; y además por su generosidad de V E les dispensaba medio carretaje”.⁴⁴

Porras dice que presentó a las autoridades la lista de las personas que trabajaron en la zanja “para liquidar su trabajo y pagárselos en el acto, y todos unánimemente renunciaron a dicho pago, manifestaron que por el contrario, más bien me darían el duplo del valor de la zanja, que dejar de trabajar sus huatales. Todos señor se exaltaron contra los deslenguados, que querían ponerlos en desgracia de V E, pidiendo unánimemente a las autoridades se castigue á los mordaces que

ponían boca en el buen nombre de VE y a mí me rogaban para que los representara cerca de VE y alcanzar por mi medio volverlos a la gracia de VE y que fuese muy seguro de que aquellas poblaciones ahora y siempre le eran adictas”.⁴⁵ Hay dos posibilidades: que realmente los trabajadores fueran fieles vasallos de Barrios o que temían los resultados adversos en un litigio ante autoridades que seguramente serían más apegadas al presidente que celosas de defender los derechos de los trabajadores. Esta última posibilidad, se refuerza al considerar que el mismo Porras había manifestado antes que Barrios estaba muy disgustado con los trabajadores, con lo cual es lógico que estos pensaran que los expulsaría de la hacienda.

Lo cierto es que no pagó por la excavación de la zanja, con lo cual ésta le salió gratis a Barrios. Pero, consciente del abuso y de que no era prudente dejar que el descontento anidase en los trabajadores, Porras les hizo algunas concesiones: “me pareció que VE no me tomaría a mal el que por primera vez no le complaciese con que no viera una sola mata de milpa sembrada en las tierras de Umaña... les dije que continuaran con sus huatales por parecerme muy oneroso el desposesionarlos de ellos”.

Pero había otros problemas. Emprendedor como era, Barrios había decidido aprovechar la ubicación estratégica de la hacienda (a una jornada de camino entre Usulután y San Salvador) para montar en sus terrenos un hotel. A Barrios le pareció un negocio redondo. Los cansados viajantes estarían encantados de encontrar un lugar cómodo y seguro en donde cenar, pernoctar y alimentar o mudar sus cabalgaduras. Pero los cálculos fueron errados. Según Porras, el hotel era un fracaso, pues los pasajeros no querían pagar lo que se les cobraba: “me han tocado casi en la generalidad huéspedes que solo piden queso, frijoles y tortillas, y porque el manojo de zacate se los he cobrado por un cuartillo, han tomado por bien dejar sus bestias sin senar. Y algunos nos han atisbado hasta vernos acostados para entrar a robar con gran primor el sacate”.⁴⁶ Porras le recuerda a Barrios que desde un principio tuvo muchas reservas para entrar en la empresa.

Vale decir que unos meses antes, Ignacio Enríquez, inspector de policía, había escrito a Barrios informando que había cumplido escrupulosamente una comisión, habiendo recorrido los pueblos de Estanzuelas, El Triunfo, Tecapa, Jucuapa, Chinameca, Lolotique, Sesori y San Juan Lempa. Que se reunió con las autoridades, a quienes exhortó a cumplir con las leyes de policía. Al final decía que al pasar por la hacienda de Umaña “reduje a cenizas cinco o seis casas solas que había en el camino real por haberse trasladado sus habitantes a la hacienda contigua de Santana, y no podían servir más que para guarida de hombres olgazaneros y criminales”.⁴⁷ Tales acciones eran comunes a mediados del XIX y, podría decirse que sólo reflejaban el interés de las autoridades por mantener el orden y combatir los vicios y la delincuencia. Pero, a veces había algo más que el deseo de velar por el bien público.

En la carta en cuestión, Porras dice que pudo escuchar una conversación en la cual el lic. José María Silva, en presencia de don Nicolás Vázquez, del oficial Angulo y de otras personas, dijo que:

"V E había mandado a quemar las casitas de Umaña para estancar en su Hacienda la agencia de aquellos infelices. Yo al oír tales espresiones me exalté demasiado y dije que... S E tiene un capital bastante conocido y que sabido era, que ni se ocupaba y jamás había pensado en ocupar en poner su pensamiento en tan ratera agencia, que si había mandado a quitar las dichas casitas del camino real, era porque aquellas habitaciones eran nocivas a los pasajeros, y además era notorio que dichas habitaciones estaban fuera de las condiciones de la ley; que la mente de V E fue, al hacer quitar tales casas el hacer desaparecer de aquel lugar gentes llenas de vicios y muy perjudiciales a los mismos transeúntes".⁴⁸

Lo extenso de la cita se justifica por la indignación del sirviente de Barrios, quien fue más allá y dijo "que el Hotel es agencia mía [lo cual no era cierto] y que S E me concedió el que la tuviera para sustituirle al transeúnte la falta de aquella infernal posada con una casa decente que da toda seguridad y buena asistencia en la mesa al pasajero." Porras, que no tuvo escrúpulos para mentir, afirmando que el hotel era suyo, le dijo al señor Silva que "estaba dispuesto a romperle la boca a bofetadas al que tuviera la audacia de proferir expresiones tan agraviantes". Ante tan agresiva reacción, Silva optó por apaciguar las aguas y se declaró adicto a Barrios, diciendo que también a él le dolían las especies que se hacían circular sobre los negocios del general.

Con tales antecedentes de conflictividad y abusos, era lógico que la hacienda tuviera problemas. Bien sabido es que las tensiones que se generan en el agro pueden encauzarse por diferentes vías y no necesariamente por la violencia abierta. Los trabajos de Patricia Alvarenga ilustran al respecto.⁴⁹ Ciertamente que los vecinos y trabajadores de Umaña no podían enfrentar directamente a Barrios. Éste tenía a su favor a los jueces y alcaldes, a la policía y la fuerza militar. Pero recursos hay muchos. De pronto sucedió algo que Porras calificó como "catástrofe". Él estaba trabajando en el campo, cuando de repente "maliciosamente me le dieron fuego al llano, y encontrándome sin más que quince hombres, me lancé al fuego para ver si lo podía apagar. No lo logré a pesar de los vigorosos esfuerzos... nos encontramos en riesgo de ser envueltos en las llamas". Dice que apenas se salvaron unas pocas aradas. Es fácil deducir quiénes podían estar detrás de esa acción. El problema era que probar una acusación en un caso como éste era muy difícil. A Porras no le quedó más consuelo que atender los comentarios de otros hacendados que ya habían vivido esa experiencia, quienes decían que "el jiquilite produce más cuando se quema". Porras estableció que el incendio inició en el lugar del "Aguacate" y sus indagaciones apuntaban a que los culpables eran Salvador Cisneros, Joaquín Cisneros y Melitón Castro. Agregaba que ya tenía testigos "mandados por el alcalde de Estanzuelas" por si Barrios decidía proceder contra los incendiarios.

Después de los incidentes mencionados, Porras redistribuyó las tierras y estableció los "carretajes" que, según él, fueron unánimemente aceptados y que serían de "medio carretaje por cada tres

medios de sembradura media fanega de maíz”. Es más, algunos arrendantes le pagaron cuatro pesos en defecto del trabajo que no hicieron en la zanja; el dinero recaudado lo gastó en el pago de planillas y habilitaciones de los zacateros que trabajarían en la temporada de añil que estaba por iniciar. Para entonces, tenía trabajando 75 hombres en los campos de añil y preparaba una nueva arada, en la que calculaba sembrar ocho fanegas de mostaza. Además, pensaba sembrar la antigua chacra de Loucel con maíz y frijol, pues los precios iban a la alza; con dificultad se conseguía un medio de frijol pagando 8 reales y el maíz costaba 8 pesos la fanega. Barrios tenía bastantes granos en sus trojes, pero se dañaron por el gorgojo, cuando doña Adela pasó por el lugar comprobó que el grano estaba inservible.⁵⁰

Al parecer, Barrios no quedó muy satisfecho con la administración de Porras. Para junio del 61, Manuel Loucel era de nuevo el administrador de Umaña. Como su antecesor, seguía teniendo problemas de mano de obra, por lo que Barrios envió una nota al alcalde de Jucuapa para que lo proveyera de mozos, pero éste no se mostró muy entusiasmado y más bien puso reparos legales, diciendo que “desea darnos todo el auxilio necesario en la limpia de la cosecha y demás trabajos de esta hacienda; pero encuentra algunas dificultades que no puede allanar sin hacer uso de su autoridad, y que pa' esto necesita, ó que se dé un acuerdo autorizando terminantemente a los Alcaldes pa' obligar a trabajar en las haciendas á los jornaleros desocupados, ó que le ofrezca yo sostenerlo en caso de una acusación”.⁵¹

La actitud del alcalde resulta sumamente interesante. Si bien no se opone abiertamente al requerimiento de Barrios, no está dispuesto a obedecerlo, y llega a poner en entredicho la licitud de la acción. Es claro que para reclutar a los mozos el alcalde debía hacer uso de su autoridad, eso no era ninguna novedad. Lo interesante es que se pida un acuerdo autorizándolo “terminantemente” y que, en caso de que eso no procediera, se le dieran garantías de ser apoyado si, como consecuencia de la acción solicitada, se presentaba alguna acusación en su contra. En cierta forma, el alcalde está cuestionando el uso de la autoridad municipal en función de intereses particulares. Era casi una forma de decir 'definamos la cuestión', porque si él se viera acusado por los afectados, ¿qué alegraría? ¿Que estaba cumpliendo sus obligaciones edilicias? Bien podía hacerlo, pues la ley lo establecía. Pareciera más lógico pensar que el alcalde era opositor a Barrios, y utilizaba argumentos legales para demorar el cumplimiento de una tarea que era de su competencia. Otra posibilidad era que este alcalde separase los intereses públicos de los privados. Él, como funcionario municipal, debía velar por los intereses de sus vecinos, los cuales obviamente eran violentados por Barrios y los hacendados que los obligaban a descuidar sus propios trabajos para ir forzosamente a las haciendas. Los de Barrios y los de los hacendados eran evidentemente intereses privados, aunque la ley les diera privilegios. Es decir, el alcalde estaría comenzando a separar lo público de lo privado.

Vale decir que tales “abusos” no eran exclusivos del presidente; también los gobernadores incurrían en acciones similares. Así lo deja ver una nota enviada a Barrios por P. López, vecino de San Isidro, quien denuncia al gobernador, Miguel Lagos, porque manda a capturar hombres

para trabajar en sus propiedades, por lo cual, López pedía a Barrios mandara cesar tal proceder.⁵² En enero de 1863, Barrios comisionó al coronel francés Gallinier para que organizara las milicias de Sonsonate y Ahuachapán. Éste tuvo muchos problemas para cumplir su cometido y se quejaba de la falta de patriotismo y disciplina de los comandantes del ejército, quienes capturaban a los desertores, pero para mandarlos a trabajar a sus propiedades; decía que estos jefes iban incluso a los pueblos vecinos y amenazaban a los alcaldes con arrestarlos si no les entregaban mozos para sus trabajos. Asimismo, atraían trabajadores diciéndoles que si trabajaban con ellos no serían filiados en las milicias.⁵³

La actitud del alcalde preocupó a Loucel, más que todo por las implicaciones que una respuesta de este tipo podía tener. El día anterior a la reunión con el alcalde, Loucel ya tenía más de 40 hombres listos para ir a trabajar, pero “hoy se han resistido muchos de ellos á venir, alegando que no se les puede obligar por fuerza, sin duda por sugerencias de algún malintencionado”. Es claro que los hombres no llegaban a las haciendas por su voluntad. Menos lo harían si atisbaban que las mismas autoridades no estaban del todo convencidas y anuentes a satisfacer las demandas de los hacendados. Lo cierto es que este alcalde corrió un gran riesgo, pues al tomar partido por sus vecinos estaba contraviniendo los intereses del presidente.

Ante la falta de hombres, Loucel decidió aumentar el número de bueyes. Para mediados de julio, le llegaron unas yuntas que pidió a Cacaguatique, otra de las haciendas de Barrios, pero los animales llegaron en tan mal estado que no pudo trabajarlos, “no han podido jalar la carreta, no son bueyes sino esqueletos”; pidió seis yuntas más a San Jacinto, pero eran tan ariscos que no pudieron atraparlos. Con tales contratiempos el corte de xiquilite se retrasó.⁵⁴

Para esos días, Barrios y algunos amigos suyos estaban entusiasmados “experimentando” métodos más eficaces para extraer la tinta del añil. El 6 de junio de 1861, Pedro Chávez decía que en compañía de un francés (del cual no da nombre) había estado experimentando con sustancias a fin de mejorar el procesamiento del añil. Junto con la carta enviaba unas muestras de las tintas obtenidas, las cuales califica de calidad 8, e incluso 9. “No admite duda que el nuevo procedimiento empleado con ciertas sustancias en la fermentación y batido en las pilas, produce excelentes resultados, de buena calidad y cantidad sorprendentes. La operación de 30 cargas, ha sido defectuosa en razón de ser suelta fuera de punto por ser la primera, pues todos sabemos por experiencia lo difícil que es acertar desde el primer día”, decía, además, que esa carga quedó “mal prensada por ser la mitad del número de cargas que toma el obraje” y que al francés le faltó “una parte de una sustancia muy interesante”, por lo que se fue a San Miguel a traerla.⁵⁵ Al parecer, la noticia se expandió rápidamente; un mes después, una de las hermanas de Barrios hablaba con entusiasmo del éxito que Manuel estaba teniendo con el nuevo método para procesar el tinte: “saca más tinte que cualquiera y todos los vecinos quieren conocerlo”.⁵⁶ Por la terminología que usa en la carta, se nota que la señora era una experta en el cultivo y que estaba totalmente al tanto de los manejos de la hacienda. Y es que estas mujeres, que a la vez eran esposas y hacendadas, no solo estaban al tanto de los negocios de sus hombres y opinaban

al respecto, sino que también negociaban por su cuenta. Cuando en noviembre de 1860, Joaquín Eufasio Guzmán, suegro de Barrios, informaba a éste sobre la feria recién pasada, le decía con orgullo: “Adela se hizo de bonitos añiles de Honduras y baratos: va saliendo buena tintorera la muchacha”.⁵⁷ El mérito era mayor considerando que, a juicio de Guzmán, la feria no había sido muy buena.

En junio de 1862, José María Porras informaba que la falta de lluvias había dañado la plantación de xiquilite, la sequía no les había permitido sembrar las milpas. Esto le preocupaba, pues con ayuda de los alcaldes había “habilitado” a más de sesenta hombres y no podía utilizarlos.⁵⁸ Éste es un dato interesante: significa que los alcaldes no solo “reclutaban forzosamente” a los trabajadores, sino que les adelantaban dinero, que seguramente recibían del administrador de la hacienda. Es más, a menudo las autoridades de los pueblos, en los que Barrios tenía propiedades, debían asumir el cuidado de tales posesiones. El 3 de marzo de 1863, Paulino Rayo, Juez de Cacahuatique, escribía a la “Excelentísima señora presidenta doña Adelaida Guzmán”, para informarle que, atendiendo una nota de Barrios, le ha sido encargada la hacienda de café “a esta autoridad”, para que cuidara de ella mientras consiguen una persona que se haga cargo, “cumpliendo con este deber no he vacilado un momento haciendo que se retiren los ganados golosos, mandando a componer cercos fallidos, haciendo que el auxiliar y las patrullas recorran diariamente el cafetal... haciendo que duerma un alguacil en el corredor de las casas cuidándolas”.⁵⁹ Este documento no deja lugar a dudas del uso de funcionarios públicos para cuidar los intereses privados de los Barrios. Pudiera ser que Rayo hubiera pagado por los trabajos realizados en la hacienda, pero obligaba al alguacil a que durmiera en el corredor de las casas para cuidarlas.

Para finales de 1862, la hacienda de Umaña era administrada por Victoriano Ruiz. Aunque ya era tiempo de colectar los terrajes (censos), no lo había hecho porque aún no se iniciaban las tapiscas. Decía que se esmeraba en los trabajos y la economía de la hacienda, al grado de que él mismo fungía como despensero, mientras esperaba la llegada de su familia para nombrar a uno de ellos. Al parecer este administrador tenía mejores conocimientos, ya que afirmaba llevar las cuentas bajo el sistema de cargo y data, “con el cuidado de no imitar al señor Porras”, uno de los administradores anteriores, y que sus cuentas arrancaban desde el día 3 de noviembre, las cuales esperaba fueran revisadas por Barrios cuando llegara al lugar.⁶⁰

A mediados de mes, Calixto Oviedo pasó por la hacienda y se reunió con Ruiz. Como siempre, el mayor problema era la falta de brazos. Ruiz mandó a pedir gente al alcalde de Tecapa, pero no obtuvo la cantidad que deseaba; le urgía hacer los cercos del cafetal, porque el ganado lo estaba dañando y estaba regando los almacigos de café; “aún así hay algunos palitos tristes”.⁶¹ Para entonces Ruiz preparaba una carga de quesos secos que enviaría a la capital, junto con la mantequilla. También había mandado a inspeccionar las casas que algunos están haciendo al otro lado de la barranca y a “estorbar su construcción”. Aunque la expresión es ambigua, es fácil entender qué podía significar destruir las casas.⁶²

A finales del año 62, la hacienda Umaña seguía enfrentando la escasez de operarios. Ruiz fue al pueblo de Tecapa, pero su gestión no fue muy positiva: “en ocasiones me bienen, y en otras dice el Alcalde no se hayan, por estar en las tapizcas unos y otros enfermos. Hoy solo tengo dos regando y sigo tocando con el alcalde para ver si consigo la jente necesaria”. Además, uno de sus mayordomos estaba enfermo y debió retirarlo. Éste tenía unos hijos, pero según Ruiz no beneficiaban a la hacienda, “solo matan los cabayos, todo lo quieren hacer montados. Ellos son seis y la hacienda sufre este gasto, pues tienen dos días de leche cada mes”. Además, reclamaban que se les aumentara el sueldo, aduciendo que había aumentado el ganado.⁶³

Los casos estudiados dejan ver que las relaciones sociales en el campo podían ser muy conflictivas, y que ante la escasez de mano de obra, los hacendados dependían del auxilio de las autoridades, colaboración que no estaba exenta de conflictos. Por su parte, los colonos, aparceros y trabajadores eran capaces de reivindicar sus derechos por diferentes vías, llegando, incluso, al sabotaje, una práctica que se siguió usando hasta bien entrado el siglo XX, como lo confirman los trabajos de Patricia Alvarenga. Por último, es necesario recalcar que la correspondencia de Barrios evidencia la estrecha vinculación entre poder político e intereses económicos.

5. Extrayendo hule de la costa: la sociedad Barrios-Shlessinger

En mayo de 1860, Barrios recibió una carta del francés Louis Shlessinger, quien le informaba de los negocios que pensaba emprender en el país, entre ellos, la explotación y exportación de hule. Hombre muy preciso y práctico, pide a Barrios “hacerse partícipe de la empresa... prestándome su influencia privada, sus concejos y si el negocio lo exigiese parte de fondos para el trabajo”.⁶⁴ A Barrios le pareció un negocio prometedor y entró en la sociedad aportando lo que podía: dinero para adelantar los pagos y sus influencias políticas para allanar el camino de su socio.

Para agosto de ese año ya se tenían los primeros resultados. Shlessinger informaba que el negocio del hule daba buenas señales. “Habrá mucho hule en el verano, no menos de 50 qq mensuales, pues muchos de los mejores terrenos están inaccesibles en el invierno, cada día me dan nuevas de terrenos hulares; esta semana tengo 20 mozos lechando, los aumentaré con 10 la semana entrante.” Pero, al parecer, otras personas estaban interesadas en el hule, por lo que aconsejaba a Barrios no permitir que el general González entrara al negocio, pues “despertaría la codicia en grado mayor”. Señalaba que no valía la pena buscar hule en la zona de La Libertad, pues la mayor parte de las tierras eran ejidales y eso obligaba a negociar con las municipalidades, que no siempre eran buena contraparte. Recomendaba buscar la concesión de derechos en dos haciendas de Zacatecoluca, que le parecían muy a propósito para este negocio.⁶⁵

El procedimiento era muy sencillo. Los agentes de Barrios buscaban aquellos lugares en que había hule, luego negociaban con los dueños la concesión del derecho a explotar los árboles. El 14 de agosto de 1860, Shlessinger informaba que había pagado al señor Prado 35 pesos por

el derecho a explotar 3000 árboles que existían en sus terrenos y que consideraba que era un buen trato. Agregaba que un señor Chávez le ofreció sus terrenos por 15 pesos, en los cuales había más o menos 2000 árboles; que en otro lugar habían descubierto “una mancha de más de 1000 árboles y se me asegura de mucho hule en terrenos no accesibles hasta el verano”. Además, viajaría a Usulután, pues sabía que allí había más árboles, al grado que podrían sacar 100 quintales por mes. Además Shlessinger había comenzado a negociar con cueros y compró 200 por su cuenta, y pensaba establecer una tienda.⁶⁶

Siguiendo las indicaciones de su amigo, Barrios contactó a Felipe Guzmán, vecino de Jiquilisco, a quien encargó comisiones en ese lugar. Éste informó que en la zona había bastante hule, pero advertía que “sería bueno que V E recordara á los alcaldes de tiempo á tiempo, para que diesen el auxilio que llo les pido para los trabajos. Se lograría esto más fácil, teniendo yo facultad para hacerlas yo cumplir.” Tal y como Shlessinger previó en su primer contacto con Barrios, las influencias políticas de éste eran fundamentales para facilitar los negocios. Guzmán agregaba que un tal Dolores Gallegos estaba “trabajando a grande perjuicio de los palos, pues están arruinados, tanto que los palos picados por él, el año anterior son tan macheteados, que apenas dan leche; y también hace escasez de los pocos brazos”. ¿Por qué tanta aplicación y eficiencia? Resulta que Guzmán también era funcionario del gobierno de Barrios. Después de tratar de los negocios, informaba que también había “quitado un caballo a un malvado fugitivo, llamado Yrinea del Salvador”, además, daba cuenta del decomiso de otros dos caballos, los cuales entregó a las autoridades de la localidad.⁶⁷

En septiembre, Shlessinger decía: “el hule va aumentándose y cien quintales están listos para la vuelta del Guatemala”. Aunque podía embarcarlo antes, prefería esperar pues ese vapor le cobraba solo 2000 pesos por los 100 quintales. Informaba que había tenido algunos problemas con un señor Rivera, quien inició unos reclamos por la invasión de los terrenos en Nancuchiname, pero llegaron a un acuerdo. Shlessinger consideraba que podrían acopiar unos 500 qq. de hule. Informaba, además, que el gobernador de San Miguel había girado una nota a los alcaldes de esos pueblos para que le auxiliaran con mozos. Pero Shlessinger pedía más: “es menester que se dirija al Sr. gobernador para decirle que el gobierno no debe de meterse a proporcionar auxilio a empresarios de hule”.⁶⁸ Por supuesto, Shlessinger como socio de Barrios no entraba en esa prohibición. A tal grado dependía Shlessinger de Barrios, que cuando tuvo problemas para explotar los bosques de Nancuchiname y otros terrenos, sugirió a Barrios trasladar los casos a San Salvador, para así tener dictámenes favorables. En la misma carta se extendía sobre el tema y agregaba la solicitud que presentaría ante las autoridades:

“El infrascrito empresario de los trabajos de Hule reside en San Salvador, y por esto suplica al Supremo Gobierno que se le sirva conceder, y de tal concesión avisar por decreto, que todas las demandas por invasiones de terrenos ajenos, sean hechas contra mi persona, y no contra mi agente ó dependiente mío; que sean hechas ante un tribunal

en la ciudad de San Salvador a donde ese infrascrito reside, que además de la prueba, por medio del título de la propiedad se le exija al reclamante que pruebe los daños y prejuicios que ha sufrido, y que hasta probado que sea el derecho del reclamante en la propiedad, no podrá impedir a mis agentes que siguen en sus trabajos, pues yo responderé de los resultados de tales trabajos.”

Trasladar los litigios a San Salvador tenía muchas ventajas. En primer lugar, Barrios tenía sus oficinas allí y podía comunicarse rápidamente con cualquier juez que llevase los casos. Pero sobre todo, complicaba las diligencias de sus rivales, la mayoría de los cuales vivían en el interior y difícilmente tenían los recursos, las habilidades y los contactos necesarios para llevar a buen término un juicio en la capital. En síntesis, la buena marcha del negocio dependía de qué tantos “privilegios y exenciones” pudieran lograrse usando la preeminencia política de Barrios. Es por eso que Shlessinger insistía en la necesidad de contar con la “buena disposición de los funcionarios, particularmente del gobernador”.⁶⁹

6. La fábrica de ladrillos de San Miguel

Barrios era un típico hacendado del siglo XIX. Había heredado tierras y, combinando las actividades agropecuarias con el comercio y la política, acrecentó su riqueza hasta convertirse en un hombre respetable, no solo por su poder político, sino por su capital. Si nos atenemos a su testamento, pareciera ser que al final de su vida su fortuna estaba hartamente menguada, él lo atribuye a haber usado su crédito personal para cubrir compromisos del Estado, afirmación realmente dudosa. De hecho, uno de los delitos de que fue acusado en el juicio que le costó la vida fue lo hoy se llamaría “apropiación indebida de fondos públicos”. Efectivamente, se descubrió que, siendo presidente, compró con fondos del Estado un barco en los Estados Unidos, que puso a su nombre. El barco naufragó y Barrios cobró el seguro.⁷⁰

A falta de estudios más exhaustivos sobre sus negocios, es plausible sugerir que en realidad Barrios era un comerciante excesivamente imprudente y a veces bastante ingenuo. Es evidente que los extranjeros que formaban sociedades comerciales con Barrios se aprovechaban de él y explotaban a su favor el ego del caudillo, exaltándolo a niveles increíbles. Negocios como los realizados con Shlessinger y Rousean para la extracción de hule, bálsamo, o la compra de maquinarias que luego resultaban inservibles, no hablan muy bien de sus habilidades comerciales.

Pareciera que le iba mejor en el cultivo y comercialización del añil y con la importación de mercaderías norteamericanas y europeas que distribuía en el interior por medio de agentes comerciales, aprovechando los métodos tradicionales de ferias y habilitaciones. En realidad, Barrios era parte de una extensa y complicada red comercial que hacia mediados del XIX aún mantenía muchos rasgos heredados de la colonia. Los productores y comerciantes locales dependían de los agentes de las grandes casas comerciales, quienes les “habilitaban” con efectivo y mercadería a cambio de los productos locales. Vale decir que el comercio comprendía mucho

más que añil; aunque en grado menor, el país exportaba otros productos como cueros, productos manufacturados (sombrosos, petates, jarcia, loza, etc.), metales y, ya para inicios de la segunda mitad del XIX, un poco de café.⁷¹

Por supuesto, Barrios y en general los políticos de la época aprovechaban sus puestos públicos para lograr mejores condiciones en el mercado, algunas veces de manera sutil, otras usando descaradamente los recursos del Estado en su favor. Como muy bien lo ha señalado Héctor Lindo, uno de los factores más importantes para sobrevivir en el mundo de los negocios del XIX era el acceso a la información, y ésta circulaba y se podía aprovechar mejor estando ligado al gobierno.⁷² Por ejemplo, el 27 de junio de 1860, el señor Borland informaba a Barrios que había tenido noticias de que el añil tendría excelente precio en Inglaterra, por lo que anticipaba que las partidas enviadas por Barrios lograrían muy buenos precios. Decía que esperaba que Barrios tuviera otro buen lote y que si necesitaba podía asistirlo con más fondos.⁷³

Ese documento da una idea de cómo funcionaba el sistema de habilitaciones. Borland era agente de una casa europea; él proveía fondos y mercaderías a Barrios, quien a su vez los entregaba a personas como Oviedo, Quiroz y Guzmán, que actuaban como sus agentes en ferias, ciudades y pueblos. De esta manera se creaba una cadena crediticia que ligaba a los pequeños pueblos y estancias del interior con las grandes metrópolis europeas. Los cónsules eran casi siempre comerciantes, y estos necesariamente tenían que relacionarse con los gobernantes —que también comerciaban—, de tal manera que podían sacar el máximo provecho de sus puestos. Lo ideal hubiera sido que en esos tratos ganasen tanto los Estados como las personas, pero cuando esto no era posible, es fácil colegir a quien se daría prioridad.

Como ya se dijo, Barrios poseía haciendas y negociaba añil. A juzgar por los asuntos de su correspondencia —no por los números, pues no ha sido posible localizar sus cuentas—, el caudillo podía vivir holgadamente dependiendo de esos rubros y especular con el comercio de importación y otras empresas, que si bien no le reportaban mayores ganancias, como las ya mencionadas explotaciones de hule, bálsamo, sal y otras, le daban un aura de hombre emprendedor y progresista, que se acomodaba muy bien a su ego y a sus ideas políticas.

Barrios siempre andaba a la búsqueda de novedades. Quienes lo conocían sabían que una oferta tentadora podía convencerlo de participar en empresas tan arriesgadas como montar una fábrica de hielo en San Miguel. Eso fue lo que le propuso Julio Lozano, quien le escribió desde Panamá, para decirle: “Se ha descubierto en Inglaterra, o inventado hace algún tiempo, una máquina para congelar el agua, en cualquier temperatura por cálida que sea, al mismo grado de densidad y solidez que tiene el hielo en Europa, sin que los gastos sean mayores que los del hielo que se trae de los Estados Unidos”. Le proponía a Barrios establecer esas máquinas en los departamentos de San Salvador, San Miguel y San Vicente. La oferta era tentadora: “no dudo que se podría hacer un negocio de grandes utilidades”, siempre y cuando se tuviera privilegio exclusivo por seis o siete años. Aceptaba que después de un año podría pagarse un impuesto de 5% sobre

las ganancias. Muy generoso, ofrecía a Barrios una parte en el negocio.⁷⁴ Para fortuna de Barrios, Lozano desapareció sin volver a dar señales de vida.

En sociedad con Lorenzo Campos, Barrios estableció una máquina para fabricar ladrillos en San Miguel, la cual hubo de transportarse en carretas desde La Unión, para luego montarla en San Miguel. En mayo de 1862, Campos le informaba que tenía en su poder las máquinas para fabricar ladrillos y tejas, que le había ordenado comprar para el Supremo Gobierno.⁷⁵ Nótese que la maquinaria no fue comprada a nombre de Barrios, pero las ganancias de su operación nunca aparecieron en los informes de las rentas estatales. Para septiembre de ese año, Campos decía que la máquina era capaz de hacer 5,000 ladrillos, pero se le había roto una pieza que repararía pronto. Además, le comunicaba el pedido de 10,000 ladrillos por parte de la parroquia, a condición de que lo diesen a 10 pesos el millar, lo cual estaba por debajo del establecido por Barrios, que eran 14 pesos.⁷⁶ Lo cierto es que los ladrilleros locales cobraban a diez pesos por millar. Barrios debió de usar sus influencias para convencer a los curas de aceptar su oferta, pues un mes después, Campos informaba que la parroquia le había encargado once mil ladrillos.

Aún así, las cuentas no cuadraban, al grado que Campos escribió a Barrios explicándole por qué le había girado una letra de 480 pesos. Estos correspondían a gastos hechos en la máquina; Campos decía que los reembolsaría pronto. Sin embargo, el contrato hecho con la parroquia (el mayor hasta entonces conseguido) solo produciría “ciento setenta y tantos pesos”.⁷⁷ Para finales de año, habían conseguido una orden más: proveer los ladrillos que se usarían en la construcción de la penitenciaría de San Miguel. Pero, ya para entonces, Campos se mostraba muy escéptico del negocio. “El trabajo de la máquina no dejará cuenta, porque hay días en que no tenemos los hombres necesarios. Por lo que digo a U. que el negocio es muy expuesto y más que el ladrillo que se hace, con nada de viento se raja.” Aún así, consideraba que “los gastos no dudo de sacarlos de cualquier modo.”⁷⁸

Para finales del 62, la situación del país no era nada halagüeña, soplaban vientos de guerra. La fábrica de ladrillos no escapó a ellos. A principios de diciembre, Campos pedía a Barrios le diese una orden “para que los mozos que son soldados vayan únicamente a la parada los domingos, y que cuando se necesiten dichos mozos no vayan los escoltas a meterse [a la fábrica] sin contar conmigo, pues ayer Domingo fue una patrulla y se metió al trabajo”, el resultado fue una desbandada de mozos, que si bien no eran milicianos, tuvieron miedo de ser reclutados. Campos fue a ver al Comandante General para que le diera la orden que había pedido a Barrios, pero él le manifestó que pasara donde el mayor; mas éste le contestó “que la justicia tenía que entrar por la casa y que tenía orden expresa de ud. para no permitir a nadie ninguna clase de favor”.⁷⁹ Habría que ver cuál fue la reacción de Barrios ante la actitud de este cumplido funcionario, para ver si el caudillo sostenía para sí el cumplimiento del deber que exigía a los empleados de gobierno. Lo cierto es que el negocio no andaba. El tiro de gracia se lo dio la guerra que Barrios debió enfrentar en 1863. De hecho, Campos debió cambiar la máquina de hacer ladrillos por la espada, pues se incorporó en la fuerzas barristas. Ni de él ni de la famosa máquina se volvió a tener noticias.

7. Conclusiones

La vida política de Gerardo Barrios es bien conocida. Sin embargo, esta investigación demuestra que la actividad política del caudillo no puede entenderse al margen de sus relaciones sociales y sus intereses económicos. La correspondencia personal de Barrios así lo evidencia. Al despacho presidencial llegaba correspondencia con una variedad de temas, incluso hay cartas que tocan la vida íntima del caudillo. Barrios no se preocupaba por diferenciar si contestaba a título personal o como presidente.

La documentación que toca el tema del compadrazgo deja ver el valor que este vínculo tenía en la sociedad salvadoreña del XIX. Si bien es cierto que “compadrazgo” con alguien podía conllevar un interés particular –afianzar una relación de amistad, de negocio, o facilitar una carrera política–, no puede negarse que una vez establecido el compadrazgo, podía contribuir a atemperar conflictos, esto era así porque los individuos reconocían que esa relación sancionada por la Iglesia implicaba un compromiso que iba más allá de los intereses personales. El compadre debía responder ante Dios por el vínculo contraído. Pareciera que hacer negocios o establecer alianzas políticas entre compadres daba una garantía extra de cumplimiento y lealtad.

Barrios tenía un “espíritu empresarial” innato; le gustaban los negocios y siempre estaba dispuesto a explorar nuevas posibilidades. Al no tener acceso a sus cuentas personales, resulta imposible establecer fidedignamente el éxito o fracaso de sus empresas, pero sí queda claro que muy a menudo usaba su poder político y los exiguos recursos del Estado en sus tratos comerciales o para suplirse de mano de obra en sus haciendas. La combinación de negocios y política, que tanto se critica en la actualidad, ha sido una práctica recurrente a lo largo de la historia. El problema es que los hagiógrafos de Barrios han ocultado, o en el mejor de los casos, ignorado ese aspecto.

Si queremos ir más allá de la historia convencional, necesitamos tener una visión más integral, no solo de los individuos, sino de la sociedad. La política es solo parte del quehacer diario de los hombres. Además de ocuparse del poder, deben atender obligaciones sociales y ganarse la vida. El aparato estatal del XIX no permitía a ningún político vivir de la política, pero era posible hacer más y mejores negocios aprovechando los puestos públicos. Los funcionarios de confianza de Barrios que viajaban al interior del país siempre llevaban cartas e instrucciones que tenían que ver con la gestión gubernamental, pero también con los negocios privados de Barrios y los suyos.

A primera vista, pareciera que para mediados del XIX aún no se distinguía entre interés público e interés privado. Pero no es cierto. Por el contrario, se sabía muy bien que desde una oficina gubernamental se podía manejar mejor un negocio; es más, nadie lo cuestionaba si no había una razón especial para hacerlo. Para Barrios era más fácil deshacerse de un enemigo cuando éste ocupaba un puesto público, acusándolo de corrupción. En varios casos los acusó por lo que él mismo hacía.

Aldo Lauria afirma que el estado decimonónico no era la institución más idónea desde la cual pudiera formarse y fortalecerse una oligarquía económica.⁸⁰ Si nos atenemos a su testamento, Barrios confirmaría esa tesis. Pero la cuestión puede matizarse; este trabajo demuestra que si bien es cierto Barrios no inició sus negocios partiendo de la nada, tampoco desdeñó cuanta oportunidad tuvo de acrecentar su fortuna o facilitar sus negocios amparándose en la política y el gobierno. Que luego perdiera su capital por azares de la política era parte del riesgo que él, como cualquier hombre de empresa, debía considerar. Otros estudios dan pie para pensar que las acciones de Barrios no eran la excepción y que otros políticos usaron estrategias parecidas en sus negocios. Geraldina Portillo sugiere que la familia Dueñas se valió del prestigio y poder político del patriarca de la familia para acumular gran cantidad de tierra en los departamentos de La Libertad y San Salvador.⁸¹ Seguramente como estos habrá otros casos que esperan ser estudiados.

¹ Una primera versión de este trabajo fue presentada como ponencia en el VIII Congreso Centroamericano de Historia, Antigua Guatemala, julio 2006. La investigación fue realizada con el apoyo del Consejo de Investigaciones Científicas de la Universidad de El Salvador (CIC-UES), dentro del proyecto (03-18) *Los municipios en el marco de la consolidación del liberalismo en El Salvador (1870-1900)*. Agradezco los comentarios de Xiomara Avendaño, Fina Viegas y Adolfo Bonilla, así como la colaboración del asistente de investigación Jorge Alberto Martínez Rauda. Asimismo agradezco a Isabel Villalta la revisión final.

² Véase, por ejemplo, Rafael Reyes, *Lecciones de historia de El Salvador*, San Salvador, Se, 1892, Ídem, *Nociones de historia de El Salvador*, San Salvador, Imprenta Rafael Reyes, 3ª edición, 1920; José Dolores Gámez, *Gerardo Barrios ante la posteridad*, San Salvador, Ministerio de Educación, Dirección General de Publicaciones, 3ª edición, 1966; y Emiliano Cortés, *Biografía del Capitán General Gerardo Barrios*, San Salvador, Editorial Lea, 1965.

³ Ítalo López Vallecillos, *Gerardo Barrios y su tiempo*, 2 Tomos, San Salvador, Ministerio de Educación, 1967.

⁴ Héctor Lindo-Fuentes, Los límites del poder en la era de Barrios. En Jean Piel y Arturo Taracena (comp.) *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica*, San José, FLACSO, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1995.

⁵ Lynch señala que la autoridad del caudillo “emanaba de la propiedad de la tierra y el control que ejercía sobre los recursos locales, sobre todo el acceso a hombres y abastecimientos. Asimismo, poseía un historial que incluía la realización de determinadas hazañas que causaban viva impresión por su importancia o por el grado de valor mostrado en ellas.” John Lynch. *Caudillos en Hispanoamérica 1800-1850*, Madrid, Editorial Mapfre, 1993, pág. 18. Por su parte Chevalier señala que “En países en donde los recursos son pocos, el *primum vivere* es un imperativo insoslayable, el jefe debe primeramente ser capaz de dar de comer a sus parientes, sus seguidores... y a los soldados que lo apoyan.” François Chevalier, *The roots of Caudillismo*. En Hugh M. Hamill (editor), *Caudillos. Dictators in Spanish America*, University of Oklahoma Press, 1992, pág. 34.

⁶ John Lynch, *Caudillos*, pág. 20.

⁷ Los estudios prosopográficos pueden ser una buena alternativa para el estudio de este tipo de relaciones. Véase Michel Bertrand, “En busca de una identidad social: Redes familiares y elite colonial en tiempos de crisis”; y Michel Bertrand y Gabriela Dalla Corte, “Parentesco, redes familiares y sociabilidad en el mundo

hispanoamericano en los siglos XVIII y XIX", Anuario de Estudios Bolivarianos, # 7-8, 1991; José Manuel Santos Pérez, *Elites, poder local y régimen colonial. El cabildo de Santiago de Guatemala 1700-1787*, Salamanca, Gráficas Varona, 1999; Diana Balmori Et.AL., *Las alianzas de familia y la formación del país en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990; Juan Luis Castellanos et Jean-Pierre Dedieu, *Réseaux, familles et pouvoirs dans le monde ibérique à la fin de L'Ancien régime*, Paris, CNRS editions, 1998; Zacharias Moutokias, "Burocracia, contrabando y autotransformación de las elites. Buenos Aires en el siglo XVII", Anuario del IEHS, vol. 3, 1988. Para una aplicación a la historia salvadoreña decimonónica, véase Christophe Belaubre, "Redes sociales y poder: Microhistoria de una confrontación política en Centroamérica (1822-1827)". En Carlos G. López y Margarita Silva (editores) *Memoria del Primer Encuentro de Historia de El Salvador*, San Salvador, Licenciatura en Historia-CONCULTURA, 2005.

⁸ A. Guirola a Gerardo Barrios, 10 de junio de 1860. Archivo General de la Nación, Colección Correspondencia de Gerardo Barrios, Tomo 4, exp. 92, 1860. En adelante se citará AGN-CGB. En todas las citas se conserva la ortografía del original.

⁹ A. Guirola a Gerardo Barrios, 7 de septiembre de 1860. AGN-CGB, Tomo 4, exp. 88, 1860.

¹⁰ Carlos Rodolfo Paniagua Serrano y Ana Mercedes Chávez Henríquez, *El bloque empresarial hegemónico salvadoreño*, Tesis de licenciatura en Economía, Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", 2000.

¹¹ Rafael Osorio, Gobernador del departamento de La Paz, a Gerardo Barrios, 9 de julio de 1860. AGN-CGB, Tomo 8, doc. 316.

¹² Rafael Osorio, Gobernador del departamento de La Paz, a Gerardo Barrios, 22 de abril de 1862. AGN-CGB, Tomo 14, doc. 107.

¹³ A. Guirola a Gerardo Barrios, Zacatecoluca, 14 de abril de 1861. AGN-CGB, Tomo 14, doc. 113.

¹⁴ A. Guirola a Gerardo Barrios, Zacatecoluca, 27 de junio de 1862. AGN-CGB, Tomo 17, doc. 109.

¹⁵ Los estudios prosopográficos pueden ser una buena alternativa para el estudio de este tipo de relaciones. Véanse los trabajos de Michel Bertrand y Gabriela Dalla Forte en Anuario de Estudios Bolivarianos, # 7-8, 1991; y Christophe Belaubre, *Redes sociales y poder*.

¹⁶ Fabio Morán a Gerardo Barrios, Ahuachapán, 21 de octubre de 1861. AGN-CGB, Tomo 12. doc. 152.

¹⁷ Sobre la carrera política de Fabio Morán y sus redes políticas resulta muy ilustrativo el trabajo de Raymundo Calderón, *Ahuachapán: ciudad y Memoria: Historia urbana*. (Inédito)

¹⁸ M. Medina a Gerardo Barrios, San Vicente, 16 de junio de 1861. AGN-CGB, Tomo 4, exp. 23, 1861.

¹⁹ Archives du Ministère des Affaires Étrangères, Paris. Amérique Centrale, Correspondance politique, Vol. 16, 1857-1858, M M Botmiliau, despacho # 184, Guatemala, 3 de abril de 1858, folios 259-260. En adelante se citará AMAE-ACCP.

²⁰ Francisco J. Monterrey, *Historia de El Salvador. Anotaciones cronológicas, 1843-1871*, Tomo II, San Salvador, Editorial Universitaria, 1996, pág. 237.

²¹ AMAE-ACCP, Vol. 17, 1858-1859, despacho # 193, M Botmiliau, Guatemala, 2 de enero de 1859, fol 189. Barrios intentó una maniobra similar en 1857, cuando conspiró para derrocar al presidente Rafael Campo, pero esa vez sus cálculos fallaron y debió renunciar a sus aspiraciones. Carlos Gregorio López, *Implicaciones político-sociales de la campaña contra los filibusteros: La conspiración de Gerardo Barrios, 1857*, Ponencia presentada en el Simposio Internacional Filibusterismo y Destino Manifiesto en las Américas, Costa Rica, mayo de 2007.

²² Francisco Monterrey, *Historia de El Salvador*, Tomo II, pág. 243.

²³ Ídem. pág. 248.

²⁴ Ídem. pág. 249.

²⁵ AMAE-ACCP, Vol. 17, 1858-1859, despacho # 194, M Botmiliau, Guatemala, 4 de febrero de 1859, fol. 190.

²⁶ AMAE-ACCP, Vol. 17, 1858-1859, despacho # 196, M Botmiliau, Guatemala, 2 de abril de 1859, fol. 221.

²⁷ Gerardo Barrios al general Víctor Zavala, 7 de octubre de 1859. AGN, Gobernantes de El Salvador, Gerardo Barrios, correspondencia Tulane, caja 1, doc. 19.

²⁸ Gerardo Barrios a Miguel Santín, 8 de junio de 1860. AGN-CGB, Tomo 27, exp. 16, 1860.

²⁹ Curiosamente, Barrios no se mostró muy interesado en la minería. En una carta dirigida a Carlos Meany, en septiembre de 1860, hacía referencia a unas minas propiedad de unos "Barrios" y que se intentaban reactivar. Para ello formaron una compañía con unos ingleses, pero el negocio no fue rentable. Uno de los ingleses terminó peleado con los Barrios. Gerardo no quiso meterse en el negocio, alegando que las minas no le atraían. "Ya pasó el tiempo de las minas, porque los malos resultados de las de Mejico y otros puntos de América han hecho más cautos a los europeos". Dice que la única manera de rescatar las minas es encontrar una veta rica, "entretanto sembramos café y esperemos". Gerardo Barrios a Carlos Meany, San Salvador, 17 de septiembre de 1860. AGN, Gobernantes de El Salvador, Gerardo Barrios, correspondencia Tulane, caja 1, doc. 53.

³⁰ Para 1851, la renta de aguardiente representó el 32% del total de ingresos del Estado. Para 1877, ascendió al 31%. *Gaceta del Salvador en la República de Centro América*, Tomo 3, # 24, 31 de octubre de 1851, pág. 1; y Presupuesto de gastos e ingresos de la administración pública para el año de 1877. En María de Leistenschneider, *Doctor Rafael Zaldivar. Documentos relativos a su administración, Tomo II*, Colección Antropología e Historia, N° 10, San Salvador, MINED, 1977.

³¹ Alejo Cáceres a Gerardo Barrios, Cojutepeque, 10 de agosto de 1861. AGN-CGB, Tomo 11, doc. 69.

³² Alejo Cáceres, comandante de Cojutepeque, a Gerardo Barrios, 19 de abril de 1860. AGN, Gobernantes de El Salvador, Gerardo Barrios, correspondencia Tulane, caja 1, doc. 32. El énfasis es mío.

³³ Alejo Cáceres a Gerardo Barrios, Cojutepeque, 30 de junio de 1860. AGN-CGB, Tomo 8, doc. 381.

³⁴ Alejo Cáceres a Gerardo Barrios, Cojutepeque, 3 de julio de 1860. AGN-CGB, Tomo 8, doc. 378.

³⁵ Alejo Cáceres a Gerardo Barrios, Cojutepeque, 25 de noviembre de 1860. AGN-CGB, Tomo 8, doc. 352.

³⁶ Alejo Cáceres a Gerardo Barrios, Cojutepeque, 19 de agosto de 1861. AGN-CGB, Tomo 11, doc. 63.

³⁷ Manuel Suárez a Gerardo Barrios, 5 de noviembre de 1860. AGN-CGB, Tomo 4, exp. 52, 1860.

³⁸ Calixto Oviedo a Gerardo Barrios, 4 de diciembre de 1860. AGN-CGB, Tomo 4, exp. 34, 1860.

³⁹ Manuel Suárez a Gerardo Barrios, Chalatenango, 8 de diciembre de 1860. AGN-CGB, Tomo 4, doc. 73. El énfasis es mío.

⁴⁰ Eusebio Bracamonte a Gerardo Barrios, San Vicente, 7 de diciembre de 1862. AGN-CGB, Tomo 16, doc. 124.

⁴¹ Para conocer más sobre el control de la mano de obra y la persecución de la vagancia, véase Isidro Menéndez, *Recopilación de las leyes del Salvador en Centro América*, [1855] San Salvador, Imprenta Nacional, 2ª edición, 1956; y Jorge Arias Gómez, "El Salvador. Fuerza de trabajo cautiva, 1821-1900", Revista Repositorio, Archivo General de la Nación, III época, # 1, junio de 2003.

⁴² Manuel Loucel a Gerardo Barrios, Umaña, 3 de julio de 1860. AGN-CGB, Tomo 8, doc. 459.

⁴³ Manuel Loucel a Gerardo Barrios, Umaña, 22 de julio de 1860. AGN-CGB, Tomo 8, doc. 439.

⁴⁴ José María Porras a Gerardo Barrios, Umaña, 11 de abril de 1861. AGN-CGB, Tomo 14, doc. 64. El "carretaje o corretaje" era una especie de impuesto que un hacendado o municipalidad cobraba por cultivar en sus tierras. En tiempos de Barrios, se pagaba "medio carretaje" por cada tres medios de sembradura o media fanega de maíz. El carretaje se cobraba en tiempo de cosecha.

⁴⁵ Ídem.

⁴⁶ Ídem.

⁴⁷ Ignacio Enríquez, inspector de policía, a Gerardo Barrios, San Vicente, 6 de febrero de 1862. AGN-CGB, Tomo 27, exp. 74, 1862.

⁴⁸ José María Porras a Gerardo Barrios, Umaña, 11 de abril de 1861. AGN-CGB, Tomo 14, doc. 64.

⁴⁹ Véase Patricia Alvarenga, *Cultura y ética de la violencia. El Salvador 1880-1932*, San José, EDUCA, 1ª edición, 1996.

⁵⁰ José María Porras a Gerardo Barrios, Umaña, 11 de abril de 1861. AGN-CGB, Tomo 14, doc. 64. En diciembre de 1862 hubo otro incendio en el llano de Umaña. Ramón P. escribió a Barrios informándole al respecto. AGN-CGB, Tomo 16, doc. 56.

⁵¹ Manuel Loucel a Gerardo Barrios, Umaña, 16 de junio de 1861. AGN-CGB, Tomo 14, doc. 7. El énfasis es mío.

⁵² P. López a Gerardo Barrios, San Isidro, 19 de junio de 1861. AGN-CGB, Tomo 5, doc. 115.

⁵³ El coronel Gallinier a Gerardo Barrios, Sonsonate, enero de 1863. AGN-CGB, Tomo 22, doc. 250.

⁵⁴ Manuel Loucel a Gerardo Barrios, Umaña, 18 de julio de 1861. AGN-CGB, Tomo 12, doc. 20.

⁵⁵ Pedro Chávez a Gerardo Barrios, Hacienda San Antonio, 6 de junio de 1861. AGN-CGB, Tomo 14, doc. 17.

⁵⁶ AGN-CGB, Tomo 14, doc. 17

⁵⁷ Joaquín E. Guzmán a Barrios, San Miguel, 24 de noviembre de 1860. AGN-CGB, Tomo 8, doc. 389.

⁵⁸ José María Porras a Gerardo Barrios, Umaña, 7 de junio de 1862. AGN-CGB, Tomo 7, doc. 2.

⁵⁹ Paulino Rayo, Juez de Cahuatique, a Doña Adelaida Guzmán de Barrios, 3 de marzo de 1863. AGN-CGB, Tomo 24, doc. 110, fol. 203-204.

⁶⁰ Victoriano Ruiz a Gerardo Barrios, Umaña, 7 de noviembre de 1862. AGN-CGB, Tomo 16, doc. 84.

⁶¹ Vale decir que era muy común que cada vez que una tropa salía en misión se le encomendara llevar correspondencia, materiales o ganado a las haciendas de Barrios. Una forma de maximizar recursos.

⁶² Victoriano Ruiz a Gerardo Barrios, Umaña, 17 y 26 de noviembre de 1862. AGN-CGB, Tomo 19, docs. 25 y 194.

⁶³ Victoriano Ruiz a Gerardo Barrios, Umaña, 4 de diciembre de 1862. AGN-CGB, Tomo 16, doc. 136.

⁶⁴ Louis Shlessinger a Gerardo Barrios, San Miguel, 12 de mayo de 1860. AGN-CGB, Tomo 4, exp. 190, 1860.

⁶⁵ Louis Shlessinger a Gerardo Barrios, Zacatecoluca, 13 de agosto de 1860. AGN-CGB, Tomo 8, doc. 185.

⁶⁶ Louis Shlessinger a Gerardo Barrios, Zacatecoluca, 14 de agosto de 1860. AGN-CGB, Tomo 8, doc. 186.

⁶⁷ Felipe Guzmán a Gerardo Barrios, Jiquilisco, 21 de agosto de 1860. AGN-CGB, Tomo 8, doc. 203.

⁶⁸ Louis Shelessinger a Gerardo Barrios, Usulután, 7 de septiembre de 1860. AGN, correspondencia Barrios, 1860, caja 5 y 6, Tomo 5, carta # 003, pag. 5.

⁶⁹ Louis Shelessinger a Gerardo Barrios, San Miguel, 12 de septiembre de 1860. AGN-CGB, Tomo 5, doc. 27.

⁷⁰ Después de su caída, abundaron las acusaciones contra Barrios, tanto por individuos como por las municipalidades. Buena parte de ellas hacía referencia a cuestiones fiscales, por ejemplo, el estanco de licores "para hacer un negocio propio y privado, puesto que como comerciante compraba dichos licores de muy mala calidad, a precio ínfimo, por supuesto, y los hacía comprar en su tienda por la administración del ramo a un precio tres o cuatro veces mayor... asimismo negociaba con los rifles, con la pólvora, con

los vestidos de la tropa, haciéndose pagar por la tesorería el triple o cuádruplo de lo que le costaba." Seguramente que en esas acusaciones hay sesgos motivados por las pasiones políticas; aún así, es claro que los negocios de Barrios se favorecían de su poder político. Véase Miguel Ángel García, *Diccionario histórico enciclopédico de la República de El Salvador*, Tomo 4. San Salvador, Tipografía La Salvadoreña, 1932, pág. 484.

⁷¹ Un panorama de la producción y el comercio interno para mediados del siglo XIX se encuentra en *Estadística general de la república de El Salvador (1858-1861)*, San Salvador, Academia Salvadoreña de la Historia, 1990. Para un análisis interesante del tema, véase Aldo Lauria-Santiago, *Una república agraria. Los campesinos en la economía y la política de El Salvador en el siglo XIX*. San Salvador, Dirección de Publicaciones e Impresos, CONCULTURA, 2002.

⁷² Véase Héctor Lindo, *La economía de El Salvador en el siglo XIX*, San Salvador, Dirección de Publicaciones e Impresos, 2002, cap. 5.

⁷³ Borland a Barrios, Sonsonate, 27 de junio de 1860. AGN-CGB, Tomo 4, exp. 118, 1860.

⁷⁴ Julio Lozano a Gerardo Barrios, Panamá, 30 de noviembre de 1862. AGN-CGB, Tomo 16, doc. 90.

⁷⁵ Lorenzo Campos a Gerardo Barrios, San Miguel, 18 de mayo de 1862. AGN-CGB, Tomo 16, doc. 16.

⁷⁶ Lorenzo Campos a Gerardo Barrios, San Miguel, 5 de agosto de 1862. AGN-CGB, Tomo 15, doc. 47.

⁷⁷ Lorenzo Campos a Gerardo Barrios, San Miguel, 8 de septiembre de 1862. AGN-CGB, Tomo 17, doc. 293.

⁷⁸ Lorenzo Campos a Gerardo Barrios, San Miguel, 29 de diciembre de 1862. AGN-CGB, Tomo 19, doc. 215.

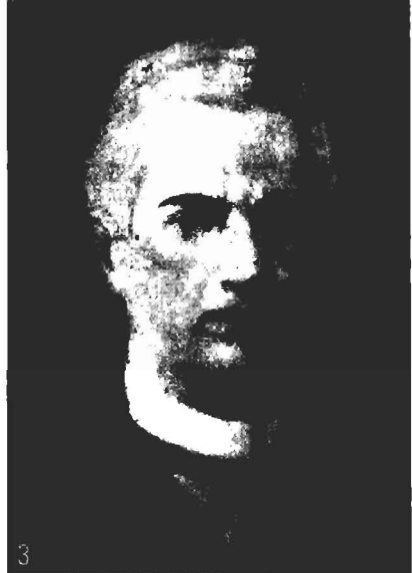
⁷⁹ Lorenzo Campos a Gerardo Barrios, San Miguel, 1 de diciembre de 1862. AGN-CGB, Tomo 19, doc. El énfasis es mío.

⁸⁰ Aldo Lauria Santiago, *Una república agraria...* pág. 336.

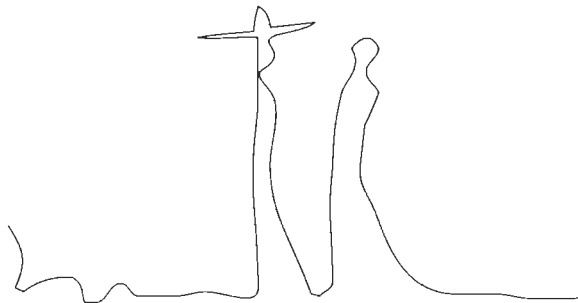
⁸¹ Véase, Geraldina Portillo, *La tenencia de la tierra en El Salvador. La Libertad, 1897-1901; Santa Ana, 1882-1884, 1897-1989*, San Salvador, Imprenta Criterio, 2006, págs. 52-56.

Cascon y kepis, 1863. (Círculo Militar, San Salvador).





- Calixto Molina y Lara
- Félix Quirós
- Trinidad Cabañas
- Joaquín Eufrasio Guzmán,
suegro de Barrios



PODER-SABER Y ESTADO EN EL SALVADOR (1931-1944)

Chester Urbina Gaitán

Haciendo uso de la arqueología foucaultiana, el autor hace un importante rastreo sobre las estrategias del poder en instituciones educativas y de salud pública en la época del martinato.

Introducción

En 1940, el Ministro de Gobernación, Trabajo, Fomento, Agricultura, Beneficencia y Sanidad, el General José Tomás Calderón, justificaba la matanza de 1932 dentro del interés por eliminar a todos aquellos que se opusieran al proyecto político de nación del régimen de Maximiliano Hernández Martínez: “Y es que para el fanático COMUNISTA, máxime si es asalariado, son hueros los vocablos luminosos: patriotismo, dignidad, honor, libertad y todo aquello que involucre MORAL INDIVIDUAL Y MORAL SOCIAL O COLECTIVA....”¹

La primera impresión que se desprende del párrafo anterior es que es el Estado —en este caso, a través de los militares— el creador de las distinciones para hacer lo debido y perseguir lo que para él es perjudicial. El que haya vergüenza es porque existe una figura que sanciona, no se debe a que ésta última sea superior en términos físicos, sino porque representa el modelo social normativo correcto que en el ámbito individual el sujeto ha introyectado como un super-yo, y por esto no puede cometer actos con una rama moral que representa el poder de la autoridad, no sólo porque rompería la fragilidad del acuerdo social, sino porque al mismo tiempo se estaría fallando a sí mismo, lo que implica tanto una vergüenza colectiva como una vergüenza personal.² Empero, estas ideas de Nietzsche no tuvieron un alcance verdaderamente nacional en El Salvador durante el período liberal.³ El proyecto estatal de fines del siglo XIX de articular y promover la idea de nación desde sus inicios estuvo lleno de dificultades. López apunta a que el entusiasmo inicial, en parte justificado por el rápido desarrollo de la caficultura, el fortalecimiento estatal y la construcción de la infraestructura nacional básica decayeron cuando se tuvo conciencia de lo difícil que era incorporar a toda la población a la era de progreso y modernización.

La "civilización de los indios" no se realizó, en parte porque áreas cruciales como la educación nunca se atendieron debidamente, pero también porque quienes tenían la capacidad de decidir no se tomaron la tarea en serio. Además, los indígenas no se mostraban dispuestos a aceptar una modernidad que en nada los beneficiaba. Sin embargo, fue más determinante el hecho de que los gobernantes liberales no tenían plena claridad de lo que buscaban. Ellos intentaban construir la nación salvadoreña por necesidad y a falta de mejores alternativas. Esto, debido a que ya que la reunificación de Centroamérica tardaba tanto en llegar, había que afianzarse en lo local, pero sin perder la esperanza de poder construir algo mejor.⁴

La incorporación del indio a la república cafetalera fue uno de los temas de discusión de los intelectuales finiseculares, para quienes el indio podía ser a lo sumo un vestigio curioso del pasado que buscaban dejar atrás. Es decir, el único espacio admisible para los indios era el de la leyenda; esta fue la opción que tomó Francisco Gavidía, tanto en sus escritos literarios como históricos.⁵

Ahora, a nivel de creación de una identidad nacional, ¿qué fue lo que varió en el país en cuanto a control social y de creación de políticas culturales a partir de la llegada al poder de Hernández Martínez? Para Roberto Turcios, a partir de 1931 las condiciones críticas y conflictivas de la depresión, que enfrentaban al sector concentrador y a la mayoría de los productores cafetaleros salvadoreños, dieron pie a la irrupción del ejército en la dirección política. Una vez conquistada la victoria militar sobre la insurrección, en enero de 1932, se promovió un proceso de reorganización estatal dirigido a suprimir los excesivos rasgos concentradores, aminorando los conflictos mediante la oferta de mejores condiciones, principalmente para los agricultores cafetaleros. En esta forma, el ejército asumió un papel directriz en la definición de las políticas del Estado dentro de una modalidad autoritaria.⁶

Para Everett Alan Wilson es durante el martinato que El Salvador se convierte en nación. Anteriormente, el país era poco más que una débil asociación de comunidades sin entidades administrativas bien desarrolladas. La población buscó las oportunidades personales y las normas sociales en las cofradías, las cooperativas, los sindicatos y las camarillas políticas locales. Sin embargo, después de los acontecimientos disociadores de principios de la década de 1930, estas asociaciones voluntarias y sus funciones fueron reemplazadas en gran medida por instituciones del gobierno nacional. En este proceso el Estado reconoció que las masas tenían derecho a ocupar un lugar en la vida nacional e intervino para mantener la producción económica, la estabilidad social y la continuidad administrativa.⁷

Los servicios sociales del régimen de Hernández Martínez se quedaron cortos respecto de lo necesario. La educación, principalmente, careció de recursos y proyección. El gobierno, sin embargo, cooperó con las agencias internacionales para controlar la malaria y ayudó a los pequeños agricultores a combatir las plagas de insectos que regularmente asolaban sus cultivos. Los programas de crédito rural, las cooperativas de productores avaladas por el Estado y las medidas de asistencia social bajo Martínez no llegaron hasta el nivel de los trabajadores rurales, pero sí confirmaron el papel del Estado de proveer oportunidades económicas y mejoras sociales.⁸

A diferencia de la sociedad poco organizada del siglo XIX y de principios del siglo XX, la república asumió un carácter nacional distintivo. Si bien es cierto que el ideal de la confederación centroamericana seguía fuerte, los salvadoreños definieron sus aspiraciones e intentaron resolver sus problemas dentro de un contexto nacional.⁹

Para el caso de las comunidades indígenas del occidente salvadoreño, Patricia Alvarenga destaca que luego de la masacre de 1932, la política paternalista de Martínez, especialmente evidente en relación con los indígenas, pretendía constituirse en una política que regiría, en general, sus relaciones con los grupos subalternos. Martínez buscaba cimentar su hegemonía en la justicia. Este concepto de justicia no cuestionaba las relaciones sociales, sino que consistía en ofrecer a los grupos subalternos la intervención del Estado y, si fuese necesario, su protección cuando los poderosos transgredieran los límites de la legitimidad.¹⁰

Es ante todo esto que el presente artículo trata de responder a las siguientes interrogantes: ¿cuál fue el proyecto de control social y de morigeración de las costumbres de los sectores populares de la dictadura de Maximiliano Hernández Martínez?, ¿cómo se articuló?, ¿quiénes lo llevaron a cabo?, ¿qué alcances y limitaciones tuvo? y ¿cómo fue usado el poder-saber en la conformación de nuevas identidades?

1. Beneficencia, control médico e identidades

Para Patricia Alvarenga, durante el período 1880-1932 en El Salvador se configuró un sistema de dominación que clausuró las vías hacia la concertación social. En este sistema político el terror continuó siendo pieza clave, pero adquirió nuevas dinámicas en las que los diversos sectores sociales participaron como víctimas y victimarios. Cabe destacar que los límites entre sociedad civil y aparato represivo se diluyeron a tal punto que la proliferación de ocasionales colaboradores campesinos y de una infinidad de pequeños cuerpos represivos formados por alcaldes y terratenientes generó una escalada creciente de violencia.¹¹

Desde el punto de vista de la teoría foucaultiana se debe rescatar la tesis de que no existe una instancia puntual del poder: “El poder en el sentido substantivo no existe... La idea de que hay algo situado en –o emanado de– un punto dado, y que ese algo es un ‘poder’, me parece que se basa en un análisis equivocado ... En realidad el poder significa relaciones, una red más o menos organizada, jerarquizada, coordinada.”¹² El estatuto ontológico del poder no es el de un “ente objeto”, sino el de un complejo sistema de relaciones.

El poder es relación y circulación de fuerzas. Por lo tanto, no surge después que se ha estructurado el todo social, sino que es elemento de su conformación. Desde el poder se construye a la sociedad. No es una camisa de fuerza que se le impone a la sociedad para regular lo que esta produce, sino que desde el principio sociedad y poder interactúan, produciéndose uno al otro. Por lo tanto, todo fenómeno social, toda relación social, es vehículo y expresión del poder. Este no radica en exclusiva en un sector –en este caso, el de los aparatos institucionales públicos, o Estado– sino que existe una multiplicidad de centros, de vectores de fuerza; los aparatos son sólo puntos de especial densidad, pero en modo alguno espacios en los que se confina el poder.

De lo anterior se nota que para Foucault el poder se explica sólo por sí mismo. Esta visión social no permite comprender la interrelación que existe entre el interés económico y el poder. “El poder tiene siempre un fundamento preciso: la explotación, la extracción de plusvalía”.⁴³ En el análisis de Foucault es básica la noción de la sociedad disciplinaria, la cual se caracteriza porque el régimen de producción de la verdad se constituye a través de una red de dispositivos y aparatos que producen y regulan tanto costumbres como hábitos y prácticas sociales.

La sociedad disciplinaria se pone en marcha a través del aseguramiento de la obediencia a sus reglas, procedimientos y mecanismos de inclusión y de exclusión, aseguramiento que se logra por medio de instituciones disciplinarias como la prisión, la fábrica, el asilo, el hospital, la

escuela, etc., las cuales estructuran el terreno social y presentan lógicas adecuadas a la “razón” de la disciplina. La sociedad disciplinaria se asienta sobre el control social de los sectores subalternos. Se entenderá por control social: “...el conjunto de instituciones, estrategias y sanciones sociales que pretenden promover y garantizar dicho sometimiento del individuo a los modelos y normas comunitarias”.¹⁴

Desde el principio de su régimen Maximiliano Hernández Martínez postula su interés en “civilizar” a los sectores populares. En la *Memoria de Gobernación, Trabajo, Fomento, Agricultura, Beneficencia y Sanidad* de 1932, el Ministro de estas carteras aclara que el Presidente Hernández Martínez había creído encontrar la fórmula salvadora del país en una acción lenta que tenga por objeto la elevación progresiva del nivel medio de las clases populares. Según el mandatario, estos sectores carecían de habitación en qué vivir, de alimento saludable y suficiente, de ropa decorosa, de instrucción adecuada, de sistema higiénico de vida y hasta de las más rudimentarias ideas de moral.

Para el gobernante, la manera de elevar el nivel de vida del proletariado no podía ser otra que la de crear necesidades. Las necesidades son la civilización. Cuando se haya sembrado las necesidades corporales y las morales y las intelectuales, la labor estaría cumplida, a condición, sin embargo, de que al mismo tiempo de que existan las necesidades se hayan creado los medios para satisfacerlas o en su defecto, la capacidad indispensable para que cada uno, por sí mismo buscara y consiguiera esos medios.¹⁵

En 1932 se dispuso el traslado al Asilo Sara de muchos asilados en el Hospital Rosales que padecían enfermedades incurables, o que estaban, únicamente, imposibilitados para el trabajo, ya fuera por su avanzada edad, o por defecto físicos.¹⁶ También en este año el Director General de Sanidad visitó la mayor parte de El Salvador con el fin de obtener una visión más completa del estado sanitario del país.¹⁷

También en este año se procuraba extender la divulgación de los principios higiénicos e ir acostumbrando al pueblo a tener el verdadero concepto de la sanidad. Tratando de formar una conciencia sanitaria, se inició una serie de conferencias que fueron dictadas por el Director General de Sanidad, Dr. David Escalante, en algunas poblaciones de los departamentos. Las conferencias fueron acompañadas con proyecciones cinematográficas y con diapositivas.

El Dr. Escalante dictó otras conferencias sobre temas higiénicos en los Regimientos Militares de San Salvador, siendo escuchado por la oficialidad y tropa de la Guardia Nacional, Primer Regimiento de Artillería y Primer Regimiento de Caballería.¹⁸

Para 1934 el Manicomio Central empleaba procedimientos médicos modernos en el tratamiento de los dementes, principalmente con las Sales de Schüller, los cuales habían tenido muy buen éxito.¹⁹ Un año después los internos de este centro médico por primera vez usaban uniformes de buena tela y de un estilo y confección que se estudió esmeradamente.²⁰

Sobre el Hospital Psiquiátrico “Asilo Salvador” se conoce que fue abierto en 1940. Doña Carlota Mejía, viuda del ex Presidente de la República, General Rafael Antonio Gutiérrez, donó sus pendientes de oro valorados en diez mil colones para que este centro se construyera.²¹ Lo anterior confirma lo que Alvarenga ha señalado en el sentido de que los sectores dominantes salvadoreños convertían la caridad en mecanismo legitimador de su riqueza y poder. La caridad permitía a la clase dominante reafirmarse como grupo social creando elementos culturales que consolidaban su identidad. A través de estos valores compartidos se afirmaban como grupo diferente y, especialmente, superior al resto de la sociedad. Por ello las familias poderosas se aseguraron de mantener el monopolio de la caridad.²²

Sin embargo debe advertirse que este interés social se basaba no sólo en un altruismo desinteresado, sino como plantea Pratt: “...esa filantropía requiere que la persona beneficiada debe llevar una vida buena, lo que significa en un análisis final, que esté dispuesta a aceptar el modo de vida burgués, aunque solo como ideal al que nunca podrá acceder. Así la filantropía es una especie de control moral... en último extremo el apoyo material es un medio de combatir el desorden moral”.²³ En definitiva, es un medio de control y de asegurar la dependencia de aquellos a los que se da asistencia. Se espera, por tanto, que la persona que recibe la asistencia desarrolle un comportamiento adaptado a las normas y valores de la clase media benefactora, sin tener acceso a la situación de privilegio del grupo social que le es puesto como referencia, como modelo a alcanzar pero... inalcanzable. Por el contrario, si el sujeto que recibe asistencia desarrolla un comportamiento que no sigue aquel que le es puesto como modelo a imitar, dejará de recibir asistencia y se tomarán medidas represivas para reconducir su comportamiento.

Con respecto al nacimiento del hospital como lugar donde los enfermos se curan, esto es un concepto moderno que se ubica a fines del siglo XVIII. El hospital que funcionaba en Europa desde la Edad Media no había sido concebido para curar: era fundamentalmente un lugar para ir a morir. El personal hospitalario no estaba pensado para curar al enfermo, sino para conseguir su salvación haciendo obras de misericordia. El hospital servía para salvar el alma del pobre en el momento de su muerte y también la del personal que lo cuidaba.

Otra función que se esperaba del hospital era separar a los individuos peligrosos para garantizar la salud física y moral de la población. Es así como en el hospital se amontonaban enfermos terminales, locos y prostitutas sin intervención médica.

Debido a razones de orden económico —como el precio atribuido al individuo (con la introducción del fusil, el costo de formación de un soldado aumenta notoriamente—, y también la necesidad de evitar la propagación de las epidemias, explican la intervención de la disciplina en los hospitales: el poder le es conferido al médico. Con la presencia del médico, se comienza a organizar un sistema de registro que transmita la información clínica, donde se adopta el registro de cada sala, el de enfermería, las recetas y finalmente la obligación de que los médicos confronten sus experiencias y sus registros. De esta manera el hospital se constituye no sólo en un lugar de cura, sino de adquisición de conocimientos. La clínica aparece como dimensión esencial del hospital en tanto lugar de capacitación y transmisión del saber.

En este proceso de control social surge la anatomopolítica que se caracteriza por ser una tecnología individualizante del poder, basada en el escrutar en los individuos, sus comportamientos y su cuerpo con el fin de anatomizarlos, es decir, producir cuerpos dóciles y fragmentados. Está basada en la disciplina como instrumento de control del cuerpo social penetrando en él hasta llegar hasta sus átomos; los individuos particulares. Vigilancia, control, intensificación del rendimiento, multiplicación de capacidades, emplazamiento, utilidad, etc. Todas estas categorías aplicadas al individuo concreto constituyen una disciplina anatomopolítica.²⁴

Con respecto a la invención del loco y de otras “otredades” durante la dictadura martinista se debe decir que, en el marco del proyecto moderno, tal como lo ha mostrado Foucault, las ciencias humanas contribuyeron a crear este perfil en la medida en que formaron su objeto de conocimiento a partir de prácticas institucionales de reclusión y secuestro. Cárceles, hospitales, manicomios, escuelas, fábricas y sociedades coloniales fueron los laboratorios donde las ciencias sociales obtuvieron a contraluz aquella imagen de “hombre” que debía impulsar y sostener los procesos de acumulación de capital. Esta imagen del “hombre racional” se derivó contrafácticamente mediante el estudio del “otro de la razón”: el loco, el indio, el negro, el desadaptado, el preso, el homosexual y el indigente. La construcción del perfil de subjetividad que requería el proyecto moderno exigía entonces la supresión de todas estas diferencias.²⁵

La medicina tiene un papel fundamental en este proceso, es un poder-saber que actúa a un tiempo sobre el cuerpo y la población, sobre el organismo y los procesos biológicos. Por esto la medicina tiene efectos disciplinarios y de regulación. La estrategia de la biopolítica decide lo que debe vivir y lo que debe morir: el racismo es lo que permite fragmentar la masa social sobre la que domina el biopoder, dividirla entre lo normal de la especie y lo degenerado. La raza y el racismo son —en una sociedad de normalización— la condición de aceptabilidad de matar. Matar no solamente se refiere al asesinato, sino a todo lo que puede ser muerte indirecta, es decir, al hecho de exponer a la muerte tanto física como política.²⁶

Acerca del control de las enfermedades venéreas durante el martinato se conoce que para 1933 la clínica encargada del control de dichas enfermedades se encontraba bajo la dirección del Dr. Alberto E. Chávez. Este médico les había dictado a los enfermos asistentes al hospital noventa y seis conferencias sobre la manera en que se adquieren las enfermedades venéreas, y como es de difícil y larga su curación, sobre todo cuando su tratamiento no se inicia a tiempo, ni se pone en manos de un médico.²⁷ En este mismo año se había atendido 624 pacientes por contagio de sífilis y lesiones venéreas y 720 mujeres por los mismos padecimientos.²⁸

Este centro médico trabajaba todas las noches sin interrupción y con los mejores resultados, habiendo asistido en 1934 a 3.381 enfermos.²⁹ Esto evidencia un aumento en los contagiados por enfermedades de transmisión sexual pasando de 1.344 en 1933 a 3.381 un año después.

Este hospital tenía serias deficiencias en sus instalaciones, debido a que le hacían falta un mejoramiento del servicio de aguas, la construcción de fosas sépticas y la reparación de baños y letrinas. Además, su labor no era del todo eficiente principalmente porque al existir una fuerte escasez de policías, la vigilancia y el control de las meretrices no era la óptima.³⁰

2. Delictividad, control territorial y educación

El régimen político que aquí se estudia pretendió, con la instauración de la Cédula de Vecindad, que los salvadoreños contaran con un documento de identificación, el cual era exigido en todo acto trascendental de la vida civil y política de los habitantes del país.³¹ El uso de la Cédula de Vecindad también permite señalar que la relación entre el Estado y los ciudadanos no puede ser sólo jurídica, sino que debe mostrar también una cierta dimensión emocional o patriótica. Por consiguiente, puesto que no se puede entablar una relación emocional con lo universal, abstracto y anónimo, esto lleva a pensar que la cohesión social que se comienza a gestar en el Estado salvadoreño a partir de esta época comienza a depender del cuidado y la valoración de la propia identidad nacional. Es más, podría pensarse que la conciencia de identidad nacional para el martinato fue no sólo conveniente sino indispensable para que pudiera establecerse una auténtica "convivencia estatal" entre los ciudadanos.

Las personas arrestadas durante 1932 fueron 34.626, de las cuales 31.263 (90%) fueron hombres y 3.362 (10%) mujeres. Los delitos más comunes entre los hombres fueron: por ebriedad, 14.495 personas arrestadas; por vagancia, 3.379; por otras faltas, 1.847 y por hurto, 1.273. Por otra parte, las causas más comunes de arresto entre las mujeres fueron: por ebriedad, 944; por otras faltas, 450; por escándalo, 397 y por riña, 304.³²

Con el fin de hacer más efectiva la represión de la vagancia y la criminalidad, se emitió la Ley del 17 de julio de 1940, para someter al régimen de seguridad y corrección a los vagos y maleantes.³³ Sobre la evolución histórica de la delincuencia durante la dictadura martinista se tienen los datos que aparecen en el Cuadro No.1:

CUADRO NO. 1
Movimiento de la delincuencia en el salvador
1931-1944

AÑOS	PERSONAS INDICIADAS		TOTAL DE DELINCUENTES
	HOMBRES	MUJERES	
1931	4.561	532	5.093
1932	5.003	564	5.567
1933	5.196	661	5.857
1934	5.680	673	6.353
1935	5.112	568	5.680
1936	5.855	519	6.374
1937	—	—	—
1938	—	—	—
1939	5.686	764	6.450
1940	5.775	932	6.707
1941	5.686	764	6.450
1942	1.609	436	2.045
1943	6.821	1.012	7.833
1944	—	—	—

Del cuadro anterior se desprende que en los primeros años de la dictadura de Hernández Martínez se elevó el número de delincuentes, de 5.093 en 1931, a 6.353 en 1934, cifra que descendió a 5.680 en 1935, lo cual se explica con el hecho de que las elecciones presidenciales de este último año influyeron en la disminución de la represión en todo el país, principalmente en las regiones del centro y occidente. Sin embargo, el número de personas indiciadas sube nuevamente en 1936 a 6.374 hasta disminuir en 1942 a 2.045. Un año después, ante la inconformidad con la dictadura, la persecución en El Salvador se recrudece para llegar a 7.833 los casos de personas arrestadas.

Con respecto a los delitos cometidos en 1935 se tiene que estos ascienden a un total de 5.337. De este total, 2.570 (48%) se ejecutaron contra las personas, 1.502 (28%) contra la propiedad y 557 (10.5%) contra la libertad y la seguridad. Cabe resaltar que un número significativo de ellos se realizaron en San Salvador, ciudad capital donde había un mayor control policial. Así se tiene que del total de delitos contra las personas 407 (7.5 %) se llevaron a cabo en la capital. De igual manera, 370 delitos se ejercieron contra la propiedad y 105 contra la libertad y seguridad se ejecutaron en el mismo centro urbano.³⁴

El control social en las cárceles durante el martinato se restringió al aprendizaje de oficios de los presos. En el Reformatorio de mujeres de San Salvador, a las reas se les enseñaba el corte y confección de prendas de vestir. En la Penitenciaría Central los reclusos se dividían en aprendices de oficios como carpintería, sastrería, zapatería, herrería, hojalatería, barbería, pequeña industria, juguetería y talabartería. Por otra parte, en la Penitenciaría Occidental y Presidio Preventivo Anexo de Santa Ana era obligada la puntual asistencia de los reos a las clases de Lectura, Lenguaje, Escritura, Aritmética, Geometría, Geografía, Dibujo e Higiene.³⁵

Durante este período histórico las revistas de criminología transmitían una visión criminológica positiva que se basaba en la observación de la cara del delincuente. Estos textos no le atribuían ninguna característica criminal a los aspectos físicos; sino que servían para que los agentes de la policía se guiaran para identificar criminales ya conocidos. El énfasis es en los cuerpos, la cara, en cómo se ve el criminal.³⁶

Pese al interés por modernizar las instituciones médicas y velar por la “regeneración moral” de los salvadoreños, el Estado obtenía una renta importante a través de la venta de licores. En este sentido el contrabando de aguardiente pasó a ser perseguido hasta donde el exiguo control policial a un nivel nacional lo permitía.

Asimismo, el gobierno de Hernández Martínez utilizaba la frecuencia de la Radiodifusora Nacional Y.S.S. “Alma Cuscatleca” para la difusión de leyes, disposiciones gubernamentales, circulares, etc. También se transmitía noticias periodísticas, y toda clase de propaganda en fomento del turismo, junto con la radiodifusión de música selecta, clásica y criolla ejecutada por los mejores grupos artísticos nacionales y por los más afamados cantantes internacionales.³⁷

Esta misma radioemisora ponía énfasis especial en sus transmisiones en torno a la moralidad pública al no permitir espectáculos y exhibición de películas que de alguna manera pudieran ofender el pudor o estuvieran en pugna con las buenas costumbres.³⁸ El uso regular de la radio por parte de Hernández Martínez conlleva una nueva forma de ejercicio del poder diferente a la utilizada por los gobernantes anteriores. Históricamente y desde su aparición, los medios masivos de comunicación han sido empleados con algún fin desde sectores privados y públicos, y en los que siempre se ha disuelto el concepto de poder.

Los medios —como instrumentos— han servido para propagar y reproducir ideologías diferentes en forma de valores, testimonios y opiniones. Ubicadas en un circuito económico, la producción, circulación y consumo de mensajes mediales ha posibilitado una mayor o menor influencia sobre los sectores sociales.

Los medios, como parte integrante de la sociedad civil, enseñan una honda vinculación con el Estado. La comunicación social se ubica bajo un sistema de producción específico —el capitalismo de monopolio estatal— y marca como algunas de sus funciones principales las de ser un factor constitutivo del sistema de dominio y de legitimación ideológica: “Gracias a la peculiaridad estructural del Estado y las emisoras en el proceso de reproducción de la sociedad, existe la posibilidad de establecer ideológicamente la estructura de compromiso requerida para la política estatal de mediación de los intereses del capital, y de capacitar de esta forma a los medios de transmisión para que completen activamente la función material del Estado en el proceso de producción del capital con una función ideológica y eventualmente incluso con una función igualmente material.”³⁹

Desde la óptica foucaultiana, la utilización de los medios de comunicación por parte de Hernández Martínez permite entrever que sus discursos sociales aparecen cargados de mecanismos de control y producción de la subjetividad, definitorios de lo que es verdadero, de lo que es posible de conocer y de los sujetos que son capaces de participar en este proceso social, emergiendo la descontextualización de la historicidad propia del discurso planteado como verdad.⁴⁰

Sobre la estructuración del proyecto de dominación de la dictadura martinista se cuenta con los datos económicos relativos a la distribución del presupuesto de la República en las diferentes carteras que ejercieron un mayor control social de la población salvadoreña. Estas cifras se exponen en el Cuadro No.2 que se presenta a continuación:

CUADRO NO. 2
Distribución del presupuesto de la República
1931-1944

AÑO	GOBIERNO	SANIDAD	BENEFICENCIA	DEFENSA	EDUCACIÓN	TOTAL
1931	¢ 2.327.889.16	¢ 255.209.40	¢ 705.019.13	¢ 1.554.783.58	¢ 3.194.954.19	¢ 17.445.681
1932	—	—	—	—	—	—
1933	—	—	—	—	—	—
1934	¢ 2.343.598.68	¢ 200.781.73	¢ 500.089.63	¢ 1.431.143.12	¢ 2.904.888.47	¢ 15.634.066.68
1935	—	—	—	—	—	—
1936	¢ 2.531.255.27	¢ 245.552.83	¢ 597.858.26	¢ 1.605.741.06	¢ 4.086.731.77	¢ 19.871.904.08
1937	¢ 2.843.210.94	¢ 287.717.79	¢ 661.165.85	¢ 1.832.786.40	¢ 3.612.169.45	¢ 27.000.981.2
1938	—	—	—	—	—	—
1939	—	—	—	—	—	—
1940	¢ 2.850.885.92	—	¢ 446.798.92	¢ 2.189.620.93	¢ 3.570.455.79	¢ 20.106.791.17
1941	¢ 2.729.993.10	—	¢ 442.109.40	¢ 2.154.526.26	¢ 3.495.431.99	¢ 15.545.086
1942	¢ 2.837.816.23	—	¢ 480.459.82	¢ 2.224.398.16	¢ 3.451.832.49	¢ 20.291.755.40
1943	—	—	—	—	—	—
1944	—	—	—	—	—	—

El análisis de las asignaciones de los diferentes Presupuestos de Gastos del país durante el período 1931-1944 demuestra que la cartera de Instrucción Pública absorbió entre el 8 % y el 11 %, en tanto que la cartera de Guerra recibió entre el 17 % al 20.5 %. Estas cifras evidencian que a un nivel general la cartera de Guerra obtuvo un poco más del doble en dinero que la cartera de Instrucción Pública.

Anderson ha resaltado que la forma de dominación del régimen martinista se asentó sobre la base de un brutal Estado policiaco, donde el dictador al verse influido por corrientes filosóficas como el espiritismo y el ocultismo no pudo estructurar una visión hegemónica de alcance

nacional en su gobierno. Después de 1935 Martínez mostró su incompetencia al no poder hacerle frente a problemas sociales como el crecimiento demográfico y la migración del campo a San Salvador.⁴¹

Creo que los planteamientos anteriores aluden a una parte de la actuación política de Martínez, y no toman en cuenta cierto grado de modernización institucional y de control ideológico ideado por este gobernante. Lo anterior se ilustra con la Reforma del Reglamento de Enseñanza de Ciencias y Letras de 1936, donde se declara que la Cívica, la Moral y la Urbanidad se enseñarían en todos los cursos y en todo momento de la vida escolar.⁴²

Sobre los contenidos de los Programas de Moral, Cívica y Urbanidad a un nivel general tratan temáticas relativas a la conservación de la vida, la higiene corporal, el ser humano normal y el anormal, la reeducación de los inadaptados, las alteraciones psíquicas en las enfermedades, el hogar como primera escuela moral y económica del ser humano, la necesidad de la cortesía en sociedad, el modo de conducirse en la mesa, en la sala y en el dormitorio, el modo de conducirse en los velorios y enterramientos, la urbanidad en los deportes y el respeto a las creencias religiosas ajenas.⁴³

En 1936 las autoridades nacionales consideraban que era deber primordial de los Poderes Públicos tributar –en forma perenne– merecido honor a la Patria, y que uno de los medios adecuados al respecto era el inculcar en la mente de las generaciones presentes y futuras el concepto elevado que ostentan la Bandera y Escudo Nacionales. Todo esto llevó a que se declarara obligatorio el uso de la leyenda “Dios, Unión y Libertad” al final de todas las comunicaciones de carácter oficial, sustituyéndose con ella las fórmulas acostumbradas de índole personal.⁴⁴

3. Conclusiones

La dictadura de Maximiliano Hernández Martínez permitió la centralización del poder en El Salvador y el establecimiento de cierto tipo de control social, asentado principalmente en San Salvador y el mundo cafetalero del occidente del país. La transmisión de contenidos moralistas y cívicos permite señalar el interés ideológico de este tipo de régimen político en trastocar las pautas tradicionales de relación e identificación culturales, y su encauzamiento en un tipo de “convivencia estatal”.

El tipo de “sociedad disciplinaria” surgida en estos años giró alrededor de la transmisión de valores burgueses, el mantenimiento de una economía capitalista y una jerarquía de clase,

reactivos culturales que terminarían fortaleciendo su posición fuertemente anticomunista. Empero, la identificación, cierta modernización de la medicina y de las instituciones carcelarias y psiquiátricas, la utilización del ejército en la alfabetización de los campesinos que llegaban a prestar su servicio militar y la promoción de valores y contenidos nacionalistas a través de la radio tuvieron como objetivo la promoción de un nacionalismo oficial y el surgimiento de subjetividades ligadas a la práctica del saber-poder.

Las políticas anteriores no tuvieron un verdadero alcance nacional debido a la época de crisis por la cual transitó el “Martinato” y a que el régimen se asentó sobre el mantenimiento del orden político y económico haciendo uso del ejército y de la Guardia Nacional, es decir de la represión, lo cual se evidencia en el apoyo económico a estas dependencias estatales. Sin embargo, el ejercicio de esta coerción directa sobre la población, no impide el reconocimiento del impulso por parte del Estado salvadoreño de una política cultural que refirió aquellos elementos de una denominada “cultura nacional” a su ejercicio “paternal” y “pastoral” del poder, finalmente, la mejor manera de imponer por otros medios la férrea jerarquía social que permitirá sostener sus bases fundacionales asidas a la experiencia liberal.

Aunque con el régimen de Hernández Martínez se evidencia que el poder estaba incorporando parcialmente la organización de las mentes y cuerpos de los sujetos; sin embargo, el poder a un nivel general se continuó ejerciendo por fuera de las instituciones. Es decir, el disciplinamiento y control social ejercido iban dirigidos dentro de la lógica de fijar a los sujetos dentro de las instituciones, pero no alcanzó el punto de impregnar y controlar por completo las conciencias y los cuerpos.

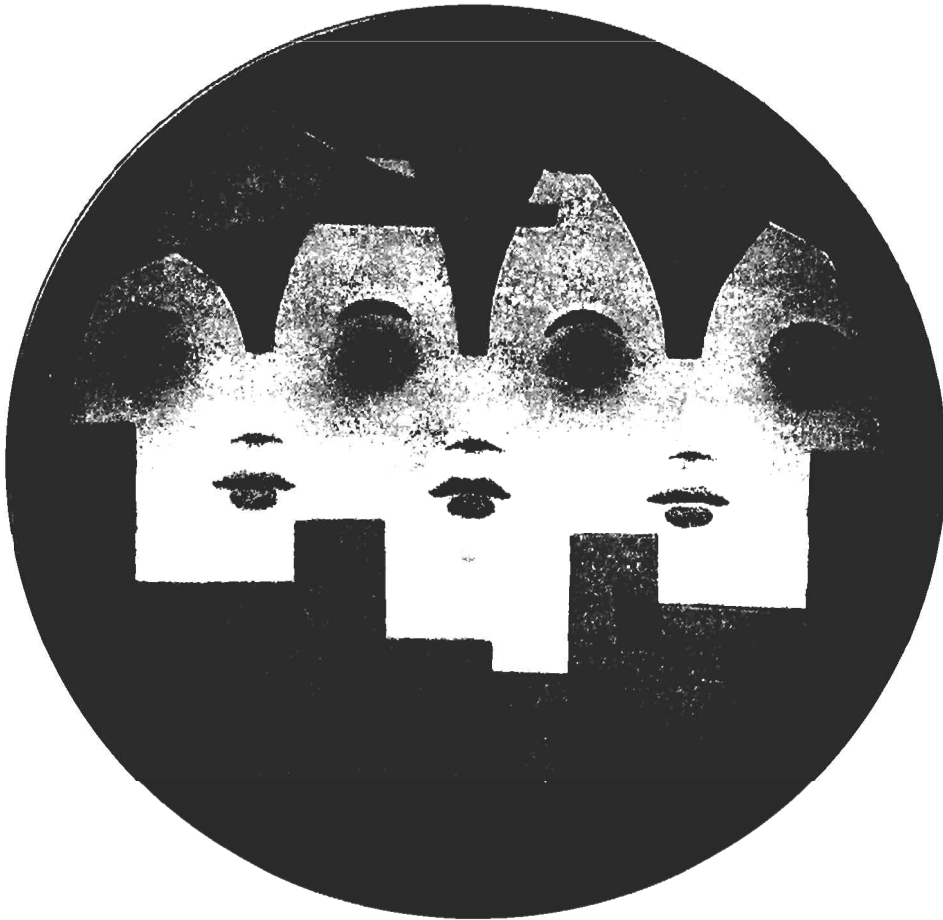
La política de exclusión del martinato se tradujo en la ausencia de incorporación de una parte significativa de la sociedad nacional, negándole sus derechos de ciudadanía, como la igualdad de tratamiento ante la ley y las instituciones públicas, e impidiendo su acceso a la riqueza producida en el país.

Para concluir se hace imperativo señalar que los planteamientos de Foucault son valiosos en el sentido de que denuncian los métodos sofisticados que tiene el Estado industrial europeo para oprimir al hombre; donde las instituciones se articulan para eso, sea la escuela, el hospital, la iglesia, el cuartel, etc. Empero, estas instituciones carcelarias no cumplieron el mismo rol en El Salvador donde la violencia ejercida por el régimen de Hernández Martínez –principalmente en 1932– no “perturbó” las conciencias sino que las mató. Debido a esta insuficiencia institucional es que se explica que el poder del Estado se expresara por medio de la fuerza.

NOTAS

- ¹ Calderón, José Tomás. *Anhelos de un ciudadano*. San Salvador: Tipografía La Unión, 1951. p.239.
- ² Uno de los elementos de orden ideológico que la religión cristiana produce y que lo incorpora al orden civilizatorio es la noción de culpa. Nietzsche ubica el germen de este sentimiento en la relación acreedor-deudor. Al respecto véase: Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*. México D.F.: Alianza Editorial Mexicana, 1989. También se recomienda la lectura de: O' Donell, Guillermo. *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires: Paidós, 1997.
- ³ Al respecto, Iván Molina refiere que “los círculos de políticos e intelectuales de El Salvador carecieron de un proyecto similar a finales del siglo XIX: 'civilizar' y 'nacionalizar' a los grupos populares, en su mayoría analfabetas, e indígenas en una proporción significativa, no era parte de su agenda. La cultura impresa que se configuró en tales circunstancias fue claramente folletinesca, dominada por las tesis y los textos oficiales e institucionales de carácter formal (memorias, reglamentos, estatutos y otros por el estilo). La producción literaria, histórica y geográfica fue escasa y esporádica, una tendencia acorde con el tardío y errático proceso de 'invención' de la nación. Este último constituye, a su vez, un indicador de la brecha que separaba a la intelectualidad salvadoreña del conjunto de su sociedad.” Para una mayor información véase: Molina, Iván. “Cultura impresa e identidad nacional a fines del siglo XIX Una perspectiva comparativa”. Artículo contenido en: www-gewi.uni-graz.at/jbla/JBLA_Band_38-2001/131_156.pdf
- ⁴ López Bernal, Carlos Gregorio. *Proyecto liberal de nación en El Salvador. 1876-1932*. Tesis para optar al grado de Maestría en Historia. Universidad de Costa Rica. 1998.
- ⁵ López, Carlos Gregorio. “La historia cultural en El Salvador: Un campo de estudio en ciernes”. En: “Diálogos”. Revista Electrónica de Historia. Universidad de Costa Rica. Escuela de Historia. Vol. 6. No. 2 Agosto 2005 - Febrero 2006. En: <http://www.ts.ucr.ac.cr/~historia/sitio/artic.html>
- ⁶ Turcios, Roberto. *Autoritarismo y modernización. El Salvador 1950-1960*. Segunda edición. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2003. pp.22-23.
- ⁷ Wilson, Everett Alan. *La crisis de la integración nacional en El Salvador, 1919-1935*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2004. p.201.
- ⁸ *ibid.* p.229.
- ⁹ *ibid.* p.230.
- ¹⁰ Alvarenga, Patricia. “Los indígenas y el Estado: alianzas y estrategias políticas en la construcción del poder local en El Salvador, 1920-1944”. En: Euraque, Darío E., Gould, Jeffrey L., y Hale, Charles R. *Memorias del mestizaje. Cultura política en Centroamérica de 1920 al presente*. Guatemala: CIRMA, 2004. pp.363-394.
- ¹¹ Alvarenga Venutolo, Patricia. *Cultura y ética de la violencia. El Salvador 1880-1932*. San José: EDUCA, 1996.
- ¹² Foucault, Michel. *Power/Knowledge*. Pantheon Books, New York: Pantheon Books, 1980. p.198.
- ¹³ Poulantzas, Nicos. *Estado, poder y socialismo*. Madrid: Siglo XXI, 1979. p.179.
- ¹⁴ García-Pablos de Molina, Antonio. *Manual de Criminología*. Madrid: Espasa Universidad, 1988. p.105. En: Gil, José Daniel. “Controlaron el espacio, hombres, mujeres y almas. Costa Rica: 1880-1920”. En: “Repertorio Americano”. Nueva Época. No.7. Enero-junio de 1999. Heredia: Editorial de la Universidad Nacional. p.2.
- ¹⁵ *Memoria de Gobernación, Trabajo, Fomento, Agricultura, Beneficencia y Sanidad de 1932*. San Salvador: Imprenta Nacional. p.10.
- ¹⁶ *Ibid.* p.309.
- ¹⁷ *Ibid.* p.391.
- ¹⁸ *Ibid.* p.392.
- ¹⁹ *Ibid.* p.237.
- ²⁰ *Memoria de Gobernación, Trabajo, Fomento, Agricultura y Asistencia Social de 1935*. San Salvador: Imprenta Nacional. pp.307.

- ²¹ *Ibid.* p.66.
- ²² Alvarenga Venutolo, Patricia. *op.cit.* 1997. p.7.
- ²³ Pratt, A. *Los salvadores del niño o la invención de la delincuencia.* Madrid: Siglo XXI, 1983.
- ²⁴ En este sentido la obra fundamental de consulta es: Foucault, Michel. *El nacimiento de la clínica: una arqueología de la mirada médica.* Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.
- ²⁵ González Stephan, Beatriz: "Modernización y disciplinamiento. La formación del ciudadano: del espacio público y privado". En: González Stephan, B.; Lasarte, J.; Montaldo, G.; y, Daroqui, M.J. (compiladores). *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina.* Caracas: Monte Ávila Editores, 1995. Asimismo, no se puede dejar de citar: Foucault, Michel. *Historia de la locura en la época clásica.* México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1996. Volúmenes I y II., y del mismo autor: *Microfísica del Poder.* Madrid: La Piqueta, 1992.
- ²⁶ Foucault, Michel. "Hacer vivir y dejar morir: la guerra como racismo". En: *Fin de siglo.* s.e.1991. p.19.
- ²⁷ *Memoria de Gobernación, Trabajo, Fomento, Agricultura, Beneficencia y Sanidad de 1933.* San Salvador: Imprenta Nacional. p. 411.
- ²⁸ *Ibid.* p.412.
- ²⁹ *Memoria de Gobernación, Trabajo, Fomento, Agricultura, Beneficencia y Sanidad de 1934.* San Salvador: Imprenta Nacional. p. 271.
- ³⁰ *Memoria de Gobernación, Trabajo, Fomento, Agricultura, Beneficencia y Sanidad de 1933.* San Salvador: Imprenta Nacional. pp. 412-413.
- ³¹ *Memoria de Gobernación, Trabajo, Fomento, Agricultura y Asistencia Social de 1942.* San Salvador: Imprenta Nacional. p. 30.
- ³² *Ibid.* p.184.
- ³³ *Actuación del Poder Ejecutivo en las Carteras de Gobernación, Trabajo, Fomento, Agricultura y Asistencia Social en el Año de 1940.* San Salvador: Imprenta Nacional.
- ³⁴ *Memoria de Hacienda, Crédito Público, Industria y Comercio de 1935.* San Salvador: Imprenta Nacional, 1936. p.268.
- ³⁵ Informe de Labores del Ministro de Relaciones Exteriores y Justicia Dr. Miguel Ángel Araujo de 1935. En: *Diario Oficial.* Sábado 29 de febrero de 1936. Tomo 120. No. 50. pp.530-532.
- ³⁶ Moodie, Ellen. "Cómo rastrear al delincuente salvadoreño en el siglo XX". En: *Memoria del primer encuentro de Historia de El Salvador 22-25 de julio de 2003.* San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos. p.232.
- ³⁷ *Ibid.* p.59.
- ³⁸ *Ibid.* p.10.
- ³⁹ Holzer, H. *Sociología de la Comunicación.* Axal: 1978. p.179.
- ⁴⁰ Foucault, Michel. *El orden del discurso.* Tusquets, Barcelona: Tusquets, 1970.
- ⁴¹ Anderson, Thomas R. *El Salvador, 1932: Los sucesos políticos.* Tercera edición. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresiones, 2001. p.278. Para el caso guatemalteco véase: Locón Solórzano, Agustín Haroldo. "La violencia durante el gobierno de Jorge Ubico". Tesis de Licenciatura en Historia. Universidad de San Carlos de Guatemala, 1997.
- ⁴² Reforma del Reglamento de Enseñanza de Ciencias y Letras del 7 de enero de 1936. En: *Diario Oficial.* Sábado 11 de enero de 1936. Tomo 120. No. 9. p.87.
- ⁴³ Decreto No. 92 del 13 de enero de 1936. Programas de Moral, Cívica y Urbanidad de los Cursos Primero, Segundo y Tercero de Ciencias y Letras. En: *Diario Oficial.* Jueves 16 de enero de 1936. Tomo 120. No. 13. pp.130-131.
- ⁴⁴ *Diario Oficial.* Viernes 28 de febrero de 1936. Tomo 120. No. 49. p.501.



Niños de la calle. Cerámica

César Sermeño

LA NARRATIVA EN EL SALVADOR 1997 2007

Manlio Argueta

Manlio Argueta, uno de los más destacados novelistas salvadoreños, pasa revista a los hitos más importantes de la narrativa nacional en el período comprendido entre 1997 y 2007. El texto de Argueta formó parte de una serie de conferencias dictadas por artistas e intelectuales salvadoreños, en el marco de los diez años del Centro Cultural de España en El Salvador.

1. Introducción

Este trabajo, tal como se indica comprende un período muy corto, correspondiente a la producción narrativa salvadoreña en los últimos diez años. Desde ese punto de vista, el trabajo no es generacional, sino relacionado con la edición de libros dentro de los años mencionados, lo cual para nuestra narrativa es trascendente, si tomamos en cuenta dos razones fundamentales:

- a. La producción literaria más sobresaliente ha sido la poesía;
- b. Nuestra literatura antes de las primeras siete u ocho décadas del siglo XX, apenas trascendió las fronteras nacionales, pese a contar con clásicos estimables y de calidad latinoamericana, caso de Francisco Gavidia, Salarrué y Claudia Lars.
- c. Ahora se puede hablar de una literatura centroamericana que tiene repercusiones en diversas regiones, no solo de América Latina sino de otros continentes y otros idiomas.

d. Existe una continuidad temática entre las generaciones del siglo pasado, la Generación Comprometida que fue la más conocida, con la temática de violencia abordada, en ambos casos se asume la realidad que más impacta en el país y se evita la evasión de esa realidad.

e. La cultura literaria avanza con más seguridad hacia una más mundialista, mientras persiste el retraso en las otras áreas del conocimiento, quizás con la excepción de Costa Rica y sus experimentaciones científicas. Pero esto, es ya la tradición, pese a los altibajos sufridos desde el poder. En algunos casos, inclusive antes de los años 20, se publicó en editoriales españolas, argentinas, ecuatorianas y chilenas; pero no hubo mayor trascendencia fuera de un reconocimiento regional en los casos de excepción de publicaciones regionales como el *Repertorio americano*, una epopeya literaria de la época como se le ha llamado, muchas de esas publicaciones y escritores se han olvidado; pero ahora olvidada como paradigma de unidad regional o latinoamericana de las letras. El *Repertorio americano* se publicó en Costa Rica a mediados del siglo XX gracias a los esfuerzos del escritor y humanista Joaquín García Monge y luego continuado por su hijo (1919-1959). Esto debe preocuparnos más que la incorporación del tema de la violencia en las nuevas generaciones que estamos tratando de estudiar (1997-2007).

Entrando al siglo XXI ni siquiera se tiene una publicación que acoja la producción literaria regional. Se trató de hacer un intento integracionista en ese orden en Costa Rica, en los años 75-76, con *La Prensa Literaria Centroamericana*, patrocinada por el poeta y periodista nicaragüense Pablo Antonio Cuadra, pero apenas se publicaron quince números.

También en Costa Rica, y no es casual que las tres iniciativas sean de ese país de mayor desarrollo educativo, entre los años 1971 a 1995, las universidades estatales de Centroamérica fundaron la Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA) de trascendencia inusual, pero que, por intereses más que todo dogmáticos que se consolidan terminada la década bélica, fue cerrada sin ofrecer alternativas de integración cultural como lo había hecho la editorial con un premio Latinoamericano de novela y poesía y con más de trescientos títulos publicados. Estancamiento que dice mucho del retroceso significativo en el área de lo humanístico producto de las fuerzas nuevas que acordaron la pacificación. No solo no incluyeron iniciativas editoriales sino que las partes beligerantes las excluyeron de sus agendas. Pareciera una paradoja que mientras existieron el autoritarismo y las dictaduras centroamericanas (Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua) pudieran surgir dichas iniciativas, incluyendo las del *Repertorio Americano*; pero una vez desaparecida como fuerza la voz del intelectual, se minimizaron sus medios de expresión discursiva o propositiva, o bien se acogieron a una nueva situación donde prevalece el señorío político en desmedro del intelectual independiente.

Pero refiriéndonos al caso de El Salvador, siempre ha parecido curiosa la escasa producción de narrativa en El Salvador, tanto de novela como de cuento, que indica lo reciente y por consiguiente, debilidad de nuestra cultura literaria. Partamos como base con la novela. La historiografía literaria sólo registra una novela en el siglo XIX, *Las ruinas*, de Alfredo Alvarado

entre 1873 y 1874. Hay otra novela que menciona Juan Felipe Toruño en su *Desarrollo de la Literatura de El Salvador. Blanca*, en 1877, de Miguel Ángel Urrutia. También se destacan fueron conocidas dos novelas de Toruño; *La mariposa negra* (1928) y *El silencio* (1935).

También a principios del siglo XX, apenas se detectan tres novelas: una de José Leiva, *El Indio Juan*; *Cloto*, de Abraham Ramírez Peña (1916, España); *El Indio Juan* de José Leiva; *Sor Clemencia* de J. Edgardo Salgado, 1930; un narrador de relatos humorísticos, T. P. Mechín, y un cronista y cuentista importante como Arturo Ambrogi. Hay otros narradores cuyas obras dejaron de editarse y que sólo se registran en la historia literaria: Adrián Meléndez Arévalo, *El crimen de una abuela* 1899, *Lorenza Cisneros*, 1913; Miguel Escamilla (1873-1923), *Cosas del Terruño*; José María Sifontes, *Marianela* (1927); Blanca Lidia Trejo publicó en México, *El padrastro*, 1944.

Ya en las primeras tres décadas del siglo XX surgen los que podrían considerarse los dos primeros narradores que traspasan las condiciones destructivas del tiempo. Uno es Francisco Gavidia, recopilado en su obra póstuma *Cuentos y narraciones*, publicados en los años 80. El otro es Salarrué, primer y verdadero narrador literario, que incorpora las técnicas de la narrativa moderna, quien escribe sus primeros cuentos dentro de una columna permanente en el *Diario Patria* en los años 20, y que son publicados casi veinte años después en forma de libro: *Cuentos de cipotes*, una verdadera joya de valores de la realidad infantil salvadoreña, del cual apenas hay a lo sumo cinco ediciones. Salarrué escribe después sus ya clásicos *Cuentos de barro*, en 1933, apenas meses después de la masacre indígena en Izalco (1932), pero sólo se publicó después de transcurrida una década, con dos o tres ediciones, antes del Acuerdo de Paz (1993), luego de esta fecha su obra tiene mayor divulgación. Estas condiciones de reducida promoción del gran maestro narrativa salvadoreña, publicar sus dos mejores libros con una gran distancia desde el momento de ser escritos hasta su edición, podría explicarnos las razones que han limitado la producción literaria en el área de la narrativa. Explica el fenómeno de que sólo exista apenas una docena de novelas sometidas a la lectura del público a partir de la segunda mitad del siglo XX.

El panorama fue de vacíos debido a la falta de políticas de lectura y del libro, que a su vez originan la inexistencia de editoriales, aunque en ese período se destaquen dos editoras de carácter estatal:¹ El Departamento Editorial, luego Dirección de Publicaciones, dirigido por el poeta Trigueros de León, creada en los años 50, unidad editorial productiva; tiempo después surgió la Editorial Universitaria de la Universidad Nacional, que llegó a alcanzar niveles inusitados en la publicación de libros y revistas. Por paradójica, en el período de paz prácticamente ha desaparecido la actividad editorial en esa universidad donde se dieron a conocer por medio de revistas y libros a escritores clásicos (Masferrer, Salarrué) y a los jóvenes que posteriormente serían los más reconocidos hasta el último tercio del siglo XX (Armijo, Dalton, Argueta, etc).

Ya en los años 60, UCA Editores, de la Universidad Centroamericana, de la orden de los jesuitas, surgió con un catálogo amplio, gracias a sus continuas publicaciones hasta el año 2007. En el período de los años noventa del siglo XX, existen dos o tres editoriales privadas de escasa producción o ligadas a autores cuyas obra son texto en los programas de educación. En un mundo editorial con un *background* precario es difícil esperar una producción literaria de la narrativa que exige un tiempo de trabajo más disciplinado. Es diferente la poesía cuya concepción puede ser desde un gran chispazo para producir un poemario, o bien se elaboran los poemas dentro de un espacio más reducido, en el sentido de no exigir un tiempo prolongado y continuo para producirla. Estas editoriales comenzaron a publicar a quienes serían los más cercanos antecedentes de los escritores jóvenes de los últimos diez años.²

A partir del Acuerdo de Paz, por razones de publicación más favorable, está surgiendo un movimiento de la novela y el cuento como nunca se había dado antes, a nivel de certámenes literarios y de participación, como es el caso de la quince novelas que se presentaron en el Certamen de novela de San Salvador, en el 2000, que ganó Luis Alvarenga. Ya en el 2004, se presentaron sesenta y dos novelas en el certamen Alfaguara-El Salvador, que ganó David Hernández. Se puede afirmar que lo motiva el hecho de que la narrativa tenga mucha más aceptación editorial que la poesía, género que había predominado en la segunda mitad del siglo XX. También el hecho de que el de ser escritor ya no es oficio de perseguidos. No cabe duda: la profusión de novelas se presenta como índice esperanzador por parte de los sectores jóvenes que creen en el poder de la palabra y las ideas expuestas en la obra literaria.

2. Tres antecedentes de la nueva narrativa 1996-2006

El problema de los novelistas antes de los años 50 es que con el tiempo tienden a desaparecer de la escena literaria. Preguntémosnos por igual, ¿qué pasará con la novela de la segunda mitad del siglo XX? No cabe duda que se necesitará presencia de la literatura en todos los ámbitos, incluyendo su lectura como textos escolares. Ante la carencia, casi inexistente, de crítica, no es raro que este período de creatividad narrativa (1997-2007) tenga como puerta de entrada tres discusiones públicas que fueron llevadas a los medios de prensa, para beneficio del aletargado estatus literario nacional. No solo rompieron el silencio, sino que los escritores comenzaron a salir con fuerza hacia los lectores y algunos se proyectaron hacia otros países. El caso más paradigmático es Claudia Hernández.

Sin embargo, cabe destacar que en la medida en que los escritores salvadoreños del período que estamos estudiando (1996-2006) se proyectaron hacia otros países, más allá del silencio y la falta de promoción de nuestras editoriales dentro de El Salvador. Otro antecedente, no necesariamente hablo de influencia, al igual que Dalton y Menén Desleal, es Manlio Argueta, con cinco de sus novelas publicadas al inglés, tres de ellas en el período en estudio. El autor de

este trabajo publicó sus primeras novelas en los años 70. Posteriormente ha publicado en otros idiomas sus novelas, cuento infantil y poesía. Miguel Ángel Espino, pese a ser un vanguardista de la novela, con *Hombres contra la muerte* (Guatemala, 1942) y *Trenes* (Chile 1940), únicas novelas que nos dejó, no logró tener proyección suficiente para que ejerciera influencia alguna, ni siquiera entre sus contemporáneos que siguieron otra línea narrativa (Salarrué, Hugo Lindo, Cristóbal Humberto Ibarra, Napoleón Rodríguez Ruiz). Inclusive, desde su muerte ha sido ignorado y ha carecido injustamente de lectores, conociéndose su nombre por ser hermano de Alfredo Espino, el poeta vernáculo de El Salvador.

Roque Dalton, con su novela *Pobrecito Poeta que era yo...*, sí puede ser un modelo narrativo para los jóvenes. Otro con menos seguidores, pero con igual aceptación de su obra, es Álvaro Menén Desleal, aunque no publicó novela. Con todo, no encontramos continuadores de su línea narrativa. Seguidor de Borges, fue también un artífice del cuento moderno en El Salvador. Dejó una novela inédita, de carácter vanguardista, cuyos originales están buscando un editor. Publicó un libro con el título de *Tres novelas cortas y poco ejemplares*, (2001) pero en verdad son tres cuentos publicados como tales en otros libros.

A diferencia de los escritores de los llamados escritores clásicos, de méritos indiscutibles, (Gavidia, Salarrué, Masferrer y Claudia Lars), los narradores que inician sus obra en la sexta, séptima y octava décadas del siglo XX (1960-1980) comienzan a proyectarse en el orden internacional.³ Miguel Ángel Espino y Hugo Lindo aunque fueron excepciones pues publicaron en Chile y México, no ejercen influencia en los actuales escritores. Igual ocurre con Ricardo Lindo (1947), cuya labor en silencio y modestia puede ser explicable, pero su narrativa es digna de reconocimientos. Novelas: *Oro, pan y ceniza* (2001), *Tierra* (1996), *El canto aún cantado* (1999).

Otros escritores antecedentes y parte del período en estudio (1996-2007) también han sido traducidos a otros idiomas como Rafael Menjívar Ochoa (con tres obras narrativas traducidas al francés), y David Hernández: dos novelas al alemán: *Putolión y Salvamuerte*, (1996), estos dos los veremos más adelante. Mario Bencastro, vive en los Estados Unidos, donde se le han traducido dos obras en inglés: un libro de cuentos: *Árbol de la vida* (1997), y una novela: *Un Disparo en la Catedral* (1996).

3. Los nuevos escritores. 1996-2007

Como punta de lanza del grupo podemos citar a Rafael Menjívar Ochoa (1959) y a Horacio Castellanos Moya (1957).⁴ Este último publica en España y es el escritor salvadoreño más prolífico con por lo menos seis novelas editadas en España, México y Guatemala; una de las más trascendentes es *El Asco* (Barcelona 2000), novela que para muchos aún sigue siendo

rechazada por algunos lectores porque ataca elementos tradicionales de la identidad salvadoreña. La polémica sobre esta obra va unida a su naturaleza: una especie de monólogo a lo Thomas Bernhard, escritor que inclusive fue expulsado de su país, Austria, y ahora considerado el más emblemático y más admirado de su país que “ofendió” con su obra. Tal como su referente austriaco, Castellanos Moya tuvo que salir de El Salvador después de la publicación de su novela *El Asco*, rumorándose que había recibido supuestas amenazas a muerte. Logró obtener refugio en Alemania, en el 2004; luego lo obtuvo en Pittsburg, Estados Unidos (2007). En ambos casos se trató de asilo político, pese a que en El Salvador no hay perseguidos políticos. Su novela *Insensatez*, publicada en Guatemala y tres más han sido traducidas al francés y al alemán. La obra de Castellanos Moya rompe con acritud los mitos muchas veces silenciados, por lo general los que se relacionan con el machismo, el sicario, el “vivo”, la violencia, el autoritarismo, el gracejo, etc. e inclusive el sarcasmo ante valores de carácter popular y por consiguiente intocables, como verdades creadas por las costumbres que generalmente son costumbres populistas, para usar el término político en boga, no como un “recurso sino como parte de nuestra identidad”.⁵

Varios críticos nacionales e incluso escritores jóvenes, no lograron asimilar los aspectos referenciales e irónicos de Moya, y le restan méritos como obra literaria. Por supuesto que en muchos de estos casos prevalece el prejuicio originado por una actitud de patriotismo ofendido que se despertó entre políticos de izquierda con la novela *La diáspora* (1988), donde se dan a conocer interioridades de los militantes de izquierda. Hasta ahí podían disimularse las confesiones, mostrando indiferencia y desconfianza ante el escritor; pero no sucedió lo mismo cuando tocó las fibras de la nación con su novela *El asco* (1997), fuera de lo que puede ser anécdota, así como criterios y sentimientos nacionalistas ofendidos. Sin embargo, Moya ha tenido reconocimiento internacional al publicarse seis de sus libros de narrativa en España, México y Guatemala, lo que significa reconocimiento literario aunque para unos pocos es a costa de sentimientos patrióticos, aunque todo sea calculado desde el momento que en la primera edición de esta obra coloca como subtítulo a la manera de Thomas Bernhard, escritor austriaco. La novela más polémica de Moya, *El asco*, lleva por subtítulo: “Thomas Bernhard en El Salvador”, y siguiendo esa escuela, pareciera ofensiva en su concepción; quizás porque sigue la idea del escritor austriaco que “sólo quien se pudre en su tumba compone, pinta o escribe cosas buenas”, según señala Andreas Kurz.⁶ Bernhard, muerto en 1989, luego de salir huyendo de su país, es reconocido ahora como el escritor más sobresaliente, no sólo de Austria, sino en idioma alemán, que se salvó del Premio Nobel por morir antes de tiempo.

Bernhard es el escritor maldito, execrado por sus connacionales y que después de su muerte se erige en el autor más importante de lengua alemana en el siglo XX. Sin embargo, pasado el tiempo de la anécdota y la real valoración literaria, se le reconoció en su país, por las nuevas

generaciones, como la mejor figura literaria de Austria: “conforma su imagen de escritor nefasto, egocéntrico, pesimista, insociable y desalmado”; pues solo una crítica de verdad puede hablar de méritos en vida.

David Hernández (1955),⁷ es un segundo escritor polémico. Con su novela *Putolión*, al igual que Castellanos Moya, provocó una discusión pública bastante acre que obligó a retirar la edición, y a destruirla por la editorial más importante de El Salvador, UCA Editores (1995). La novela se publicó posteriormente en una editorial de España en 2003. Se trata de una novela sobre su padre, de la guerra civil en El Salvador y la historia contemporánea, en la que un cacique de aldea apodado Putolión es solo un pretexto. Otro nivel narrativo es la vida de Cirilo con la "Araña" y sus viajes por Europa, donde el narrador omnisciente parece confundirse con el protagonista principal, ya que tanto Cirilo como el narrador están más allá del bien y del mal, recordando los tiempos cuando se vivía para el recuerdo, que es un buen resumen para caracterizar "Putolión". Por el título, al parecer insinuante de erotismo y la manera de enfocar la polémica se destacaron más las tendencias homofóbicas de Hernández; con todo, la presencia mediática pudo haberlo constituido en un best seller nacional de no haberse suspendido la circulación de la obra. La polémica que se despertó no fue tanto por sus calidades sino por alusiones de carácter local; en todo caso, la polémica hizo aparecer a Hernández como un polemista incomprensivo al denunciar a la editorial como propiciadora de la persecución de las ideas. Además, el autor se propone rendir homenaje a los poetas salvadoreños pertenecientes al grupo "La Cebolla Púrpura", casi todos muertos en el marco del conflicto de la guerra civil en El Salvador, y del cual Hernández era uno de sus componentes. Es una novela del exilio y del conflicto humano salvadoreño, matizado con erotismo y sexo.

Al igual que Moya, a falta de crítica se antepuso la anécdota ante la evaluación de su obra como pieza literaria. Hernández ganó el premio Alfaguara El Salvador con *Berlín años Guanacos* (2004). En esta obra hay dos personajes, dos ciudades, dos temas diferentes que dan a la novela un contraste de temática y estructura, ya que además combina el género epistolar con el género de espionaje. En la parte berlinesa, uno de los personajes centrales, Nicolás, desde Alemania, se ve envuelto en tráfico de armas, en contacto con los Servicios Especiales norteamericanos, iraníes y germano-orientales. Mientras, su hermano Mario, el personaje que está en El Salvador, es un guerrillero salvadoreño, que, por medio de cartas, da a conocer la guerra de su país. Con esta obra y premio, Hernández equilibró la mala imagen que pudo haberse creado con su obra *Putolión*. Su otra novela conocida es *Salvamuerte*, una novela del exilio y de sus ataduras con el país de origen, con lo cual el autor se arraiga a sus elementos de identidad. (San Salvador, 1993, y publicada en Alemania, al igual que *Putolión*).⁸

Walter Raudales.⁹ Con menor intensidad, ocurrió un escándalo con la obra la novela *Amor de jade*, de Walter Raudales que inclusive fue denunciada por plagio de una obra española, por

el título y por el elemento del amuleto de jade. Como siempre, la precariedad de la crítica se orienta casi siempre al punto que puede constituir escándalo, con poco análisis en la obra narrativa, prueba del vacío nacional, que debe llamarnos a preocupación.¹⁰ Muchos escritores conformes con este vacío, dejan al tiempo su valoración, sin percatarse de que también el tiempo es homicida.

La obra está basada en el más conocido político guerrillero, luego de los Acuerdos de Paz, y de su presunta pareja. En resumen, la novela plantea el principio ya manejado en la literatura negra, de dormir con el enemigo. La novela tiene base testimonial.

El corazón de jade es una joya de piedra verde que tiene poder de amuleto sagrado; que le permitió a la personaje principal lograr sus propósitos dentro de un medio político y dentro del campo de la guerra civil en El Salvador (1980-1992), sirvió para lograr todo lo que ella se proponía, sus deseos de paz en el país. La historia, basada en hechos reales, trata la historia de una joven amante que, con su belleza y poder de seducción, logra convencer para firmar la paz, para ello hace uso de sus recursos amorios con altos funcionarios, e incluso con el presidente de la república; y por último conquista a un jefe guerrillero con quien logra hacer pareja, familia y felicidad.

De esa manera el ciclo tuvo cuatro o cinco puertas de entrada que promovió discusión y llamó la atención ante los silencios proverbiales del medio ante la obra literaria. Creo que es muy limitada la percepción. Quizás la única ganancia fue que en un ambiente donde las novelas se consideraron hasta ofensivas, sus escándalos fueron más de los vacíos críticos, y la falta de una educación literaria esperada por cuanto estábamos saliendo de un período bélico que nos llevó más de 21 años. La discusión pública dio presencia a una literatura casi inadvertida por muchos años. Una literatura como parte de una expresión dentro de la sociedad salvadoreña.

4. Los nuevos como una avanzada nacional de la novela

Un primer referente para incluir en la generación del período en estudio, es Rafael Menjívar Ochoa,¹¹ con obras traducidas al francés y publicado también en México, con la que continúa su saga de novela negra. Es con Castellanos Moya uno de los más prolíficos escritores salvadoreños. Así como Menén Desleal introdujo el cuento clásico borgiano, y el moderno de ciencia ficción, Menjívar Ochoa es el máximo cultivador de la novela negra en El Salvador.

También pertenece a la generación de novelistas del período, al igual que este último, Jacinta Escudos,¹² narradora, traductora del inglés y alemán, y periodista. Actualmente vive en Costa Rica. Como todo cronista de la época, la violencia es un signo de su literatura; pero se diferencia con los otros escritores de este signo generacional (“Generación del cinismo”) en el hecho de que Escudos se refiere a una violencia interior; aunque se mantiene en una línea que trasciende hacia una ira social, los personajes de esta escritora provienen del individuo que no tuvo concesiones dentro de la realidad histórica. Los personajes expresan respuestas de insatisfacción y desencanto —precisamente tiene una novela con ese nombre—; emociones desesperadas y frustraciones ante un sueño que no fue y, por el contrario, deriva en pesadillas incomprensibles. En fin, se trata de personajes en crisis intimistas, “que incursionan el lado oscuro de los seres humanos”.¹³

Claudia Hernández.¹⁴ Cuando hace un par de años, a un crítico guatemalteco, José Mejía, se le encomendó una antología del cuento centroamericano para Editorial Alfaguara, me tomé la libertad de recomendar a Claudia Hernández. Este autor le hizo ver al antólogo que los cuentos me evocaban un clima entre kafkiano y garciamarquiano, una manera de decir en una carta amistosa. Al conocer el crítico los cuentos, me respondió desde Francia que se sorprendía de la imaginación narrativa de Hernández y la comparación era justa aunque no en la dimensión de las sorpresas de imaginativas que ofrecía Hernández. Encontraba en sus cuentos “una marcada diferencia que me sorprende”. No en balde, en la Feria del Libro de Colombia, que se acaba de realizar a finales del mes de abril de 2007, los cuentos de Claudia Hernández fueron distinguidos en el primer lugar de su generación latinoamericana.

Por su lado, el narrador Rafael Menjívar Ochoa afirma que para él es difícil hablar de Claudia como una voz en desarrollo y reafirma también que se trata de una cuentista sensacional. Termina diciendo “lo que otros empezamos a intuir, o a escribir por ahí de los 40 años, ella lo ha hecho a los 30”, y la ubica como una de los tres grandes cuentistas que ha tenido nuestro país. Además, Claudia Hernández ganó el Premio Internacional Juan Rulfo, convocado por Radio Francia en el 2002. “Las obras de Claudia Hernández no tratan directamente de la guerra, pero en el fondo se puede ver que sí, todos los salvadoreños estamos marcados por eso”. Cercana a un mundo interiorista, como en el caso de Jacinta Escudos, Hernández va al mundo de los sueños con fuerza imaginativa llevada al máximo. Junto con Moya y Menjívar Ochoa, son los más destacados en el tema “de la violencia y la muerte, como constante histórico-existencial”, dice la comentarista portorriqueña Sheila Candelario.¹⁵ Pero la joven Hernández va más allá de la violencia, exterior o interior, incursiona con seres de un gran mundo literario, más allá del marco geográfico salvadoreño o centroamericano. En todo caso, la literatura salvadoreña, como dice Candelario, es un eterno retorno, si antes fue una búsqueda de la utopía

confundida con hegemonía burocrática de un poder autoritario, ahora se busca una inserción más humanística dentro de una necesaria literatura del individuo, de la fragmentación, de la experimentación, que de ningún modo significa alejarse de las condiciones sociales, económicas, políticas y culturales cotidianas bajo las cuales viven la mayoría de personas en el istmo centroamericano. “Su interés... ya no tiene como prioridad la denuncia de las injusticias en el marco social, sobre todo en el campo, sino sus consecuencias al interior de los individuos actuando en el marco urbano y sus esfuerzos alrededor de la afirmación de su intimidad y subjetividad”,¹⁶ afirma Werner Mackenbach, coincidiendo en el planteamiento con la boricua. Ambos ven en la literatura salvadoreña una búsqueda de identidad descubriendo nuevas irrealidades más allá de la lupa reducida de la realidad.

Carlos Soriano, ganador del Premio Rogelio Sinán 2006, con *Listones de colores*, novela enmarcada dentro de la problemática de las maras, tal como lo afirma una reseña de los editores panameños, aunque el autor se opone a ese encasillamiento. “No es un libro sobre las maras, tengo que hacer esa aclaración, esta es la historia de dos jóvenes que se aman y que tienen que vivir bajo la realidad de las pandillas”, explicó Soriano, realizada en el periódico digital *El Faro*. La novela, afirma el jurado panameño, está muy bien estructurada, donde, “aparece la locura, la violencia, las drogas y las maras con monólogos interiores con un lenguaje rico y narrada a varias voces que aclaran o contradicen el relato previo”

También ha publicado lo que considero su mejor novela: *Ángeles caídos* (2005), donde toca el tema de la homosexualidad, desarrollando problemas, sentimientos y peculiaridades propias dicho tema. *Ángeles caídos* cuenta la historia de tres amigos, de cómo viven, de cómo salen adelante, los problemas que tienen en su vida”, afirmó. Estos tres personajes deben enfrentarse a los problemas cotidianos de un travestí: la delincuencia, la prostitución, el VIH y la muerte, ubicándose así en una novela de violencia pero, por la manera como expone el drama de sus personajes, permite una toma de conciencia sobre una problemática social antes desconocida por los escritores.

Edwin Ernesto Ayala cuyo nombre artístico es Berne Ayala (1966) ha estudiado filosofía y economía política en la ciudad de La Habana, es abogado penalista y tuvo militancia política y militar en el Partido Comunista de El Salvador durante la guerra civil que duró 12 años en la que fue un combatiente. Ha escrito cuento, novela y testimonio desde 1996. Ha publicado *El tope y más allá* (1996, testimonio que describe un episodio de la guerra civil de El Salvador), *El murmullo de la ceiba enana* (2000, cuentos que refieren desde la narrativa corta memorias de la guerra civil), *Ángel para un final* (2004, cuentos urbanos de la posguerra), *Las copas del castigo* (2005, novela negra de contenido político de la posguerra) y *La Bitácora de Caín* (2006),

novela que trata sobre el complot urdido desde las estructuras del poder eclesial católico, una novedad en su tesis, y la dictadura militar de El Salvador por medio de sus aparatos de espionaje: el asesinato de Monseñor Oscar Arnulfo Romero y Galdámez. Actualmente vive en la ciudad de Santa Ana del departamento del mismo nombre. Trabaja, en ocasiones, como abogado penalista y dedica su tiempo completo a la literatura. *Las copas del castigo* es una de las finalistas del primer Concurso de Novela Alfaguara, promovido por la Embajada de España en El Salvador y el Grupo Editorial Santillana. Anteriormente la novela se llamó *Esta boca es mía*. La temática de su literatura es el vicio sobre el poder, tal como lo describe el mismo autor, aunque tema concomitante es la *memoria*.

Mauricio Orellana. Ha publicado en 1995 sus cuentos *Zósimo y Gerber*; pero su primera y única novela dada a conocer al público la publicó en el 2002: *Te recuerdo que moriremos algún día*. El autor de este trabajo hizo la presentación pública al considerar que dicha obra era la puerta de entrada para un nuevo narrador, pues no obstante ser novela primera del autor, demostraba condiciones para esperar mucho de él. Poco después, otra novela aún no publicada fue finalista del Premio Planeta de España, *Kazalkán y los últimos hijos del Sol Oculto*, cuyo marco principal lo forman varios pueblos indígenas con referencia a la vida actual con sus problemas de violencia política. Es una ficción con gran detallismo de lenguaje, ambientada en una serie de pueblos indígenas ficticios que reflejan, a pesar de la época, problemas y situaciones de la vida actual, como la corrupción, las envidias, las guerras. Orellana nos muestra en este libro su capacidad de incursionar temas aún inéditos en el medio salvadoreño.

Posteriormente pude leer su novela inédita, a mi parecer la mejor de sus narraciones, se trata de su obra titulada, *Tantra, el pecado al revés*, novela sobre el mundo *gay*, como descubrimiento de un ámbito desconocido y fuera de todo tratamiento hasta entonces. La estructura, el manejo de situaciones, la autenticidad son algunos de los méritos de este libro que pese a todo no se apublicado. Actualmente el autor vive en Inglaterra y quizás por ello ha dejado pasar mucho tiempo para publicar sus novelas que requieren para salir a luz el esfuerzo de los propios autores.

Federico Hernández (1974). Ha publicado dos libros de cuentos: *Juegos de manos y Último divorcio de Blanca Nieves*. Más que todo es poeta y periodista, sus trabajos poéticos han sido publicados en periódicos nacionales e internacionales. Desde el año 2000 es responsable del "Proyecto Cultural SUR", que vincula a artistas de México, Argentina, Colombia, Uruguay, República Dominicana, Brasil y Cuba. Entre libros de poesía y filosofía ha publicado. También ha publicado varias antologías de poesía.

Debemos mencionar a otros autores como Jorge Ávalos y Carmen Gonzalez Huguet. Ambos, al igual que Carlos Soriano, han obtenido el Premio Centroamericano Rogelio Sinán el primero en cuento y la segunda en poesía. Hay otros autores que han publicado novela pero han discontinuado su trabajo en el género, tal como José Luis Valle, Premio Centroamericano de novela, San José Costa Rica, 1978, también ha ganado varios premios nacionales de cuento, dentro del período; Luis Ronald Calderón, que publicó *El sol se bebe la tarde* (1995); Armando Mauricio Molina, *El Amanecer de los tontos*, editado en los Estados Unidos, su obra es anterior al período en estudio.

Jorge Galán, ha ganado varios premios centroamericanos de poesía y uno nacional de novela (*El Sueño de Mariana*, 2005). Tiene inédita su novela *La silueta de la Niebla*. Además, ganó el premio Adonais de poesía, España, 2006.

Carmen Elena Salamanca, tiene una novela inédita finalista del Premio Alfaguara-El Salvador: *Pan y leche*, aun inédita; **Karla Suchit Chávez**, con su cuento "Grotesco", 2005; y **César Castro Fagoaga** con su cuento "El muertero", 2006; Ambos ganaron el premio único del certamen Letras Jóvenes de la Prensa Gráfica, menores de 25 años. Y **Luis Alvarenga**, que ganó un certamen en San Salvador de novela, con *El color de la Ceniza*, 2000, aun inédita. Filósofo, poeta y ensayista.

En este período de estudio se da la gran apertura no solo de la narrativa salvadoreña hacia otros países, sino de la literatura en general, lo cual no habían alcanzado ni los más reconocidos narradores salvadoreños del siglo XX. Así como fue sorprendente el grado de participación en el Premio Alfaguara-El Salvador 2004, con 62 novelas. Es bastante indicativo de la narrativa salvadoreña las opiniones que diera la novelista española Lolita Bosch, con diez años de vivir en México como académica universitaria, luego de ser jurado de Letras Nuevas de *La Prensa Gráfica*, género cuento 2006, dirigido a jóvenes menores de 25 años. Antes de ser jurado, Lolita Bosch se había sorprendido ante el grado de violencia que había visto en la narrativa salvadoreña, pero una vez que leyó los 60 cuentos enviados al certamen, se mostró sorprendida porque la reiteración era propia de una realidad y de una época, reparó en la calidad y originalidad de los trabajos presentados, poniendo a los jóvenes salvadoreños en un primer lugar de lo que están escribiendo los jóvenes en México y en España.

NOTAS

¹ Los narradores que se consagran en la segunda mitad del siglo han sido los más leídos a partir de los años 60: Salarrué, Hugo Lindo, Cristóbal Humberto Ibarra, Ramón González Montalvo, Miguel Ángel Espino, José María Méndez, Napoleón Rodríguez Ruiz; T. P. Mechín; Alberto Rivas Bonilla, y Cristóbal Humberto Ibarra; un poco menos Rolando Velásquez y Ramón González Montalvo; y dos de los clásicos de la literatura nacional, Francisco Gavidia y Alberto Masferrer.

² Cercanos como referencia, no necesariamente como influencia, estos autores precedentes, han publicado inclusive en el período 1996, hasta el 2000. El panorama de las novelas publicadas luce más que desierto, no obstante que no se trata de ninguna manera de autores nuevos: *Ciudad sin Memoria* (1996) de Tirso Canales; *Sihuapil Tatquetsali* (1997) de José Roberto Cea; Ricardo Lindo, *Cuzcatlán de Aguas azules* (2001), *Tierra* (1999); *Oro pan y cenizas* (2001); Alfonso Kijadurías, Rutilio Quezada, Yolanda Martínez, Mario Bencastro, *Un disparo en la Catedral*, Roberto Quezada, Walter Iraheta, David Escobar Galindo, Waldo Chávez Velasco.

³ Con excepción de Salarrué, de quien fue traducido al ruso su libro *Cuentos de barro y Tierra de Infancia* de Claudia Lars, traducida al inglés (2002); y los poemas de Roque Dalton traducidos a varios idiomas, y publicados en varios países, al igual que su libro-testimonio *Miguel Mármol*, publicado en inglés en Estados Unidos.

Alvaro Menen Desleal ha publicado en alemán su libro de cuentos *Hacer el amor en el refugio atómico*; Claribel Alegría tiene dos obras narrativas en inglés; Manlio Argueta ha publicado en el periodo de estudio dos novelas, *Caperucita en la Zona Roja*, 1998) y *Milagro de la Paz* (2000), en los Estados Unidos. *Cuzcatlán donde Bate la Mar del Sur*, Alemania; *Siglo de O(g)ro* (1996, también publicada en inglés); *El Cipitío*, edición bilingüe, Costa Rica (2006); *Los Cadejos*, edición bilingüe en inglés, Estados Unidos; *Poesía Completa*, Hispamérica, Estados Unidos, 2006. Antes del período en mención publicó en once idiomas *Un día en la vida*. Hugo Lindo publicó tres novelas: *Cada día tiene su afán* (1947); *El anzuelo de Dios* (1956); *Justicia Señor Gobernador* (1961) *Yo soy la memoria* (1983).

⁴ Castellanos Moya es autor de otras tres novelas, *La diáspora*, que mereció el Premio Nacional convocado por la Universidad Centroamericana en 1988, *Baile con serpientes* (1996), *La diabla en el espejo* (2000); *El arma en el hombre* (2001) e *Insensatez* (2004). Un conocido novelista chileno, ya fallecido, Roberto Bolaño, afirma que Castellanos Moya es un melancólico y escribe como si viviera en el fondo de alguno de los muchos volcanes de su país. Esta frase suena a realismo mágico. Sin embargo no hay nada mágico en sus libros. Es un sobreviviente pero no escribe como un sobreviviente.

⁵ “La violencia es parte de la salvadoreñidad... que permea la familia, las instituciones, el Estado”, Entrevista de Castellanos Moya con Rafael Menjívar Ochoa *Prensa Literaria*, Nicaragua, 31 de mayo de 2003.

⁶ Andreas Kurz, *La Jornada Semanal*, 31 de diciembre de 2005, (México).

⁷ Hernández pasó más de veinte años viviendo en Europa, entre la antigua Unión Soviética y Alemania, especialmente. Es ingeniero agrónomo; master en ciencias políticas y literatura germánica. Obtuvo, un doctorado en Literatura Latinoamericana en Hannover, Alemania donde también ha sido académico universitario. Ejerce el periodismo cultural y de análisis internacional en periódicos del país y de los EE.UU. Actualmente es Director de Cultura de la Universidad de El Salvador.

⁸ De sus novelas el autor niega que se trate de novelas testimoniales, aunque no cabe duda de que en la primera haya muchos aspectos autobiográficos que el autor reconoce y también admite que la “salvadoreñidad—coincidiendo en el mismo concepto de Moya— es una construcción de lo imaginario”. (Revista *Enfoques*, *La Prensa Gráfica*, 11 de septiembre de 2005).

⁹ Walter Raudales, militante de un grupo guerrillero, escribió un testimonio sobre la guerra (*Ni militar*

ni sacerdote) aunque de origen hondureño, hizo su vida en El Salvador, y vive en este país como funcionario y editor. Sus novela más importantes son *Amor de jade* (1996), y *El destino de Amuy* (1998) Según Lara Martínez, con Moya, Quijada Urías y Raudales se inicia la nueva novela del período 1996 al 2007, Revista *Realidad y Reflexión*, Universidad Francisco Gavidia, abril de 2003)

¹⁰ En una reseña publicada en una revista universitaria (Universidad Francisco Gavidia) Rafael Colindres Selva menciona que la novela está inspirada en una obra de Salvador de Madariaga donde también hay un amuleto de amor, en una obra muy conocida titulada *El Corazón de Piedra Verde*.

¹¹ La novela inédita en español *Instrucciones para vivir sin piel* (*Instructions pour vivre sans peau*, 2004), *Terceras personas* (*Tierces personnes*, 2005) y *Un buen espejo*, (*Miroirs* 2006) fueron publicados en francés. Escribe novela negra: *Los héroes tienen sueño* (1998), *De vez en cuando la muerte* (2002) y *Cualquier forma de morir*, (Guatemala, 2006), Menjivar Ochoa ha publicado *Historia del traidor del nunca jamás* (Costa Rica, 1985, también traducida al francés); *Los años marchitos* (Costa Rica 1990); *Terceras personas*, México 1996, y en francés 2004); *Manual del perfecto transa* (México 1999); *Un buen espejo* (México 2005); *Trece* (México, 2003 y en francés el 2006)

¹² Jacinta Escudos. Publicada por Alfaguara, Guatemala *A-B-Sudario* (Premio centroamericano de novela, 2002); *Felicidad doméstica y otras cosas aterradoras* (Guatemala, 2002); *Desencuentros* (El Salvador, 2001) y *Cuentos sucios* (El Salvador, 1997); *Contra-corriente* (San Salvador, 1993); *Apuntes de una historia de un amor que no fue* (novela corta, El Salvador, 1997); ha publicado poemas en inglés con el nombre de Rocío América, Inglaterra, 1984)

¹³ Werner Mackenbach y Alexandra Ortiz Wallner: "La continuidad en la discontinuidad".

¹⁴ Claudia Hernández tiene dos novelas inéditas. Ha publicado tres libros de cuentos: *Otras ciudades* (2001) *Mediodía de fronteras* (2002) *Olvida uno* (2005)

¹⁵ Sheila Candelario, "Violencia, globalización y literatura, o el dilema del eterno retorno en El Salvador", Boricua College, Puerto Rico.

¹⁶ Werner Mackenbach, "Cicatrices. Un retrato del cuento centroamericano", *La Prensa Literaria*, Nicaragua, 8 de mayo de 2004.



LA NOVELA CUBANA DE ENTRE SIGLOS (XX-XXI)

Emmanuel
Tornés Reyes

Uno de los momentos más fructíferos de la novela cubana contemporánea se sitúa inequívocamente en el lapso 1990-2005. En efecto, en los tres lustros transcurridos desde los inicios del período hasta la actualidad, se ha experimentado un entusiasmo creativo en el género (y también en el cuento) sin parangón en su historia. Quizás sólo se le aproxime a la efervescencia que conociera nuestra narrativa en la llamada década prodigiosa de los años sesenta. Pero el auge que ha tenido lugar en los últimos quince años presenta indicadores que no se hallaban en aquellos lejanos días. Lo confirma el cuantioso número de títulos en circulación a lo largo y ancho de la Isla y, en primer orden, la alta calidad intrínseca de los textos, la diversidad temática de sus historias, la riqueza de sus estrategias discursivas y narratológicas y el desembarazo o amplia libertad que en ellos se respira, como ocurre con su aprovechamiento de todas las disponibilidades pasadas y presentes del arte de narrar. Sin sufrir los traumas de otras épocas en las que se pensaba que las obras sólo podían ser competitivas y aceptadas por la “élite” lectora si cuajaban en hallazgos “únicos” e “irrepetibles”, quiere decir, en ofertas próximas a los modelos fictivos de Carpentier y Lezama Lima, o de otros rutilantes novelistas del “Boom” latinoamericano.

Al mismo tiempo, este nuevo espíritu creador difiere de los de tendencias precedentes en el hecho de que encara muchas más aristas de la realidad social, individual, filosófica, histórica y cultural de hoy –o de otras épocas– con superior desenfado, sin los melindres anteriores, asumiendo ahora una actitud creativa más autónoma, sin compromisos pedagógicos ni amarres estilísticos, franquicia que en otros trabajos he definido metafóricamente como “la pérdida de la inocencia” en la narrativa insular de la última década de la pasada centuria.¹

A todo ello contribuyeron las renovaciones ocurridas en el país en el decenio de los noventa y los impulsos decisivos que recibieron los afanes culturales y literarios, al proporcionarse a todas las provincias del archipiélago modernas impresoras que facilitaron la presencia de un número superior de jóvenes en el quehacer novelístico y de un substrato teórico imprescindible para la actividad creativa, tanto más cuando el género en Cuba (y parece ser que en Hispanoamérica) está siendo asumido por hacedores cuyas edades se distancian cada vez más de las tradicionales cronologías con que siempre se asociaba la publicación de novelas.

Por tal razón, podría aventurarse que es distintivo de la praxis novelística del período citado, la presencia progresiva de jóvenes autores y entre ellos de voces femeninas en número y aportes no vistos en décadas pretéritas, creadoras que añaden a dicho concierto un cromatismo tonal, estilístico y de enfoque muy positivo en los avances del género (pensemos, en uno y otro caso, en nombres como los de Raúl Aguiar [1962], Alexis Díaz Pimienta [1966], Alberto Garrido [1966], Karla Suárez [1969], José Ramón de la Portilla [1970], Ena Lucía Portela [1972] y Arnaldo Muñoz Viquillón [1972]).

Pero más allá de este dato notabilísimo, resulta de inestimable valor constatar en sus ficciones una madurez literaria y un pensamiento fuera de lo común, ideas que vivifican los conflictos narrados y que brotan sutilmente desde las múltiples aristas compositivas de la obra. Esta lucidez se funda tanto en la sensibilidad y agudeza personal como en el alto desarrollo teórico alcanzado por los autores a través de vías disímiles, en primera instancia cabe citar la enseñanza nacional y las instituciones artísticas y mediáticas que la complementan; asimismo, la labor autodidacta, gesto donde convergen lecturas muy variadas, textos de alto vuelo literario, filosófico y narratológico, o tratados culturales, de género, musicales, cinematográficos, de teoría de la comunicación e informática, entre otros, todo lo cual fertiliza el aspecto nuclear: el aprendizaje directo de los noventas y su impacto en la conciencia de estos narradores. Años estos extremos que marcaron indeleblemente nuestras vidas y literatura en un antes y un después de 1990.²

Tal giro estético y espiritual lo confirma la vocación heterodoxa, autorreflexiva e intertextual de la novelística cubana de entre siglos. Ello constituye un trazo inconfundible de su carácter posmoderno, pero de una posmodernidad otra, surgida en un contexto periférico, mestizo y contumaz, ajeno a las posturas nihilistas de aquellos escenarios donde se quiso decretar el fin de las utopías. Como dijera el argentino Mempo Giardinelli al caracterizar sus narraciones y las de análogo signo en América Latina, nuestra otredad posmoderna sólo se concibe como la

modernidad de la modernidad.³ Dicho de otro modo, como el perfeccionamiento y realización de los proyectos sociales y de desarrollo de nuestras naciones desde una nueva eticidad cuyos acentos medulares subyacen, en la parte que nos implica, en los imaginarios del corpus novelístico cubano.

La alusión a los jóvenes no excluye los aciertos de quienes con más edad bosquejaron la ruta hacia la nueva corriente fictiva. Muchos de los nacidos en los años cuarenta y cincuenta, aún en plena actividad creativa, iniciaron y consolidaron el proceso de nuestra posmodernidad. Pero como cabe suponer, la cuestión no estriba tanto en la edad como en la cercanía de ideas y de sensibilidad frente a las circunstancias de ese tiempo y en la forma de entender y arrostrar la praxis literaria de nuestros días. De ahí que al intentar definir algunos de los rasgos de la novelística insular posmoderna, busquemos regularizar un corpus textual donde convergen jóvenes y menos jóvenes, aun sabiendo que entre los de corta edad existen ya distinguidos atendibles, señales que pronostican el desarrollo de una nueva exploración narrativa y las posibilidades de describirla, quizás en fecha no lejana, en Cuba y en América Latina, como en este último caso nos invitan a hacerlo las ficciones de los chilenos Roberto Bolaño (1953-2003) y Alberto Fuguet, el boliviano Edmundo Paz Soldán, el argentino Rodrigo Fresán, el mexicano Jorge Volpi, junto a muchos otros. Mas la convivencia aún de señas estéticas compartidas y de una mirada desacralizadora e irónica en torno a la realidad y al acto mismo de narrar, posibilita meditar todavía en un plano de familiaridad.

Concretamente podríamos identificar estas ideas en novelas como *El polvo y el oro* (1994) y *Llueve sobre La Habana* (2005) de Julio Travieso; *Matarile* (1993) y *Las manzanas del paraíso* (1999) de Guillermo Vidal; *Lances de amor, vida y muerte del caballero Narciso* (1994) de Alfredo Antonio Fernández; *Mata* (1996) de Raúl Aguiar; *Máscaras* (1997) y *La novela de mi vida* (2001) de Leonardo Padura; *Tuyo es el reino* (1997) de Abilio Estévez; *Prisionero del agua* (1997) de Alexis Díaz Pimienta; *El pájaro: pincel y tinta china* (1998) y *La sombra del caminante* (2001) de Ena Lucía Portela; *La leve gracia de los desnudos* (1999) de Alberto Garrido; *El vuelo del gato* (1999) de Abel Prieto; *Perversiones en el Prado* (1999) de Miguel Mejides; *El rey de La Habana* (1999) y *Animal tropical* (2000) de Pedro Juan Gutiérrez; *La mujer de Maupassant* (2000) de Juan Ramón de la Portilla; *Muchacha azul bajo la lluvia* (2001) y *Los desnudos de Dios* (2004) de Amir Valle; *El monte de Venus* (2001) y *Donde habita el olvido* (2002) de Mercedes Santos Moray; *La muerte segura de Guillermo Guillén* (2002), *El olor de la langosta y la torre de cerámica* (2003) y *Los funerales de Mauro Lechuza* (2005) de Arnaldo Muñoz Viquillón; *Silencios* (2005) de Karla Suárez, y tantas otras que harían demasiado extensa la lista.

Si en los años ochenta se exploraron algunos temas con intenciones críticas, en los noventa el campo temático se amplía mucho más y se acentúa su tratamiento irónico, manteniendo sin embargo el gesto humanitarista y la idea de la salvaguarda de los mejores logros de esta

sociedad; recurriendo al verismo de hoy para describir con una crudeza no exenta de poesía, los viejos tabúes y errores y los nuevos problemas que afronta nuestra sociedad.

En este sentido las novelas citadas, sin olvidar temas de siempre como el amor, la muerte, las pasiones y el odio, asumen el desafío de narrar cuestiones no menos primordiales como la doble moral, la corrupción, el abuso de poder, la violencia, los efectos del deterioro económico en la vida cotidiana, el impacto de la nueva economía y las dificultades sociales que inexorablemente genera (de manera especial lo concerniente al turismo), la presencia de la prostitución en los jóvenes, las reflexiones desde un enfoque más realista y humano en torno a las inclinaciones sexuales con peso notable en el tema gay, las repercusiones existenciales del SIDA, la defensa de los derechos de la mujer y la crítica al machismo partiendo de aspectos más profundos de la relación de la pareja y de los nexos sociales no abordados antes con la minuciosidad con que ahora se observan, las cuestiones de la identidad cultural, la emigración y los problemas que ella concita, la búsqueda de un diálogo constructivo entre los cubanos de dentro y de fuera de la Isla o entre cubanos del territorio insular con proyecciones distintas de ver la realidad, las experiencias de la diáspora, el manejo de la sexualidad y el erotismo sin escamoteos ni maniqueísmos, la aproximación a lo histórico con enfoques contemporáneos, la tematización irónica y lúdica de la ficción literaria, la relativización de la obsoleta dicotomía de las llamadas “alta” o “baja” culturas, el volteo de la formas a la vieja usanza del género policial, la drogadicción y sus consecuencias, la inquietud por el deterioro de la imagen urbana, el quebranto de lo ecológico y la nueva mirada acerca de lo rural, entre otros temas.

A menudo estas novelas entrelazan en sus páginas varios de los temas mencionados, pero en ocasiones se concentran con preferencia en uno de ellos. Quizás el de más frecuencia sea el de la doble moral, máscaras sociales cuyos visos más arcanos se busca revelar dentro de un contexto social y personal sumamente contradictorio (es lo que descubre, por ejemplo, el investigador Mario Conde en *Máscaras*).

La nueva visión epistemológica y cultural de las mencionadas ficciones se aparta del trascendentalismo del Boom al inscribir sus conflictos en un ámbito cotidiano y en una filosofía ecléctica que privilegia la óptica popular; así el problema que se examina se aleja de los destinos teleológicos y de los espacios socializados tan comunes aún en los ochenta cuando novelas como *El ruso* (1980) de Manuel Pereira y *Las iniciales de la tierra* (1987) de Jesús Díaz empezaron a recrear ciertos asuntos de esta naturaleza.

La novela de entre siglos refuerza el espíritu popular concediéndole un lugar privilegiado al humor directo, expansivo, sin condicionamientos cerebrales, aunque se las vea con temas de honda gravedad. Igual encomienda desempeñan el juego, la carnavalesación, el dialogismo y la frecuente deconstrucción de los paradigmas escrutados, actitudes de sentido que influyen en todos los órdenes del relato, básicamente en el discurso del narrador y en la enunciación y conducta de los personajes. Atrás quedan la solemnidad, los juegos de inteligencia y lo teleológico.

Al argumento le ocurre otro tanto, este simula la vuelta a un orden tradicional; para ello recurre a la coherencia desechando los malabarismos espectaculares de la diégesis, el tiempo y el espacio tan caros al Boom. De igual forma elude lo especulativo para favorecer lo concreto, y cuando lo explora (v.gr. *El vuelo del gato*, *La mujer de Maupassant*), asume de inmediato una voz paródica y una genuina risa cubana que lo deslegitiman y popularizan infundiéndole otros valores semánticos.

Los personajes son esencialmente jóvenes e irreverentes, marcados por lo cotidiano, sin aspiraciones a lo excepcional ni a las luminosidades intelectuales de los héroes y heroínas de los sesenta, si bien a menudo (y esto, como en América Latina, le imprime otra singular marca a la narrativa comentada) los(as) protagonistas son escritores(as), o al menos mediadores (as) que dan cuenta de lo que otros han apuntado, como sucede con Mario Conde, el investigador policial de *Máscaras*; con el narrador de *La mujer de Maupassant*, con el protagonista de *Animal tropical* o de *Llueve sobre La Habana*, por sólo recordar estos cuatro personajes. En resumen, la figura central de nuestra narrativa posmoderna es básicamente antiheroica (su heroísmo surge de su bregar cotidiano), autodiegética y se materializa en el subrayado de sus líneas y en su compleja referencialidad.

El deseo explícito de manejar temas y conflictos desde el pulso de la cotidianidad; el delineado del carácter de los protagonistas evitando derivarlos hacia lo abstracto o simbólico, la misma naturaleza del argumento, preciso, dinámico, episódico, y la frescura o naturalidad con que se abordan los asuntos, propician que esta novelística alcance un elevado grado de narratividad y que, por consiguiente, congrege a su favor un mayor número de lectores.

¿Significa entonces que esta socialización del texto, alejada de los cánones rupturistas y herméticos del Boom, conduzcan a pensar en una simplificación o disminución de las potencialidades estéticas de la novelística estudiada? De ninguna manera. Los serios problemas que esas ficciones interrogan y la fina atención que los autores le ofrecen a su calidad literaria niegan cualquier pensamiento mediatizador sobre ellas.

No debemos olvidar que esta novela se origina en un tiempo signado por los discursos mediáticos, apartada del fuerte simbolismo y de la sublimación poética del lenguaje que fueron consubstanciales a *El siglo de las luces*, *Rayuela*, *Paradiso* y *Cien años de soledad*. Su otredad estética es profunda e implica una revisión del esquema de valores modernos donde participa una gestión comunicacional más resuelta a fin de influir con mayor eficacia en muchos lectores sin renunciar a lo cualitativo. Lógicamente, ha tomado en cuenta los cambios epistemológicos, culturales y creativos acaecidos desde mediados del decenio de los sesenta hasta la fecha, transformaciones en las que se le ha asignado un papel primordial a la narratividad por su aptitud para incrementar la comunicabilidad textual.

Otra arista de suma importancia para entender la identidad posmoderna de esta novelística y su carácter popular lo representa el lenguaje, ahora más atento a lo coloquial, rico en fraseologismos,

en expresiones grupales de los jóvenes y en aportes lingüísticos típicos de nuestros días por el peso que tienen las palabras y expresiones usadas en la televisión, en los medios técnicos y científicos de gran influjo en la vida diaria como la informática, el marketing y la biotecnología, o en los discursos manejados por la prensa escrita y los productos de la cultura de masas, así como por la práctica social consuetudinaria.

Que esta manera de contar no ha renunciado al buen arte lo legitima su sofisticado trabajo formal, la pluralidad de sentidos que propicia y la calidad poética que la respalda. Su acierto está en que simpatiza tanto a lectores de mediana cultura como a aquellos otros más refinados o exigentes, ejerciendo, por lo tanto, una función más abarcadora social culturalmente hablando. De este modo, tras superar su primer nivel de lectura se empiezan a descubrir nuevas escalas de sentido que dan la razón a Genette cuando atribuye a las actuales narraciones la condición de verdaderos palimpsestos por su capacidad de develar incesantemente nuevos significados.

Para cumplir este desempeño, la novela le impone al lector productivo un protocolo de recepción intensamente activo, derivado de una meticulosa urdimbre intertextual en la que concurren en perpetuo intercambio dialógico distintas manifestaciones de este recurso narrativo, tanto explícitas como implícitas, que impulsan en sus transformaciones conceptos y enfoques más complejos acerca de lo novelado, recursos que, dicho sea de paso, se toman muchas veces de textos no legitimados para reciclarlos como pueden ser la literatura masiva, la música popular y los medios de comunicación. También se apropian de la literatura “prestigiada” por la cultura universal. En este caso dichas citas o intertextos son deconstruidos y resemantizados mediante la parodia, el humor y otras estrategias priorizadas por la novelística que nos ocupa y de modo especial por *Lances de amor vida y muerte del caballero Narciso*, *Perversiones en El Prado*, *El vuelo del gato*, *La mujer de Maupassant* y *La novela de mi vida*.

A tal eclecticismo coadyuva otro recurso que por su naturaleza tipifica el carácter posmoderno de la referida novelística, la metaficción, especialmente la que incita a reflexionar sobre su condición literaria. De continuo los protagonistas de estas narraciones (que como ya avisamos son con frecuencia escritores), muestran su lucidez al compartir con los lectores implicados variadas disquisiciones sobre el hecho ficcional del que participan y construyen, según observamos en *El vuelo del gato*, *El pájaro: pincel y tinta china* o en las demás novelas anteriormente citadas. Gracias a esta táctica podemos ver con natural goce la convivencia en *Lances de amor* del personaje real Cirilo Villaverde y de la ficticia Cecilia Valdés, enlace que, aparte de su ludibrio, nos propone una meditación respecto a la indudable relatividad que el tiempo le impone a las nociones de lo “real” y lo “ficcional”, tema como es conocido bastante discutido por las teorías epistemológicas de la posmodernidad. A ello habría que agregar las no menos polémicas cuestiones de la historiografía contemporánea que esta novelística pone asimismo en solfa.

A tal línea estética se asocia también el afán de las citadas novelas de borrar los contornos genéricos al confundir sus propiedades con las de otras funciones cognitivas, por el estilo de la

historiografía, el ensayo, el tratado sociológico, la poesía, los discursos mediáticos y el melodrama, juego igualmente propuesto al receptor como fundamento reprobatorio de la supuesta inmanencia de los géneros, ideograma este último difundido por el discurso académico cuya expresión de poder deviene también en estas ficciones objeto de controversia.

Nada dejan al azar estos relatos, cuidan en extremo su buen arte desde los presupuestos actuales de concebir la literatura. Así, consiguen algo que antes andaba divorciado, la difícil cualidad de ser al mismo tiempo un texto muy socializado y fuertemente entrópico, o como diría el chileno Antonio Skármeta en lo tocante a su narrativa, la consumación de algo bien fatigoso: la difícil sencillez del arte de narrar, difícil sencillez que hoy por hoy distingue los mejores logros de la novela cubana en marcha.

La Habana, 2007

Notas

¹ Utilicé la expresión “la pérdida de la inocencia” en mi libro *Visión de identidad en la narrativa cubana de los años 70 al 2000* (2003) con el propósito de identificar el rasgo primordial de la novela y el cuento en Cuba durante el último decenio de la pasada centuria. Con él me refiero a la nueva actitud de esta narrativa de desplegar con absoluta libertad todas las potencialidades narratológicas de la escritura posmoderna y de encarar con una visión crítica e irónica un espectro temático no conocido totalmente en décadas anteriores ni enfocado antes con esa intensidad desacralizadora.

² En efecto, los años noventa del siglo XX significaron un vuelco decisivo para las letras nacionales pues los acontecimientos desarrollados a escala internacional repercutieron también de manera muy sensible en nuestro país. Esos nuevos imaginarios fueron aprehendidos rápidamente por nuestra literatura, en particular por la más joven, influyendo de manera definitiva en su abrazo de la estética posmoderna desde su peculiar rostro periférico.

³ Esta idea la expresó el conocido novelista argentino Mempo Giardinelli en su artículo “Variaciones sobre la posmodernidad (o: ¿Qué es eso del postboom latinoamericano?)”, aparecido en la revista *Puro Cuento* (Buenos Aires, no. 23) en 1990.

Hombres contra la muerte, el libro desconocido de Miguel Ángel Espino

Existen pocos libros con tanta historia oculta como en el caso de *Hombres contra la muerte*, de Miguel Ángel Espino. Este libro es, en realidad, dos libros. Uno, el publicado originalmente en 1942, en Guatemala, que ha llegado este año a su sexta reimpresión; y otro, el publicado por única vez en

Hombres contra la muerte provocó expectativas muy altas en el país y en el extranjero, e incluso se comenzó a hablar de la posibilidad de filmar una adaptación inspirada en la novela, en México. Pero como que es dos libros, tuvo un destino

El libro llamado *Hombres contra la muerte* se publicó en Guatemala en 1942, en tiempos del dictador Jorge Ubico, uno de tantos émulos del *Gran presidente*, de Asturias. En él se habla, entre otras cosas, de Augusto César Sandino y de una rebelión de trabajadores en las plantaciones de caucho de la vecina Belice. El libro, que venía de un intelectual calificado en su tiempo como "izquierdista", no fue impreso de manera clandestina, sino que en la mismísima Tipografía Nacional. Ubico no pudo menos que reaccionar y ordenó

censurar la edición, que no volvería a publicarse sino hasta 1976, en El Salvador, nueve años después del fallecimiento de su autor.

El segundo libro que también se titula *Hombres contra la muerte* contiene importantes cambios hechos por el autor. Sus alusiones políticas son más fuertes. Veamos algunos ejemplos.

En la edición de 1942 un trabajador de la plantación llamado Juan Martínez tiene una discusión intensa con uno de los protagonistas, Fermín Sandoval. En medio de la discusión, Juan Martínez recuerda su pasado:

El monte lo hace llorar. Está llorando el hombrón curtido por todas las intemperies, el que no temblaba cuando se hacían astillas los trenes cargados de niños y de mujeres, en los turbiones de la revolución mexicana...

(*Hombres contra la muerte*, 1942, 2007, p. 25)

La versión de 1947 cambia la nacionalidad de Juan Martínez, quien pasa a ser salvadoreño: *El monte lo hace llorar. Está llorando el hombrón curtido por todas las intemperies, el que no temblaba cuando desde los balsamares de su tierra, en El Salvador, 30,000 campesinos se lanzaron a la Revolución haciendo astillas la resistencia de los terratenientes y abonando con sangre los catefales; el que entraba a saco en los pueblecitos y dejaba un reguero de cenizas, para que al día siguiente las dispersara el viento; el que tiraba golpe tras golpe, hiriéndose con la suerte, sin mirar atrás, en aquel año de 1932, cuando las indiadas salvadoreñas impusieron a cuchillada limpia su grito de hambre, asaltando pueblos y mordiendo las ametralladoras, incendiando pueblos, tendiendo emboscadas, haciendo frene, a veces, liándose a ciegas, en montón, cayendo y gritando para azuzar al monte.*

(*Hombres contra la muerte*, 1947, pp. 24-25)

En otros pasajes hace alusiones directas a Farabundo Martí, condena, sin equívocos, a la dictadura de Francisco Franco y critica los dos modelos políticos excluyentes: el capitalismo angloamericano y el estalinismo soviético. También aparecen personajes vinculados directamente al Eje nazi-fascista. Este libro, lleno de todas esas referencias políticas se publica, hasta ahora, únicamente en México, en la editorial Costa-Amic.

Poco hemos reparado hasta el momento en quién era el motor de la editorial Costa-Amic y qué significación guarda la publicación de *Hombres contra la muerte* en la misma. La editorial en cuestión tomó su nombre de su fundador, el exiliado republicano español Bartolomeu Costa-Amic (1911-2002). Nacido en Barcelona, Costa Amic practicó un oficio catalán por excelencia: el de editor. Fue militante del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), de tendencia trotskista, cuyo secretario general era Andreu Nin, familiar de la escritora Anais Nin. Costa Amic desempeñó tareas diplomáticas durante la Segunda República y estuvo en medio de importantes gestiones políticas, como la búsqueda de asilo político para Trotsky en México.

Bartolomeu Costa Amic fue doblemente exiliado. A la caída de la Segunda República, se ve obligado a abandonar España y a refugiarse en la localidad francesa de Perpignan, lugar en el que recalaron muchos exiliados del franquismo en su primer momento. Poco tiempo después, sobreviene la cacería de Stalin contra los trotskistas, que alcanza niveles internacionales, siendo el propio Trotsky, asesinado en México, su víctima más notoria. Costa Amic se asiló finalmente en México, gracias a la política de puertas abiertas del presidente Cárdenas, quien acogió a exiliados políticos de distintas nacionalidades.

En México creó, con un grupo de exiliados españoles y franceses y de intelectuales mexicanos, como Ermilo Abreu Gómez, las Ediciones Quetzal, retomando el nombre de una editorial creada por Ramón J. Sender, en donde que aparecieron libros de autores antifascistas. Poco tiempo después, crea la Editorial Costa-Amic, con el objetivo de “impulsar la cultura de México. Hemos procurado poner el libro al alcance del hombre común. Por desgracia entre nosotros el libro no es visto como un artículo de primera necesidad, sino de quinta, de última... Los editores debemos procurar que para ese hombre común el libro se convierta en un elemento indispensable, ofreciéndole una lectura amena, que le permita desarrollar el gusto por leer... Si no se trata de autores consagrados o de temas políticos, económicos y sociales que se ubiquen en un momento determinado y que exijan una publicidad inmediata, es muy difícil la publicación de libros en nuestro medio. El verdadero editor hace su trabajo por amor al libro y a la cultura”.

(Citado por Teresa Ferriz Roure, en *La edición catalana en México*, El Colegio de Jalisco, 1998, p. 40, reproducido en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes)

Dado el relieve que alcanzó su trabajo, Costa Amic fue llamado por el presidente guatemalteco Juan José Arévalo para que impulsara un proyecto editorial estatal, en el cual se publicó, entre otras obras, *El señor presidente*, de Miguel Ángel Asturias. A la caída del régimen revolucionario, vuelve a México, país en el que muere en 2002, justo el año del centenario de Miguel Ángel Espino.

El que un editor republicano español, que combinó la publicación de obras literarias con la de memorias de militantes del POUM y que publicara clandestinamente el manifiesto de la huelga general en Cuba en 1957 y lo introdujera al país caribeño disfrazado de libros religiosos, permite entender muchas de las razones por las cuales el segundo libro titulado *Hombres contra la muerte* fuera desconocido en El Salvador. Lo contradictorio de todo esto, es que su autor era también secretario personal del régimen militar de Salvador Castaneda Castro y que buena parte de su vida la dedicó a servir a estos regímenes. Por lo menos desde 1932, cuando era secretario de la embajada salvadoreña en Guatemala. A través de Espino, se organizaban visitas para que los periodistas guatemaltecos vieran los supuestos horrores que se les imputaban a los “comunistas” y de alguna manera legitimaran el régimen de Martínez.

Pero volviendo a la literatura, hay elementos que unen a estos dos libros, lo cual quiere decir que ninguno anula los méritos del otro. Los une una misma historia, que se desenvuelve en un Belice más hijo de la imaginación literaria de Espino que de la realidad. Belice es el punto de

encuentro en el que las fuerzas políticas y espirituales que están en conflicto en la época entran en colisión. Y para Espino, la salida de este choque ideológico, político y espiritual está en la cultura de nuestros países, en esa “raza cósmica”, al decir de José Vasconcelos, su maestro mexicano. Para Espino, en un mundo convulsionado por la guerra, por la ambición disfrazada de defensa de la libertad y la intolerancia como era el mundo de los años 40, los hombres y mujeres latinoamericanos tienen mucho que aportar, toda vez y cuando busquen dentro de su acervo cultural y espiritual, y encuentren allí soluciones y proyectos originales para reformular la convivencia social.

Hombres contra la muerte es una novela de ideas, en la que resalta lo mejor del pensamiento de Espino y quizás, por ese mecanismo secreto de la literatura, se lleva a cabo lo que las opciones del autor no pudieron plasmar en la realidad. El personaje a través del que habla Espino es Ramiro Cañas, un trasunto de Espino y de Alberto Masferrer. Como este último, como Monseñor Romero, Enrique Álvarez Córdova e Ignacio Ellacuría, esa “ala contra el huracán”, esa aislada voz de la razón compasiva no pudo evitar el torbellino que las fuerzas de la injusticia habían desatado. Ramiro Cañas comprende que la confrontación es inevitable y toma su lugar al lado de los trabajadores caucheros bajo el nombre de San Huracán. Esto mismo le pasó a los personajes que acabamos de mencionar. Y como dice el final del segundo *Hombres contra la muerte*:

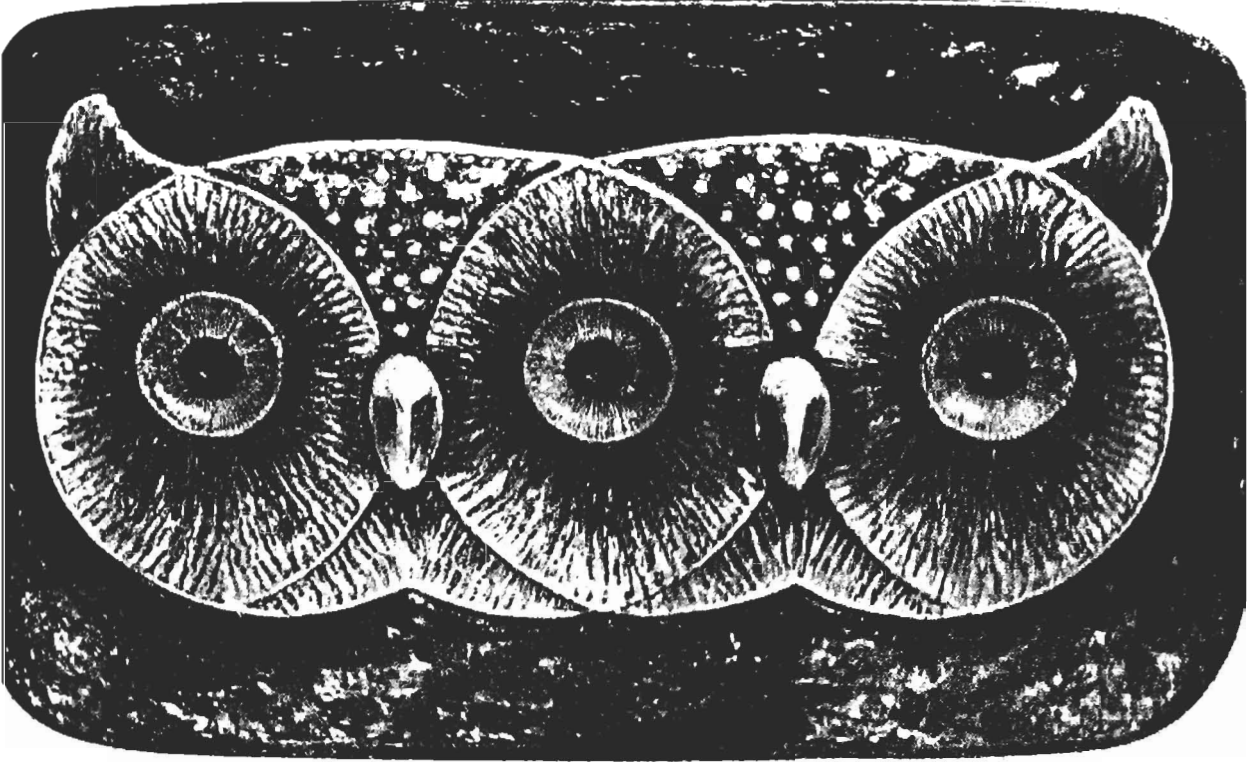
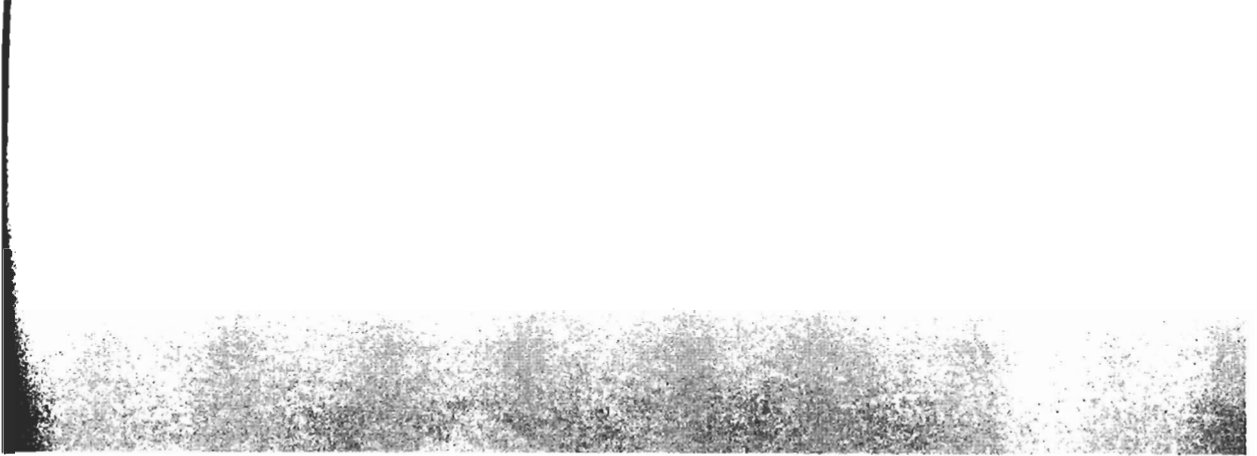
Cayeron «en un lugar de Belice», pero están en la luz.

Porque vencieron el olvido con una esperanza, porque circulan en el viento y brotan en el perdón, porque en el vuelo de sus recuerdos lloraba Cañas y cantaba América.

Por eso están marchando, han comenzado a marchar...

(Hombres contra la muerte, 1947, p. 311)

Alimentamos la secreta esperanza de que nuestra sociedad sea la de hombres y mujeres contra la muerte. Espino es, así, el precursor de un nuevo humanismo y de una forma compasiva de enfrentar los problemas sociales.





La Reforma Universitaria

Conferencia del Doctor Miguel Angel Espino (11 de marzo de 1935)

Señores:

Un noble sentimiento de responsabilidad está agrupando en torno a la reforma universitaria las fuerzas espirituales que parecían ausentes, y este hecho consolador sugiere la oportunidad de consolidar por medio de un compromiso ante el país entero la obligación de revisar nuestro sistema cultural, que vale decir nuestro sentido de patria y nuestra actitud como pueblo. Después de un largo silencio que ya pesaba como una culpa sobre varias generaciones salvadoreñas, el motivo de la rehabilitación aparece más trascendente, más profundo. Nunca como ahora se había comprendido que el espíritu que informa la alta educación priva directamente en la arquitectura de la nacionalidad, infundiéndole sus características y determinando orientaciones removibles sólo por medio de una

depuración que abarca amplios períodos. Siendo la Universidad el foco de energías históricas que plasman la fisonomía del grupo, necesario es asentar, como esencia del movimiento proclamado, que para actuar sobre las realidades sociales de un pueblo hay que transformar el instrumento de la cultura, apropiándolo al sentido del tiempo y poniéndolo al servicio de un nuevo destino, ya que la marcha de la humanidad no se desarrolla conforme a una norma inevitable, escrita en los astros, sino que se ordena por misiones que el propio drama del conjunto va elaborando, en una experiencia que se cuenta por siglos.

Complejo, difícil de penetrar, grave en sus consecuencias, que involucran intervención en el provenir, es el programa que la Universidad se impone, al encauzar un análisis de su estructura y su función, para conformar ambas a las urgencias contemporáneas y asumir el papel director que le corresponde en la vida nacional.

Cierto es que el concepto “patria” desbarbarizándose a través de un proceso que va del klan a la internacionalidad, adquiere una valoración menos agresiva y más útil; cierto es que la patria no puede ya considerarse como un juego de fuerzas ofensivas, sino como el lugar en el que se realiza la justicia y se hace posible la felicidad de los demás. Pero la Universidad, que por impulso tradicional prepara el contenido ideológico de cada época, debe conservarse al servicio de la patria, que es la figuración romántica del estado organizado en servicios económicos, culturales, jurídicos. Es aquí donde principia la auscultación rigurosa que revelará el estado de salud o el declive patológico que se pretende desentrañar. Prescindiendo un momento del papel normativo inherente a los organismos depositarios de la cultura superior, cabe preguntar si la Universidad nacional tal como existe, sirve al propósito de producir hombres, tendencias, situaciones, movimientos y reformas útiles al estado, sometido fatalmente a condiciones históricas que no le es dable evitar, porque son de índole evolutiva.

Se trata, pues, de un asunto de vigencia. Se trata de saber si la Universidad sirve hoy, si es apta para atender su cometido en este lapso, abrumado por una herencia confusa recibida de edades imprevisoras y colocada frente a un futuro huracán de descifrar. Queda desde luego descartada toda actitud valorativa que se refiera al pasado. Si la Universidad fue eficiente, si desempeñó su función orientadora con entereza, si sirvió intereses generosos o traicionó su misión heráldica, juicios son que pertenecen a la serenidad de la historia. La acción relama para sí otros atributos más cercanos a la pasión. **Hacer** significa comprometer todas las energías con el ideal en forja. Ya la posteridad tendrá tiempo de saber si íbamos al Bien o estábamos equivocados.

Colocados en este punto de apreciación queremos eliminar susceptibilidades que nada representan cuando se trata de una labor impersonal, idealista. Es necesario que esta empresa no se convierta en una feria de vanidades, es necesario evitar que la jornada se reduzca a comprobar si los hombres de entonces tuvieron razón o no cuando en pleno idilio positivista expulsaron del recinto universitario las humanidades y erigieron como finalidad salvadora el cientificismo, creando con los jirones de la cultura el espantajo profesional.

Una verdad sensible a las conciencias menos alertas es la de que carecemos de un plan nacional de vida. Que con los restos de una campiña feudal, que con las supervivencias coloniales, que con un mosaico de tendencias y de imitaciones tratamos de encauzar un pueblo, sin un sistema conexo de acción. Ningún pueblo ha desarrollado su historia bajo la acción de estimulantes espontáneos. Todos obedecen a direcciones proféticas, todos se orientan por una visión que surge de su propia entraña, de los hombres que en su seno consultan el rumbo de la felicidad común.

Tan acostumbrados estamos al culto de la apariencia, que se nos dificulta aceptar la idea de que vivimos artificialmente, distanciados de la realidad. Propiamente no sabemos a dónde vamos. Ante el presagio de tiempos nuevos, templados en la fragua revolucionaria, preferimos ignorar. La Universidad no interviene, en calidad consultiva, en la política a seguir, preconizando programas y medidas en vista de las circunstancias. Se olvida que la política y la administración son actividades de naturaleza universitaria y no de generación espontánea. El estudio de los problemas y su resolución se dejan al Poder, que preocupado con problemas inmediatos, no se encuentra en condiciones para la consideración metódica de los acontecimientos y de las previsiones adecuadas. Bajo la consigna asiática del silencio, desconociendo la naturaleza de nuestro vaso social, tan lleno de sorpresas, preferimos simplificar nuestra responsabilidad por medio del terror preventivo, que implica la inmovilidad intelectual y la opresión de la palabra, y que sólo logra justificar las acechanzas contra el orden que no responde ya a la verdad. Repetimos la solución del que, para impedir que estalle la caldera en ebullición, rompe el manómetro que registra la temperatura.

Hemos llegado poco a poco a elevar el silencio a la categoría de virtud. Nos hemos convertido en la cofradía del silencio. Ante los problemas que se agitan o se anuncian recurrimos al sistema bíblico de la hoja de parra. Y así como una escuela mojjigata cerró los ojos ante el problema sexual, creyendo suprimir de ese modo las leyes del instinto, así hemos cubierto pudorosamente las necesidades que sacuden el alma popular con un voto de prohibición. Pero los problemas del país no podrían en el futuro resolverse a ojo de buen cubero. Si la Universidad no se pone en su puesto, si no acepta su función guiadora con entereza, otras fuerzas como la prensa, otras instituciones de carácter cultural vendrán a llenar su vacío.

No pedimos con esto que la Universidad se entregue a los vaivenes de la política, ni mucho menos. Lo que pedimos es que se erija en institución de consulta, de investigación, y que presida desde su tribuna doctrinaria la marcha de la nación, a través de una senda amenazada por reacciones peligrosas.

Pedimos que la Universidad abandone su roca olímpica y descienda a las masas, porque sólo elevando el nivel cultural de las masas se puede subsistir en un mundo complicado por la ambición, en busca del bienestar perdido por los rumbos más oscuros.

Bastaría pensar, para explicar la inminencia de la necesidad renovadora, que hay un pueblo que

no sabe lo que está pasando en el orbe, que permanece fuera del siglo conmovido por sombrías cavilaciones, en una capacidad elemental de producción, bajo las supersticiones políticas más funestas, pervirtiendo cada día más, bajo el flagelo del paludismo y de los salarios de hambre, la idea rudimentaria de patria, sin presentir siquiera la obligación de acercarse al sentimiento de una humanidad superior.

¿Cómo puede esperarse una patria homogénea, eficaz, con un campesinado analfabeta, con una tierra deficiente, con una enseñanza pública casi miserable, con una economía incipiente, con una máquina institucional anticuada, y sobre todo, con el prejuicio tabúico de que somos el pueblo de Dios y que de aquí a la inmortalidad sólo hay un paso?

Se nos dirá que la Universidad está hecha para atender ciertos sectores reconocidos de la educación científica, y que sería imposible que derramara su influencia en esferas tan diversas y heterogéneas. Esta argumentación simplista pertenece al pasado. Eso es precisamente lo que exige la nueva mentalidad: una Universidad para el país, para un país que carece de tradición cultural, desprovisto de tantos órganos de difusión que en latitudes más afortunadas colaboran en la obra de superación general. Y trasladamos a la Universidad esta empresa porque ella tiene el control de las juventudes que dirigirán mañana el país, y porque la universidad ha aceptado como deber ineludible el de llenar las necesidades del medio en que acciona.

Sabemos que la suficiencia tropical de algunos profesores de pesimismo nos precipitará al infierno en donde purgan su delito los soñadores. Pero todos sabemos que es niebla del medioevo la duda sobre el poder de la educación. Desde aquellas iluminadas palabras de Leibnitz, que pedía 50 años para transformar el mapa espiritual de Europa, nadie desconfía del arma educativa como agente de mejoración. Nadie, a no ser nuestros filósofos del derrotismo espiritual.

El panorama de la nueva Alemania nos ofrece una impresión de lo que puede ser un ideal en manos de la escuela. En su afán de alemanizar el futuro, haciendo converger todos los alientos a la resurrección de una nación despedazada por la adversidad, enfocando toda su política a borrar la huella de “los hombres de noviembre”, dice Latorre, aquel formidable ensueño de acero va adquiriendo las líneas de una verdad, y Alemania levanta su grandeza legendaria, evocada por el espíritu, desde el taller en donde los maestros graban en el alma de las nuevas generaciones el amor de Germania magna.

“La psicología de los grandes movimientos populares no tiene nada de explicable para quien examina de cerca”, dice Paul Louis. Todos obedecen a una preparación previa. No se puede registrar un cambio histórico sin una situación revolucionaria que lo haga posible. La humanidad no procede por influjos estelares, mesiánicos, ni obra bajo mandamientos místicos, sino que avanza, conquistando la tierra con sangre y angustia, obediente a las leyes de su dolor y de su instinto heroico. Sólo en un pueblo considerado como producto voluntario de los dioses, sometido a caprichos inmutables, las situaciones descienden como un premio o como un castigo, en forma de un ángel enemigo o de un ángel protector.

De ahí que los iniciadores de este movimiento hayan incorporado al plan puramente universitario el reclamo de un reajuste científico y moral de la enseñanza general. Con los principios vetustos que la animan sería imposible una acción universitaria en firme. Sería, incluso, un error de estrategia en la lucha por la cultura, querer llevar a la Universidad depurada de su lastre neomístico, almas deformadas en las incubadoras de la instrucción primaria, que todavía practican el alfabeto como un castigo.

La salvación del país no se conseguirá por medio de transformaciones fragmentarias, formalistas, sino fecundando los factores docentes con un nuevo evangelio, modificando totalmente la filosofía de la cultura. Esto involucra una purificación heroica, cruel y persistente. Se trata de despojarnos de una herencia confundida con nuestras convicciones, que vigiló nuestra cuna como una madrina negra. Se trata de suplantar todo un sistema de conducta. Se trata de traer a la escuela la luz de nuevas religiones morales. El mundo no puede explicarse más como un festín de fuerzas arbitrarias, como un mercado de egoísmos y traiciones. Durante mucho tiempo la escuela toda fue preparación para la guerra, para la dominación, para el odio. Ante los éxitos de la barbaridad, coronada y soberbia, los apóstoles del exterminio pasaron con su maldito Darwin corrompiendo las pequeñas conquistas de la tolerancia, e influenciando el libro, la cátedra, los débiles utensilios de que disponía la bondad. Ahí se inició esa sabiduría bestial del struggle for life, de la supervivencia de los más egoístas, que traducido en programas y asignaturas produjo el tipo de profesión utilitarista, de la cual había sido extirpada la ilusión "patria", el espejismo "humanidad", el fantasma "comunidad", y esa mentira de la solidaridad y el desinterés. Por ese camino, a la luz de ese credo venenoso, se llegó con el tiempo a establecer una conciencia de circo romano, que regó arena para una lucha civil que aún no termina y que arrojó a la hoguera bélica los sentimientos más nobles de que se prestigiaba la estirpe humana. De una explicación biológica falsa, inexacta en el mundo animal, como la hace ver Max Scheller, se extrajo una norma universal aún más falsa al aplicarla a fenómenos psicológicos. La lucha despiadada produjo una humanidad epiléptica en la que no triunfaban los mejores ni se perpetuaban los más aptos, pero que en cambio exhibía la victoria de una zoocracia desprovista de dones morales.

Una nueva concepción de la convivencia quiere ahora arrojar del templo esa filosofía de piratas, para sustituirla por fórmulas éticas derivadas de un máximum de desinterés social, convirtiendo el mundo, como pensaba Wilson, "en un lugar decente para vivir".

La orientación contemporánea de la educación puede encerrarse en la enunciación que le diera Grundtvig, el que diseñó la plataforma de la Dinámica joven: "la creación de un tipo ideal de hombre, lleno de nobles impulsos hacia la libertad moral y al mismo tiempo profundamente respetuoso ante la condición de los demás; reconocedor consciente del derecho y, al mismo tiempo, capaz de autodeterminarse".

En lo que se refiere a la Universidad, que forma una culminación orgánica de esa construcción pedagógica, la revolución se dirige al espíritu universitario, a su actitud ante la sociedad, al procedimiento que debe adoptar para cumplir sus fines. No te educas para ganar, sino para servir, es la concreción de la pedagogía social. La alta enseñanza tiende a “la aplicación de los conocimientos en forma de servicio social”, asienta un comentarista. Y agrega que la grandeza de la Universidad norteamericana reside en la suma de acción, de sentimiento y de ideales que representa, por medio de sus instituciones auxiliares que la ponen en contacto con el ambiente, porque el anhelo supremo de los altos estudios debe ser el de interpretar y servir a la sociedad que la nutre.

Es aquí en donde se acentúa la deficiencia de la tarea cumplida por las universidades que, prófugas del humanismo, relegaron la investigación a un plano estéril, libresco y especulativo, y que se olvidaron del deber de intensificar sus laboratorios sociales, indispensables en su conformación porque el mundo que nace, iniciado en aspectos recientes de la civilización, amplificado en su ritmo vital, experimenta nuevas necesidades que deben resolverse por métodos nuevos. Las relaciones económicas –y con esto se alude a todo el radio psicológico– han sufrido cambios determinantes, capaces de modificar el contenido de una época. Sería imperdonable que nuestra Universidad, encasillada en reductos conservadores, no explorara esas pulsaciones del conglomerado, poniéndose al frente de la revisión.

Sería criminal eludir este imperativo por razones de comodidad, por ejemplo, porque la ignorancia del campanario atribuye color comunista a toda disciplina del conocimiento social. El mundo actual se estremece bajo ansias trágicas, y los pueblos buscan su felicidad por distintos caminos. Rusia la busca por el sendero económico, porque su materialismo histórico enderezado ahora a la retención del poderío material, reduce la vida a rublos, y otros la buscan por el camino del alma, que eso es la armonía social que transmite la cultura, el viejo sueño de la “fraternidad trascendental” alerta en todas las religiones.

Hace siglos, este drama existía ya. Lo vio la caverna, lo vio la horda, lo vieron las primeras caravanas que se detuvieron a esperar cosecha y las que se detuvieron a orar, en el sitio que recogió la sombra del jefe muerto. Con nuevas intensidades, con nuevas proporciones cada vez, la historia ha comprobado el sentido de la tierra y el sentido del espacio. Y después de mil fracasos y de mil esperanzas, el “gran sueño” de algunos tal vez necesite un cambio: las luchas económicas tras el bienestar no han unido a los hombres. Aún las religiones han separado a los mortales. Sólo la cultura los une, los iguala. Acaso el único camino de la dicha sea el camino de la verdadera igualdad espiritual. Y acaso la escuela que quiso suprimir la injusticia económica, olvidar el hambre y la miseria, incapaz de inaugurar en la práctica una filosofía contra la opresión, al caer en el culto del becerro de oro, haya roto otra vez en la senda de los ensayos, la ilusión perenne de los humanos.

De todas maneras, sobre la huella de Platón o sobre el rastro de otro mensajero, de este laboratorio fragoroso saldrá una imagen remozada de la vida, y a esta humanidad surgida de las nuevas cenizas corresponderá una nueva concepción de la existencia.

Prepararse para intervenir en esta transformación que los indicios hacen creer cercana, atemperando las exageraciones y alentando las excelencias, es la misión próxima de la Universidad. Recurrir a la hoja de parra o asistir tranquilamente a esa treta infantil equivaldría a un suicidio, porque la realidad marcha y las necesidades improvisarían las sustituciones de un Alma Mater que nada tiene que ver con la vida.

El profundo sentido económico de la época no habrá de desvariarse porque unos cuantos economistas y sociólogos dediquen madrigales a la prosperidad. Puede llamarse a esto tendencia disolvente o como se quiera, pero es lo cierto que con legislaciones de emergencia y con estatutos extraordinarios, no se logrará sino precipitar el krach, demorado por una recuperación parcial y transitoria.

Nada más lamentable que la opinión de algunos salvadoreños sobre la divinidad de nuestras leyes, tan sabias y perfectas, que ellas serán un modelo cuando nuestro pueblo haya alcanzado un grado superior de desenvolvimiento, que lo ponga en condiciones de merecerlas y de cumplirlas. Para ellos, el Derecho es una norma inmanente para la que nada significa el dolor. Para ellos las leyes deben ser el molde de tortura en el cual los hombres sacrifican lo que está más allá del dogma legal, y no importa que a esta reducción escape la verdad. Esas leyes de mérito superior darán sus efectos cuando hayan triturado a varias generaciones y hayan deformado en el radio de su alcance, esgrimidas por manos fanáticas, las características adversas.

Era para entonces, probablemente, para cuando los devotos de nuestra Constitución arcaica esperaban que la Ley Máxima entrara a regir la democracia de opereta que bordaron primorosamente nuestros legisladores, democracia construida sobre un montón de papeles inútiles, perpetuada por otro montón de leyes sin previsión científica, confeccionadas festinadamente en el papeleo de las oficinas y no en el seno de un cuerpo legislativo de responsabilidad técnica. Ojalá que la nueva Constitución que alborea y que en buena hora sea llegada, resulte de la consulta serena, cabal y amplia de la conciencia y de la realidad del país, y que la Universidad no rehuya su participación preparatoria.

A esta manera de entender los problemas quieren llamarle sedicioso, más que por ignorancia, por malicia del sistema obstruccionista. Así también se pretende confundir la reforma universitaria con la tendencia proletocrática, cuando el clamor de las mentalidades previsoras se pronuncian en el sentido de que la Universidad en calidad de consultora científica, organice la defensa del estado actual en la única forma que esa defensa es susceptible de verificarse resolviendo las fallas y las inconsecuencias del régimen estatal, haciéndolo más apto y más fuerte.

Por eso, algo de justo hay en el resentimiento de la juventud contra esta casa, que por lo demás ha desarrollado una benemérita labor, en medio de ahogos económicos y de una incompreensión hostil. Pero su prédica liberadora no ha ido hasta donde la generación presente quisiera. El ambiente permanece hermético y opaco, enemigo de la tolerancia. Parece que a cada paso, detrás de cada palabra, ha de surgir la mano del Santo Oficio. No existe esa hermosa libertad de pensamiento en el país, que es la base y la razón del esplendor cultural en otros pueblos. Realmente, las masas poco deben a los intelectuales. Estos desconocen su cometido y no han cumplido con la misión reservada a ellos. Y esas generaciones abúlicas, que han hecho de la libertad de conciencia un cementerio, o que lo han tolerado; que han permitido el entronizamiento de la estulticia, que han aceptado el terror de las palabras que piensan que todo está bien mientras está bien el estómago, han salido de aquí. De aquí han salido las camarillas gobernantes durante largo tiempo. Tal vez parezca el cargo muy duro y extremista, pero la verdad de este asunto se podría medir por las consecuencias reinantes. Es tal la intransigencia, que malogra las mejores intenciones que, cuando el movimiento comunista de 1932, la Iglesia trató de resolver su cometido desde su punto de vista, dentro de la clásica moral cristiana, predicando los sentimientos de amor, caridad, justicia. Y entonces, señores, esa maledicencia lívida de que hablo escondida tras bastidores, tildó al Representante de la Iglesia salvadoreña de comunista. Y es bueno recordar de paso, ya que se presenta oportunidad, que en aquella desgraciada ocasión que enlutó al país unánime, la Universidad calló, ante un fenómeno social que requería su estudio, porque ahí, para las ciencias sociales, en vez de un motivo para el mutismo, había una razón para el esclarecimiento, había un fenómeno económico agudo, había una crisis, había algo que no funcionaba bien. Ciertamente, alguna culpa cae sobre esta casa que, en otros aspectos, ha defendido brillantemente su destino tutelar.

Por eso no entiendo yo la manía de querer conservar el comunismo en su estado de misterio, precisamente cuando el comunismo está siendo combatido a fuerza de análisis de sus postulados. Cuando la represión en todas sus formas fracasó en países más organizados, con toda prudencia la burguesía recurrió al sistema de rebatir nacionalmente las ilusiones marxistas, divulgando contra-argumentaciones como la de Rathenau y comprobando la falsedad de las deducciones maximalistas, el desengaño del milagro levantado sobre la fuerza, el fracaso del terror como ideal público, el crepúsculo inevitable de la negación espiritualista. Sólo entre nosotros, un pavor esclavista pone en las manos de cualquier mal intencionado la clave para estrangular los más nobles esfuerzos de la honradez en favor de la paz social.

Se ha llegado hasta el extremo de querer confundir toda exposición sobre el excepcional trance económico visible a lo ancho del mundo con una propaganda tendenciosa. Negar que el capitalismo está realizando hondas transformaciones en su estructura, al grado de romper viejas modalidades consideradas como esenciales, con propósitos defensivos, es la peor de las falacias. Las formas intermediarias del capitalismo con tendencia a la revisión del crédito, de la producción,

de la distribución, construyen un hecho, y sólo a nuestros sabios se les ocurre condenarlas como inexistentes, porque ellos siguen creyendo que la “Ley de la oferta y la demanda” procede del Sinaí, y que en virtud de su poder divino habrá de restaurar un orden que ella precipitó en el abismo.

La Universidad, pues, tiene que reivindicar su puesto, a ratos olvidado. Debe, ante todo, abandonar la región inaccesible desde donde juzga a los vivos y a los muertos, y aproximarse al pueblo, con la verdad en las manos, para hacer luz en los problemas que esperan solución y que no desaparecerán tan fácilmente si no se aplica a ellos la llama de la constancia.

El ideal no es elevar a los hombres hasta la Universidad, sino que la Universidad baje hasta a los hombres, y que ella deje de ser, como dice Nelson, “un ambiente de donde ha huido la vida”, para servir los intereses de la Sociedad sin sacrificar los del individuo.

“El hombre es un animal político”, de la polis, pensaba Aristóteles. Y cuanta razón tenían los educadores de la Grecia magnífica –que por dicha la educación era labor de filósofos y no de gendarmes– cuando querían hacer de la ciudad una escuela y obrar sobre muchedumbres, desde el Ágora. Sócrates, bajo los mirtos, en el Jardín de Academos, aumentaba la luz del ámbito, Platón convertía el diálogo en una conquista de la metodología, Aristóteles fundaba su liceo en la libertad, Pitágoras hacía resonar “los versos de oro” en su instituto de Crotonia, en los 4 grados de la jornada que conducía a la armonía cósmica y humana: preparación, purificación, perfección, realización.

El ascetismo cultural expiró cuando las multitudes tocaron con mano ruda los reductos de la sapiencia, que se estaba convirtiendo en un vicio secreto de las minorías privilegiadas.

La obligación de la verdad me impone una rectificación. Es cierto que, por la índole de sus tendencias, por el color de la filosofía que dominaba su naturaleza, la Universidad produjo hijos sin el sentido de la lucha altruista, y que su paso por el escenario nacional ha sido negativo. Es cierto que los intelectuales han consolidado una moral fenicia para la cual el espíritu es una cosa absurda con signo menos. Es cierto que entre las leyendas más grotescas descuella aquella de algunos personajes consagrados por una fama casi mitológica, que en su calidad de dioses nunca han querido conversar con los mortales de su valle. Y es cierto que la legión del “Ante mí” y del “Certifico”, que cuenta en su haber con unas cuantas escrituras magistrales, nada significa en la zona de los esfuerzos, ni nada podemos esperar de su alma de escribanos. Pero sería un crimen dejar a un Francisco Gavidia, poeta como Jesús, que desde la cumbre de su esperanza, pagando el pecado de soñar, ha vivido como un desterrado entre los suyos, perdonando con sus versos la infelicidad de los mercaderes. Para él, que ha tenido el valor, que ha tenido la fidelidad de la cultura, que ha practicado el sacrificio del espíritu, cuando la moda era enriquecerse o enlodarse, El Salvador tiene la deuda de un monumento, porque él ha sido la canción cuando todos eran el negocio. Nada me ha parecido más trágico en este país que vive en el carnaval de su café, que el dolor de ese hombre que después de exprimir su alma en el

altar de las más rigurosas disciplinas mentales, cuando el tiempo y la brega santifican su cabeza solitaria, tiene esclavizadas en el silencio de su humildad grandiosa, más de 40 obras inéditas. 40 libros que el corazón del poeta más grande que hemos producido se levantan reclamando la luz, reclamando su destino, que es el de aumentar la bondad y la belleza, así como deliraban las estatuas gigantescas del mausoleo de Julio II, que la desgracia paralizó en las canteras de la sombra, en el corazón atormentado de Miguel Angel.

Así paga esta figura prometeica que ha conseguido el fulgor de la creación para sus manos, fuertes como la resignación, así paga el privilegio excelso de haber cantado cuando los otros transaban con el bagaje mínimo que les había dado la Universidad. Con el Maestro están uno que otro profesional apartados del vértigo de Midas. Pero son pocos. tal vez solamente los indispensables para hacer más honroso el recodo.

Para infundir un aliento generoso a este pueblo dormido, que podría entregarse a pasiones pérfidas, es necesario que la Universidad adopte métodos de acción definidos, inspirados en el mandamiento moderno de influenciar todos los sectores sociales, desde aquellos que reciben directamente su preparación en las aulas los que disfrutan del clima civilizado que una difusión intensa produce.

La reforma estatutoria llegaría como una consecuencia del nuevo plan a seguir. Las facultades aisladas, sin un organismo que las represente y dirija, unificando su acción, no harán más que prolongar los vicios innatos de su formación, con un resultado que no escapa al menos sagaz si se compulsa este dato: los profesionales activos en la república apenas pasan de 700 y ya se siente un sobrecargo, ya existe la penuria, ya está naciendo el paro profesional. El reducido número de profesiones a seguir congestionará aún más, en poco tiempo, la escasa capacidad del medio, planteando un serio problema que urge remedios preventivos. La creación de nuevas Facultades, desprendidas de la auscultación sistemática de la realidad nacional deberá ser continuada por la creación de nuevos órganos encargados de cumplir la labor universitaria extra-cátedra, acaso la más noble y perentoria.

Esto no quiere significar el abandono de la preparación profesional y el descuido de la cultura técnica, sino el ennoblecimiento de las profesiones y su distribución racional conforme a las necesidades del país.

La formación de la personalidad, el perfeccionamiento en el aspecto profesional, la realización del sentimiento de humanidad en todas sus redentoras proyecciones, ese es el ideario sencillo que cabe al instituto máximo acorde con el camino de Goethe: "De lo nuevo a lo útil y de ahí a lo bueno".

Una modificación de esta calidad no puede concretarse a un simple cambio de programas o de materias, aunque esto forme parte de la renovación. Habrá que abandonar la pretensión de que la Universidad sea un vivero de sabios, vertiendo un caudal de ciencia en sus visitantes; pero este efecto imposible se compensará con la formación de disciplinas perdurables de estudio, de

investigación, respetando siempre la personalidad vocacional del estudiante. Una preparación así, que pudiera contar principalmente con el acervo posterior que la moral universitaria demandara a sus egresados, eliminaría de la Universidad ese criterio academista que valora a los hombres por sus calificaciones y asistencias, como si la vida fuera una competencia de niños alimentados con reloj en mano. Cuando eso es necesario, cuando es indispensable recurrir a falsos estímulos, comenta un autor, puede asegurarse que ahí hay una rueda del sistema educativo que no marcha bien. Un grado más y llegamos a los premios y castigos. Un grado más y se divisa la academia típica, sorda al progreso que no está escrito en sus libros. La academia pasadiza cerrada a bronce, la misma que un día negara a Jenner, a Franklin, a Fulton, porque habían descubierto cosas que no constaban en sus anales y que por lo tanto, “no estaba probado” que fueran ciertas, como expresó la resolución sobre la teoría mesmérica.

Cualquiera que sea el rumbo de la liberación adoptado por los grupos nacionales, ya sea el de las reivindicaciones violentas de carácter económico, ya sea el del reformismo legalitario, de la participación de todos los grupos en la democracia, acogido por la nacional-democracia, hay un punto de coincidencia en la lucha. Todos están de acuerdo en que es necesario atraer las masas a una comunión cultural, afianzando el instinto de la colaboración desinteresada. “El hombre, proclama Nathorp, llegará a ser hombre solamente por medio de la comunidad humana”. No educar a las masas es más peligroso que educarlas. La política tradicional del oscurantismo ha dejado de surtir efectos.

Así vivificada la tarea universitaria, necesariamente, implicaría en su reajuste un nuevo concepto disciplinario, como materia de sus estatutos. La disciplina, cuando se aspira a formar ciudadanos libres, no puede ser un concepto de contenido pasivo de aspiración virginal, sino una recomendación dinámica, reposando sobre la responsabilidad. Sólo se puede obedecer lo justo. Imponer es propio de los que carecen de razón y en esta Universidad no podría ya defenderse sin peligro de estorbo la disciplina represiva del cesarismo escolar, del cesarismo monástico, eminentemente savonarólico y con facultades casi patronales, que soñaba con fabricar sacristanes científicos al por mayor.

Me doy cuenta de que el panorama febril que he trazado puede, para un criterio modernista parecer exagerado y alterado a causa de un entusiasmo inexperto. Pero un examen de la actualidad exterior nos convencerá de que el mundo está a las puertas de grandes transfiguraciones. Una anarquía en los sistemas establecidos, una descomposición mortal sacude el orden fundamental en todas partes. Crujen las organizaciones nacionales, bajan las cotizaciones, aumentan el paro y el consumo inferior, se estanca la producción, las catástrofes bancarias hacen culminar la aventura de la monetización artificial, el hambre cubre regiones enteras del planeta, mientras se queman millones de toneladas de trigo y de destruyen millones de sacos de café y se alimenta con todos estos absurdos al fantasma trágico de la violencia.

Comprendo que un deseo altruista pero sentimental quiera contener este horror negando los acontecimientos, cubriendo las manifestaciones repulsivas con una venda misericordiosa.

Esta actitud defensiva ya se ha ensayado en la historia, y sus resultados han sido ominosos. Es curioso enterarse de que todas las comisiones nombradas bajo el Imperio de Nicolás II para examinar la situación agraria del país, en su táctica de restar recursos morales a la conspiración que flotaba en el ambiente, formularon conclusiones conservadoras, opuestas a un cambio del régimen agrícola.

Creían que con ese silencio, que con esa negación de los hechos, servían los intereses zaristas y salvaban al gobernante. La historia les enseñó con aquella pesadilla sangrienta de Ekaterinburg, que a un gobernante sólo se le puede ayudar con la verdad.

Es innegable que el mundo no estaba preparado para sofocar las angustias que la conflagración de 1914 legó a los pueblos. Una cultura falaz había torcido las resistencias morales. Catequizados por el misticismo racial que reinaba con etiqueta de teoría científica, una rabia que creían santa colaboró a la destrucción más vergonzosa que se recuerda. La escuela, la Universidad, todos los resortes educativos, habían funcionado para que el desastre fuera perfecto. Y los contingentes populares, las bajas esferas, que daban soldados y victorias, desconocían los verdaderos móviles de la carnicería que al final de cuentas, podían asimilarse a flujos bursátiles.

Ojalá que la nueva tragedia, retardada por los magnates del fuego para hacerla más feroz, no llegue de sorpresa esta vez, y que los organismos de la cultura obren a manera de instituciones proféticas en bien de la dignidad humana contra la neurastenia armada.

Rafael Altamira ha dado el grito proponiendo una reforma de la enseñanza histórica, para que esta no siga siendo un ditirambo de las glorias militares, sino que sea un comentario de la civilización, representada por los héroes en la acepción marmórea que a esta palabra da Rolland. Entre nosotros, la hora del optimismo adviene. Las propias autoridades universitarias, que esta vez hacen honor a la prosapia ilustre de los maestros de idealidad, han recogido la demanda de un grupo inquieto que pide renovación. La prensa ha regresado a la palestra polémica recuperando su posición de agitadora de ideas. Un universitario joven supera el nivel textualista, en el acto de su investidura, presentando una tesis original, encaminada a la consideración de un grave problema nacional, como es el de la deficiencia alimenticia de nuestros campesinos. No tardará en formalizarse los estudios sobre nuestra tributación, nuestro crédito, nuestra tierra, el minifundio, nuestra producción, la organización científica del trabajo, etcétera. La Universidad no podría seguirse considerando, bajo ningún aspecto, como fuente posible de oposición a la labor administrativa, sino como fuerza de construcción, de consulta, de cooperación.

Tan leal parece esta concepción, que apenas emitida la invitación que giró la Comisión designada, los intelectuales de afuera contestan aceptando, y el señor Presidente electo de la República ofrece, por medio de una honorable embajada, la construcción del nuevo edificio y la creación de la facultad de Filosofía y Letras. Este es el caso, insólito en el país que vio morir en la miseria a sus mejores hombres de una ilusión que nace con hogar para crecer. Ya no sería posible desviar este anhelo de su cauce magnético.

Muchas dificultades surgirán, y las maquinaciones del irredentismo recorrerán la escala del dicerio en busca de armas contra la reforma, apelando también al sofisma de que es imposible sostener un centro que exigiría altos presupuestos. Tanto mejor para los que se han echado encima la tarea de remover la conformidad de la aldea. La historia sería una crónica muy aburrida si estuviera escrita por el miedo. Afortunadamente la abnegación logra las mejores páginas de ese recuento despiadado que no entiende de claudicaciones.

Hay que tener la voluntad de ser verídicos, dice Ortega y Gasset, para eludir la condición del bárbaro. Hay que condenar sin eufemismos en la Universidad actual, que a muchos parecerá infalible, su apego a las corrientes que una nueva vida descalificó hace tiempo. Y hay que reconocer que a su centenario arribará, como todas las obras de los mortales, con muchos laureles justos y con algunas derrotas a cuestras.

De todos modos, la reforma la redimirá de sus errores. Su destino está unido a la pasión de las generaciones que nacidas en la experiencia de este tiempo de crítica y reconstrucción, exigen del Alma Mater un programa espiritual para forjar una patria mejor.

No faltará, aun entre los adeptos leales a la transformación, quien considere inconveniente en este asunto la censura rigurosa. Este es un detalle que merece exaltarse, porque evidencia la libertad en el culto, y de la libertad puede esperarse siempre resultados ecuánimes, despojados de influencias unilaterales. El fervor que la institución en balance suscita en algunos podría atenuar la inflexibilidad de la sentencia, y rebajar consecuentemente la calidad de la reforma, limitada a enmendaturas que no decidirían el conflicto. La fuente de Narciso arroba, su atracción inmoviliza y mal haría Prometeo en buscar el fuego deífico a la ribera del halago.

Cuando la Universidad de El Salvador sea el centro vital de la nacionalidad y sus procedimientos doctrinarios dignifiquen el prestigio universitario, se disculpará la radicalidad de ciertas ofensivas, que aspiraban a someter todo punto que pudiera servir de apoyo a la reacción.

En el bronce del tiempo ha sonado la hora del espíritu o la hora de la rendición. Calibán insiste en el horizonte, presto a la defensa del ciclo satánico que contempló la hegemonía del apetito como numen social, y si la Universidad no desciende a la batalla a revelar la verdad de todos y para todos, rodará al soplo de las fuerzas oscuras que no supo disipar, porque sobre la civilización ensayará su cólera otra vez el genio de la destrucción, y en el libro de los designios se abrirá la página de la venganza, de la regresión instintiva hacia la sensualidad materialista, que harán posible el soborno del ideal, la sacudida apocalíptica del sub-hombre, “la rebelión de las masas”.



César Sermeño

Su esposa, con el retrato que le
hiciera Luis Ángel Salinas

César Sermeño,

el himno del barro





Visitar a César Sermeño en su taller situado en Opico es recordar la estrecha relación del hombre con la materia del suelo. Del más modesto y común material, el barro, Dios creó a una criatura hecha a imagen y semejanza suya. Así la relación del hombre con el barro tuvo que ver con ese origen común. Pero nos hemos creído demasiado importantes como para recordar que somos hermanos del barro que hollamos. Hijos del suelo y del sueño, eso somos.

César Sermeño vuelve con insistencia a esa materia común y divina. Su taller está lleno de criaturas hechas a imagen y semejanza de los sueños del suelo. De los cielos del suelo. De los cielos y del suelo. Nos reciben sus tecolotes, las aves que vuelan en el ocaso; sus cabezas de mujer; sus tigrillos que cifran en su mirada pura y fiera el enigma de lo que somos. César Sermeño tomó las formas que extrajo del subsuelo de El Salvador y las hizo un himno, cuyas expresiones buscan el corazón de la casa o se yerguen, orgullosas, hacia lo alto. Hay otras de sus criaturas que han salido a las calles, como si fueran cantos corales de arcilla y luz, como el hermoso mural que estuvo en el país que edificó, no un castillo de hadas, sino una torre de Babel.

César Sermeño, César Barro, como le llamó el poeta Rafael Mendoza, comenzó su formación artística en la Escuela Nacional de Artes Gráficas, justo en el lugar que ocupa actualmente la Dirección de Publicaciones. Con estas imágenes regresa nuevamente a su lugar de origen. Quizás es lo que ha hecho siempre César Barro: regresar al barro original. Este viaje de regreso lo comenzó yéndose (¿pero qué es irse, si no regresar, de algún modo, a lo que se es?) a estudiar cerámica, dibujo y pintura en la Escuela Nacional de Bellas Artes, en Comayagüela, Honduras, en 1947. Entre 1958 y 1961 viajó a México a seguir estudiando las técnicas de la cerámica. En esos viajes hacia el barro, su vocación se moldeó como lo hacen las figuras en el taller del ceramista: pasando las pruebas de la forma, el torno y el fuego.

En el pasado, Sermeño recibió el Premio Nacional de Cultura. Esa ha sido una de tantas distinciones y ninguna de ellas ha logrado separarlo del barro en el que encuentra la belleza. Diríase de él: es un hombre *humilde*. Y si *humilde* viene de *humus*, no tendríamos más que darle la razón a quien califique de esa forma a César Sermeño, César Barro. Como la poesía también está hecha del barro del que venimos, nadie ha podido expresarlo como el poeta Rafael Mendoza en estos versos:

A César Barro

(Con especial afecto)

*La tierra, que es de todos, si en tus manos
cae se vuelve vida fácilmente;
sos capaz de quitarle, de repente,
al día, el sol, las flores, los vilanos.*

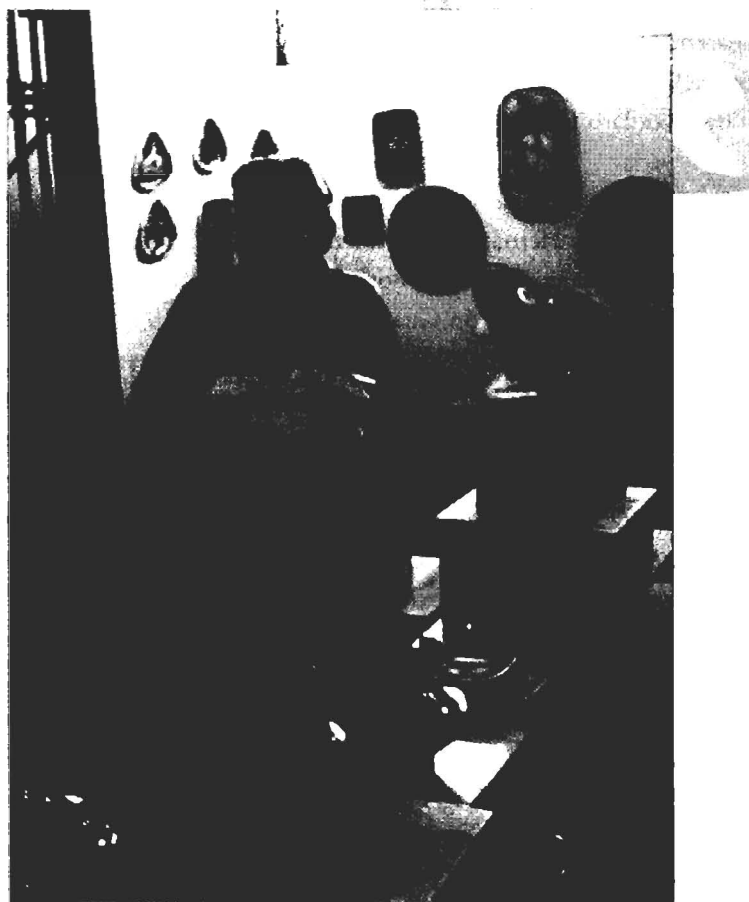
*Vos te robás los gallos más tempranos
para que el barro un canto propio intente,
si a la noche salís, tenés en mente
sus búhos capturar y hacerlos planos.*

*¡Y qué decir de un toro! Si le brama
a la luna esmaltada de tu arcilla,
viene tu molde único y reclama*

*acaparar su gracia y su bravura.
¡Vos sos la más constante pesadilla
que ha de tener el polvo en su aventura!*

Rafael Mendoza

Octubre, 1972.



César Sermeño:

"Deseo expresar los anhelos e inquietudes del pueblo; rostros de niños complementados con elementos tomados de la flora y fauna salvadoreñas. Los niños de zonas proletarias sonríen por naturaleza, pero su corazón se encuentra muy triste; es por eso que me agrada pintar niños llenos de esperanza, optimistas por el amanecer de un nuevo día; niñas con flores en su cabellera, pájaros que revolotean huyendo de la espina cruel de la aridez y de la deforestación provocada por la humanidad".

Homenaje a Liliam Jiménez y Otto-Raúl González

El poeta guatemalteco Otto-Raúl González falleció el pasado 22 de junio, pocos días después de que muriera la poeta salvadoreña Liliam Jiménez. Ambas muertes tuvieron lugar en México, país en el cual se exilaron a raíz de las dictaduras que imperaban en sus países en la década de los 40.

Liliam Jiménez perteneció a la intelectualidad democrática que se organizó para oponerse a la dictadura de Maximiliano Hernández Martínez. Como dice el pastor luterano Roberto Pineda, en entrevista que le hiciera el servicio noticioso SIEP, la poeta salvadoreña “acompañó las históricas jornadas de la Revolución Guatemalteca de 1944-1954. En 1954 sale exilada para México, y luego regresa a su país en 1961. Y después es de nuevo exilada por la dictadura militar. México, así como lo había sido antes Guatemala, fue su segunda patria. Pero no hubo un solo minuto que Liliam no se mantuviera pensando en la patria, en sus capturados y asesinados, denunciando las injusticias del agro salvadoreño (...). Tuve la oportunidad de conocer a Liliam en noviembre de 1979. Su apartamento en la ciudad de México reflejaba su personalidad artística. Y también sus viajes. Había artesanía de la Unión Soviética, de Cuba, de Vietnam. Cuadros de artistas salvadoreños y mexicanos. Y libros, muchos libros...”. En vida, su obra se publicó fuera del país. No fue sino hasta 1997 que la editorial Guayampopo sacó a la luz *Hoy el alma soporta hablar de los fantasmas*. En 2002, la Dirección de Publicaciones e Impresos publicó *Canta corazón y canta*, antología poética recopilada por Tirso Canales.

Otto Raúl González nació en Guatemala en 1921 y es uno de los escritores guatemaltecos que, siguiendo el impulso de Miguel Ángel Asturias, contribuyeron decisivamente a universalizar las letras centroamericanas, junto a nombres como Luis Cardoza y Aragón, Augusto Monterroso y Mario Monteforte Toledo.

González pertenece a la hornada de intelectuales guatemaltecos que vio crecer la revolución democrática de Octubre, encabezada por Juan José Arbenz y que también atestiguó su artera derrota. Su palabra es aguerrida, tanto para el amor como para la pasión política, pero siempre inteligente y dulce. La suya fue una obra copiosa, generosa como la lluvia a la que invoca en uno de sus poemas.

Este homenaje se abre con una muestra de la poesía de Liliam Jiménez, extraída precisamente de *Hoy el alma soporta hablar de los fantasmas*, y continúa con textos escritos para Otto-Raúl González, con cuya poesía se cierra este homenaje a dos entrañables poetas de Centroamérica.



Liliam Jiménez



Festival de sombras

*Verte dentro de mí, sentir tu carne
de tibio tacto herido;
luchar, vencer tu sombra,
verte sola, desnuda,
mi sueño, Eva perdida.*

RAÚL LEIVA

I

Ama siempre

Ama siempre
que el amor no destruye,
se mantiene en el corazón
como un pájaro en tierra.
El amor da fuerza a los hombres,
llega al alma como la luz del día,
como la sombra,
bajo la cual se encienden los deseos.

II

Nacimiento

Yo nací taciturna
en el espacio cósmico sin tiempo.
Vine
de una fugaz estrella moribunda,
de su flotante velo
como sombra perdida.

III

Dolor

Escucha mi dolor
como un sonido.
Siente el dolor de todos.
No importa que en la noche te llenes de tristeza
bajo la sombra intacta.
Los hombres pueden caer como las hojas
y en el dolor cae la fantasía de un sueño.

IV

Amor

Dejo mi sombra,
tomo tu sol,
toda la luz que nace de ti mismo
y me convierto
en hechizada Luna todo el año.

V

Cayó el amor

Cayó el amor al río de la sangre
con sorprendente fuego.
Cayó en la carne
cual si el amor quemara.
Cayó en mis ojos
para volverme ciega
y una lluvia de sombras derramose.

VI

¡Levántame!

¡Levántame!,
aunque no haya caído de rodillas.
La sombra del dolor enluta el rostro.
¡Levántame!,

alivia el corazón,
toma mi mano,
canta al pronunciar mi nombre
y déjame en libertad si aún me quieres.

VII

Vida

Creí haber nacido
para hundirme feliz en el ensueño
y en el fuego que impulsa acción y vida,
para mirar pasar como si fuera un río
al pueblo alimentado, unido,
por los caminos de la Historia.
Pero al crecer nací de nuevo,
reconocí a mi pueblo, ceniciento,
con sus alas de sombra.
Habité sus ojos, su lengua y sus heridas.
Me transmitió su fiebre y me di cuenta
que sobre el pecho llevaba mariposas negras.
Nací entonces dos veces
en vértigo sombrío.

VIII

Desamor

Un viento frío
pasó entre nuestros cuerpos;
levantáronse muros y ciudades,
se tiñeron de negro las palabras
y la sombra quedose en nuestras manos
estremeciendo el fuego.

IX

Invención

Yo me invento las cosas:

las avenidas del silencio,
 las largas caravanas de la vida,
 los enormes palacios del deseo,
 la sombra caminando con sus pasos lentos,
 el amor derretido entre la sangre.

X

Sentencias

La realidad resiste más que el fuego.
 El río que no avanza muere.
 El dolor es un golpe de piedra entre la sangre.
 La sombra suena su voz con el silencio.
 Por su cauce mortal fluye la vida
 mientras la muerte espera entre las ondas.

XI

Lo que tú eres

Tú no eres el sexo opuesto,
 sino el sexo complementario,
 la otra mitad de mi cuerpo.
 Tú eres el día, yo soy la noche
 quemada por tu incendio.
 Soy el abismo oscuro herido por tu estrella,
 el derroche de sombra
 que tu luz agitó en el gran vacío.

XII

Confesión

Me gusta hundirme en el ensueño
 cuando la noche viene
 con su oscuro ropaje de inconfundible seda
 y los pliegues sutiles de su sombra
 van creando los fantasmas.

XIII**Olvido**

Como me olvido de las cosas,
para no olvidarme de mí misma
—porque el olvido es nieve y es ceniza—
pienso
configurar el tiempo,
invadirme de un amor tangible,
cantar como crecido río
a la sombra del árbol que lo cubre.

XIV**Denuncia**

Y denuncié con la verdad perfecta
esta imperfecta vida
de tanta absurdidad entre su lógica.
Y luché contra aquellos
que quieren estrellar los ojos
sobre un acantilado de violencias,
contra aquellos que ahuyentan las palomas
al desatar un huracán funesto.
Conocí de la vida su luz propia,
su festival de sombras.

XV**A la sombra**

Sombra de sombra, luz dormida
en el extenso cielo, en el azul profundo;
corazón de Luna cuando la tarde cae,
rayo de estrella hecho de sueño,
en tu cuerpo intangible, oscuro como la tierra,
boga la luz del mundo.

OTTO-RAÚL GONZÁLEZ: "LA POESÍA TIENE UN FIN: SERVIR A LA HUMANIDAD"

Marisa Trejo Sirvent



En 1943, Otto Raúl González publicaba su poemario *Voz y voto del geranio*, escrito a los diecinueve años, que marcaría un parteaguas en la literatura guatemalteca. Lo había redactado durante la dictadura ubiquista y fue una obra que, según la crítica, preconizó o promovió la Revolución de Octubre en Guatemala. Tenía razón, *"la poesía tiene un fin, que es el de servir a la humanidad"*. Otto-Raúl González encontró en este arte una manera de ser fiel a sí mismo pero también, a los seres humanos. Carlos Rojas ha afirmado que *"la fidelidad a sus ideas ha sido la cualidad más notable en la larga vida de Otto Raúl González (Guatemala, 1921-2007). Por eso la concebía también con un fondo político"*. Larga sí, pero fructífera, trascendente en las letras de este continente americano. Afirmó que su finalidad: *"como toda obra de arte, es reflejar una conciencia política. Habla del sueño de la democracia y de los cantos a los héroes de los diversos países. Eso es lo que yo entiendo, al menos, como poesía política, que no el grito estentóreo de "adelante con los obreros" y nada más. La poesía es la diadema que corona la frente de la humanidad"*.

Otto Raúl vivió las consecuencias de las acciones políticas en carne propia, en su tierra, Guatemala, durante la dictadura ubiquista pero fue precisamente un chiapaneco, Fedro Guillén, entonces diplomático, quien le ayudó llevándolo al Ecuador, donde al otro día, nada menos que Nicolás Guillén le aconseja que espere en ese país y que él hablará con el Embajador. Una semana después estaba tomando su avión hacia México haciendo escala en Guayaquil, donde dos personas lo bajan del avión, luego de apuntarle al estómago con un revólver. Tiene que esperar dos años más para lograr su visado a México donde permaneció más de sesenta años. Fue un poeta guatemalteco-mexicano, a la manera en cómo lo aceptaron, según sus propias palabras, Rafael Landívar y Luis Cardoza y Aragón (años después se encargaría de antologar las *Obras completas de éste último* publicadas en la Editorial Praxis en 2003).

Un poeta también chiapaneco, por sus lazos entrañables con sus poetas e intelectuales y con las culturas de este Estado. Siempre se sintió un poco de Chiapas. Así nos lo dijo en diversas conversaciones con él en algunos festivales en donde tuvimos oportunidad de conocerlo más a profundidad.

Sesenta años de vida en México. Un poeta prolífico, de más de sesenta libros, cuarenta y uno de poesía (casi un libro por año), dieciséis de ensayo y los restantes de narrativa, entre ellos sus cuatro novelas y seis cuentos. Recién nos damos cuenta, como siempre, tarde, después de que se han ido personajes así, como Otto-Raúl, que todavía no están publicadas sus obras completas y que también habrá más de diez libros inéditos a los cuales les estaba buscando una editorial. Pero no sólo las buscaba para los suyos, sino también para la obra de los amigos, de los escritores e investigadores a los que conocía. Así me hizo llegar algún libro, una investigación sobre Rosario Castellanos, para turnarlo luego a quien pensaba lo publicaría. Entre sus obras más sobresalientes se pueden mencionar las siguientes: en poesía, *Voz y voto del geranio*, Acento, Guatemala, 1943; *A fuego lento*, Espiga, 1946; *Sombras era*, El Cristal Fugitivo, 1948; *Viento claro*, Saker Ti, Guatemala, 1953; *Canciones de los bosques de Guatemala*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1955; *Hombre en la luna*, Finisterre, 1960; *Para quienes gustan oír caer la lluvia en el tejado*, Finisterre, 1962; *Cuchillo de caza*, Finisterre, 1964; *Diez colores nuevos*, Grupo Olín, 1967; edición trilingüe, Praxis, 1993; *Oratorio del maíz*, Finisterre, 1970; *La siesta del gorila*, EDUCA, San José, Costa Rica, 1972; *Consagración del hogar*, Café Literario, Guatemala, 1973; *Poema concreto*, Universidad de Honduras, Tegucigalpa, 1973; *Cantata para mi esposa. (Consagración del hogar)*, Ediciones del Café Literario, Publicaciones Selectas, Guatemala, 1973; *Poesía fundamental*, USAC, Guatemala, 1973; *Cementerio clandestino*, Cuadernos Americanos, 1975; *Corridos en busca de guitarra*, Pentágora, 1975; *Antología mínima*, Municipalidad de Guatemala, 1977; *Tun y chirimía*, Casa de la Cultura Ecuatoriana/Núcleo de Guayaquil, Ecuador, 1978; *El hombre de las lámparas celestes*, FEM, 1980; *Danzas para Coatlicue*, Oasis, 1983; *Sonetos mexicanos*, Casa de Cultura de Juchitán, 1987; *Agua encantada*, La Jaula de Oro, Ciudad Victoria, Tamaulipas, 1988; *El conejo de las orejas en reposo*, ICHC, 1990 (editado por el Instituto de Chiapaneco de Cultura en la época del Dr. Andrés Fábregas Puig, como titular); *El templo de los jaguares*, IMC, Toluca, 1990; *Diamante negro. Poesía erótica*, (con prólogo de Tito Monterroso), Sopa de Letras, 1990; *Luna mutilada*, Praxis, 1991; *Versos drolácticos*, Praxis, 1993; *El venado y los pájaros*, CONACULTA, 1995; *Concentración de luciérnagas*, La Tinta del Alcatraz, La hoja Murmurante, Toluca, 1996; *Concierto para metrallera*, (Cantigas para el Che Guevara.), Praxis, 1997; *Huitzil uan tuxtli. Colibrí y Conejo* (antología poética), FCE, 1998; *Conjuros para un jardín*, S.P.I., San Juan del Río, 1998; *Los hermosos animales*, Papeles Privados, 1999; *Versos del tapanco*, UAEM / La Tinta del Alcatraz, 1999; *Coctel de frutas*, Descritura / Casa de Cultura de Tabasco, 2000; edición trilingüe (maya, quiché y español), FCE, 2001; *Oír con los ojos*, USAC, Guatemala, 2001; *Galería de Gobernadores del Soneto*, IMC, 2002; *De Xibalbá es que vengo*, Artesanal, 2003.

En cuento, *Cuentos infantiles con personajes de Walt Disney*, Novaro, 1968; *Cuentos de psiquiatras*, Extemporáneos, Libros de anillo, 1973; *De brujos y chamanes*, Editorial Universitaria de Guatemala, 1980; PRI, Cuadernos Mexiquenses, Narrativa, núm. 30, 2005; *El mercader de torturas*, Oasis, 1986; *Gente educada*, Ministerio de Cultura, Guatemala, 1986; *Sea breve*, Animalia, 1999; Praxis, 2004; y algunos recientes como *Luna mutilada* y *Oír con los ojos* (a éste

último editado por la Universidad de San Carlos de Guatemala, lo consideró su mejor libro); y sus ensayos sobre diversas temáticas: lo mismo sobre el Panorama de la literatura guatemalteca, la Palindromagia, sobre poetas como Miguel Ángel Asturias, sobre el arte y técnica del soneto, entre otros trabajos interesantes para releer.

Un escritor completo también en todo el sentido de la palabra, pues fue también narrador. Sus novelas fueron: *El diario de Leona Vicario*, ISSSTE, 1982; *El magnicida o Licor de exilio*, Artemis & Edinter, 1987; *Kaibil*, UAM, Molinos de Viento, 1998; *El divino rostro*, CONACULTA, El Guardaguas, 1999; y *El magnicida*; En su obra de ficción sobresale la trilogía de novelas de la violencia en Guatemala: *Kaibil*, *El divino rostro* y *El magnicida o licor de exilio*. Libros, sin duda, de carácter autobiográfico, con un desarrollo histórico, sobre la situación política en Guatemala, sobre los años vividos en la lucha como militante de izquierda y líder estudiantil. Militancia por la que casi muere cuando lo arrestan durante una manifestación pacífica en la época de la dictadura de Ubico. Rojas comenta que fue por “esa fidelidad a un pensamiento que él mismo define de izquierda, que va en contra de cualquier tipo de dictadura, incluida la que azotaba a su nación en la juventud”. Fue fundador también de publicaciones como la que llevó el título de Revista Acento donde con Carlos Illescas y Augusto Monterroso comenzaría su labor política. Raúl llega a México en 1944, pero la fecha que él considera como inicial de su exilio en México es 1954.

Entre esos años, hubo también un periodo de trabajo en las relaciones exteriores de su país. Diplomático también a la caída del régimen tirano de Ubico, curiosamente para México. Algo lo uniría siempre con este país, así lo decidió cuando le ofrecieron irse a otro país por algún trabajo. Pero luego, una década después, el golpe de estado orquestado entre las fuerzas oligárquicas y la CIA conducen a Guatemala a la dictadura y es cuando definitivamente se exilia en México.

Tuvo la suerte de ser acogido en nuestra Máxima Casa de Estudios (UNAM) donde obtuvo una beca de setenta pesos, para poder seguir sus estudios a su llegada a México. Alfonso Reyes y nada menos que ese gran intelectual mexicano, quien meses antes había recibido su primer libro recién editado, fue quien le recomendó en una carta dirigida al Rector de esa institución. Ahí estudió Letras y Leyes también.

Sus poemas fueron traducidos al inglés, francés, suizo, portugués, alemán, chino, checo. Fue incluido en diversas antologías internacionales en Europa y América. Admiró a Lope de Vega, Cervantes, Góngora, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León. De México, a López Velarde, pero sobre todos los demás, fue Quevedo a quien verdaderamente veneró, incluso llegó a hacerle un pequeño altar en su estudio.

Ganador de treinta certámenes de poesía, entre ellos, el Premio de Poesía Jaime Sabines en 1989 y el de Literatura, Miguel Ángel Asturias en 1990, obtuvo también el Premio Rey Nezahualcóyotl e integró en múltiples ocasiones el jurado calificador de diversos concursos, entre ellos, el de Casa de las Américas de La Habana, Cuba. Consideró al soneto como “la flor más bella y más alta de la poesía”. Por eso los reunió en *Galería de gobernadores del soneto*,

Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, 2002, pero sus versos libres son también numerosos y de gran belleza.

AMÉ SU CUERPO...

Amé su cuerpo entonces y su alma.
 Su piel fue para mí la tierra firme;
 la soñé como un sexto continente
 no registrado en mapas todavía.
 Soñé con la bahía de su boca.
 Su pelo era una selva virgen
 que abría su misterio mineral y oscuro.
 Soñé con las ciudades de sus pechos.

Los ríos de las venas que afloran en su piel
 eran rutas abiertas
 a la navegación y al gozo.

Se podía viajar en su mirada.
 En las blancas llanuras de sus manos
 yo cultivé el maíz y buenas relaciones.
 Después no pude estar sino en su cercanía.

Amigo también de aquella generación de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM conformada por algunos escritores destacados, entre ellos: Augusto Monterroso, Rosario Castellanos, Jaime Sabines, Ernesto Cardenal, Emilio Carballido, entre otros. Hace cuatro años se reencontró con uno de ellos en Oaxaca, Ernesto Cardenal, al que pronto se le hará un Homenaje en Chiapas, los días 30 y 31 de agosto y 1º de septiembre. Estaba previsto entre los invitados especiales. En esa ocasión, cuenta Lina Zerón, en una entrevista, se reunieron Otto Raúl González de Guatemala, Ernesto Cardenal de Nicaragua y Jorge Enrique Adoum de Ecuador, para celebrar “cincuenta años de ser amigos. Tres grandes poetas y personas. El reencuentro fue en Oaxaca, México. Los abrazos y tequilas estuvieron más que presentes, las risas y anécdotas. Con respecto a este acontecimiento y con motivo de la presentación de su reciente libro: *El Peuqueñal*”, un libro de cuentos fantásticos. En esa entrevista le comenta a Lina Zerón cómo conoció a Ernesto Cardenal.(*).

Prolífico escritor fue Otto Raúl González. Enrique Fajardo Cárdenas comentó sobre un prolífico pintor y poeta, Pedro Brull por cierto amigo también de Otto Raúl (cuando recién fallecido) en un artículo: Su obra está regada a los cuatro vientos. Hablar de Pedro es “*querer vaciar el mar con un dedal*”. Lo mismo indicamos de la obra de Otto-Raúl. ¿Habremos algún día de encontrar sus interesantes libros en alguna colección, en alguna biblioteca, todos juntos para no sentir que

estamos vaciando el mar con un dedal, sino más bien difundirla, regarla a los cuatro vientos? Esperamos que sí, la memoria de nuestro amigo poeta lo merece y nuestra deuda con él es grande. Nos consuela saber, por medio de su hijo Otto Raúl II, que Otto-Raúl, su padre se fue con la satisfacción de haber vivido una vida plena, una vida con una obra como legado, añadimos nosotras. Su hijo nos escribió este lunes: Estimadas Marisa y Socorro Trejo Sirvent: *Desde el correo paterno y junto con un cordial abrazo les comento que mi padre murió en paz rodeado por Haydée y sus cinco hijos aquí en la casa el pasado sábado a la media noche; el domingo al medio día ya teníamos sus cenizas con nosotros. Fraternalmente, Otto Raúl II. Fraternalmente, por supuesto, lo recordamos así, un escritor que entendió que “la poesía tiene un fin: servir a la humanidad”.*

(*) Dicha entrevista se reproduce en este número. (N. del E.)



Otto-Raúl González y su esposa Haydée

Fuentes de consulta

- <http://www.cnca.gob.mx/cnca/nuevo/2001/diarias/oct/191001/poemario.htm>
 - <http://www.conaculta.gob.mx/saladeprensa/2002/30jul/sonetis.htm>
 - <http://www.linazeron.com/htm/cultural/org.html>
 - http://literaturainba.com/escritores/otto_raul.htm
 - <http://www.ayc.com.mx/otto.htm>
- González, Otto-Raúl. *El conejo de las orejas en reposo*. Instituto Chiapaneco de Cultura, Tuxtla Gutiérrez, 1990.

Nuestro querido poeta se encuentra en El Pequeñal

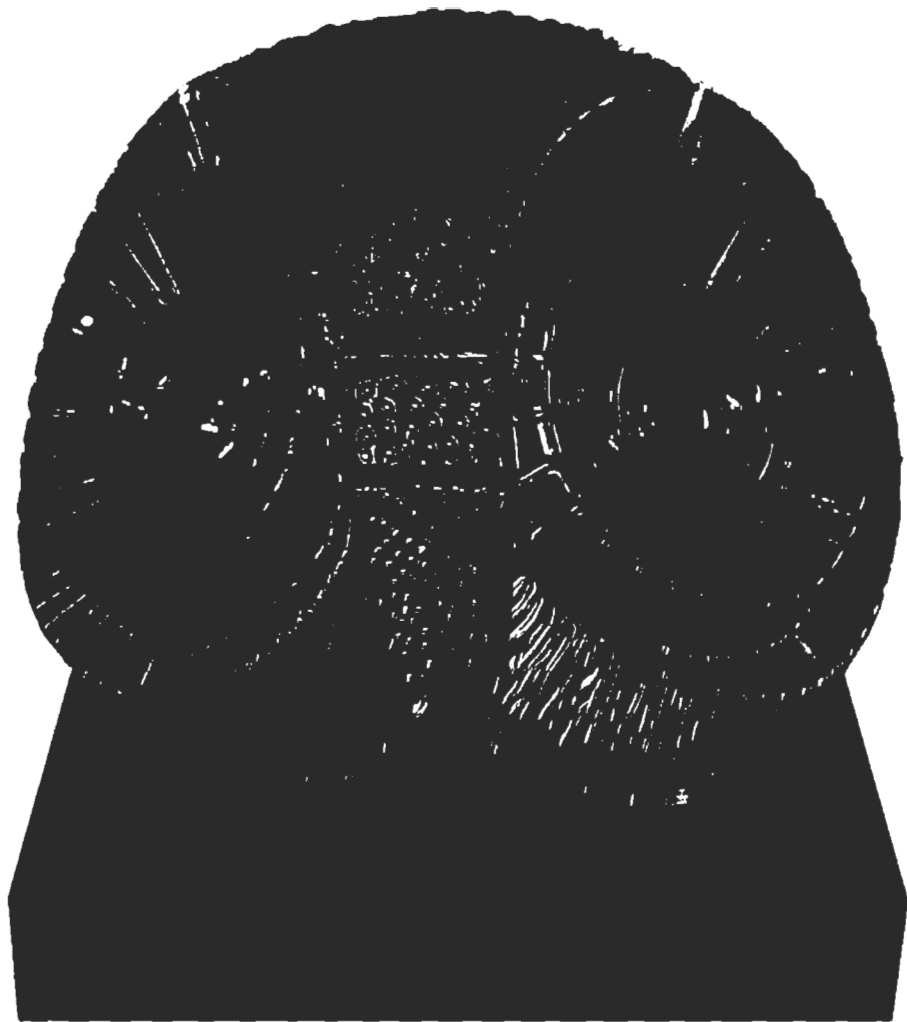
Nuestro querido poeta Otto-Raúl González se encuentra ahora en El Pequeñal, el país de su invención para los oficios poéticos, al lado de su Miguel Ángel Asturias, de mi padre, Efraín Huerta, de Margarita Paz Paredes y de todos los amigos poetas que quiso en vida. Tal vez allí se le encargó el nombrar a los colores y a los elementos y aspectos de la vida que tanto amo.

Falleció el sábado 23 de junio en compañía de su esposa Haydee y de sus cinco hijos, rodeado del amor que sembró y que ahora nos lega con su inmortal obra. Descanse en paz el amigo, el poeta, el maestro.

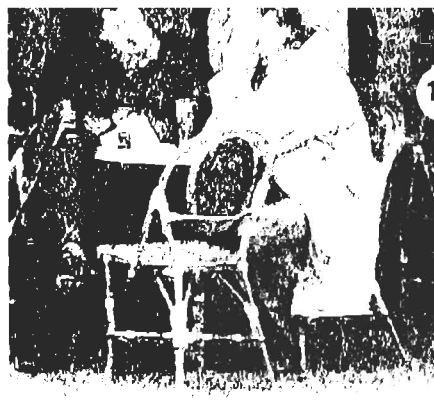
Raquel Huerta-Nava

Oigo el rumor de los cipreses en las noches de luna
y pienso en las mil y una lunas adorables
que todos hemos tenido alguna vez en nuestras vidas,
distingo las voces quedas de la melancolía
y los murmullos con que la nostalgia me frecuenta.
Voces palpables, voces inefables, voces adorables
de la añoranza por lo que se fue o no fue y sigue siendo;
los murmullos que en mi oído suspiran vivencias agotadas
vasos donde conservo risas y sonrisas, ternuras y ademanes.
Oigo los forcejeos del viento con las viejas cortezas
de los árboles donde grabé los nombres de mis novias
enlazados al mío en medio de ígneos corazones,
vano intento de ciclones que terminan por arrancar de cuajo
aquellos esbeltos y altivos troncos de mi adolescencia.
Oigo el rumor de las olas de ya lejanas playas
y en mi mente aparecen manos que junto con las mías
tratan de atrapar al crepúsculo para ungir con sus aceites
la piel de nuestros cuerpos jadeantes y lascivos.
Cipreses y murmullos, cortezas y crepúsculos
(no es por nada) pero a mí me hacen siempre los mandados.

Otto-Raúl González
(Del libro: Voces)



Búho. Escultura.
César Sermeño



Otto-Raúl González o la infinita felicidad de su poesía

Carlos Ernesto García

A Otto-Raúl González, lo conocí en Madrid en el marco de un encuentro de escritores al que ambos estábamos invitados. Lo acompañaba del brazo su esposa Haydée, guatemalteca como él. Una mujer alta, elegante y esbelta, pero por sobre todas las cosas, de una infinita sensibilidad e inteligencia. Juntos, hacían una de las más interesantes parejas literarias que he tenido la oportunidad de conocer.

Otto-Raúl me pareció desde el primer momento, un hombre ingenioso y travieso como su poesía. A su lado, la mañana daba comienzo con una sonrisa hasta convertirse por la madrugada en una enorme carcajada. Sus anécdotas, que no eran pocas, no cabían en sus artículos, novelas o poemas, así que las regalaba a montones con una gran generosidad. Historias que nos caían como dulces que se desprenden de una piñata.

Aquel año, de la capital española viajamos juntos a Barcelona, donde yo tenía un pequeño apartamento en el que dejaron sus maletas y se instalaron. Visitamos museos, librerías y acampábamos en cualquiera de los muchos cafés que tiene la ciudad para hacer más cómoda la vida y leímos bajo el sol poesía inglesa, francesa e italiana, pero sobre todo de autores centroamericanos. Hablamos de las relaciones entre poetas salvadoreños y guatemaltecos; me contó entonces de su amistad con Ernesto Guevara antes de ser el mítico “Che” y de cuando él sin conocerle a principios de los años 50, le dio trabajo en Guatemala durante el gobierno de Jacobo Árbenz de su relación personal con Juan Rulfo, Diego de Rivera, Frida Kahlo y de las veladas en casa de Mario Moreno “Cantinflas”; de su enorme admiración por Fidel Castro y de tantas cosas que consolidaron su personalidad literaria y le dieron un merecido lugar entre los grandes de la poesía latinoamericana.

Años más tarde viajé a México donde nos reencontramos después de mucho tiempo y donde Otto-Raúl se había exiliado con su familia tras la caída del Gobierno de Árbenz en 1954. País en el que coincidió con los escritores guatemaltecos Carlos Illescas y Augusto Monterroso.

Su recibimiento fue con pancartas en la fachada de casa y toda la alegría que desborda en el rostro de los amigos. Ahí estaba nuevamente Otto-Raúl, regalándonos bromas y pocos días más tarde, presentó un libro mío en la casa del Poeta Velarde en el D.F. Recorrimos ese México que tan bien sabía Otto-Raúl de memoria. Nos perdimos entre las multitudes y en un mercado,

recuerdo, compré una edición especial de Aguilar sobre la novela de la Revolución Mexicana. Trabajador infatigable y activista cultural, abogado y notario, a Otto-Raúl se le concedieron importantes reconocimientos literarios, entre los que cabe mencionar el Premio Nacional *Jaime Sabines* en México y el Nacional de Literatura *Miguel Ángel Asturias*, así como la Orden del Quetzal en Guatemala.

Más de 25 libros avalan su quehacer poético, entre los que destaca su poemario *Voz y voto del Geranio*, por no hablar de su vasta producción periodística, de sus ensayos o de sus novelas.

La última vez que tuve la oportunidad de estar con él, fue durante un nuevo viaje a Europa que el poeta realizaba con Haydée hace tres años. Recalaron en casa y como era costumbre, viajaban con sus limones para el tequilita de la mañana. Dormimos poco. Reímos mucho y sobre todo viajamos a lo largo de su inagotable anecdotario.

En mayo de este año, la Universidad de San Carlos de Guatemala le invistió con el Doctor Honoris Causa. Hoy, 22 de junio de 2007, recibí como un manotazo la noticia de su muerte en México. A partir de aquí, la vida ya no podrá ser la misma. Su recuerdo, sí.

Entrevista con Otto Raúl González

Lina Zerón

Por estas fechas de 2003, Otto Raúl González de Guatemala, Ernesto Cardenal de Nicaragua y Jorge Enrique Adoum de Ecuador, celebran cincuenta años de ser amigos. Tres grandes poetas y personas. El reencuentro fue en Oaxaca, México. Los abrazos y tequilas estuvieron más que presentes, las risas y anécdotas. Con respecto a este acontecimiento y con motivo de la presentación de su reciente libro: *El Peuqueñal*, Otto Raúl me recibió en su casa en una entrevista para *El Financiero*.

El Peuqueñal es un libro de cuentos fantásticos, “así se llama un país donde siguen viviendo los muertos”, comenta Otto Raúl. Tiene un subtítulo que dice: *País de los oficios poéticos*, –“todos los que viven en esa otra dimensión son poetas muertos que yo conocí que fueron mis amigos”– a agrega entusiasta, como siempre.

Con respecto al aniversario de 50 años de amistad con Ernesto Cardenal y Jorge Enrique Adoum platicamos lo siguiente:

¿Cómo conociste a Ernesto Cardenal?

A mediados de la década de los 40, nos conocimos en la Facultad de Filosofía y Letras, en Mascarones, así le llamábamos a la escuela, ahora es una Secundaria en San Cosme. Me hice amigo no sólo de él sino de muchos otros jóvenes de aquel tiempo que luego fueron o son escritores de fama, como Jaime Sabines, Rosario Castellanos, Bonifaz Nuño y otros que estaban estudiando en ese momento. También a los dramaturgos como Emilio Carballido, Luisa Josefina Hernández, una mujer inteligentísima, y otros. Los nicaragüenses eran dos, Ernesto Cardenal

y Ernesto Mejía Sánchez, un hombre famoso, que llegó a ser un erudito, revisó la obra completa de Alfonso Reyes, que publicó en el Fondo de Cultura, pero murió ya. De esa generación ya quedamos muy pocos. Cardenal por ejemplo que finalmente se hizo sacerdote. Estuvo en Estados Unidos en un convento de Trapenses, después de hacerse sacerdote, con la revolución llegó a ser ministro de cultura de su país, es un hombre muy famoso por ese hecho y claro porque es un poeta muy conocido en América Latina. También estuvo en un convento en Cuernavaca, cuando íbamos de paseo, ahí casi siempre los domingos. Nos mirábamos en casa del último constituyente, nos recibía los días domingos con comidas, buenas bebidas y toda la cosa, ahí nos encontrábamos Cardenal y yo. Después hubo muchas otras ocasiones, tanto de tipo políticas como culturales donde coincidíamos pero hacía años que no nos reencontrábamos hasta ahora que tú nos juntaste y estamos echándonos unos tequilas de pura alegría.

Platícame de tu amistad con Jorge Enrique Adoum

Lo conocí en 1954. Cuando cayó la revolución de octubre de Guatemala, yo me tuve que exiliar, porque todos los que éramos funcionarios estábamos sentenciados a muerte, me asilé en la única embajada donde había cupo porque era lógico que yo me metiera en la de México, pero había 800 familias. Tuvieron que alquilar una casa vecina para recoger tanto asilado que se metió ahí, incluso el presidente Arbenz, sus ministros y otros, por lo tanto cuando yo quise meterme ahí ya no cabía. Un escritor mexicano amigo mío, Fedro Guillén, que trabajaba en la embajada me dijo que ya no había chance ahí pero que me iba a llevar a la del Ecuador y me tuvo que ir para allá en donde conocí al turco Adoum, así le decían todos, pero no es que sea turco, tal vez era tanta gente de origen oriental digamos, a todos les dicen el turco aunque sean libaneses o israelitas, pero este era un ecuatoriano, poeta joven entonces y nos hicimos muy amigos, en Quito, donde vivía él, por cierto me publicó un libro. Era editor de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, que fue la primera. Estaba encargado de la editorial porque esa casa de la Cultura la fundó Benjamín Carrión, otro gran escritor, un hombre que sabía mucho de literatura, creó libros, estudios de los poetas, era un ensayista muy grande, el fundó la Casa de Cultura Ecuatoriana. El libro que me publicaron se llama *Canciones de los Bosques de Guatemala*. Efraín Huerta decía: “con música de Strauss” por aquello de los bosques de Viena. Viví ahí dos años y finalmente regrese a México donde ya había estado, incluso fui el primer agregado Cultural de Guatemala de la diplomacia guatemalteca enviado por el canciller revolucionario Enrique Muñoz que fue mi maestro y me quería mucho. Llegué a México, estude en Mascarones y también logré hacerme abogado. Me hice especialista en derecho agrario porque en Guatemala estaba por hacerse la Reforma Agraria con el segundo presidente revolucionario que fue Jacobo Arbenz. Esta se hizo en 1952 y yo fui el subjefe de esa reforma

agraria y ahí conocí al Ché Guevara. En aquella época como subsecretario tenía que esconderme, iban a caer sobre mí pero tuve la suerte de asilarme en la Embajada ecuatoriana, ahí conocí a Jorge Enrique, quien ganó el premio de la Casa de las Américas en Cuba, ya después se fue a Europa a vivir y se quedó mucho tiempo allá. A veces volvía al Ecuador, donde vive ahora: Siempre ha sido un gran amigo mío, jóvenes los dos con grandes planes de escribir grandes poemas y parece que ambos lo logramos, así como Cardenal.

En la época de Mascarones también conocí a la Chayo Castellanos, a quien yo publiqué, porque fui su primer editor de un poemario que se llamó, *Trayectoria del Polvo*, ese es un libro muy bonito. Sus primeros poemas. También hice amistad con otros poetas como Sables, quien empezaba a escribir entonces.

¿Cuándo comienza a escribir Otto-Raúl?

Me gustaban mucho los libros, en mi casa había cantidades y me familiaricé mucho con ellos. A los 6 años me enteré que existía el Quijote porque un primo mío tenía un libro grande con ilustraciones y me gustaban los dibujos que había ahí. También escribí mi primer poema a esa edad a unas chamaquitas y sigo escribiendo a las chamacas, “*Eran tres flores de un bello jardín, que hablaban de amores a un joven jazmín*”, el jazmín era yo y las tres flores eran las vecinas. En Guatemala, en la secundaria, tuve buenos maestros. Un poeta nos daba clases, Augusto Meneses, con él aprendí mucho de literatura, fue cuando gané un primer premio al nivel de la clase. A los 16 años ya sabía de literatura. A los 19 escribí un libro famoso, el más famoso que tengo, se llama: *Voz y Voto del Geranio*, tiene mas de 10 ediciones y de ahí p’al real, seguí escribiendo, publicando libros. Ese libro le gustó mucho al maestro, que con la Revolución fue nombrado canciller, me llamó y me dijo: “*quiero que se vaya al exterior, de secretario de la Embajada*”, pero yo no acepté porque antes de eso yo había estado en México 3 meses, en el primer exilio, en 1944 donde participé en las manifestaciones contra el dictador que teníamos. Regresé el 22 de octubre, ya mi amigo Muñoz Meani era canciller, me llamó para preguntarme si no quería irme a Francia o Brasil, pero yo quería México para hacer mi carrera de Leyes y Filosofía y Letras, así fue que me envió como secretario del consulado, y llegué a México. Luego fui nombrado agregado cultural, esperando que escribiera, hice la carrera, dos carreras, solo me gradué en Leyes y al regresar en 1951 me nombraron Subjefe del Departamento y de Jefe a un militar al que descubrí que estaba saboteando la Reforma Agraria y se hizo millonario. Su procedimiento para hacerse de lana fue esconder los expedientes. Te imaginarás que tuve que volver a esconderme.

¿Cuántos libros has publicado?

Unos sesenta libros, cuarentay uno de poesía, el más reciente era *Galería de Gobernadores del*

Soneto que presenté en la casa del poeta, ahora: *El Peuqueñal*. Para mí, el más importante es *Oír con los Ojos* publicado por la Universidad de Guatemala, seis de narrativa, cuatro novelas, seis cuentos y dieciseis de ensayo. También trabajé muchos años en Novaro, escribía novelas de vaqueros y me volví un vaquero sin serlo, también trabajé en el canal trece de corrector de estilo.

Ahora hablemos sobre la literatura guatemalteca.

En Guatemala anda triste la cosa, por las dictaduras que duraron más de 30 años, la guerra civil, la guerrilla. Fue muy duro, la poesía que escribían esos jóvenes tenía que ser clandestina, triste y dolorosa. Muertos por todos lados. Ahí se estancó un poco la literatura, ahora hay jóvenes mucho mejores, que ya escriben con absoluta libertad, como Luis Alfredo Arango, un gran poeta, quien escribió un precioso prólogo para uno de mis libros. A ese grupo que se le llamó Nuevo Signo pertenecieron poetas como Francisco Morales Santos, muy importante en Guatemala. Ahora son hombres de 70 años que han dejado una buena huella en su afán de escribir. Hay uno más nuevo todavía que se llama Humberto Akabal, que es indígena puro, escribe muy bien, es de lo mejorcito que hay ahora. Debe tener entre 50 y 60 años. Otro gran poeta y muy amigo mío fue Miguel Ángel Asturias. Él se exilió también. Fue embajador en El Salvador, luego se quedó sin trabajo, pero varios años después llega a la presidencia un alumno de él que lo admiraba, Cesar Méndez Montenegro y lo nombró embajador en Francia, fue cuando le dieron el premio Nóbel.

¿Quiénes son los poetas que más has admirado?

A Lope de Vega, Cervantes, Góngora, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León. En México: López Velarde pero sobre todo, Quevedo, es el más grande, el más chingón de todos, con decirte que le tengo un altar con todo e iglesia, aquí en mi estudio. También Góngora, Cervantes.

¿Cómo ves la literatura en México, el problema de la edición?

Hay muchos poetas que andan un poco mal porque no son capaces de hacer un soneto y escriben versitos pequeños. Desde que los talleres pululan los poetas han proliferado pero muchos son muy malos o terminan escribiendo como los talleristas y eso es malo. Siempre ha sido difícil que te editen, es un gran problema, muchos tienen sus libros y no los editan porque no pueden pagar la edición. No es de buen gusto que si uno tiene un trabajo lo esté

ofreciendo y lo que pasa es que las editoriales y las librerías explotan al escritor, eso pienso. Sin embargo hay instituciones gubernamentales que sí ayudan en gran forma a solucionar estos problemas, sin embargo hay escritores que tienen muchos libros inéditos y no pueden dar con una editorial que los publique. En mi caso estoy feliz porque pertenezco al sistema nacional de creadores que sirve mucho a escritores que se consagran al cultivo de la literatura en todas sus fases. Yo soy un afortunado en ese caso pues tengo una beca del FONCA, (Fonda Nacional para la Cultura y las Artes) por parte de CONACULTA (Consejo Nacional para la Cultura y las Artes) y eso ayuda mucho al escritor. Pero por ejemplo tengo como 5 libros ya terminados, varias antologías, ensayos y no tengo editor, así que a lo mejor me muero y esos libros se quedan ahí, en el estante donde los ves ahora.

A pesar de todos los obstáculos con los que nos encontramos como el problema editorial ¿vale la pena ser poeta?

Sí, se vive muy bien, por lo menos soñando mucho. Somos grandes soñadores ¿no crees?

Publicado en linazeron.com

Poesía de Otto-Raúl González

Claudia Lars

Y tanto y tanto amó la poesía
que se injertó en el bosque más sonoro
para captar la eterna melodía
que ejecutan los árboles en coro
cristalizó en sus versos la alegría
y el íntimo dolor en mármol y oro
Querida Claudia gran sacerdotisa
contigo estoy en la pagana misa.

La siembra

La primera lluvia
del alegre mayo
las siembras inicia.

Sobre el surco abierto
la semilla cae
de la mano ruda.

Tres granos es mucho
para que la tierra
prodigue millares.

La tierra es la buena,
la tierra es la madre,
la tierra es ajena;

las milpas airosas
en el aire esgrimen
espadas alegres.

Y en el seno ocultan
en oro acuñadas
las mazorcas rubias.

Yo estaba hecho de sueños

Usted pasó por México
cuando igual que el paisaje
era yo transparente y solitario.

Usted me pudo ver sin rayos equis
el corazón, sereno como un llano,
inquieto como un horno y exacto como un beso.

Ciertamente yo estaba hecho de sueños
de sueños de otros sueños y de sueños.

Bullían en mi sangre los deseos
y nada detenía ni el paisaje
la natural corriente de mis venas.

Tal vez por eso nos amamos
y usted dejó que conquistara el mundo.

Pez en el agua

Estoy en una ciudad extraña
que se llama Santa Tecla.
Tengo veinte años
y estoy enamorado.

Aunque mis sueños se derrumben por el aire
el bastión del arco iris los sostiene...
El hambre y la sed me ponen sitio,
pero yo sigo adelante y hacia arriba
porque tengo veinte años y estoy enamorado.

Nada puede detener el paso de los vencedores
 y el amor es el dulce, tibio, fuerte cáliz
 que puede crecer aun entre las rocas.
 En la vida me siento como pez en al agua.
 Lleno de sol avanzo. Mi canción es infinita.

La siesta del gorila

No soporto a los jóvenes
 aunque bien sé que sólo soy un gorila viejo
 un viejo gorila que bosteza
 Tampoco me importa que me derramen
 ácidos improperios o líquidos insultos
 sobre mi desayuno

Yo pienso en cosas graves y profundas
 y que son desde luego de mayor importancia
 por ejemplo en que mi gobierno caiga de un día a otro
 o en que baje el precio de las materias primas
 El pueblo no me comprende
 pero yo pienso en él y me desvelo
 para mí mismo yo no quiero nada
 pues todo es pasajero en esta vida
 cuando fui pequeño eso oí decir a mi nana

Pero aquí yo soy el amo mi espolón es de hierro
 yo soy el hombre y la muralla
 soy el santo al que todos se encomiendan
 y les va a ser difícil tirarme de esta silla

En mi niñez ladraron perros de hambre
 y el invierno restalló su látigo mojado
 en mi rostro picado de amarguras
 pero hay muchachos audaces y torpes
 que me hurtan el placer de una siesta tranquila
 para ellos la cárcel y el exilio

el plomo de las balas la red de las torturas
la pócima letal del sufrimiento
o el paredón a secas

También hay noches doradas y muchachas floridas
que a mis manos golosas arrancan
sus mejores caricias
aunque más tarde en sus ojos descubra
encendidos carbones de desprecio
No me importa me duermo y sueño con batallas
en las que siempre cabalgo a la victoria en un caballo blanco

Pregunto si pueden saber los jóvenes
qué es la patria el amor a la patria
¡Qué van a saber si no han estado como yo en el mando
a lo largo de catorce o quince cortos años!
Yo los mando a matar
los convierto en héroes en mártires
y no me lo agradecen sin embargo

Yo sólo soy un pobre y viejo gorila que bosteza
mi nana me aconseja que descanse que no me mate tanto
y también los brujos mis amigos me lo dicen
Ahora sueño y sueño y sueño
sueño con el palacio que he mandado a construir
a la orilla de un lago
para gordas y dulces muchachas que me digan
mordiéndome la oreja
que está bien todo lo que hago y ejecuto
porque soy el señor presidente

Y

además el más tierno y más guapo de todos los gorilas

Tálamo

Con lirios inmaculados
y jazmines del cabo

lleguemos al dulce tálamo
 donde nos esperan pechos amplios
 y aromáticas manos
 El tálamo se fundará en la hierba
 construido con helechos musgos yedras
 de flexibles ramas frescas
 bajo techumbre de hojas y de perlas.
 Sólo las campesinas
 de caderas anchas y lascivas
 nos pueden conducir por la campiña
 a las mágicas grutas de la dicha.
 Siguen siendo las pastoras de maciza contextura
 las ninfas las náyades las dríadas las brujas
 las sempiternas evas que a sus adanes buscan
 para darles el mosto de sus uvas.

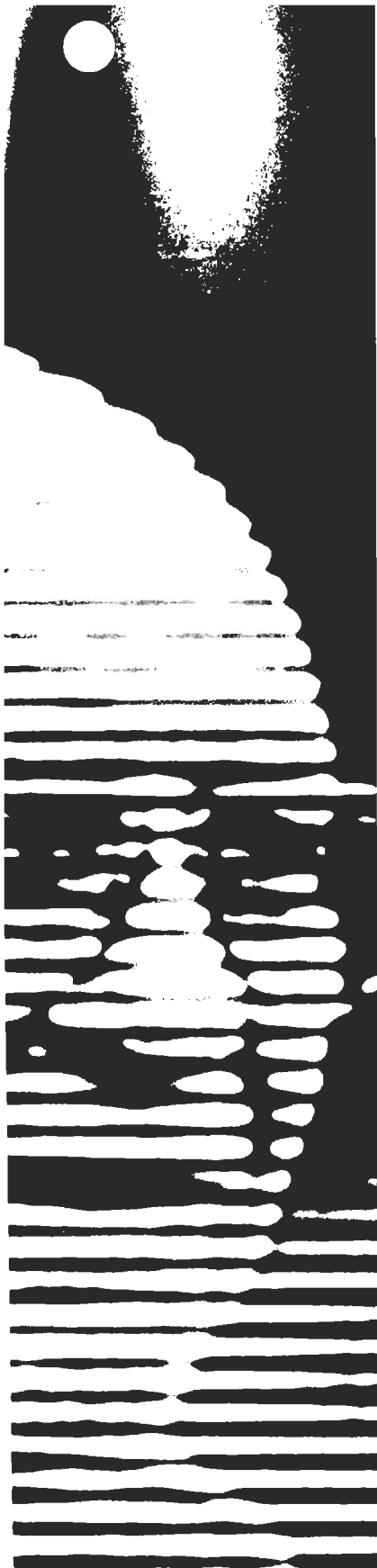
Perfumes salvajes

Amplios y opulentos deben ser
 los ramos de flores que ofrezcamos
 a las matronas campesinas
 ubérrimos como sus talles
 espléndidos como sus pechos
 y como sus caderas deslumbrantes
 fuertes como sus brazos
 como sus manos rudos y rosados
 pero gráciles como sus piernas.
 Flores muchas flores
 de perfumes salvajes
 rojas flores de pétalos carnosos
 como sus labios
 flores extrañas que jamás miraron
 flores que las exciten
 y las hagan sentir que ellas son diosas
 adoradas por hombres que de besos las cubren.



Rosa Mena Venzuela (1913–2004)

Autorretrato



**Fragmentos de la novela inédita
de Alvaro Menéndez Leal,
*No digas amor frente al espejo***

Tú estás –es un decir– sobre el patíbulo. Hace un minuto –hace mil años– el verdugo te cortó la cabeza. Piensas que esto no es del todo cierto: “Me cortó el cuerpo”, dices –¿dices?–, mientras te aferras con las uñas que ya no tienes a la idea de que esta cabeza eres tú, de que este cuerpo inanimado que no miras pero que de alguna manera presientes, nada tiene que ver contigo. Te cortaron el cuerpo, y qué. Tú te afeitabas y jamás lloraste por los pelos de una barba que pugnaba por crecer en tanto tú la maldecías. A ti te mutilaron el cuerpo. Vino el verdugo y con un hacha te cortó, por la nuca, el cuerpo. Una herida más o menos seria. Pero tú eres *esto*, esta cabeza; no eres *aquello*, aquel cuerpo, aquel tronco, aquellas manos... Por eso piensas con tanta autonomía. El hígado, los metros de intestino, las costillas, nunca te ayudaron a pensar.

–¡Te cortaron la cabeza! ¡Ja ja ja ja!

Piensas que estás solo. Porque no es compañía esa nube de moscas que zumban sobre ti, ni lo son el charco de sangre en que yaces ni la basura que te rodea. Estás solo. Irremediablemente solo. La gente llenó la plaza con sus cuerpos inútiles. Eso fue hace mucho tiempo; ahora estás solo.

Nadie, pues, ha dicho nada. Nadie ha reído con una risa vasta.

–¡Ja ja ja ja! ¡Te cortaron la cabeza!

Pero no. Hace un minuto –hace mil años– otro hombre subió igualmente al patíbulo, y el hacha cortó igualmente su cabeza. Piensas que, si *algo* ríe cerca de ti, no es la cabeza de aquel hombre. “Reirá con el estómago”.

–¡Te cortaron la cabeza! ¡Ja ja ja!

–Estúpido.

–¡Ja ja ja ja!

–No veo motivo para reír. Me cortaron la cabeza, y qué.

–¡Ja ja ja ja!

–A ti también te la cortaron, ¿no?

–Es cierto, ¡ja ja ja! ¡También me la cortaron!

–¿Entonces?

–Que no me río de mí, sino de ti. ¡Ja ja ja...!

Y ríe más; pero su risa se aleja poco a poco, enflaquece, adelgaza y se quebranta hasta morir. Ahora te aplasta el silencio. Casi prefieres la carcajada vasta, porque tu pensamiento no es sonoro y tus oídos estallan al escuchar el silencio.

–A veces, cuando pienso que bien pudimos/

–¡Cállate!

No quiere hablar y te corta.

Alma Iris llevaba el pelo recogido en líneas geométricas, de cortes netos y rotundos; el pequeño triángulo equilátero del medio pony sobre la ceja izquierda y sobre la ceja derecha, tangencial, una línea de curva frontal que arrancaba de la raya y desaparecía sobre la oreja. Guedejas, mechoncitos, mínimas greñas jugueteando en sus orejas, esas dos valvas habitadas por el mejor de los moluscos; el más tierno, el más dulce, el más picante, el más suave de todos; el que basta con picotear con el pájaro mosca de la puntita de la lengua para embriagar, para embriagarse; el que desata y deshata el trueno y el relámpago en el ciclo de su sexo; las valvas más tuyas, las que llevan las perlas de fuera: los lóbulos. ¡Recorrer el camino de su oreja a su oreja, con una estación en el paso a nivel de la boca!

Alma Iris: ¿sabes que soy inmortal?

–¿Te sientes mal? –inquieres; pero no inquieres sinceramente interesado en el bienestar de tu vecino, de tu colega descabezado; tratas simplemente de borrar la grosería de haberle llamado estúpido. ¿Acaso Dios no es, para el Dante, *gran señor de la cortesía*? Tú vas para el infierno; aprende, pues, buenas maneras. Si preguntas bien, podrás saber si lo que siente él es lo que tú sientes. Te verás en ese espejo, en suma.

–Vaya pregunta –ironiza–. No es que me sienta precisamente mal. Es que/ nosotros/ así...

Quieres creer que sus pausas, que su manera cortada de hablar, obedecen a otra causa y no a... Por eso retomas el hilo del asunto, y tratas de animarlo, de animarte.

–¡Vamos! Es lo mejor que podía habernos ocurrido. ¡*Chass!*, nos cortaron la cabeza y, al cortarla, también cortaron nuestros problemas.

–Es cierto. Así, todo ha terminado.

–Sí. Todo ha terminado.

En una plaza, un hombre grita *amor*. Nadie reacciona. Grita *mierda*. Tampoco hay respuesta. El hombre va a su casa y, frente al espejo, en el baño, dice *amor*. La imagen no se mueve. El hombre dice *mierda*. La imagen no se mueve.

El hombre se corta la garganta con la navaja de afeitar. La imagen sale del espejo, entierra al hombre bajo el piso y toma posesión de la casa.

El verdugo afila una vez más –la última vez– el hacha. Tú aprietas los dedos por el frío y porque, con esa preocupación profesional suya en los detalles, el verdugo evidencia que intuye lo que en ti es ya certeza: que el condenado es él. Que tú eres el verdugo.

Ahora subes, paso a paso, los escalones del cadalso. Lo haces lentamente, morosamente, no sólo porque llevas atadas las manos a la espalda, sino también porque, con tu lentitud y tu morosidad, sufre el verdugo; es decir, tu víctima. Te detienes arriba y ves, en redondo, los ojos ávidos de la multitud. Tú puedes contemplar ese paisaje cara a cara; el verdugo, pese a la negra máscara que grita su identidad, sólo puede verte a ti.

Y tiembla. Estás seguro de que tiembla. Necesita, para disimular sus estremecimientos, sujetar duramente el hacha.

Cuando apoyas el mentón sobre la casta superficie de madera, el verdugo levanta el filo y lo descarga con un supremo esfuerzo, sin pausa ni tardanza. Tu cabeza rueda, y se desploma tu cuerpo; pero su esfuerzo te redime a ti, y esclaviza para siempre a tu víctima.

El verdugo ve tu sangre, y tú clavas tus ojos en el cielo.

En una plaza, un hombre grita *amor*. Nadie reacciona. Grita *mierda*. Tampoco hay respuesta. El hombre se va a casa y, frente al espejo, en el baño, dice *amor*. La imagen no se mueve. Dice *mierda*. La imagen le pega una bofetada.

El hombre queda infinitamente agradecido.

El despertar

Claribel Alegría

Fue a mediados de mayo. Laura y Juan Carlos, sentados frente a una mesita del bar contemplaban el paisaje marino saboreando un Extra Seco. Habían venido a pasar el fin de semana a Montelimar y se hospedaban en uno de sus bungalows, el número 233.

–¿Por qué no vamos a nadar un ratito y después volvemos a terminarnos las bebidas -sugirió Laura-, el sol ya se va a hundir y quiero ver la chispa verde. ¿Nunca la viste, verdad?

–No -dijo Juan Carlos-, creo que son cuentos tuyos.

–Vamos -se puso de pie Laura.

–No se lleve las bebidas –le dijo Juan Carlos al mesero–, dentro de diez minutos regresamos.

–Está bien, pero mejor déjelas pagadas.

Juan Carlos sacó dos billetes y se los extendió.

–Podés quedarte con el vuelto -dijo.

Laura salió corriendo hacia la playa en su bikini estampado y Juan Carlos la siguió con pasos mesurados.

Apurate –gritó Laura-. o no vas a ver nada.

Agarrados de la mano se internaron los dos hasta que el agua les llegó a la cintura. El sol, un enorme disco rojo, empezaba a hundirse en el horizonte.

–No dejés de mirarlo y procurá no pestañear –dijo Laura con voz cantarina-, cuando veás la luz verde, pedí tres cosas y verás cómo se te conceden.

–Supersticiones –le apretó Juan Carlos la mano y ambos fijaron su mirada en el sol.

Ya, ya se va a hundir -decía ella cuando una enorme ola los aplastó contra el fondo separándolos, arrollándolos, succionándolos mar adentro en la resaca. Laura alcanzó la superficie. Intentó gritar pero no pudo. Tenía la boca y la garganta llenas de agua salada y estaba enloquecida de terror. Otra ola gigante la cubrió, la sacudió en sus fauces como si fuera una muñeca de trapo, la sumergió de nuevo y entonces sí, ella gritó y el mar entró a su boca y a sus narices entorpeciendo el aullido. Los segundos se dilataron, se volvieron horas mientras ella agitaba piernas y brazos convulsivamente. De pronto, un pie tocó la arena y se orientó en un mundo de arriba y abajo, de planos separados de agua y aire.

Luchó a ciegas por alcanzar la playa y se lanzó sobre el refluo de una ola agarrándose a la arena. Levantó la cabeza, aturdida. Divisó a Juan Carlos a unos cuantos metros de distancia haciendo esfuerzos por levantarse y salió tambalándose, a su encuentro.

Se besaron desesperadamente y se tumbaron sobre la playa. Estaban magullados y adoloridos.

–Qué susto –dijo Laura–, te juro que creí que me moría.

–Yo también. Todo debe haber durado un minuto, pero sentí que eran siglos y qué cosa curiosa, de repente perdí el miedo, pensé que qué manera más idiota de morir y vi cómo toda mi vida desfilaba ante mí.

–Lástima que no viste la luz verde.

Juan Carlos sonrió y no dijo nada.

–Lo increíble –cambió ella de tema–, es que tragué toneladas de agua y ahora no siento nada en los pulmones.

–Yo tampoco, la debemos de haber vomitado sin darnos cuenta.

–Podríamos habernos muerto –abrió Laura grandes los ojos–, juro que no vuelvo a meterme al mar.

–Después de semejante susto –hizo Juan Carlos una mueca y se estremeció–, lo que más necesito en este mundo es un trago fuerte para brindar a la vida. ¿Qué te parece si volvemos al bar?

Se incorporaron con dificultad y caminando despacio se dirigieron hacia allí. Las bebidas los estaban esperando en la mesita.

–Qué rico sabe este ron –dijo Juan Carlos–, más rico que hace unos minutos.

–Tenés razón–, tiene como un sabor más intenso.

–En cambio la música –torció Juan Carlos el rostro–, me golpea los oídos. Le diré al camarero que la ponga más baja.

Se levantó, fue hasta el mostrador y pidió que la bajaran. No hubo caso. Julio Iglesias seguía cantando a voz en cuello..

–Estaba mirando esta rodajita de limón –dijo Laura cuando volvió Juan Carlos–, nunca me había dado cuenta de este verde iridiscente que tiene el limón. Parece mentira que sólo hasta ahora lo haya descubierto..

–Es como si de pronto todo se hubiera intensificado –dijo Juan Carlos–, mírale la cara al mesero. ¿Te habías dado cuenta de la enorme tristeza y de la rabia que ese rostro encierra?

Laura levantó la vista de la rodaja de limón y la fijó en el rostro del mesero que les servía a los otros dos parroquianos en la mesa de al lado.

–Increíble –dijo–, dan ganas de llorar.

–¿Querés otro ron?

–No, amor, estoy muy cansada y no soporto la música. Cuando salieron Laura levantó la mirada hacia el cielo. Las estrellas eran enormes, jamás había visto estrellas así. Brillaban de una manera extraña y se sintió al borde del vértigo.

–¿Sabés? –dijo–, me siento igualito a aquella vez que tomamos LSD. ¿Te acordás?

–Es verdad, yo también. Sólo entonces he sentido esa intensificación de las cosas que

siento hoy. Estuvimos a punto de ahogarnos, ¿será eso?

—Fue horrible —dijo Laura apretándole la mano—, procuremos olvidarlo.

Los bunagalows eran todos igualitos. Caminaron dos cuadras en silencio y doblaron a la izquierda.

—Creo que es por aquí —dijo Juan Carlos—. estoy confundido.

—Parece un laberinto.

—No, no es por aquí, creo que había que doblar a la derecha.

—Estoy tan cansada, ni un alma a quien preguntarle. ¿Te fijaste que fuera de la pareja que dejamos en el bar no hemos visto a ningún otro turista?

—Sí que me fijé. La crisis es tremenda, pero qué lindo tener la playa para uno solo, ¿verdad?

Siguieron caminado y perdiéndose en el laberinto hasta que por fin, después de más de media hora de dar vueltas y sintiéndose ambos exhaustos, Juan Carlos descubrió el número 233.

Laura entró primero y fue directamente al baño. Cuando volvió al dormitorio Juan Carlos ya estaba dormido. Ni siquiera se había quitado la calzoneta. Se tendió junto a él, desnuda, apagó la lamparita de la mesa de noche y se quedó dormida.

Soñó: La luz de la mañana entraba a chorros por la ventana y se filtraba por las cortinas iluminando la habitación. Dos muchachas vestidas en uniforme azul y delantal blanco entraron conversando. Laura trató de incorporarse y no pudo. Sentía el cuerpo pesado. Trató de increparlas y tampoco pudo. La voz no le salía, era como si tuviera la boca llena de algodones. Trató de despertar a Juan Carlos. Todo en vano. Más que miedo sentía indignación. Reconoció que estaba atrapada en un sueño. La familiar sensación de pesadilla en la que uno queda inerme ante las circunstancias.

Las dos muchachas se dirigieron al armario.

—Empecemos por aquí —dijo una.

Laura las miró atónita, enmudecida, mientras ellas empezaron a sacar la ropa y lo metieron todo en la maleta que reposaba sobre un banquito, al lado. Cuando terminaron se dirigieron al baño.

—"Opio de St. Laurent" —exclamó la más bajita—, voy a quedármelo de propina.

—Hacés bien —dijo la otra estallando en risas—, yo en cambio me quedaré con el bikini amarillo que encontré en el closet.

Regresaron al dormitorio y entre las dos pusieron la maleta sobre la cama para cerrarla.

Fue sólo entonces, cuando la colocaron sobre sus piernas sin que ella sintiera nada, absolutamente nada, que Laura comprendió.

FIN



HISTORIA DE UNA INFAMIA

Alfonso Kijadurías

Quién en el mundo, díganme por Dios, no sabe quién fue Bartolomé Casariego, escritor insondable, que despertaba invocando a Sordelo, ¿Sordelo dónde estás? Y declamando al Dante y Guido Calvacanti y la poesía griega palatina, en sus lenguas de origen y la poesía provenzal, la de Pierre Vidal, el loco de quien el relato cuenta cómo enloqueció, creyéndose lobo a causa de su amor por Loba de Puenautier, y cómo lo cazaron con perros en las montañas de Cabaret. ¡Vidal, loco de locos miradme! ¿Quién no conoce el laberinto de su sabiduría y su pasión por lo intrincado y difícil, los secretos pasadizos de su inteligencia y el ritmo alazán de su prosa de carrera? Famoso por sus provocadoras respuestas a las preguntas necias de los periodistas, sus declaraciones pedantes, a flor de labio, siempre la cita incauta de la cicuta, sus alusiones a los genios, que consideraba sus iguales, Cervantes, por ejemplo, o el doctor Johnson, y sobre todo, el irónico tono con que hablaba de su afición a fusilar lo ajeno: *Uno vive robando. Robando aire para respirar... no en balde la palabra espíritu viene de la palabra latina respirar. Todo el tiempo uno está recibiendo cosas ajenas... No se podría vivir un minuto si uno no estuviera recibiendo. Pero también se da algo, o uno trata de dar algo.* Sólo un hombre como él, que había tratado al fracaso y al éxito, esos dos impostores, con risueña equidad, pudo darse el lujo de la claridad.

Bartolomé Casariego llevó en su casa, con sus pantuflas de cuero de lagarto y kimono de seda, obsequio del príncipe Hirohito, una vida consagrada al estudio y aclaración de todo aquello que consideraba profundamente hermético con relumbrones de raro, hasta la edad en que, de tanto leer y escribir, se fue quedando ciego entre las sombras de su estudio, rodeado de los títulos y medallas que le otorgaron con el correr de los años famosas universidades del mundo e instituciones consagradas al estímulo y premiación de hombres, que como Bartolomé Casariego, (*“y si cuando yo muera se toman la molestia de rascar esta pared, sabrán más de Bartolomé Casariego, que lo dicho por la mitad de mi obra*), se han entregado en cuerpo y alma a vaciar y darle forma a la universalidad espiritual.

Soy un escritor, un autor de personajes. ¿Quién no me dirá que soy también un ente de ficción de otro escritor más grande que, no logro mirar y por lo tanto dudo de su existencia, como de mí mismo, a quien el Creador no tardará, por su falta de fe, en arrancar de esta página? Interrogaba a las penumbras y se dormía profundamente, sólo para despertar más elocuente y pedante que el mismo Dante en los infiernos.

verme y ser entrevistada me concedió el privilegio de ser su secretaria. Era la hora de su dictado, que he copiado fielmente desde aquel día, en que medio ciego, midió, como un geómetra, los volúmenes de mi cuerpo, sobre todo las equilibradas balanzas de mis pechos y mis nalgas, como si en lugar de secretaria buscara una yegua. A un hombre de finísima imaginación, como don Bartolomé Casariego, le estaban reservados finísimos placeres.

Desde entonces, ay, cómo vuela el tiempo y nosotros con él, copié al pie de la letra, permitiéndome después borrar y corregir, allí donde los achaques de su edad transmitían otoñales confusiones, precisamente esos párrafos, que sus críticos ponderaban como la floreciente y nunca vencida juventud y lozanía de su prosa.

—Evita, Evita, volvía a llamarme otra vez, tanteando en el aire hasta dar en la biblioteca con el lomo dorado de Swimburne, las obras completas de Agatías Escolástico o un volumen de su propia obra sometida a revisión, tal como su *Antibabelia*, un gigantesco léxico donde cada palabra figura en multitud de idiomas. Era la hora de trasladarlo al *hall*, donde me hacía leerle las versiones de su juventud: *El tiempo se encarniza con todo, y también la guerra y el sino. La envidia se los llevó, salvo tu duda y tu prosa.* Sonreía. Daba otro trago a su copita de coñac, antes de pedirme, sentarme en sus rodillas, sentir su vaho mortal, el fétido aliento de los años. Una vez cerca de él, paseaba la lujuriosa y temblorosa araña de su mano entre mis pechos, un roce que la costumbre me hacía recibir con la sumisión y respeto de una concubina con su señor, sentía su temblor, porque aunque viejo tenía sus eléctricos arranques de erotismo, sus fúlgidos momentos de quedarse dormido en cuanto sentía la seda china de mi piel. *Quisiera verte en el supremo instante, muriendo asirte con mi laxa mano.*

Don Bartolomé Casariego, como verán sus hipócritas lectores, el día en que publique mis memorias, era como todos los mortales, si uno pone en vitrina la singularidad de su osadía, un hombre como todos, un dictador que terminaba imponiendo la moda de su estilo personal, su manera de hablar y de escribir, como hundiendo un puñal. ¿Descanso? ¿Podía un hombre como aquél tener descanso? Imposible, aún dormido don Bartolomé Casariego seguía trabajando, configurando ese mundo de espejos y ecuaciones, de teoremas y cálculos de matemático de la prosa, que sabe contener el vértigo e imponerle el ritmo imperioso y tajante de su espíritu. No había noche o madrugada que no escuchara su llamado. Evita, Evita, y allí estaba yo otra vez, desaliñada, sin tiempo para quitarme las legañas de los ojos, semidesnuda, con el *bic* en ristre, atenta a las palabras, a los hechos, las fechas los nombres de los personajes, la geografía de sus pasos, que una vez impresas cotejaba, por aquello de un equívoco desliz de la memoria, y, muchas veces, no tengo pudor, ni pelos en la lengua para confesarlo, se equivocaba, lo inventaba todo, desfiguraba la historia, hacía juntar a Gladstone y Ruskin en la misma taberna, donde hacía muchos años antes, había muerto al caer de un taburete Lionel Johnson; adjudicó un poema de Asclepiades de Samos a Agatías Escolástico, puso en el mismo barco a Salomón de Reinach, el autor de Apolo, y al pintor italiano Bernardo Luini, discípulo de Leonardo, situaciones

que estuve a punto de corregir, antes de razonar, que esa manera sabia de equivocarse, conformaba y confirmaba la espejeante singularidad de su estilo, tal como en ese cuento que rescribió hasta el infinito. *Allí estaba el espejo y al verse en él, se vio a sí mismo reflejado en una multitud. El era la multitud, el infinito, el universo que es el misterio de un círculo dentro de otro círculo*, tema que el maestro había adulterado a partir de su lectura del clásico libro de Alonso de Ercilla. Así de esa manera, fui conociendo los trucos de su oficio, haciéndolos míos, en previsión al día que el insigne maestro de maestros, perdiera, como ya se veía en lontananza, sus facultades físicas y mentales, echar mano de ellos, sin otro estímulo que prolongar su obra y acrecentar su fama de inmortal.

Años de sacrificio, de desvelos y encerronas prolongadas fueron aquellos, que por seguir la erudita imaginación de Don Bartolomé Casariego dejé, entre las sombras de su biblioteca, la tersa piel de mis años, en aras de cuidar y acrecentar, no solamente lo que a su genio corresponde, pasar en limpio el alud de sus ideas inmortales, escribir a sus editores y publicistas, corregir las pruebas de sus obras escogidas, agregado a las tareas prosaicas como depositar en Suiza sus ahorros, porque era hombre en exceso avaro, que para nada confiaba, y tenía razón, en los corruptos banqueros que, años después de su muerte, llevarían a la ruina a la nación entera. Digo que no solamente me dediqué en cuerpo y alma a salvaguardar su obra, sino también su cuerpo y su alma, de las frecuentes amenazas de los jurados enemigos del escritor, las falsas amistades y la propia familia. Tuve para ello que mentir, vedar el paso, inventar mentiras: el maestro está enfermo y ha pedido silencio; don Bartolomé no se encuentra, está dictando una cátedra sobre poesía provenzal en Inglaterra; en este momento don Bartolomé no puede atenderla señorita, le ha concedido una entrevista a Oriana Fallaci, y, mañana parte para Chile, donde el presidente Pinochet le impondrá la gran cruz del Gran Comendador. Así, de esa manera ilustre, lo alejé de tanta alimaña que pernoctaba en su camino, en especial de esas viejas brujas, que, antes que me aceptara como su secretaria y confidente, usufructuaban sus sagradas horas, a cambio de nada. Mi recato oriental no me permite mencionar sus nombres, pero el lector avezado que siguió en vida el laberinto de sus pasos, sabrá de quienes hablo, pues son las mismas que ahora me señalan con un dedo por haberles cerrado la puerta en sus narices y vedado el paso hacia el estudio, donde don Bartolomé Casariego, el último de los grandes, mataba las horas traduciendo las notas en chino del difunto Fenollosa o los desciframientos de los profesores Mori y Ariga, menudo trabajo, en que estuve envuelta durante casi un año, sin desatender por ello las tareas, que desde mi arribo jamás dejé de ejecutar, sin otro interés que apoyar al hombre solitario, huérfano de madre, sin mujer ni hijos, que siempre fue don Bartolomé Casariego, hasta la hora aciaga de su muerte, es decir de amante fiel, atenta siempre a sus necesidades, cocinera, masajista, depiladora, conductora de su *pontiac continental*, peinadora, encargada de mantener la limpieza sacramental y el orden institucional de aquella casa, un verdadero caos, antes que el maestro depositara en mí su confianza. Vestirlo, desvestirlo, escoger

la corbata, los calcetines, el traje de las grandes ceremonias. ¿Qué el maestro no lloraba? Pues sí que lloraba, y como un niño que despierta a media noche sin sentir los pechos de su madre. Yo fui también su confesora en los momentos álgidos, cuando don Bartolomé, saltaba de las cuatro dimensiones de su razonamiento esotérico y despertaba en el plano inclinado de una calle de traumas infantiles, pues hacía poco, habiendo perdido para siempre a su madre, sufría, ya en avanzada edad, el destete de la frágil, aunque férrea dictadura de doña Ester Mendizábal viuda de Casariego. Con los años he llegado a entender esa inclinación de don Bartolomé por la turgente almohada de mis pechos, pues allí solía, desde el día en que pasé de secretaria a amante, descansar su cabeza por horas, infinitas como la muerte antes de nacer, escribió en un poema, que por su intimidad, guardo fuera del alcance de inocentes y pornógrafos lectores, que nada entienden del delicado alvéolo de nuestro tántrico erotismo, porque yo, mujer al fin de otra geografía y de otras costumbres, no ahorré tiempo ni energía con tal de complacer a aquel hombre, que ocultaba tras la máscara de su obra, su verdadero rostro, el rostro que mujerzuelas perversas, cohorte de alimañas, intelectuales atléticas, frías y arrogantes, hubiesen deseado ver, tal como lo vieron mis ojos.

Gracias a su tacto aristocrático y la turgencia de mis pechos, había llegado donde estaba, en los dominios de su altura. Ahora, por primera vez, el consagrado traductor inmejorable de Anacreonte, se enfrentaba a la real fantasía de un adolescente enamorado de la luna, escribiendo a sus sesenta y dos años, para envidia de la imberbe, aunque avejentada fauna de poetas, la poesía más fresca, juvenil y deportiva de la última mitad de nuestro siglo, me refiero a su último libro *Raro Fulgor*. Que incluye aquel inmejorable poema del siglo XVI de Abú l-fazl al Allami, que tradujo del árabe: *A veces frecuento los claustros cristianos y a veces la mezquita./ Pero es a ti a quien busco de templo en templo./ Lo tuyo nada tiene que ver con la herejía o la ortodoxia./ Nada de eso está reflejado en el espejo de la verdad./ especulación para los heréticos,/ teología para los ortodoxos, sólo es dueño del polen de la rosa, el corazón del perfumista.*

No voy a cometer la hipocresía de negar que fui yo el motor que le dio virazón a su espíritu, hasta entonces envuelto en el vaho de ultratumba de su admirado Chateaubriand, gracias a mi alma, ánfora frágil, abriantada por la seda profunda de sus palabras, logró por fin liberarse de lo que siempre consideró su pecado mayor, no ser feliz, porque lo fue conmigo. Había que verlo, sonriente siempre, chistando, declamando a Pope, ante ocho poetas respetuosos, entre ellos Rafael y Octavio; había que verlo inventando y recreando con Shade, el único de sus pocos amigos, a quien no me pesaba abrirle la puerta a la hora que fuese, chistes de barriada y letras de milongas y corridos, nombres de tiendas, funerarias y camiones, una antología, que a la hora de las horas, me tocó, como siempre, organizar, clasificar, copiar y corregir, tarea que emprendí, con el gozo de hacerlo sentir como un corcho que se saca para dejar correr el vino, dulce y oscuro como el haikú (*La vasta noche/ no es otra cosa/ que tu fragancia*) que igual a otras noches, disfruté, con la sola envidiable idea de estar oyendo a mi poeta favorito, que tal como intuía,

moriría mucho antes de que terminara ese año, un mes después de haber recibido de manos del presidente italiano la orden *Dante Alighieri*, creada exclusivamente para él, cuya traducción difícilmente podría ser superada por otro poeta, a menos que don Bartolomé Casariego volviera a nacer y repetir la misma hazaña.

Murió, como era natural, don Bartolomé Casariego, de tanto pensar, que fue su crónico pesar de todo el tiempo; ya su espíritu clamaba descanso. Murió porque también, curioso como era, quería morir.

—Estoy ansioso, Evita, por morirme y ver cómo es la muerte para escribir un cuento—, me había dicho riéndose, dos días antes, con esa risa suya de caballo triunfador, pero más ansioso aún por ver a Dios y conversar con él, las cosas que nos vamos a decir.

Como era de esperarse, las pompas de su muerte aún no terminan, por todos lados se celebran homenajes, se crean instituciones, congresos, facultades y universidades, centros de traducción exclusiva, con el fin de analizar su memoria prolífica e hiperestésica, su deliciosa insolencia narrativa, donde se citan lo preciso y lo precioso, el rigor y la fantasía, su cultura enciclopédica, que incluía una sabrosura heterogénea, desde la liturgia preconciliar al funcionamiento de las clepsidras. Por todo el mundo se siguen las huellas de sus pasos, el polvo sacrosanto de sus zapatos *Gucci*.

Ya me imagino la sonrisa socarrona que se dibujaría en su boca al escuchar de mis labios, todo aquello que ensayistas, novelistas, poetas y traductores han dedicado a su obra y su persona, que fueron una sola, como esta nota escrita en la solapa de su libro *“Seguro Azar”*: *hay dos y hasta tres Bartolomé Casariego que me recuerdan al verdadero Batolomé Casariego, al autor de enciclopedias reducidas a su máxima brevedad. Al Bartolomé Casariego dueño de esa capacidad de deslumbrarnos, ante la eternidad. El truco alegre de lo breve y lacónico, aquellas cosas que decimos sin siquiera nombrarlas.* Yo también sonrío.

De Bartolomé Casariego, genio y figura hasta la sepultura, ahora bajo el íncubo de los honores literarios y de su propia y prolífica invención, se recuerda todo el mundo, pero, ¿quién se acuerda de mí, su criada, secretaria y amante fiel, correctora y lectora atenta de cada una de las líneas de sus obras completas y escogidas? Nadie, que no sean esa cohorte de brujas que ahora me acusan de haberme aprovechado de su estado moribundo y arrancado de su mano la firma, temblorosamente estampada al pie de la última página del grueso documento, en que me declara: dueña universal de todos sus bienes, incluida, para envidia de mis detractoras, los tesoros de su biblioteca personal, la mesa de oscuro nogal, regalo del embajador de Egipto, sobre la cual me apresto, pluma en ristre, a continuar su obra, interrumpida por su muerte, su *Historia de una Infamia*.



Carlos Alberto Soriano

El circo

Este día volverá el circo, estoy seguro. Anoche brillaron todas las estrellas y yo me senté en el patio a enumerarlas, con los dedos cruzados para que no hubiese una más junto al arado. Esa fue la primera señal infalible. O lo fue hasta hace algunos años cuando el sonido de los vítores y los tambores —entrando por la Calle de las Ánimas— me sacaba de mis sábanas tibias y me hacía asomarme a la ventana con la misma esperanza de siempre revoloteando alrededor de mi cordura. En la madrugada llovió y el jardín amaneció plagado de minúsculos volcanes de tierra removida y de rutas enmarañadas de hormigas obreras. Esa fue la confirmación del presagio.

El circo no ha vuelto desde hace diez años. Desde entonces todos dicen que mi razón se fue con él en la última partida. Y me río y me burlo de que no sean capaces de ver con mis ojos que tanta magia y el dedo celestial que enciende los faroles del cielo por las noches, no pueden ser dos hechos aislados.

A las tres de la tarde vendrá Juan, y sus pisadas cada vez más lentas y menos pesadas, serán el sople de vida que me falta. Y ladeará la cabeza para verme y suavizará la voz para preguntarme cómo ha estado mi vida y cómo va todo. Estaré listo y vestido, sentado en el borde de la cama, con mi sombrero en la mano. Omitiré los achaques y los dolores en las rodillas para ir directo al punto que lo ha traído hasta mi cuarto. Y entenderá, sin más vueltas, que sólo espero su orden y su brazo para salir a la calle rumbo al predio del circo.

Y se levantarán las voces de todos los rincones de la casa, las quejas y los reproches que pretenderán frenar nuestra expedición secreta y boicotear nuestros planes, negándome el automóvil; entonces gritaré frases incoherentes que refuercen la teoría de mi demencia, sacaré a todos de quicio con mi repertorio de frases odiables, y se aburrirán de mi parloteo, y no tendrán más remedio que aceptar que Juan me pasee de la mano por la calle, entre altos asfixiantes cada cincuenta metros. Y a Juan le quedará pequeño cualquier alarde de ser el hombre más sabio y abnegado, y de tener el tesón, la lucidez y la templanza de los grandiosos.

Tito deberá venir con el circo este año. Y planeo la estrategia más adecuada para no matarlo de un susto. Siempre lo pienso. Y me pregunto si será difícil reconocerlo detrás de una máscara graciosa o del maquillaje exagerado. Habrá cambiado, eso es seguro. Pero confío en poder cotejar –en el momento preciso– la esencia intacta que vive en cada rostro y cada espíritu con los últimos vestigios de mis recuerdos. El bueno de Juan estará conmigo mientras yo recorra –como acostumbraba mucho tiempo atrás–, los camerinos pintorescos, uno a uno, las jaulas de las fieras y sus domadores y cada rincón del circo, con vocación expresa. Y no diré una sola palabra si escruto los rostros de acróbatas y bufones, y termino examinando a tramoyistas y utileros. Quizá habré perdido un poco la prestancia de hace diez años en mi recorrido, pero Juan tendrá la paciencia que heredó de su padre, y sonreirá agradecido a cada persona, hasta que Tito aparezca ante nuestros ojos, la sonrisa agrietada, los párpados vencidos, reposo en las palabras y en los movimientos, quizá algunos cabellos perdidos y muchas libras ganadas, quizá los años de la infancia y nuestras viejas charlas casi olvidados, muchas huellas en el alma, infinidad de surcos en la memoria y toneladas de penas sobre la espalda. Me contará las mejores aventuras de sus últimos cincuenta años e intentará explicarme cómo es la vida en tierras que nunca conocí. Me hablará de los mausoleos de la India y las estatuas eróticas del Templo del Sol, de las murallas de Gales y el Castillo Harlech, de las riberas del Sena y la ciudad eterna conquistada por sus monumentos, del camino de Santiago y las viejas murallas de Castilla, de tesoros perdidos en imperios incas, del centro del mundo y el viejo esplendor de Olinda, del antiguo cerro de la plata y las cataratas más hermosas del mundo, de las pirámides de Chichén Itzá y los jardines flotantes de Xochimilco.

Entonces entenderé qué se siente abandonarlo todo a los veinte años y emprender, bajo una carpa, la conquista del mundo tantas veces soñada juntos. Comprenderé que no fue un arrebato ni un capricho pasajero su decisión extrema y que ha sido real y no una broma prolongada, todo el tiempo transcurrido desde esa despedida. También recordaremos con exactitud de qué color estaba el cielo aquella tarde, si las calles estaban ya empedradas o si había polvo sofocante, quién era el más alto de los dos, de quién era la gorra que él llevaba puesta, de qué tamaño era el vagón y la ventanilla por donde salía su mano, agitándose, y de qué color era su camisa, la que yo vi perderse al final de la calle, cuando el pueblo aún no pasaba de las veinte cuadras a la redonda.

Si no es así, volveré cada noche a intentar reconocerlo bajo las luces de los reflectores, en cada personaje y en cada función. Cuestionaré a todos, como solía hace muchos años, husmearé en los pasadizos de sus memorias y le pondré un precio a sus palabras más alentadoras. Y esa será la esencia mágica que me conserve en el valle de luz, de donde recojo nuevas esperanzas para estar alerta al sonido inconfundible de los vítores y los tambores el próximo año.

Ahora estoy de nuevo de pie junto a la ventana y espero a que el fragor se asome por la Calle de las Ánimas, que aún existe, y que crezca y crezca hasta ponerse justo debajo de mi vista, y que el bailoteo de los artistas y las piruetas de los volatines me hagan creer que la algarabía de antes aún es capaz de inundar este viejo pueblo, y que Juan –mi nieto más incondicional– vendrá por mí a las tres de la tarde con el saco azul y los mocasines brillantes que eran de Tito, su padre, para ir en su búsqueda de nuevo, para intentar apelar a su memoria, para procurar que él por fin lo vea y lo abrace como se abraza a un hijo a quien se ve por vez primera.

Es la primera vez

Esa no era la señal que yo esperaba, la que tantas veces había deseado bajar del cielo a fuerza de rezos e invocaciones; tampoco era el destello divino que siempre había soñado ver brotar, como las milpas espigadas, o aparecer en el sitio menos pensado. Antonia tampoco me habló alguna vez de que ese hito arribaría a mi vida con tanto drama, con tanto ímpetu. A cientos de kilómetros de mi turbación, ella no sería testigo de la rabia enloquecida con que mi madre me lanzó a la calle a la hora del almuerzo. Pero, por encima de todas mis dudas, las señales de que habló habían cobrado vida, sin que yo pudiera –en un principio– identificarlas. Pero ese rincón oscuro del muladar, mi curiosidad llevada al extremo, un hueco en mi sensatez, la lujuria desbordada de un adolescente enardecido y el grito de mamá desbaratando la escena despertaron en mí la certidumbre profetizada de que la vida había empezado en ese instante.

Es la primera vez, intenté aplacar las intenciones parricidas de mi padre y el llanto convulsivo de mi madre, pero esperando de verdad en su dictamen la confirmación de mis presagios, disfrazando mis deseos de que guardaran, como un tesoro invaluable, mi diploma de bachiller que les había agotado las últimas reservas de paciencia.

Así abandoné aquel pueblito olvidado del norte, sin escuchar otros gritos que los de mi determinación que me llamaba hasta la ciudad de fortunas y esplendores donde habitaban mis sueños y donde Antonia era feliz mientras bebía de las ánforas que nadie más en aquellos arrabales podía. Los insultos más folclóricos del léxico florido de mamá me persiguieron hasta la salida, después de haber escapado de sus puños rabiosos. En el empedrado de la calle principal –en el fragor de la huida– quedó la suela de mis sandalias. Pero aún fui capaz –al mejor estilo de Antonia– de despertar la envidia colectiva de todas las infelices que suspiraban, las narices pegadas al marco de las ventanas, por conocer el mar un día de la mano de algún campesino redimido. Lo que no me dejaba odiarlas era la certeza de que soñaban con la virtud misteriosa de mis bucles que imponían moda y anhelaban la jauría de piropos y suspiros que mis paseos desataban a lo largo del malecón del río, donde los hombres descansaban de la rutina y fumaban sus puros pestilentes todas las tardes.

En la puerta de aquel mundo me esperaba Antonia, convertida en Déborah, desmadejando las

mismas frases con que había inflado mi ilusión en cada visita suya al pueblo, en contra del celo de mamá que me prohibía, bajo amenazas graves e impronunciadas, cualquier contacto con esa mundana que era una combinación explosiva de perversión y mal ejemplo. ¡Alicia! Sonaba su voz, potente, intimidante, sacándome de cualquier rincón, alejándome del cuerpo de trazos accidentados de Antonia, de sus manos de uñas perfectas, de sus zapatos altos de charol, de sus veinte centímetros de falda, de su pelo de color distinto en cada regreso, de sus diademas brillantes y de los colores nacarados sobre sus párpados blancos. Pero mi ilusión escapaba por la ventana de madera, se enredaba en las tejas musgosas del techo y salvaba el mar embravecido de los charcos sucios donde se revolcaban los chanchos, para acudir al llamado de Antonia, oculta entre los árboles del patio. Mamá sacaba a relucir lo mejor de su incivildad por las calles del pueblo, Antonia se despedía a las apuradas, con su mano por la ventanilla del autobús, riendo a mares por tanta emoción desatada, y yo acaparaba el vaho de mi envidia que se quedaba por varios minutos entre los recovecos de mi cuerpo.

Dios sabe que yo sólo anhelaba ser una mínima parte de lo que era Antonia, ganar un décimo de lo que ella ganaba y ser la dama de compañía que ella era para pisar las alfombras de las mansiones fastuosas y revolcarme en las camas de terciopelo rojo que ella siempre describía entre las huertas del patio; luego volver al pueblo, llena de toda la gloria, para presumir de todo el dinero que en ese mundo se ganaba a manos llenas y luego se repartía entre tanta precariedad junta. No importaba si nadie entendía una labor como aquella, una vida sin las manos sucias en las labores del campo, ni los dictámenes de la moda ni la modernidad de aquel paraíso prohibido para todos, menos para mí.

Es la primera vez, comprendí, me atreví a refutar las quejas de Antonia ante el tambaleo extraviado de mis pisadas sobre los tacones altos. Además, apenas puedo ver el camino con este peinado en la cara, reclamé, mientras me esforzaba por dar el siguiente paso dentro de aquella falda minúscula que me hacía recordar una camisa de fuerza. Pero ya no me escuchó. La puerta se había cerrado detrás de mí y el mundo era entonces un laberinto de calles negras, parecidas a las de las ciudades, y ya no más las cuatro paredes que la noche anterior habían sido mi refugio. Afuera ese mundo temblaba, giraba y hacía padecer a sus propios demonios el delirio del sol cegador a las nueve de la mañana.

Habría sido muy fácil recobrar el aplomo si hubiesen sido sólo las miradas y no las palabras atrevidas y alguna mano lasciva las que me acosaban en cada esquina, en cada centímetro del camino y en el pasillo del autobús que me llevó hasta aquel enorme portón de madera y hasta el muro de piedras pulidas que rodeaba la suntuosidad de aquella mansión blanca. El guardia armado me dejó ante una empleada de pocas ropas que me condujo hasta un salón amplio de cortinajes blancos y lámparas estilizadas que pendían de todas partes, de las paredes y del techo. ¿De dónde eres? quiso saber mientras me hacía sentar con un gesto sobre un sofá largo y

cómodo. Me esforcé tratando de explicar lugares y gentilicios, pero no logré que ubicara en su geografía desatinada el pueblo que hasta el día anterior había sido mi hogar y mi vida.

En efecto, tal como ella predijo antes de dejarme sola, madame Lucrecia apareció de entre los cortinajes tupidos con un vestido de muselina azul marino que se deslizaba sobre su piel como una cascada silenciosa. Era, en verdad y en su totalidad, la misma imagen de las diosas mitológicas que yo había construido a partir de relatos griegos. Y su voz tenía la sonoridad y la sensualidad requeridas por un mandato divino. Era perfecta, tan perfecta que apenas si sonreía mientras me veía cruzar el salón —a un mandato suyo— con mis pasos trémulos. No te preocupes, dijo ante mi bochorno, la mayoría viene acá en peores condiciones que tú y en poco tiempo las convertimos en diosas. Eso era lo que yo deseaba y ella tenía la llave de mi tesoro. Antonia no estaba equivocada, en efecto. Siempre tuvo la clarividencia y la sabiduría necesarias desde cuando me hacía imaginar aquel paraíso de ensueño en las tardes amarillas del pueblo.

Madame Lucrecia abrió para mí el cuarto al final del pasillo y me lo presentó como si siempre me hubiera pertenecido. Después de nombrar cada sitio y cada mueble con sustantivos extraños para mí, me recitó el decálogo de convivencia en aquella casa y me habló, no muy claro, de mis nuevas funciones y mencionó un salario que sonaba exorbitante. Durante diez días continuos, a tiempo completo, me instruyó —junto a tres chicas nuevas más— en el difícil arte de moverse con soltura maniatadas las piernas dentro de un vestido ajustado o víctimas de la tortura de diez horas sobre zapatos de aguja. Así conocí la entrada al mundo de fantasía que se tornaba trabajoso con las clases de dicción, postura, modelaje, desfile, modales y etiqueta que madame Lucrecia impartía y supervisaba en persona. Puntero en mano —sin perder la postura—, promulgaba la disposición de cada cosa y dictaba el orden más estricto en las lecciones. Incluso al achacar alguna falla, corregir y poner semblante duro seguía siendo perfecta y su voz no perdía un gramo de la melodía que la identificaba.

—Nuestros clientes son hombres distinguidos que merecen una compañía agradable y a su altura —repetía cuando flaqueábamos en el empeño o la soledad y la nostalgia nos envolvían—. No querrán que se sientan incómodos y no nos visiten más, ¿verdad? —inquiría—. El resto de sus funciones es mejor que las aprendan en el camino —sugería con una voz más armoniosa que también tenía algo de picardía.

Por los pasillos y los salones desfilaban las damiselas con su andar gallardo y sus trajes de princesa mientras madame Lucrecia se complacía en admirar su obra desde la imponencia de su balcón dorado. Hasta ahí me llamó la noche en que dio por finalizado el curso intensivo y aprobó nuestro ingreso a su séquito de lujo.

—Tú tienes ese aire de ingenuidad e inocencia que los señores maduros tanto aprecian y valoran —aseveró con un chasquido sutil de sus dedos—. Serás la consentida en ese grupo tan especial para esta casa —sentenció.

Es la primera vez, aclaré al primer caballero que cruzó mi puerta, luego de que madame Lucrecia enumerara los pormenores de tan insigne encomienda.

–No te preocupés, hija –me consoló el hombre de barba blanca con una actitud casi paternal. Por eso no me extrañó la sucesión de besos y caricias con que me despojó de la blusa ajustada para luego liberar mis pechos de la tortura del sostén alambrado. Intenté advertirle que esa actitud libertina había sido la causa de la indignación de mis padres y no fuera que madame Lucrecia tomara las mismas represalias en contra mía. Pero él me sorprendió con un porte de defensor que me liberó de toda inhibición y todo prejuicio y me animó a permitirle pasar el resto de la noche en mi cama.

–Eres una buena chica –me felicitó madame Lucrecia al otro día durante el desayuno que tomábamos en una mesa muy larga y adornada con flores frescas.

Y esa fue la frase predilecta de todos los caballeros que día a día llegaban hasta mi cama, buscando el calor de mis pechos firmes, empujados por las buenas recomendaciones de madame Lucrecia. Ella me encomendaba sus clientes distinguidos, me aconsejaba discreción en cada movimiento y me entregaba –a la hora del almuerzo– dos billetes doblados por cada cliente atendido, los que yo acaparaba dentro de un bolso viejo en un rincón del armario, bajo dos llaves.

Antonia también me felicitó, cuatro meses después de mi arribo, cuando la visité en su habitación que se me figuró un presidio comparada con la opulencia y la magnitud de la mía. En el fondo sentía envidia de que mi empleo gozara de mejores condiciones que el suyo, pero no se atrevió a decirlo. En cambio, me aconsejó que continuara como hasta ahora y que siguiera engañando a cada cliente nuevo con la treta de la primera vez, insistió. Intenté aclarar que no había tal engaño, que madame Lucrecia había dejado muy claro el límite de mis servicios, pero su lluvia de nuevos consejos –disparados en ráfaga intermitente– me lo impidió. Era cierto, como había dicho, que debajo de la piel yo ya llevaba impregnado el aroma de cien hombres distintos, pero no había nada qué buscar más allá de la dermis, y con esa dignidad muy en alto abandoné su casa.

Una sorpresa me esperaba al llegar a la mansión blanca. Madame Lucrecia vino a dárme la hasta mi habitación. En su sonrisa perfecta había un enigma de gozo por estallar.

–Los lunes serán tus días libres, ya lo he establecido –celebró con el giro de su mano derecha a la altura de la sien–. A partir de ahora también vas a poder escoger tus clientes y dar el próximo paso si estás de acuerdo –dijo, sembrando una chispa en mi ansiedad voluble y una duda pequeña en mis planes a largo plazo.

De modo que los lunes pasaron a ser los días más esperados de la semana, y las siete de la mañana, la hora de salir dando brincos rumbo a la casa de Antonia para ir juntas a descubrir la ciudad y sus arcanos. En verdad, según pude darme cuenta después, la ciudad no tenía la magnitud que yo había imaginado ni inspiraba el temor que yo tantas noches había sentido. Y Antonia se encargó de despojar del velo a los secretos que yo creía indescifrables y que luego colaba en las charlas con las compañeras de la mansión blanca.

Por eso no titubeé al responder que sí cuando el joven apuesto que ocupó mi cama un viernes me preguntó si conocía la alameda de los próceres. Vivo muy cerca de ahí, aclaró, puedo llevarte a mi casa un día que tengas libre, sugirió mientras me elevaba, desnuda, medio metro del suelo entre sus brazos fuertes y velludos. Cuando quieras, apoyé por seguir el juego de palabras, segura de que todas las cosas que se decían entre aquellas cuatro paredes, nunca cruzaban la puerta. Y aun teniéndolo a mi lado el próximo domingo, sintiendo su respiración que se apaciguaba después del desahogo, atribuí su nueva invitación a un estado delirante en el hueco de sensaciones de aquel momento. Insistió con un beso en mi frente en la entrada de la habitación. Siete en punto, repitió, como si hubiese sido yo la más propensa a olvidarlo. Y la frase se quedó dando vueltas entre mis planes del otro día y no me dio un instante de alivio por la mañana, hasta que atravesé el portón de madera y puse el primer pie en la calle. Entonces lo vi, un pie doblado sobre el laurel de la India en la otra acera, con su traje de fiesta y un cigarrillo humeante en la mano. Cogida de su mano conocí el resto de la ciudad y una a una todas las buenas intenciones que me fue ofreciendo como pétalos deshojados.

En realidad sólo había hecho crecer mi ansiedad al tope cuando me ofreció todo su amor y los muebles lujosos de su apartamento, pero debí someterlo a la sensatez de Antonia y a dos semanas de mal sueño entre mis sábanas para prometerle, un sábado en la madrugada, que a partir de ese momento no tendría ojos para nadie más en esta vida.

Es la primera vez, le insistí el próximo lunes, desnuda entre sus sábanas azules, temblando de miedo ante mi destino marcado. Y le tomó varios minutos comprender que un año de trabajo en casa de madame Lucrecia no había sido motivo para romper mi promesa de entregarme por amor la primera vez, aunque sonara trillado. Que era algo insólito, eso lo sabía, pero se puede estar en la boca del lobo sin ser devorado, terminé de explicarme. Entonces quedó satisfecho. Siempre había escuchado que la primera experiencia era inolvidable y esa noche tuve motivos de sobra para justificarlo. Era un hombre bueno, fiel como el olor con que impregnaba la almohada, que hablaba del amor como una utopía en segunda persona y salía por las noches a desempeñar un puesto que él no terminaba de explicar ni yo de comprender a ciencia cierta, hasta la madrugada en que no volvió para besar mi espalda o rodearme con sus brazos y quedarse dormido. En cambio, fue su amigo Romeo quien llegó a disculparse en su nombre al otro día y quien retomó –pocos días después– el hilo de las palabras de amor a las que ya me había acostumbrado, las mismas con las que él me endulzaba los oídos y que ahora dejaba inconclusas, olvidadas en algún recodo del mundo. Luego fueron Gregorio y Gonzalo, Pedro y Matías, Leopoldo y Guillermo quienes fueron ocupando su lugar en la cama, y en el mismo orden de aparición, hasta convertir aquel apartamento sacrosanto en una réplica de la habitación en casa de madame Lucrecia. Él me lo reprochó una mañana luego de un amor sin sobresaltos, sin frases hirientes, sin alzar la voz, pero con el orgullo herido. Se quedó más tranquilo y vi cómo le cambiaba la mirada cuando le ofrecí –en un intento desesperado– la mitad de lo que yo

ganaba por cada visita a cambio de su comprensión y su amor inalterable. Pero abandonó el calor del tálamo y se convirtió en un fantasma que me soplabá al oído dos palabras dulces una vez por semana y despertaba mis celos y las ideas más sicóticas. Hasta que esos mismos celos me hicieron seguir la pista de los rumores que llegaban hasta mi cama y salir a buscarlo por los rumbos dichos. Lo que encontré fue la confirmación de todas mis sospechas y un imperio muy bien levantado sobre su éxito floreciente como proxeneta. Pero no encontré, por ningún lado, los indicios necesarios para sustentar su infidelidad y mi pena. Lo enfrenté con el corazón en la boca, tratando de que no me traicionara el instinto a la hora de poner las cartas sobre la mesa, y acepté, con la dignidad de las resignadas, la copa de amor que él prometió nunca dejar de beber en mi lecho. Y cumplió. Por seis meses compartió conmigo el porcentaje que quedaba de lo que había sido un amor grandioso, pero, al más mínimo descuido, voló de nuevo lejos de mis brazos. Los rumores ahora hablaban de otros labios con otro nombre y de otros brazos con más calor que los míos.

Volví a las calles con la firme decisión de no volver a casa llena de dudas y en el pecho un nudo de malos pensamientos, pero dispuesta a rescatar lo que era mío por mandato del cielo.

No sólo encontré que eran reales las escenas pintadas en mis noches de insomnio, sino también que estaba más lejos de lo que yo creía el manojo de sentimientos que me pertenecía. Pero, armada de todo el amor cosechado en todo ese tiempo, me lancé a la aventura de rescatar el pasado. Y logré que me viera con los mismos ojos de antes y que aceptara el calor de mis pechos, aún firmes, que le ofrecí a cambio de desterrar a la rubia despeinada que lo acompañaba en la media luz del bar aquella noche. Fue un amor como el de nuestros primeros días, vital, glorioso, complementario, y con una pizca de salvajismo desaforado. Pero, más allá de mi piel, casi al pie del corazón, habitaba la certeza de que toda la energía derrochada entre las sábanas era el epílogo de una historia desdichada. Por eso lo dejé dormir, para observarlo mejor por última vez, para gozar de su respiración en descenso, luego sosegada, y poder hurgar detrás del telón de sus sueños por si aún quedaba algo que rescatar.

Me senté a mirarlo, pero sólo vi desprenderse de su cuerpo, como los humos de un desastre, los años que me esperaban sin su compañía, las noches en vela, largas e implacables, y todo el amor que debía sacarme del pecho para que no me asfixiara.

—Es un maldito. Es la primera vez que me enamoro —le dije a Antonia mientras ella me reprobaba en el grado más bajo de la escala profesional que alguien dictó, pero nadie repetía.

—No te preocupés —me advirtió, cómplice de mi desgracia—, dejámelo a mí. Andá hoy por la noche a buscarlo de nuevo, acercate a él, decile todo lo que sentís sin medir tus palabras y observalo bien, muy bien, porque será la última vez que veás en pie a ese pérfido vanidoso. Recordalo.

La obedecí en cada palabra. Por las esquinas de siempre lo encontré y me detuve a escrutarlo con la certeza de que el mal presagio que llevaba a flor de labio asomaría en cualquier instante. Pero el frío extraño de aquella madrugada selló mi boca y abrió al límite mis ojos angustiados. Volví a casa y, desde aquel minuto, me senté en el sillón más amplio de la sala a esperar a que la fatalidad cruzara la puerta, hasta que apareció en boca de Romeo, su mejor amigo, un par de semanas después. Las huellas de sus palabras me llevaron esta vez hasta una habitación pequeña y silenciosa, donde lo encontré dormido, cubierto por la sábana hasta el pecho, íntegro y tranquilo, tan apuesto como la última vez. Retrocedí dos pasos para recorrerlo una vez más de punta a cabo, y hasta entonces pude ver lo que mi ansiedad volcada había querido ocultarme. Debajo de la sábana blanca, justo a la altura de las rodillas, un hueco macabro se precipitaba desde sus muslos.

La curiosidad morbosa me obligó a tomar un extremo de la sábana y a levantarla con un sigilo que sólo encontraba justificación en el miedo. Pero su mano sobresaltada –aprisionando la mía– me permitió culminar mi intento.

–Fue culpa de la gangrena –dijo, apartando la sábana ante mi mirada de espanto–. No había mucho qué hacer. Ya era demasiado tarde.

Entonces supe, con un soplo de alegría, que aun sin abrir los ojos, con sólo el contacto de mi muñeca, me había reconocido. Lo miré a la cara y él despegó los párpados. Pero en el lugar de aquellos ojos marrón que alguna vez fueron mi inspiración y mi gozo, dos abismos recién cavados, grana y piel, téticos y exánimes.

Me quedé sin palabras.

–Eran siete. Pude contarlos muy bien –dijo en un tono casi iracundo y liberó mi mano. Respiré profundo, apreté los párpados, sacudí la cabeza varias veces y me volví de espaldas a la cama.

–Perdoná –alcancé a decir–. Es la primera vez que me enfrento a algo parecido –y abandoné la habitación del hospital nacional, convencida de que me iba para siempre.

Benjamin Saul (1924-1980)
Fundido ca. 1986 por Leonidas Ostorga
Mujer, vate mocha y otros americanos
1986



Raquel Huerta-Nava

Exilio marino

los navegantes enlazan
plegarias cristales
(jauría de alas)
el esquife penetra los oleajes
con firme timón
atraviesa los gritos y las sombras
mar del encarcelamiento
(mapa de preguntas)
precipicio del instante
aliento del océano

Febrero en la tormenta

Para encontrar un nombre diferente,
es necesario borrararnos la memoria
como olvida el fósforo a la llama que lo incendia
como el pájaro se olvida del asombro
cuando el grito de la vida es un silencio
y la mar se puebla de desiertos,
cenizas de los hombres
en el atardecer de las hogueras.
El aire se enrarece, se ilumina
la tempestad rueda por los cielos
estallan en coléricos relámpagos
como un viento de febrero enloquecido,
todo es luz, la sombra es luz
como luz
es tu cuerpo hecho cenizas.

a Efraín Huerta

Doble constelación

para mis padres Efraín Huerta y Thelma Nava

Cuando dos poetas se enamoran
reinventan el mundo.
La palabra: recinto estrecho;
es necesario sacrificar la existencia,
reordenar el cosmos, extinguirlo todo.
Cuando dos poetas se desean
arde todo lo pronunciado:
sólo la piel es memoria insoportable
que los obliga a escribir
desde las lágrimas que los calcinan
desde las larvas que los devoran
desde la sangre que les estalla
rompiendo el eje de sus vidas,
supernova enardecida, delirante.
Dos poetas apasionados son la furia
porque son presos de sí mismos,
se conjuntan sus demonios interiores
en una guerra declarada,
sin cuartel ni prisioneros.
Los gemelos de la palabra
descubren sus ocultas intenciones
las sublimes
las sórdidas
las que matan.
La piel les da la vuelta por las noches,
en llaga ardiente
maldicen su sino y su obsesión
claman al firmamento
investidos como Xipe Totec
"Nuestro Señor el Desollado".
Cuando dos poetas se enamoran
no les queda más remedio:
están condenados para siempre
a reinventar el amor.

Aliento de la luz

Tras el dolor, el cambio,
 ese signo celeste de la gloria
 traza el sendero más firme el más difícil.
 la ruta de los astros para siempre,
 camino de sangre y soledad.
 Sólo la redención puede lavarnos
 del veneno en el espejo
 estéril soledad amortajada.
 Tras el dolor, la paz
 esa cosecha de esfuerzos absolutos
 plena de sueños
 semillas de esperanza.

Luz del viento

Esta adicción al fuego de la carne
 llama que devora y purifica
 el lamento de la piel enfebrecida,
 el agua viva de tus labios.
 Manjares succulentos: la belleza
 sed del cuerpo, cadena cegadora
 instrumento del aliento que me inunda
 más allá del placer y sus confines
 es el viento el que engendra tempestades.

Rue de Saint Michel

Sombra entrepernada con la carne
 tu cuerpo que en el mío se estremece
 qué infiernos de la fiebre
 qué soledades nos habitan
 en la cúspide absoluta de la llama
 atajo de la muerte
 retorno de la piel humedecida
 (era preciso hundirse
 para lamer el fondo del pantano)

estallan ardientes los jilgueros
 destilan la semilla de la luz:
 un glande cubierto de rocío
 suculento fruto contenido
 flor de incendios
 saeta helada
 bala expansiva del deseo.

Lembranza

Hoy he visto pasar a una mujer
 con su carga de siglos en la frente
 y la niebla del olvido en la mirada.

Un atril de inconclusas partituras
 guarda voces de ciudades invisibles
 en mis labios se teje interminable
 un rosario de preguntas.

(vuelos de luz
 bosquejos de la sangre)

Esa mujer está hecha de la materia de los sueños
 con que se crean los territorios de la vida.

Recinto de sombras

a la ciudad de México

Las formas del aire son tus penas
 cristales de ciudades enmohecidas
 por el peso brutal de tanta historia
 el hastío de vivir en un país sin alma.
 Las formas del aire son tus besos
 flameantes como el aire de mayo
 como la tarde en la ciudad ardiente
 desierto de lágrimas amargas
 sembrado con perlas de silencio
 de ese inmenso amor en el vacío
 la calle sin memoria del absurdo
 tus manos tu vehemencia son la nada.

El aire gran señor de los espacios
 aparente persistencia de la niebla
 ausencia del soplo en el espejo
 transparencia del mundo
 en la fuga del viento tempestuoso.

Naturaleza muerta vegetal
 Perfil aromas de cantárida
 en el código de la extrañeza:
 letras muertas
 al filo de una sábana.
 Tu cuerpo calcinado de deseo
 martirio de la carne
 tatuaje de la restricción
 (pulir la imperfección
 en los instantes)

Florezco en tu cuerpo desnudo
 donde el azul furtivo
 es el canto de las alas
 que hiere la dorada piel de los desiertos.

Apuntes de alquimista

Todo se vuelve luna
 amuleto de lágrimas
 aliento del viaje de la vida
 Todo se rompe estalla
 rituales de la sangre
 atadura de la voz
 prolongación del grito
 corazón envenenado
 Todo se vuelve polvo
 trebolación del alma
 crepitan los trozos de mi cuerpo
 palpita lento el vaho
 destila los jugos esenciales

Todo es lento calmo
 metalurgia de la plástica en el lienzo:
 huellas de saliva y llanto
 mi terco corazón enfebrecido
 en este breve lapso en que vivimos.

Vuelo de tus besos

para la ciudad de León

Suave doncella, madre de celeste manto
 recibo los pétalos de tu amor inmenso
 para vencer a la pantera negra
 a la bestia enrarecida
 que me habita.

Madre Santísima de la Luz,
 bajo tu media luna
 todo se transfigura:
 bajo tus pies, mi llanto
 bajo tu velo, el alba
 bajo tu amor, mi vida.

Rituales de fuego

La bestia insaciable
 habita en lo más oscuro
 del corazón
 de los hombres y mujeres de la Tierra
 cuando empieza a verter sangre
 nadie puede detenerla
 vampiro, pozo sin fondo
 sucio remolino hacia la noche
 (*tempestad de cuchillos
 carniceros
 duelo de navajas
 hachas homicidas
 metálicos reflejos
 ensombrecen los cielos*)

aunque no huela a pólvora, mosquetes
cañones, revólveres, caballos
el olor de la muerte es siempre el mismo
y la eterna necesidad humana
sólo encuentra la hermandad
(como siempre)
en la paz de los sepulcros

Profecías para el segundo linaje

a la memoria de Octavio Paz

i

Árbol afuera me detengo vuelo
árbol adentro a la raíz del sueño:
florecen azucenas encendidas
el linaje del tiempo se aproxima.

ii

La luz de la palabra laberinto
constelación de imágenes palomas.
Para alabar a Dios no tengo prisa
repito sílabas conjuros versos.

iii

En la sexta comarca de los cielos
los ángeles aguardan
la inminente ruptura de su sello
inicio del cambio de las eras.

iv

Principio y fin del amor es el canto
en su música fluyen los colores.
Lenguaje: encarnación del mundo
pozo y resguardo
tiempo de la luna.

Tengo el final de una historia en la deformidad de mis huellas.

Los adoradores del fuego han conseguido tocar el sol.
 El frío del sable se desnuda en el resguardo de la oscuridad.
 Las tormentas crecen en toda flor a la intemperie.
 Los hijos de Beringia descubrieron la muerte.
 La hambruna es la cólera de los asesinados.
 La furia del hielo acrecienta los mares.
 Para que la piedra regresa a la tierra.

Las aves del paraíso se elevan desde un centro rojo en forma de nube,
 Bajo un techo de estrellas fugaces que no dejan mirar el cielo,
 Donde el polvo confunde su gracia con el grito de la tierra,
 Las piedras se resbalan como agua entre los dedos,
 Las puertas se pierden como cuerpos en el agua,
 El agua se deshace como mi bruma entre la bruma,
 Los puentes se ocultan como sombras sin aliento,
 Los vientos se trasforman como un corazón golpeado
 Que me acaricia la frente para después tirarla
 Dejarla rota y sangrando los cristales de mi ventana
 Triturada por la dentadura de la piel que la conforma.

Tengo el final de una historia en la deformidad de mis huellas,
 Los huesos de las telarañas en la osamenta de los siglos,
 La sangre siempre gritando en el silencio de los corazones
 Y cielos congelados que se cocinan a fuego lento.
 Lento tan lento como un clovis en el pecho,
 Un relámpago que atraviesa los colmillos del mamut,
 Un bisonte perseguido por un ejército de piedras,
 Un animal sin piel con fuego en las manos,
 Una piel robada cobijando al miedo,
 Unos ojos humeantes en medio de la selva,
 Una danza que recrea la cacería y la muerte,
 Un bastón que corteja al Dios de las bestias,

Una raza de sables vulnerables a su poder,
Heredera de los mares de sus antepasados,
De un río que juega con lo desconocido,
Un cerebro más grande que sus cabezas,
Un sueño que camina más allá del universo,
Un fuego que incendia el fuego sin incendiar
Y expulsa de sus pasos bocanadas de sangre.

Porque nuestros ancestros fueron vampiros en guerra,
Que sembraron esqueletos para construir infiernos,
Clavaron sus colmillos contra el cuerpo de los niños,
Enterraron sus muertos en los pulmones del aire,
Borraron la memoria de los esclavos,
Mancharon la corteza de los árboles,
Comieron los gritos de las aves...
Para después gritar como aves,
Defecar las raíces de la sangre,
Confundir el polvo de las piedras con el polvo de nuestras piedras,
El polen de las flores con el crujir del sollozo,
Las grietas del origen con las arrugas de la sabiduría,
La sabiduría de los tontos con la palabra de Dios,
La palabra de Dios con mi resistencia al dolor,
Y mi resistencia al dolor con el fin de mi existencia.

De un amanecer insospechado nació el desgarre de Babel.
De la historia de los hombres la maldición de moisés.
El reloj está descompuesto pero los astros no paran.
Una luciérnaga rinde tributo al vicio de las momias.
El cacareo de los pollos es un tictac sin sentido.
Los adictos deslizan sus manos como un volcán que vomita los campos.
El eclipse ha sumergido los ríos en el fondo del mar.
La humedad se condensa bajo la sombra de los muertos.
Las nubes cruzan el desierto sin escuchar el grito de la arena.
El seol galopa sobre la lluvia para quemar la tierra.
El humo tiembla entre nuestras manos.
Las bestias siempre regresan
Para desatar sus hambres.

BAJO EL SOLLOZO DEL ÚLTIMO GRITO

Bajo el sollozo del último grito elevado desde las grietas de la cima de un cuchillo,
el plomo adherido al poder gravitatorio de nuestros instintos,
las sombras de la luz de nuestros labios, pies y microbios...
Abandonado en la delgada línea de un sol en el rincón más escaso de la mudez.
Ahora que casi he perdido el gusto,
que boto, levanto, enredo y desenredo tus desdeñadas palabras,
te dedico mis poemas como si fueras mía nada más que mía,
tira el cielo pedazos de fuego,
los hombres se mezclan con muros marchitos,
un sendero de sirenas cantan ascos desesperados,
las promesas decaen,
niños confundidos se vuelven perros de caza
y la marca en la ropa clasifica el precio del ganado...

Ahora, tal vez hoy, seguro que pronto,
por la tísica e interminable garganta de la ciudad
en que descansás tan poco las piedras de tu piel,
elevás prófugos pedazos de alma desde el fondo de tus lunas,
expandís el desierto enmarañados de tus cabellos;
y cada respiración es tan frágil como cada segundo,
cada intento de calmar el fuego en el estomago,
cada momento, profundamente invisible,
y cada clavo en tus poros, despreciable.

Por estas mismas piernas quebradas de golpe
voy a saltar extasiado de amor, de rosas, de conquistas, de niñez,
o moriré en la flama de una sangre que se descompone
presa en el vacío del sabor de tus llagas.

AYER

Ayer fue un día confuso y desenfrenado.
 El sol salía y se escondía tan rápido que no distinguíamos el orden de las horas.
 Las bisagras se pusieron en huelga mientras no decidieron el destino de las puertas.
 Descubrimos que al desarmar las aguas podíamos volvernos poderosos,
 que el secuestro de las almohadas con sus faros era un negocio redondo,
 que redondo es el padre del progenitor del tiempo,
 y el tiempo es más relativo mientras más dementes estemos.

El ayer ya quedó marcado por lenguas y plumas infieles,
 un ayer que se ha vuelto futuro desde aquel pasado presente,
 tan perdido en el letargo de estos días ciegos,
 tan sordo y desesperado de tentaciones crueles.

Ayer fue el odio de haber cargado con un amor aprendiendo a amar,
 un día sin alternativa, confuso, desenfrenado,
 por un sol que salía y se escondía tan rápido
 que no distinguíamos el rostro de nuestra voz.

AUNQUE TALVEZ YA SEA TARDE

Porque al tocar tus hirientes heridas puedo escarbar la espalda descalza de tus zapatos,
 Esparcir el camino cubierto de trapos azules manchados de libertad,
 Llevar el clima de plutón golpeando mis neuronas,
 La ruina asqueada de tus olores en el filo de la tempestad,
 La crisis de intestino enmohecido de relámpagos, máscaras y aguardiente,
 Y el portazo de un niño que nace para verse morir.

Y pende mi alma ahorcada en una cruz.
 Nuestra fragancia arde en un rabioso papel.
 La cúspide carcomida, inflamada al compás del pavimento.
 Atadas a un laberinto desojado de razón.

Aunque no sabría regresar a un horizonte en el que nunca hemos estado,
 Si nuestro movimiento es revolcarnos en el mismo lugar.

Aunque talvez ya sea tarde
Y el cansancio nos desgarre la pasión.
No dejaré de tragar el último sorbo de pequeñas criaturas con guitarras muertas,
No puedo descansar sin encontrar el regazo para confiar tu suerte.

EL HIJO DEL HOMBRE

El hijo del hombre anuncia que ha descubierto el antídoto contra los infiernos.
Atraviesa la muralla de los abismos que se expanden al ritmo de los dragones.
Revela el misterio de las lágrimas en sus márgenes interminables,
La fisura del interruptor entre las neuronas y la sangre
Arrojada por los crepúsculos de las albas y el silencio.
Predice al bermejo portador de la espada de ojos amarillos,
Al duro espectro de la balanza de la guerra de los cuerpos,
A los náufragos archipiélagos atados por el insomnio,
Por el inmolado pan de las naciones del trueno
De los profetas de cabellos blancos y caminos desmembrados
Que se aferran con más fuerza al hueco de una estrella lejana
Diluida en el despiadado acertijo de las encrucijadas.

La raza de los dioses vencidos viste con cilicio el entrecejo de sus puños.
El impacto de la lluvia fue el que grabó su nombre en mi lóbulo frontal,
El que conspira con constancia sus continuos suicidios
Y pone en nuestros párpados el prelude de las catástrofes,
A pesar de las tijeras que nos unen a la historia
De los atáxicos océanos sumergidos en mis tendones.
Más allá de los huesos y las entrañas,
De la sonrisa y la congoja de un eco desaforado,
Tendido desde las ventanas de la niebla enfurecida
Moradora del temblor del murmullo del invierno
Del sonido de las ciudades de los nombres de la noche.

El dios de este mundo sigue siendo él mismo,
Que fue concebido en el lecho del espíritu santo
Y condenado a ser esclavo del todopoderoso.

Y rompe sus rodillas por una caricia,
Esconde el pan para inmolarse la sangre,
Se masturba, exprime, sangra a puñetazos contra los espejos
Que odian la expresión de su endeble inmensidad.

Un animal y un hombre se desangran mutuamente.
Un niño duerme en la garganta de un astro con alma de animal.
Un mendigo se raja las venas para tejer su manto.
Un animal sin remedio.
Un manto sobre poblado de manchas amarillentas.

El hijo del hombre ha sido desterrado del mundo de los hombres,
Con la sequía de los heridos con el corazón de las piedras
Que habitan en el desierto de un Neptuno lacerante
Con cada gota de polvo sobre las cruces de tierra
De los poderosos estruendos de la espada y el cañón
Contra las desoladas voces de solitarios pasos,
Cada vez más solos, con una sola inquietud
Despojada y golpeada por la furia del instinto
Nacido del espanto de visiones nocturnas,
Convertido en el goce de caricias iracundas
Entre los habitantes del planeta hundido en el abismo
De los dragones, los infiernos y las cruces
Y el incorregible insomnio de los gritos del trueno
Y la ennegrecida luna de las hojas que caen.

LOS TRAZOS DE LAS IDENTIDADES:

Carlos Alberto Inery (1879-1949)



Miguel Ortiz Villacorta
(1887-1963)



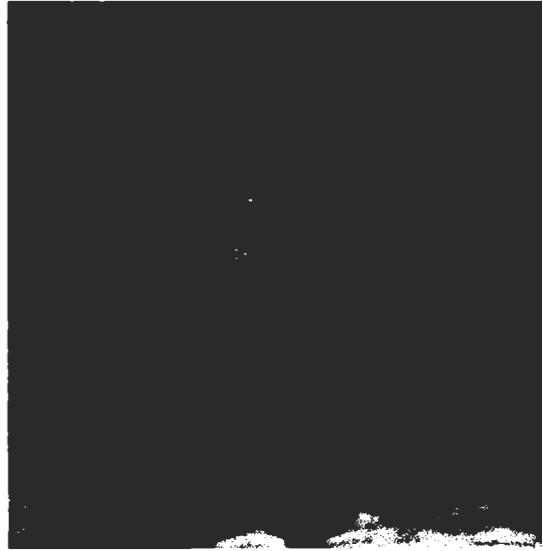
Valero Lecha (1894-1976)



Camilo Minero (1917-2005)

Benjamin Saúl (1924-1980)
Fundido ca. 1986 por Leonidas Ostuyga



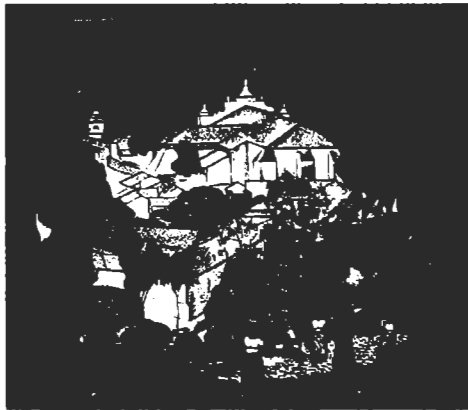


Julia Diaz (1917-1999)

Cesar Menendez (1954)

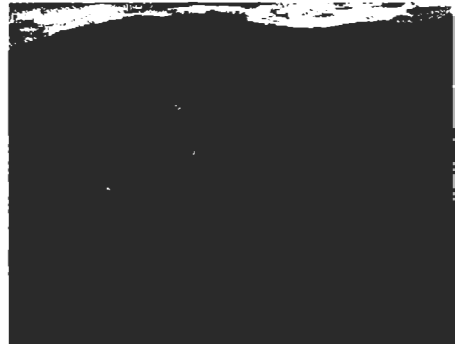
LENGUAJES DEL PAISAJE

Noe Canjura (1924-1970)

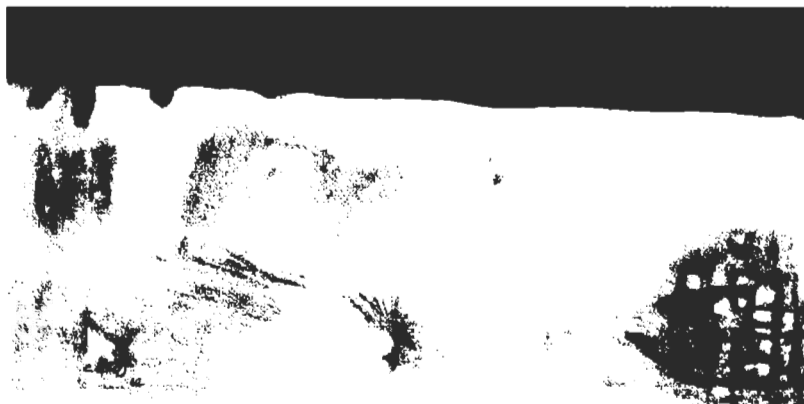


Jose Mejia Vides (1903-1993)

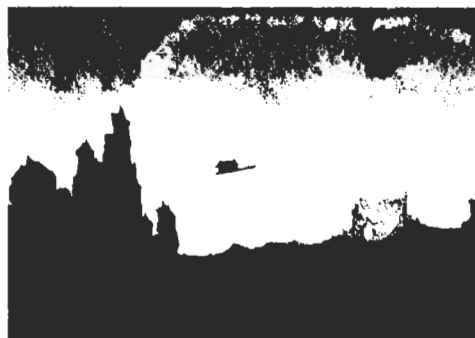
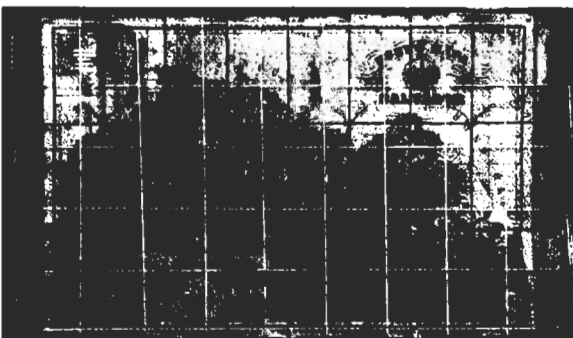
Raul Elias Reyes (1918-1996)



Carlos Canas (1924)



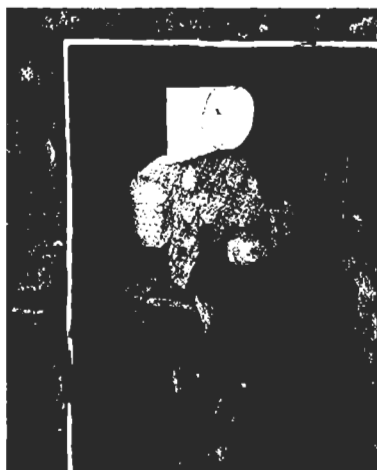
Rodolfo Molina (1959)



Bernabe Crespin (1949)

DE LA SUPERFICIE A LO SUBLIME

Roberto Huevo (1947)



Antonio García Ponce (1938)



Mauricio Aguilar (1919-1978)



Rosa Mena Valenzuela
(1913-2004)



Enrique Salaverría (1922)

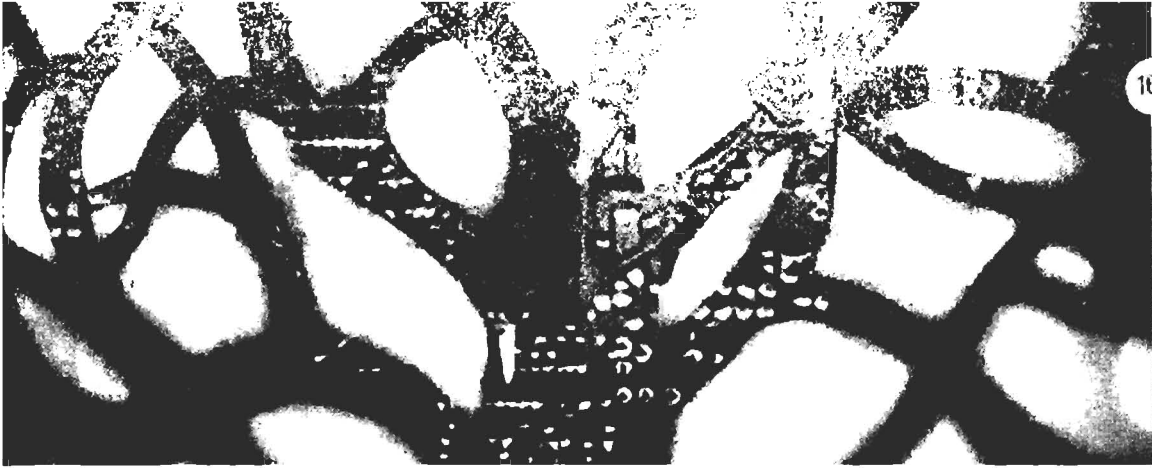
BAJO LOS SIGNOS DE ALICIA: LOS TERRITORIOS DEL SUEÑO



Salvador Salazar Arce (Salazar Arce,
1889-1975)



Benjamín Canas (1933-1987)



HAY CIUDADES EN EL FUEGO DE LA CHIMENEA ESTA NOCHE

Mario Noel Rodríguez

Cuando me enfrento a un libro de poesía, el camino se bifurca. El camino ancho es el que me predispone con el bagaje poético recogido en toda la vida (a esta altura comienzo a olvidar nombres de excelentes poetas *beatnik* que leía en los setenta), y el otro es el camino angosto, que es el que me encuentra desnudo, sin ropas literarias, con la mente más cercana a la gota de rocío, que a esas borracheras de poetas en donde lo único puro es la bella mesera que debe aguantarnos.

Con el libro de Leticia Luna me han sucedido ambas cosas. Quiero aclarar que no soy crítico literario ni quiero serlo. Pero en mis lecturas de poetas, tengo hallazgos que a veces los críticos pasan por alto.

Cuando Lety me envió su libro y al descargar el archivo adjunto, leí: "Los días heridos". Leticia Luna. Poesía 2007. En un primer momento me pregunté: ¿poesía fresquita, recién salida del horno? ¿qué estará escribiendo la poeta mexicana? Bajé por completo el libro y me dispuse a leerlo.

Si algo me motivó a meterle el diente fue que el libro no llevara sello editorial mexicano, sino centroamericano, específicamente nicaragüense. Esto quiere decir que una rica correspondencia entre dos países hermanos se ha abierto. Más allá del enanismo de nuestros países, más allá de la distancia que nos separa, más allá del discutido tema de que si es poesía femenina, o poesía escrita por mujeres. Más allá de todo esto: las mujeres cantan, pues se han ganado a fuerza de verbos un espacio que no ha sido fácil.

El libro nos recibe con un epígrafe admonitorio: “Y esto digo: /entonces serán las aflicciones, las miserias y persecuciones que padecerán tus hijos y nietos; /y llorosos se acordarán de ti, /viendo que los dejaste huérfanos /en servicio de otros extraños/en su misma patria...”. Texto del príncipe y poeta Netzqualcoyotl.

“... los dejaste huérfanos en servicio de otros extraños en su misma patria...”. Terrible imagen para decir que el lobo es el compatriota.

“... las miserias y persecuciones que padecerán tus hijos y nietos;...La poeta Luna nos advierte, al decir en su propia voz: “Hay ciudades en el fuego de la chimenea esta noche”. Las idílicas ciudades se han perdido en un torbellino de hollín y mugre. El poeta ensoñador debe usar lentes polarizados y audífonos para que la ciudad no se lo trague. La poeta ya no echa mano a un insulso barroquismo de diccionario, ni a la dulcita rima. Terrible arco forma la historia desde los tiempos del poeta príncipe a los días que vivimos.

Lety “moon” se sabe heredera de la rica tradición y se planta para gritar a los cuatro vientos, en lo que nos ha convertido la racionalidad, el deseo de ser más que los demás.

Si Lety me permite diré que el título su libro me recuerda un libro escrito por un salvadoreño en 1968: *Los días enemigos*. Eran días de angustia existencial. Los nuestros estaban pasando de un culto paranoico al Neruda amoroso, a un Vallejo queriendo zafarse de las garras modernistas. Vallejo en las paredes y paradas de buses, Vallejo en la sopa, Vallejo en las concentraciones políticas, Vallejo a la hora de hacer el amor. El libro se quedó en esa extraña mezcla entre existencialismo y unseudocompromiso con los movimientos sociales de la época. Pero le faltó garra.

Y garra es justamente lo que tiene el libro de la poeta Luna.

El gas lacrimógeno taladra los pulmones del indígena.

El poder hace que el poeta muerda el polvo.

Lo fétido se ha encarnado en la piel de lo bello.

La heredera de Netzqualcoyotl pide misericordia para las almas que habitan el huracán de las lamentaciones.

La poeta Luna susurra tiernamente a la Niña Cactus:

Hermana,

Tú y yo sabemos que mañana la línea fronteriza

Atravesará nuestras vidas

Que por ti cruzaré el Desierto con sus llagas de sol

La migra con sus amenazas de bala
Y el río de rocas amarillas
Seré Niña Cactus
Mezquite ardiente Vaho
Ojo Vientre de Luna
Mujer Cascabel
Mujer Río
Mujer Guardiania
Hermana:
Tú sabes que cruzaré el Desierto
Tan sólo para mirar las estrellas de Phoenix
En tus ojos

Hermosísimo poema para abrazar al mojado, al amolado, al que nació y morirá sin tierra. Si en el libro anterior de la poeta Luna es la sensualidad la que desborda, en "*Los Días Heridos*", la poeta se aferra con vísceras, con alma a esta vida que llevamos. Días heridos de muerte, Días heridos que deben parir algo que no sea más muerte.

San Salvador, marzo de 2007.



**Una nomenklatura
de p... y
es... en *Un
día en la vida*, de
Manlio Argueta
Ricardo...**

Las novelas de Manlio Argueta (n. 1935) documentan el descubrimiento de las realidades salvadoreñas –desde la matanza de 1932 hasta la actualidad. Sus obras se desarrollan desde una perspectiva testimonial hacia una participación mayor en la política nacional –tanto de parte de los narradores como del autor.

La crítica ha puesto mucho énfasis sobre el posible carácter testimonial de *Un día en la vida*, usándola como punto de partida para una variedad de discusiones teóricas que intentan distinguir las diferencias entre el discurso testimonial y el puramente literario y ficticio. Todas estas consideraciones aparte, nos interesan principalmente algunos elementos culturales y mitopoéticos de la novela, que Argueta rescata tanto del folclor salvadoreño como del universal, utilizándolos, en términos *deleuzianos*, en una batalla esquizofrénica contra la paranoia del *New World Order*. En *Un día en la vida* (1980), Argueta nos presenta una familia campesina arquetípica como un espejo de sufrimiento para El Salvador. La narradora principal de la novela es Lupe, la matriarca cuyo testimonio encuentra ecos a través del país. Se elaboran el tiempo narrativo e histórico en una manera que critica el orden social dominante de terror y represión en El Salvador en una letanía de testimonio condenatorio. Como indica el título, la narración de Lupe se realiza dentro de un período de 24 horas. La novela, no obstante, incluye las voces de los que se figuran en la vida de Lupe, seres queridos tanto como las autoridades represivas. Como señala Barbara Harlow, el uso de múltiples perspectivas ataca las convenciones de la autoridad socio-política tanto como literaria, ofreciéndoles una voz a los que no podían hablar por sí mismos. Este uso de una poética esquizofrénica sirve como arma contra la represión paranoica.

Aunque tradicionalmente la novela se percibe como producto de una sociedad alfabeta, en esta novela, los protagonistas crean una historia hablada, con los artificios de la textualidad oral. Lupe, la protagonista principal, usurpa la función narradora. Los capítulos en que habla Lupe están denominados por el pasar del tiempo. Los demás capítulos están identificados por el nombre de la persona que habla, lo cual indica que su narración está fuera del tiempo lineal. Todos, sin embargo, hablan en primera persona –de esta manera la novela rompe cualquier sentido de autoridad central. La yuxtaposición del tiempo cíclico diurno, el tiempo lineal de Lupe y la falta de tiempo establece la historia salvadoreña como una vorágine que sólo se puede quebrar a través de la acción directa.

Hay que tomar en cuenta de que cada uso del tiempo destaca un cronotopo distinto. El tiempo lineal mira hacia el futuro y está asociado con el modernismo, la ilustración y la novela. El tiempo cíclico mira hacia un pasado edénico —está ligado con el medioevo, el oscurantismo, la oralidad y la épica; desprestigia el espacio y lo mundano. El congelamiento del tiempo es una *ek-stasis* que puede producir efectos esquizofrénicos o paranoicos, libertarios o totalitarios, lo utópico o la muerte. Se puede asociar con obras como el *koan* y el *haiku* del *zen*, con el posmodernismo, los anuncios y con las obras paradigmáticas como *El rabinal achí*, *El güegüence* y *Finnegan's Wake*.

El uso del tiempo en *Un día en la vida*

Nivel liminal: 24 horas tiempo cíclico

Tiempo declarado por el título; destaca el pasado al costo del futuro; rechazo del mundo material; reforzado por la repetición del nombre María, la letanía de sufrimiento, por el mantenimiento de tradición y pasividad.

Nivel de protagonista: 12 horas tiempo lineal

Tiempo narrado por Lupe, la protagonista; destaca el futuro; reforzado por el acción directa del campesinado y la creación del deseo en la mente de Lupe.

Nivel de narradores menores: *flashbacks*, fuera del tiempo

Muerte simbólica del tiempo; congelamiento del presente; destaca la usurpación nomadológica de territorio, reforzado por el rechazo de valores autóctonos, por el atentado contra el sacerdote.

Aunque la prosodia empleada por Argueta se contrasta radicalmente con la novela tradicional, es muy accesible y no presenta obstáculos al entendimiento. De hecho, su letanía repetitiva refuerza su llamado por la justicia social y la acción contra la represión. Los varios niveles de tiempo también establecen las posibilidades de un cuadro alegórico dentro de la novela. Esas están reforzadas por el uso de símbolos y alusiones.

El uso más obvio de simbolismo y alusión se ve en los nombres de los protagonistas. Para este simbolismo, utilizo el término ruso *nomenklatura*, el que indica el rango social-burocrático de funcionarios con sus títulos oficiales. Mi uso de esa denominación es, por supuesto, algo subversivo, ya que en la antigua Unión Soviética el término sólo servía como una lista de oficiales y las funciones que ejercían. Pero hay que recordar que los próceres del bolchevismo tomaron seudónimos cargados de simbolismo.

Guadalupe Fuentes, conocida como Lupe, tiene un nombre redolente del simbolismo de María, la madre de Jesús. María Guadalupe, por supuesto, es la patrona de los indígenas americanos, de México, de El Salvador y de las fuerzas independentistas como los padres Morales e Hidalgo. Como tal, es la reencarnación cristiana de la diosa nahua Tonantzín, <<Nuestra Madre Sagrada,>>

cuyos atributos fueron apropiados por la Virgen de Guadalupe. Los pipiles de El Salvador, como los mexicanos de Anáhuac, hablaban náhuatl. El apellido Fuentes recuerda su función materna como fuente originaria de la familia, sea la familia campesina o la sagrada familia bíblica. A su naturaleza materna, sin embargo, se agrega el simbolismo animal de Guadalupe, el que significa "río de lobos." La combinación de maternidad con un carnívoro feroz le establece como una matriarca con poderes protectores. Sólo así es capaz de salvarse la vida por negar ante las autoridades la identidad del cuerpo de su esposo. Como la *siguanaba*, la voz de Lupe resaltarán a defender su cultura. También, al nivel más sencillo, nos recuerda que anda por un valle de lobos.

Lupe es hija de Rubenia, nombre que viene del Viejo Testamento. En sí, el nombre es la forma femenina de Rubén, "he aquí un hijo", así más que un nombre es una designación. Hay ecos de los atributos de Lupe en los nombres de su hija, María Pía, otro nombre de la Virgen –pero con tonos sumisivos, y su nieta, Adolfina –nombre germánico que significa "loba noble" –la que comparte el *nahual*, o espíritu animal protector de su abuela. Al contrario de María Pía, Adolfina trata de efectuar cambios por manifestar contra el gobierno. También hay un contraste entre el nombre Pía, digna de una monja santulona con su cantadito de gallinita y Adolfina, que termina en *fina*, enfatizando su belleza. El nombre Adolfina también sugiere delfina, o princesa, ya que es la más joven de las tres. Su falta de nombre tradicional religioso la establece como parte de una nueva generación. De esta manera reorienta la narración hacia un tiempo lineal progresista.

Los hombres, sin embargo, están ausentes. José, el esposo de Lupe, fue asesinado por el ejército. Como Lupe, su nombre indica una liga con la Sagrada Familia. Su hijo Justino también tiene nombre de santo que lo coloca con los benefactores. Su hijo Manuel de Jesús, nombrado por el Redentor, murió de diarrea, sacrificado por falta de dinero para comprar medicamentos. Su apellido, Guardado, indica su estado ambiguo como víctimas de la Guardia Nacional, tanto como seres protegidos por el Santo Ángel Guardián. El esposo de María Pía, Helio Hernández, tiene un apellido sumamente común y un nombre divino. Helio, por supuesto, era el dios solar griego, identificado con Apolo. Tiene un poder latente ya que Hernández es también apellido del dictador Maximiliano Hernández Martínez. Su secuestro representa el ocaso, la victoria temporal de las fuerzas de la oscuridad. El padre Luna representa la nueva generación de sacerdotes formados después de las reformas del Concilio Vaticano Segundo. Su apellido representa la luz en la oscuridad pero también tiene connotaciones femeninas, ya que la luna está asociada con la Virgen y acaba sodomizado cuando los guardias le introducen un palo. El ataque contra el padre Luna también denota un eclipse de las fuerzas del bien. La pérdida de los hombres refleja la emasculación de las masas. Las mujeres, sin embargo, toman su lugar y crean un matriarcado para enfrentar el régimen machista salvaje de los opresores. Las voces destacadas masculinas son los guardias, generalmente conocidos como "las autoridades"

o "ellos" en un esfuerzo de no glorificar las fuerzas del mal por nombrarlas. Los únicos guardias nombrados son el soldado Martínez y el joven William, aprendiz de asesino –nombres tan fragmentarios como su falta de humanidad. De este modo son ignominios, "sin *g/nomen*". Están al mismo nivel que Pijiriche, el perro de Lupe. En un discurso ilógico, el soldado Martínez proclama cómo él mismo se diferencia de las masas, aunque posee uno de los apellidos más comunes del mundo hispano. Es, sin embargo, un patronímico de Marte, el dios de la guerra. Es un apellido del notorio Maximiliano Hernández Martínez. El nombre William refleja la destrucción de valores autóctonos por la cultura norteamericana y hace dudar su identidad hispana; es un eco del invasor demente norteamericano William Walker. Como Martínez, el nombre William tiene alusiones militares, "yelmo voluntario."

NOMBRES

Campesinos

nombres completos

María Guadalupe Fuentes

(Madre de Dios, loba, maternal)

patronímico, diminutivo)

María Pía Guardado

(virgen menor, sumisa,

víctima de los guardias)

Adolfina Hernández

(loba, fina, apellido común)

uso de *nahual*

feminina

Guardias

nombres incompletos

el soldado Martínez

(sin nombre, sin rango, apellido marcial,

William

(nombre extranjero y marcial,

reminiscente de William Walker,

sin apellido--espurio)

Guardia

(sin nombre o apellido,

mero título)

masculino

De modo de que los nombres de los guardias representan una negación de la tradición campesina salvadoreña, sus hábitos culturales resaltan de una indocctrinación que reniega todo aspecto cultural autóctono através de un entrenamiento brutal. El proceso comienza con la introducción de comida y modales norteamericanos. Mientras rechazan la cocina centroamericana, se presenta la comida norteamericana en términos sádicos y homoeróticos. Dicen que el puré de papas y el yogur saben a semen y que los cubiertos le queman la boca. De esta manera, los reclutas son sodomizados al nivel más básico. Es preciso notar que la dieta típica consiste en maíz, la materia prima de la creación humana, y sal, sustancia que mata a los brujos.

COMIDA

Comida típica

maíz (materia prima humana)

sal (mata a los brujos)

cuchara de palo

simple, diurno

maternal

Comida norteamericana

puré de papas (como semen)

yogur (como semen)

cubierto de metal (quemata la boca)

exótica, exquisita

machista, sadista, eyaculatoria

Los extranjeros les enseñan a odiar al pueblo, a sentir vergüenza por su sangre indígena, a renegar el catolicismo por el fanatismo del cristianismo fundamentalista (los mormones, los testigos de Jehová, los hijos de la fe), a rechazar las humanidades o "ideas de libros" a favor de las ciencias como la sicología y el karate [sic]. Sobre todo, su vergüenza de aceptar el abuso y sus deseos intensos de venganza se enfocan hacia un odio a los civiles. En su *newspeak*, o lengua ideologizada, para ellos la opresión es el patriotismo y la religión de las masas es el comunismo. Refieren a la represión como "democracia." Argueta manipula este rechazo con un humor irónico, ya que los testigos de Jehová son pacifistas y el karate no es una ciencia. A pesar de los esfuerzos del guardia de impresionar al pueblo, ni le dan respeto ni importancia sus entrenadores extranjeros. De hecho, los norteamericanos envían militares a entrenar a los guardias porque, para ellos, El Salvador es un país tan insignificante que ni vale la pena invadirlo. Tampoco quieren ensuciarse las manos con los reclutas ni desgraciarse por tener que aprender la lengua española. Al entrenador chino lo presentan como un Charlie Chan malévolo. A pesar de servirle a su amo norteamericano, o quizás a causa de eso, el chino se ha degenerado en una caricatura estereotípica, víctima de una desconstrucción cultural, que ya cabe dentro de su modelo orientalista de cruel e indescrutable. Es lo que serán los guardias cuando lleguen a la "civilización." Mientras tanto, los entrenadores sujetan a los reclutas a un tratamiento cruel y humillante. Al final del proceso, las creencias y actitudes de los guardias están en completa oposición a las de los campesinos, así formando una alegoría dinámica entre el bien y el mal. Eso se ve en los dos pasajes donde hablan los guardias, los que presentan un contraste al testimonio de los campesinos.

RAZA

Centroamericana
indios-asimilados
mestiza
hispanoparlantes

Norteamericana
indios-muertos
blanca vs. negra-jerarquía
angloparlantes

SEXO

Femenino
creación

Masculino
violación

IDEARIO

Campesinos
solidaridad-horizontal
sociedad
esquizofrénico
eros-ágape-philos
catolicismo ("comunismo")
artes y letras
educación de masas

Guardias
opresivo--vertical
máquina de guerra
paranoico
thanatos
protestantismo fundamentalista
"ciencias modernas" (sicología y karate [sic])
educación elitista

ideas (libros)	acción (matar)
pueblo	"gobierno"
natural	artificial
genuino	parodia
nativo	extranjero

Por destacar la diferencia a través del eje de la demencia entre la paranoia y la esquizofrenia; Argueta ofrece un escape con las posibilidades libertarias de las etapas iniciales de la nomadología. El juego de antinomias posibilita una serie de dialécticas que resolverán la opresión al nivel intelectual. De hecho, al final de la novela vemos el deseo de acción entrar la mente de Adolfiná.

Obras consultadas

- Argueta, Manlio. *Un día en la vida*, 4a. ed. San Salvador: UCA, 1987.
- Beverly, John. "Poetry in the Central American Revolution." *Literature and Contemporary Revolutionary Culture* I:1: 295-312.
- Brotherston, Gordon, *Latin American Poetry*. Cambridge: Cambridge UP, 1975.
- Buchanan, Ian. *Deleuzism: A Metacommentary*. Durham NC: Duke UP, 2000.
- Deleuze, Gilles & Félix Guattari. *Anti-Oedipus*. Minneapolis: U Minnesota P, 1983.
- *A Thousand Plateaus*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1987.
- *What is Philosophy?* New York: Columbia University Press, 1994.
- Derrida, Jacques. *Of Grammatology*. Trans. Gayatri Chakravorty Spivak. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1976.
- Fernández Moreno, César. *Latin America and its Literature*. Trans. Mary G. Berg. NY: Holmes & Meier, 1980.
- Iffland, James. "Hacia una teoría de la función del humor en la poesía revolucionaria." *Literature and Contemporary Revolutionary Culture*. I:1 (1984-85): 112-57.
- Galeano, Eduardo. *Days and Nights of Love and War*. Trans. Judith Brister NY: Monthly Review, 1983.
- Harlow, Barbara. *Resistance Literature*. NY: Methuen, 1987.
- Kaufman, Eleanor & Kevin Jon Heller, eds. *Deleuze and Guattari: New Mappings in Politics, Philosophy and Culture*. Minneapolis: U Minnesota P, 1998.
- Ong, Walter J. *Orality and Literacy*. London: Methuen, 1983.
- Ramírez, Sergio. *Antología del cuento centroamericano*, 2 vols. San José: EDUCA, 1976.
- Virilio, Paul. *Politics and Speed*. NY: Semiotext(e), 1985.
- Zizek, Slavoj. *Organs Without Bodies*. London: Routledge, 2004.
- Apéndice: ANTINOMIAS PRESENTES EN *UN DÍA EN LA VIDA*

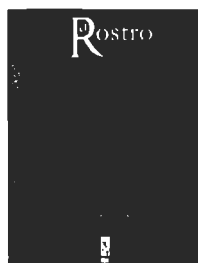
Novedades bibliográficas de la Dirección de Publicaciones e Impresos



Sol de cariño

Maura Echeverría

Sol de cariño es la primera antología de poesía de tema infantil que reúne únicamente a autores salvadoreños. *Girasol*, antología de Claudia Lars (Dirección de Publicaciones, 1962, 1971) es una selección de autores hispanoamericanos. *Sol de cariño* es un viaje a través de la imaginación, de la mano de la poesía salvadoreña de diferentes épocas. Un auténtico deleite, que aúna una selección acertada con el valioso trabajo de ilustración de Óscar Rodríguez. El poemario está acompañado de un libro para colorear.

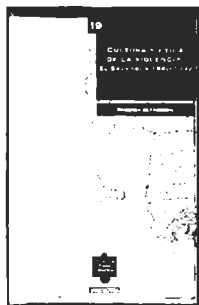


El rostro del sincretismo

Carlos Leiva

Colección país mestizo, volumen 1. ISBN: 99923-0-116-3, 260 pp.

Largos y pacientes años le llevaron a Carlos Leiva producir esta investigación del sincretismo expresado en las imágenes religiosas de Izalco. El resultado es *El rostro del sincretismo. Guía al plano místico de los antiguos Izalcos*. El autor se involucró desde muy temprano, por medio del trabajo investigativo, en la reconstitución de todo aspecto relacionado con la historia, la cultura, el medio ambiente y las señales de identidad del pueblo de Izalco. Una primera versión de este libro fue presentada como tesis de grado de la Universidad Dr. José Matías Delgado. Leiva participó también en la elaboración del libro *El Salvador, la huella colonial*.



Cultura y ética de la violencia. El Salvador, 1880-1932

Patricia Alvarenga

Biblioteca de Historia Salvadoreña, volumen 19. ISBN: 99923-0-156-2, 320 pp.

libro de Patricia Alvarenga, que se reedita por primera vez en la Colección de Historia, es, sin dudas, un importante esfuerzo para explicar el papel de la violencia en la construcción de los códigos morales que rigen la ética del poder, una ética que surgió en el país a partir de la revolución liberal de 1885 y que moldeó la renovación de las relaciones de poder lo mismo que las relaciones que reorganizaron la propiedad y las relaciones laborales, en donde se generaron los marcos axiológicos para la nueva sociedad cafetalera que siempre se enfrentó a la violencia campesina en un conflicto sin solución. El presente libro es un claro y notable aporte para entender al país de entre los siglos XIX y XX. Al mismo tiempo, tiene una proyección especial para la comprensión de El Salvador de inicios del siglo XXI, que hace esfuerzos por conocer y explicar las formas de violencia que impactan a la sociedad actual.



La población indígena de Santo Domingo de Guzmán

Carlos Lara Martínez

Colección Antropología e Historia, volumen 3. ISBN: 99923-0-155-4, 139 pp.

En El Salvador, el estudio de las poblaciones indígenas es fundamental para comprender la diversidad sociocultural del país, precisamente porque la formación de la conciencia nacional ha estado condicionada por el presupuesto —definitivamente falso— de la homogeneidad cultural, según el cual todo el territorio nacional comparte una única cultura y un única identidad sociocultural. La presente investigación, realizada en el municipio de Santo Domingo de Guzmán por el antropólogo Carlos Lara Martínez, ofrece una lectura renovada de las características esenciales que definen la identidad de esta población indígena y la manera en que esto repercute en la estructuración económica, política y social del municipio, así como las consecuencias que esto trae para la promoción de su desarrollo socioeconómico y cultural.



Hombres contra la muerte

Miguel Ángel Espino

Colección Trigueros de León, volumen 13. ISBN: 9923-0-165-4. 315 pp.

esta novela, Miguel Ángel Espino logró una importante proyección internacional. Ambientada en Belice, esta obra se nutre del realismo predominante en la narrativa hispanoamericana de la época, y se convierte en una verdadera novela de ideas, enmarcada en la pugna entre las fuerzas de la libertad y la justicia contra las fuerzas de la opresión y la oscuridad. Esta novela, publicada originalmente en 1942, en Guatemala —versión que se reproduce en este volumen— revela por qué Miguel Ángel Espino es una piedra angular en la narrativa salvadoreña.



Obra narrativa de Miguel Ángel Espino

Colección Orígenes, volumen 24. ISBN: 9923-0-109-0. 525 pp.

Este volumen de la Colección Orígenes recoge los cuatro libros que componen la bibliografía espiniana: *Mitología de Cuscatlán*, *Cómo cantan allá*, *Trenes* y *Hombres contra la muerte*. El libro está precedido por una investigación bibliográfica en la que se sitúa la obra de Espino en el contexto cultural y político de El Salvador y Latinoamérica. La versión de *Hombres contra la muerte* que se presenta en este tomo es la que se publicó por primera y única vez en México, en 1947, con importantes cambios en relación a la edición princeps de 1942. El volumen se complementa con una muestra del trabajo periodístico de este autor, nacido en 1902 y fallecido hace cuarenta años.

Colaboran en este número

Carlos Gregorio López Bernal, historiador salvadoreño, es docente investigador por el Departamento de Historia de la Universidad de El Salvador. Este año se doctoró en Historia por parte de la Universidad de Costa Rica, con la tesis titulada *Poder central y poder local en la construcción del Estado en El Salvador, 1840-1890*.

El historiador nicaragüense **Chester Urbina Gaitán** se ha desempeñado como catedrático de varias universidades del área centroamericana. Uno de sus más interesantes aportes ha sido el estudio del papel social y político que el deporte ha desempeñado en el área centroamericana.

Emmanuel Tornés Reyes (Manzanillo, Cuba, 1948). Crítico, investigador y profesor universitario. Doctor en Ciencias Filológicas por la Universidad de La Habana. Es autor, entre otros títulos, de *Isabel Allende. Itinerario de una escritora* (1987); *José Donoso. Perfiles de un novelista* (1988); *¿Qué es el postboom?* (Cuba 1996, Guatemala 1998); *Visión de identidad en la narrativa cubana de los años 70 al 2000* (2003); *Hispanoamérica y la narrativa del posboom (Otra mirada en torno a su poética)* (2004); *Manuel Rojas. Estudios críticos* (Chile, 2005); *Contar es un placer. Antología del cuento hispanoamericano actual* (2007).

La obra narrativa del novelista salvadoreño **Manlio Argueta** ha sido estudiada por parte de la academia norteamericana y su despliegue data de la publicación de *El valle de las hamacas*. Sin embargo, ha sido con *Un día en la vida* que Argueta, nacido en San Miguel, en 1935, fue reconocido internacionalmente. Otras obras de este escritor, actualmente director de la Biblioteca Nacional, son *En el costado de la luz, Las bellas armas reales* (poesía); *Caperucita en la zona roja y Siglo de o(g)ro*.

El maestro **César Sermeño** (1928) mereció el Premio Nacional de Cultura en 1994 como reconocimiento a su obra. Es un auténtico renovador de la cerámica en el país. Su formación inicial se dio en la Escuela Nacional de Artes Gráficas, aunque muy joven viajó becado a Honduras y México. Es autor, entre otros murales en espacios públicos, del mural de cerámica en la Policlínica Salvadoreña; "Tres culturas: Época prehispánica, colonial, moderna", en el Hotel San Salvador Marriot; "Homenaje al deporte", en el Polideportivo de Ciudad Merliot.

Marisa Trejo-Sirvent, poeta mexicana. Ha publicado los libros de poesía: *Rojo que mide el tiempo, Juegos de soledad, El país de los pájaros azules y Jardín del paraíso*.

Raquel Huerta-Nava, poeta mexicana (1963), autora de *La plata de la noche y Primera historia del viento*, ambos poemarios. Editora e Investigadora en Humanidades. Obtuvo las becas editoriales 1994 del INBA y las becas 1996 y 1997 "Edmundo Valadés" del Fonca para revistas literarias del Distrito Federal por su revista *El Cocodrilo Poeta*, nombre que toma en homenaje a su padre, el poeta Efraín Huerta. Es autora de las biografías para jóvenes *Nezahualcōyōtl* (2005); *Gonzalo Guerrero* (2005); *Bernal Díaz del Castillo* (2005); *Alexander von Humboldt* (2005) y *Diego Rivera* (2005).

El poeta salvadoreño **Carlos Ernesto García** (1961) reside en Barcelona. Es autor del poemario *Hasta la cólera se pudre* y del libro *El sueño del dragón*, en el que narra su experiencia de viaje por la República Popular China. Desde la ciudad catalana dirige la organización C & Duke, dedicada a proyectos de intercambio con Centroamérica.

Lina Zerón, poeta nacida en México D. F. en 1959. Es autora de los poemarios *Ciudades donde te nombro, Nostalgia de vida, Un cielo crece en el fondo de tus ojos, Vino rojo y Luna en abril*. Su poesía ha sido vertida al francés y al alemán y ha publicado tanto en su país como en Cuba y en el Perú.

Del escritor salvadoreño **Álvaro Menéndez Leal** (1931-2000), publicamos esta muestra de su novela inédita *No digas amor frente al espejo*. Otras obras suyas son *Luz negra, La bicicleta al pie de la muralla* (teatro), *La ilustre familia androide* y *Los inmortales no necesitamos seguros*.

El poeta salvadoreño **Alfonso Kijadurías** (1940) es el autor de *Los estados sobrenaturales*. Formó parte del grupo de escritores que animó la importante publicación literaria *La pájara pinta*, en la década de los sesenta, en la Universidad de El Salvador. Kijadurías es autor de los poemarios *Obscuro, La esfera imaginaria, Toda razón dispersa, Es cara musa y Certeza de la duda*. En narrativa publicó recientemente la novela *Las tribulaciones del pequeño Larousse*. El escritor norteamericano Darwin Flakoll tradujo su obra poética al inglés en el volumen *They come and knock the door*.

Carlos Alberto Soriano mereció el Premio Rogelio Sinán por su novela *Listones de colores*. La Dirección de Publicaciones publicará este año un volumen con relatos suyos, del cual adelantamos una muestra en este número.

Gracias a **Jorge Palomo**, artista plástico salvadoreño, tenemos una muestra de la exposición de artes plásticas "Revisiones", instalada en el Museo de Arte (MARTE). Palomo es el curador de dicha exposición.

Mario Noel Rodríguez, poeta salvadoreño, nació en 1955 en San Salvador. Una muestra de su primera poesía se puede hallar en el volumen *La margarita emocionante*, compilado en 1979 por Horacio Castellanos Moya. Algunos de sus poemarios son *La cueva del tiranosaurio*, *Estado Vallejo*, *Copas a la muerte de mi padre*, *Por aquí pasaba un río* y *Agtese antes de leer*.

Rick Allister, académico estadounidense.

La escritora salvadoreña **Claribel Alegría**, (1924) se ha destacado como poeta, pero tiene también una importante obra narrativa. *Cenizas de Izalco* (escrita en conjunto con su esposo Bud Flakoll), *Album familiar*, *El detén*, *Pueblo de Dios* y *de Mandinga*, *El niño que buscaba a Ayer*, son algunas de sus novelas y libros de relato.

Este año sufrimos la pérdida de la escritora salvadoreña **Liliam Jiménez** y del poeta guatemalteco **Otto Raúl González**. Entre las obras de la primeras se encuentran *Canta corazón y canta*, *Guatemala, rosa herida*, *Insomnio en la cárcel* y *La palabra y la vida*. De la obra de González destacan *Voz y voto del geranio*, *El conejo de las orejas en reposo* y *Diamante negro*.

Esta edición consta de 1,000 ejemplares.
Se terminó de imprimir el día 8 de
noviembre de 2007

